SR. MULLER

LAS CHICAS DEL CEO

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE



SR. MULLER

LAS CHICAS DEL CEO

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

SR. MULLER

LAS CHICAS DEL CEO

DE LOS AUTORES DE LA SERIE «LA TENTAZIONE»

DYLAN MARTINS
JANIS SANDGROUSE

Primera edición.

Sr. Muller. Las chicas del CEO

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©noviembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Primera edición.

Sr. Muller. Las chicas del CEO

©Dylan Martins. Janis Sandgrouse

©noviembre, 2024.

©Imágenes por Freepik y AdobeStock

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo

Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Epílogo

Capítulo 1



Keila

Un nuevo día en París, o, mejor dicho, mi primera mañana en la ciudad del amor, de este primer fin de semana de septiembre que tenía que pasar, más por compromiso que por placer.

Suspiré contemplando el sol entrando por la ventana, sonreí aún en la cama disfrutando del tacto de las sábanas y entonces…

—Buenos días —me giré al escuchar la voz de Aaron, y aunque recordaba que después de recogerme en el aeropuerto, me trajo a mi piso y, bueno, pasó lo que otras veces solía pasar, pensé que ya se habría marchado, como solía hacer.

—Buenos días —sonreí al verle ya vestido.

—Tu padre me ha llamado, quiere verme para revisar unos documentos.

—Ni los sábados descansa, en fin… —me incorporé— ¿Te veré en la fiesta?

—Soy el contable del anfitrión, no puedo faltar —se le escapó una sonrisa de medio lado—. Bienvenida de nuevo a París —me dio un beso rápido en los labios.

Le vi salir de la habitación y me levanté, seguía desnuda, así que me cubrí con una bata y fui hacia la cocina para prepararme un café.

Me encantaba pasar algunas temporadas aquí, sobre todo cuando necesitaba desconectar del mundo, y no era la única que tenía casa en la ciudad, puesto que mi padre, vivía aquí desde hacía años.

Estaba frente a la ventana contemplando las vistas de la Torre Eiffel, y escuché mi móvil. Eran poco más de las nueve, pero sabía perfectamente quién llamaba a esa hora.

—Buenos días Sam —saludé a mi mejor amiga y estilista.

—Buenos días, cariño. ¿Paso en dos horas para arreglarte?

—A ver, que no voy a una gala, me puedo maquillar sola —reí.

—Lo sé, pero me gusta mimarte. Cuando te acabes el café, date un baño de espuma, no sea que el contable no te dejara bien relajada.

—Descuida, que ese me quitó la tensión a conciencia.

—Qué cabrita eres. Te veo en un rato.

—Ok.

Colgué, disfruté del café e hice lo que me aconsejó Sam. Nadie, y cuando decía nadie era absolutamente nadie, me conocía tan bien como ella, ni siquiera mi madre, a pesar de ser también mi jefa.

Puse música relajante, me acomodé en la bañera y cerré los ojos mientras disfrutaba de aquel baño de espuma durante media hora. Tras salir, me di una ducha y ya sí quedé completamente como nueva.

A las once en punto escuché la puerta abrirse, Sam tenía llaves del piso y solía quedarse conmigo cuando veníamos, salvo en ocasiones como la de anoche, que me apetecía darme una alegría con Aaron.

—Ya estoy aquí —dijo desde el salón.

Era un piso pequeño, pero acogedor y coqueto, lo tenía a capricho, decorado en tonos blancos y grises.

Tenía un amplio salón, cocina, aseo y dos habitaciones con su propio cuarto de baño cada una.

Pero como ya habréis imaginado, me enamoré de las vistas y por eso lo compré.

Me cubrí con la toalla, lie otra en mi cabello y salí descalza para unirme a ella.

—Aquí está la modelo de portada —sonrió Sam, y negué—. ¿Te has visto? Estás preciosa —me tendió la revista que ya habían publicado con la nueva colección de ropa de una de las firmas para las que trabajaba.

La foto era preciosa, perfecta y muy cuidada, como todas las que hacía el fotógrafo de esa firma.

—Bueno, ¿empezamos a ponerte más guapa si cabe? —Me hizo un guiño.

Fuimos a la habitación donde tenía el tocador y Sam comenzó a hacer su magia. Desde que le dije que iba a ser una de las modelos de la agencia de mi madre, no dudó en formarse como estilista para estar a mi lado, y es que yo no quería a nadie que no fuera ella, siempre tuvo mucho talento y no confiaría en otras manos que no fueran la suyas.

Iba a asistir a un evento a mediodía, un cóctel para empezar, seguido de la comida, así que para esa ocasión llevaría un vestido corto en color rojo con falda, de cuello redondo y ancho con mangas muy cortas solo en la parte baja de los hombros, esos que quedaban descubiertos. Completaba el *outfit* con unas bonitas sandalias negra y un bolso de mano del mismo color.

Así que Sam me maquilló de manera suave, pero con los labios del mismo tono rojo que el vestido, y el cabello esa melena rubia que a ella tanto le gustaba, me la recogió a un lado.

A la una estábamos las dos vestidas y listas para irnos, pues ella me iba a acompañar, como siempre. Pedimos un taxi y este nos llevó a la casa de mi padre, una preciosa construcción de dos plantas, en el centro de unos amplios jardines.

Por suerte toda la celebración sería en el interior de la casa, en un salón como si del comedor de un palacio se tratara.

Al llegar nos recibió Pierre, el mayordomo, que como siempre se alegró de vernos a ambas, y sin que nadie lo viera, nos dio un abrazo.

Fuimos hacia el salón y la primera en vernos fue Emma, mi hermana pequeña, que estaba sentada en una silla con un refresco en la mano.

—¡Keila! —Se levantó y vino hacia mí.

—Oh, mi princesa, pero qué guapa estás —la abracé con fuerza.

—Tú estás preciosa —sonrió—. Hola, Sam.

—Hola, mi niña —también la abrazó.

Emma era mi debilidad, la única, además de Sam, con la que no sacaba mi lado caprichoso y ese mal carácter que todos decían que tenía. Pero me daba igual, no me importaba nada de lo que pensaran los demás.

—Voy a ser la única niña —suspiró, con esa carita angelical que tenía a sus ocho años.

—Bueno, tranquila que yo me quedo contigo mientras tu hermana saluda a la familia —Sam le hizo un guiño y la cogió de la mano para ir por algo de beber.

Yo aproveché para coger una copa de vino de la bandeja del camarero que pasó por mi lado, sonreí, le di un sorbo y eché un vistazo alrededor.

Amigos y conocidos de mi padre y de su mujer, algunos empresarios y al fondo, pegado al teléfono como era costumbre en él, mi hermano mayor, Nick.

Caminé hasta donde estaba, cogí otra copa de vino y cuando colgó, se la di.

—Creo que te hace falta, hermano —dije, ofreciéndosela.

—Gracias.

—Te veo estresado —comenté cuando le dio un buen trago.

—Estoy en medio de unas negociaciones, tengo mucho trabajo y no sé qué hago aquí, la verdad.

—¿Celebrar el décimo aniversario de boda de nuestro padre y Melissa? Vamos, digo yo, que es a lo que nos ha invitado a todos.

—Sí, pero como te digo, tengo mucho trabajo.

—Y treinta y cinco años también, como no frenes el ritmo, te dará un infarto antes de los cuarenta.

—Dios, Keila, eres como mamá —resopló.

—Ya sabes lo que dicen: "de tal palo…" —Me encogí de hombros—. ¿Dónde está, por cierto? Creí que también estaba invitada.

—Es mamá, la gran exmodelo, siempre se hace esperar y aparece como una diva de Hollywood —sonrió.

—Es verdad.

—¿Cómo te va, hermanita? —Me acarició la espalda.

—No me quejo, y me quedo aquí una temporada por el momento.

—¿Estás en tu casa alguna vez?

—Poco, pero sí.

—Yo debería estar allí ahora mismo, no aquí en París.

—Nick, te conozco y sé que no vas a quedarte hasta mañana domingo.

—No, vuelvo esta misma noche.

—Eres incorregible.

—Y aquí están mis dos hijos mayores —nos giramos al escuchar a mi padre—. Gracias por venir.

—¿Y perdernos la comida de aniversario? No, hombre —le di un abrazo y él me besó en la mejilla— Felicidades, papá.

—Gracias, cariño.

—Papá, nadie diría que tienes sesenta años.

1

—Vuestra hermana pequeña me hizo rejuvenecer —rio.

Mi padre era atractivo, siempre lo había sido, tenía el cabello castaño y los ojos marrones, esos que yo había heredado. Mi hermano al igual que yo era rubio, como nuestra madre, y con los ojos verdes de ella.

—Ahí viene tu mujer —comentó Nick al ver a Melissa.

Era quince años menor que nuestro padre, se conocieron hacía once años, cuando ella tenía treinta y cuatro y él cuarenta y nueve, y al año siguiente se casaron. Dos años más tarde nació nuestra hermana, que bien podría ser mi hija, dado que tenía veintiún años cuando llegó a la familia.

Melissa caminaba sonriendo hacia nosotros, con su melena negra y sus bonitos ojos color miel brillando de amor por mi padre.

—Chicos, me alegro de veros —nos abrazó y besó a ambos—. Vuestro padre pensaba que no podríais venir por el trabajo.

—No nos perderíamos vuestro décimo aniversario por nada del mundo, ¿verdad, hermano? —Le di un codazo, pues volvía a estar pendiente del móvil.

—No, no, por supuesto.

—Vuestra madre dijo que vendría, pero hasta para ella, este retraso no es muy normal —dijo mi padre.

—Tranquilo, que cuando entre, se hará notar —sonreí.

Vi a Aaron hablando con un par de hombres, pero con la mirada fija en mí, sonreí, me mordí el labio de manera sutil y cuando mi padre y Melissa se fueron a saludar a un matrimonio amigo suyo que acababa de llegar, me disculpé con mi hermano para ir al cuarto de baño dedicándole una mirada al contable de mi padre.

Fui hacia el pasillo y entré en el despacho, me apoyé en el escritorio y no tardó en abrirse la puerta por la que vi entrar a Aaron, que cerró con llave y caminó hacia mí.

—Con ese vestido estás impresionante —dijo tratando de tocarme, pero lo detuve llevando el pie hasta su pecho.

—Aaron, ya sabes cómo son las cosas —arqueé la ceja.

—Lo sé.

Sostuvo mi pierna y comenzó a acariciarla mientras la colocaba sobre su hombro al tiempo que se arrodillaba ante mí. Noté sus manos apartando la tela de mi ropa interior y jadeé.

Mientras besaba el interior del muslo deslizaba el dedo en mi parte más íntima, tocaba, pellizcaba y me penetraba con dos dedos hasta que su lengua se unió a ellos.

No tardé en liberarme, y segundos después, Aaron me penetraba con su miembro erecto mientras me mordisqueaba el hombro.

¡ Y de nuevo en cuestión de minutos llegaba a ese clímax con el que liberaba un poco más de tensión.

No éramos nada, no había nada serio entre nosotros, simplemente aprovechábamos para vernos y liberar tensiones cuando yo venía a París.

—Será mejor que volvamos —dije tras un beso rápido.

.

Nos arreglamos la ropa y él salió primero, solo que ahí estaba Nick a punto de entrar.

—Vaya, veo que el contable de papá y tú, seguís siendo buenos amigos.

—Muy buenos, sí —sonreí—. No me digas que vienes para hacer una llamada de trabajo.

—Si te digo que buscaba el baño y me he perdido, no cuela, ¿verdad?

—No —suspiré—. Vamos, deja el trabajo por un momento —lo cogí del brazo y salimos del despacho para volver al salón.

Nada más entrar allí vimos aparecer a nuestra madre, con un vestido largo en color turquesa, de tirante ancho y una apertura en la parte izquierda de la falda. A sus cincuenta y seis años seguía siendo una mujer bellísima y se conservaba muy bien.

Sonrió al vernos y se acercó con los brazos extendidos.

—Oh, mis niños —dijo abrazándonos a los dos a la vez con fuerza, como si hiciera siglos que no nos veía.

—Mamá, me viste ayer —protesté.

—Da igual, siempre que te vea te abrazaré así.

—¿Estás bien? —Nick frunció el ceño— Sonríes demasiado.

—Eso es porque estoy feliz, hijo. Muy feliz.

No me pasó desapercibida la mirada que echó hacia un lado, y vi que se acercaba un hombre, algo más joven que ella, con dos copas en la mano.

—Chicos, él es Kevin, mi acompañante —nos lo presentó ella, con una sonrisa.

—¿Kevin? —la voz de Melissa al decir ese nombre era una mezcla de incredulidad y sorpresa, pero vamos que todos nos quedamos igual, hasta el propio Kevin.

—Melissa…

—¿Qué haces aquí?

—Kevin es mi novio —soltó mi madre.

A Melissa se le cayó la copa al suelo, todos los presentes miraron hacia nosotros y mi padre vino enseguida.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Hola, Tom —sonrió mi madre.

—Tessa, no te vi entrar.

—Acabo de llegar.

—No puede ser, Kevin, tú, tú… —Melissa le señaló, pero no consiguió decir una sola palabra más.

—Amor, ¿qué ocurre? ¿Quién es este hombre? —le preguntó mi padre.

—Es mi novio —contestó mi madre, al mismo tiempo que Melissa respondía.

—Es mi exmarido.

Mi padre miró a su actual mujer con los ojos muy abiertos, después a mi madre con el ceño fruncido, mi hermano se bebió la copa de un sorbo mientras nuestra progenitora se veía igual de sorprendida que Melissa, y yo yo sonreí pensando en que esta iba a ser la mejor fiesta de aniversario de todos los tiempos de mi querida familia.

—Acabo de llegar.

—No puede ser, Kevin, tú, tú… —Melissa le señaló, pero no consiguió decir una sola palabra más.

—Amor, ¿qué ocurre? ¿Quién es este hombre? —le preguntó mi padre.

—Es mi novio —contestó mi madre, al mismo tiempo que Melissa respondía.

—Es mi exmarido.

Mi padre miró a su actual mujer con los ojos muy abiertos, después a mi madre con el ceño fruncido, mi hermano se bebió la copa de un sorbo mientras nuestra progenitora se veía igual de sorprendida que Melissa, y yo, yo sonreí pensando en que esta iba a ser la mejor fiesta de aniversario de todos los tiempos de mi querida familia.

Capítulo 2



Tommy

Daba un trago lento a mi café mientras observaba a Jairo cómo hablaba un tanto indignado por teléfono. Se tomaba las cosas demasiado a lo personal y transmitía por sus gestos un cabreo impresionante debido a unos cambios que le habían hecho en su agenda para la siguiente semana.

—Selena es una lacra, la voy a poner de patitas en la calle lo antes posible.

—Jairo, relájate, no debes tomarte todo tan a pecho.

—Lo que tú digas, Tommy, pero sabes cómo soy, si una reunión se anula se pospone para la siguiente semana, no voy a andar haciendo huecos cuando ya lo tengo todo planificado —le dio un trago a su café—. Y es que se lo he dicho mil veces, pero no, ella busca hueco y lo mete sin preguntar si tengo algún plan personal aprovechando l cancelación.

—No la vas a echar y lo sabes…

—¿Qué sabrás tú? —volteó los ojos y dirigió su mirada hacia Megan, que venía directamente hacia nosotros.

—¿Desde cuándo los bombones se juntan en el despacho de dos en dos? —nos preguntó, acercándose primero a Jairo a darle un beso en la mejilla y luego hacia mí, que estaba sentado en mi sillón del despacho.

—Desde que existen mujeres como tú y quizás, necesiten de un poco de mimo a dos bandas —le murmuré en el oído y pude ver cómo su piel se erizaba, momento que aproveché para meter mi mano entre su entrepierna.

—Bueno yo os dejo, me voy a mi despacho, en un rato hablamos.

—Está bien —afirmé despidiéndome así de él—. ¿Qué tal todo? —le pregunté sentándola en mis piernas y sin dejar de acariciarla.

—Perfecta —abrió un poco más las piernas y se movió para acomodarse bien encima de mi miembro—. ¿Has hablado con Lucas? —pregunté mientras adentraba mi mano por su braguita y me hacía con su zona en ella

apretándola y sintiendo que me venía muy arriba.

—Sí, ya le comuniqué que irás a por la documentación y que te encargarías del expediente —ahondé mis dedos entre sus labios y gimió en mi boca.

—Perfecto ¿qué te parece si voy ahora en el hueco de la mañana y me lo quitó de encima?

—Genial —saqué la mano y abrí el cajón de mi escritorio para coger el succionador y tras encenderlo, le abrí los labios y se lo apreté contra su clítoris. Puse su mano en el aparato para que lo dirigiera ella, mientras yo le penetraba con los dedos y levantaba su camiseta para pellizcar sus pezones que ya lucían duros.

Le mordisqueé la barbilla y el cuello consiguiendo excitarla aún más. Llegó al clímax doblándose por completo Se colocó bien la ropa y fue a lavar a mi aseo del despacho el aparatito que siempre usaba con ella. Me lo devolvió, lo guardé y se puso de rodillas entre mis piernas para lamer mi miembro.

Un chasquido de placer salió por mi boca a la vez que le agarraba el pelo y tiraba de él para que hiciera movimientos más profundos. Tras unos segundos de placer tiré de ella para que se levantara y se sentara en mi miembro de espaldas a mí agarrada al borde de la mesa. Comenzó a moverse buscando el placer de ambos mientras yo me agarraba a sus caderas con fuerza.

Apreté mis dientes con el rugido del placer que me vino cuando culminé y se levantó cuidadosamente. Me dirig
al aseo a lavarme un poco y volver a mi asiento.
a

—¿Bien?

—Perfecta —sonrió dejando un beso en mis labios—. Voy a ver a Lucas y dejo todo arreglado, mañana nos vemos.

—¿En casa todo bien?
a

—Llevándolo lo mejor que puedo —me dio otro beso y se dirigió hacia la puerta. Se colocó de nuevo la falda
bien antes de abrirla.
l

—Déjala abierta —le pedí.

Con Megan tenía un lío desde hacía por lo menos un año. Era mi asistente personal desde hacía dos años. El primer año notaba la tensión que había entre ambos, pero respeté en todo momento que era una mujer casada, luego ya ninguno de los dos pudimos resistirnos a esa tensión que durante mucho tiempo llevábamos acumulando

El caso es que ella amaba su vida, su familia, su marido, pero conmigo sentía unos deseos que no podía contener, lo mismo que me pasaba a mí con ella. Así que un día terminamos dando rienda suelta a esa pasión y

desde entonces, cada dos o tres días desfogábamos en mi despacho de mil maneras.

Megan tenía treinta y un años, once menos que yo, que tenía cuarenta y dos recién cumplidos. Era una mujer preciosa, morena, con un cabello de lo más sensual hasta media espalda, con unas curvas perfectas y un rostro bien bonito.

He de decir que me ponía mucho y me resultaban de lo más excitantes mis momentos con ella, pero era solo eso, una atracción sexual más que otra cosa.

Ella delante de su marido y familia era la mujer perfecta; guapa, simpática, educada, muy familiar y trabajadora Ni su marido conocía la fiera que había dentro de ella y que conmigo conseguía sacar.

.

Eran demasiadas las cosas que habíamos practicado en estos encuentros a los que nunca le pusimos frenos. Había días de lo más normales como hoy y otros, que el placer y dolor se entremezclaban sacando de nosotros todo aquello que teníamos encerrado en nuestro interior.

Megan era ese bombón que siempre tenía preparado para disfrutar en algunos momentos de las largas horas que debía pasar en mi despacho controlando que todo en mi productora de cine, una de las más importantes a nivel mundial, estuviera todo perfecto.

¡ Terminé mi jornada laboral y me dirigí en el coche hacia el garaje del edificio donde se encontraba mi ático, un impresionante vivienda con las mejores vistas a los Campos Elíseos.

—Huele de maravilla —murmuré llegando a la cocina donde se encontraba mi chica, Nadine.

—Me ha salido riquísimo —dijo destapando la tapa de la olla y enseñándome el guiso mientras yo la rodeaba por la espalda y besaba su cuello.

—Tiene una pinta increíble, me cambio y comemos.

—Preparo la mesa —sonrió ante mi apretada de nalga.

Nadine tenía veintiséis años y era mi chica, así la denominaba y ella era feliz con ser algo, como siempre me decía. Se encargaba de la comida, de mantener la casa limpia y de estar siempre dispuesta para mí, sin preguntar ni exigir nada a cambio más que vivir en la comodidad que esto le aportaba. Obviamente le daba una remuneración mensual para que tuviera su independencia económica y pudiera darse los caprichitos que quisiera.

. —¿Y qué tal la mañana? —pregunté entrando de nuevo en la cocina y sentándome, ya que estaba todo colocado sobre la mesa.

—Bien, aproveché para hacer un poco de yoga en el salón y luego ya me puse a limpiar y preparar la comida.

Mañana quiero salir a hacer unas compras, ya que me queda poco de las cremas que uso de rutina facial y luego iré al supermercado a hacer la compra semanal.

—Perfecto. Por cierto, esto está demasiado bueno.

—Lo hago con mucho amor —me miraba sonriente.

—Lo sé, Nadine, todo lo haces con mucho amor.

Terminamos de comer y me acomodé en el sofá a ver las noticias mientras ella recogía la cocina. Luego se fue hacia su cuarto ya que solía tener esa rutina de dejarse caer un rato después de comer.

Dormíamos en habitaciones separadas, ya que ella sabía que mi espacio no podía traspasarlo. Me dirigí a su habitación y me senté a un lado de su costado. Estaba bocarriba con el móvil y lo quité de sus manos para ponerlo en la mesita de noche.

Le bajé los leggins y la braguita sacándolo todo de sus piernas y dejando al descubierto su zona. Estaba a oscuras, ya que había bajado las persianas para echarse. Encendí la luz flexible de su mesita de noche y la dirigí a entre sus piernas para que me iluminara su zona más excitante y sedosa.

—Estás húmeda —murmuré introduciendo dos de mis dedos en su vagina.

—Sí, ya sabes lo que me produces.

—Esto tan rápido sabes a lo que me lleva…

—Sí —soltó el aire.

—Sabes que deberías controlar más la excitación.

—Lo sé, lo intento, pero no puedo.

—Pues deberías… —tiré de su interior hacia mí y se le escapó un gemido pronunciado por la sensación tan brusca que le había producido.

Con mis dedos llenos de líquido me fui hacia su clítoris para acariciarlo sin apretar, sabía que no podía humedecerse tan rápidamente o el desencadenante sería peor para ella, pero estaba dispuesta a asumirlo.

Me levanté para coger de su cajón las bridas para atarle las manos al cabecero de la cama después de ella haberse quitado la camiseta quedándose así desnuda por completo. Se colocó con sus manos hacia arriba y la até dejándola estirada por completo.

—Cuando quieras —murmuró ella, y fue cuando le coloqué un pequeño masajeador de clítoris que se enganchaba a sus labios vaginales.

Este masajeador tenía el poder de excitarte de una manera sutil, pero sin llevarte al orgasmo. Lo programé en el mando durante treinta minutos y le até las piernas en uve a las equinas inferiores de la cama.

—Desconecta de todo, luego regreso.

—Vale.

No me gustaba que se mojara con solo quitarle el pantalón. Se venía muy arriba y no me daba lugar a la estimulación, por lo que usaba ese aparato para que sintiera el peso de las consecuencias que eso le acarreaba y que teníamos pactado desde un principio.

Cerré la puerta antes de apagar la luz del flexo para que se quedara totalmente a oscuras.

Me metí en la ducha y me recreé un rato bajo ella dejando caer los chorros sobre mi cuello y liberando de mi mente la tensión que me había producido Nadine. Lo debía de estar pasando fatal, pero eran las normas y tenía que trabajar en ellas.

Tomé un café cuando ya pasó la media hora, quería darle unos minutos. Cuando regresé y encendí la luz del flexo para iluminar su zona y ver un poco su cara, noté cómo su pecho subía y bajaba, dado que respiraba con dificultad y que estaba al límite.

Con mis dedos retiré el aparato y los introduje directamente en su vagina. Soltó un leve gemido y me detuve para mirarla. Estaba devastada de aguantar la excitación, pero no se quejaba, nunca se atrevió a hacerlo.

Se levantó y me tumbé desnudo sobre la cama. Cerré los ojos y ella se dispuso a prepararlo todo para darme el masaje, no un masaje normal y solo erótico, que ella también conseguía mover cada músculo y parte de mi cuerpo con técnicas increíbles que me dejaban de lo más nuevo.

Como siempre se tiró una hora moviendo todo mi cuerpo y luego, se sentó sobre mí a horcajadas, penetrándose para llevarme a ese punto de liberar todo lo contenido.

Con mi dedo le iba tocando el clítoris para darle a ella también el placer de poder disfrutar de un orgasmo a la vez mía.

Cayó laxa sobre mí y la arropé con un abrazo mientras ambos intentábamos reponer fuerzas.

—Gracias por no haberme dejado sin mi parte —murmuró en mi pecho y le acaricié el cabello.

—Te lo has ganado con el masaje.

—Pero Tommy, es que no puedo contenerme, no sé lo que hacer para no humedecerme tan rápido.

—Sigue buscando técnicas, en las redes hoy en día hay millones de ellas, pero sabes que me gusta ser yo el que te produzca ese estado.

—Vale, lo haré, pero todo es meditación, relajación, yoga y es que las hago, pero no hay manera y no quiero hacerte sentir mal.

—El problema no soy yo, es que luego recibes algún tipo de castigo y durante ese rato lo pasas mal.

—Bueno, pero lo aguanto. Ya sabes que lo que me duele es no poder concederte lo que deseas.

—Mientras respetes mis castigos, los asumas y te lo tomes de esta manera, vamos bien.

—Si lo hago de otra me queda la puerta…

—Efectivamente —le di un beso en los labios y me levanté con ella encima, dejándola de pie en el suelo—. Voy a revisar unos emails y hacer un poco de deporte.

—Vale.

,

—Te lo has ganado con el masaje.

—Pero Tommy, es que no puedo contenerme, no sé lo que hacer para no humedecerme tan rápido.

—Sigue buscando técnicas, en las redes hoy en día hay millones de ellas, pero sabes que me gusta ser yo el que te produzca ese estado.

—Vale, lo haré, pero todo es meditación, relajación, yoga y es que las hago, pero no hay manera y no quiero hacerte sentir mal.

—El problema no soy yo, es que luego recibes algún tipo de castigo y durante ese rato lo pasas mal.

—Bueno, pero lo aguanto. Ya sabes que lo que me duele es no poder concederte lo que deseas.

—Mientras respetes mis castigos, los asumas y te lo tomes de esta manera, vamos bien.

—Si lo hago de otra me queda la puerta…

—Efectivamente —le di un beso en los labios y me levanté con ella encima, dejándola de pie en el suelo—. Voy a revisar unos emails y hacer un poco de deporte.

—Vale.

Capítulo 3



Keila

Aquello sin duda no nos lo esperábamos nadie, porque ya era casualidad que, con la de millones de personas que había en el mundo, mi madre estuviera saliendo con el exmarido de Melissa, del que me atrevería a decir que ni siquiera mi padre sabía su existencia.

Sam, al ver que ocurría algo, cogió a mi hermana de la mano y supe que irían al jardín.

Mi padre echó un vistazo alrededor, una de las camareras ya estaba acercándose para recoger los cristales y el vino de la copa de Melissa, y nos pidió a todos que lo siguiéramos.

—¿Qué eso de que es tu exmarido? —le preguntó a Melissa— No me dijiste que estuviste casada.

—Porque esa parte de mi vida la borré, Tom —respondió ella.

—Desde luego, mamá, menuda casualidad que hayas conocido a este hombre, con la de ellos que hay en el mundo —resoplé.

—¿Casualidad? No es una casualidad, ¿verdad Kevin? —dijo Melissa— Sabías que estaba casada con él, ¿no es cierto? Y decidiste acercarte a su exmujer para volver a arruinarme la vida otra vez.

—¿De qué hablas? No tenía ni idea de que tú fueras la mujer de su ex.

—¿Cómo de joven eres con respecto a mi madre? —curioseó Nick.

—Tiene cuarenta y cinco años, no es mucho más joven que yo.

—Mamá, tiene once años menos que tú, podría ser tu hermano —protestó.

—¿Y qué pasa? ¿Es que tu padre sí puede estar con una mujer quince años más joven que él?

—Eso digo yo, hermano —añadí—. ¿En papá está bien visto, pero no en mamá? ¿O es que él es un machote po tener una mujer joven y poder con ella en la cama, y mamá es una especie de momia?

—No he dicho eso, yo solo… Sabes que cuando papá nos habló de Melissa me puse igual, solo tiene diez años más que yo y pensé que iba en busca de su fortuna.

—Salta a la vista que no fue así —contestó Melissa.

—¿Podemos volver al hecho de que tienes un exmarido del que no sabía nada? —habló de nuevo mi padre.

—No te lo dije porque no quería hablar de ello. Llevaba dos años divorciada cuando te conocí, y estuvimos ese mismo tiempo casados, el que necesitó para arruinarme la vida.

—No te arruiné la vida, Melissa.

—Ah, ¿no? ¿Y cómo llamas tú a fundirte el dinero de la herencia que me dejó mi abuelo cuando falleció al ser su única nieta y pariente viva? Te lo apostaste todo en los casinos, y te lo fundiste en botellas y botellas de alcohol.

—No me jodas, ¿ahora vienes en busca de la fortuna de Tessa? —gritó mi padre.

—Tuve una mala racha, Melissa, y lo sabes. Perdí el dinero que había invertido en el negocio del que fuera mi mejor amigo, y yo…

—Ahogaste las penas en alcohol y apuestas usando el dinero de tu mujer, claro, muy bien —volteé los ojos.

—La empresa de mi abuelo, esa que fundó años atrás, se fue a la quiebra por tu culpa —le recriminó Melissa— Me arruinaste de tal manera que acabé malvendiendo todo para poder liquidar deudas. Me quedé sin nada, empecé a trabajar en una notaría y allí conocí a Tom. Rehíce mi vida como pude, y no quiero que vuelvas a estar en la mía.

—Si vienes buscando el dinero de mi madre, te aseguro que no te vamos a permitir que le robes un solo céntimo —le advirtió Nick.

—¿Podemos calmarnos? Kevin no va a robarme nada. Nos conocimos hace seis meses, fue durante un desfile en Mónaco. Es un hombre honrado, se gana la vida en…

—¿Honrado? Tessa, no creo que esté contigo con buenas intenciones —la cortó Melissa.

—Mamá, como tu asesor financiero, espero que me hagas caso y no dejes que este hombre meta las narices en tus asuntos.

r

—No voy a meterlas, tengo mis propios negocios.

—Por Dios —Melissa comenzó a caminar de un lado a otro—. ¿Qué negocios puede tener un hombre que ni siquiera pudo pagar un abogado para nuestro divorcio?

—Trabajo en una agencia de publicidad, sabes que antes de perder mi dinero me dedicaba a ello por mi cuenta. Ahora soy directivo en una de ellas.

—No me digas que es la agencia con la que casualmente empezamos a trabajar hace cinco meses, mamá —curioseé.

—Sí, cariño —sonrió.

—Bueno, a favor de Kevin diré que la agencia tiene una larga y sólida trayectoria.

—Yo entré en ella hace ocho años, después de estar dos años en rehabilitación después del divorcio, y uno trabajando en lo que podía mientras encontraba algo de verdad.

—Os va a arruinar, Nick —le dijo Melissa—. Si Kevin puede, os va a arruinar.

Salió del despacho cerrando con un portazo que no nos dejó indiferentes a ninguno.

—En esta familia siempre hemos sabido cómo dar una buena fiesta —comenté, dando un sorbo a mi copa.

—No me creo que de verdad sea una casualidad que hayas conocido al exmarido de Melissa, mamá, él tenía qu
. saber de sobra quién eras cuando se acercó a ti.
é

—¿Qué más da si lo sabía? No es ningún secreto que me divorcié de tu padre, ese hombre que me engañó con l
mujer que le enseñó una de las propiedades que compró para alquilar, y seguir así amasando su fortuna.

o —No sabía que Melissa estaba casada con él, te lo juro Tessa —la cogió de la mano.

—Yo no me lo creo, y voy a llegar al fondo de este asunto. No voy a permitir que robes a mi exmujer.

—Y dale qué manía os ha dado, que no me va a robar.

—Eso no lo sabes mamá. ¿Y si tiene deudas otra vez y quiere que tú se las costees?

—Hijo, te quiero, pero no te atrevas a meter tus narices en mis asuntos, o juro que dejas de ser el asesor financiero de mi empresa.

—Y yo espero que no te arrepientas de lo que haces, el hecho de que pudiera ser tu hermano, o incluso el mío, ya es lo de menos —contestó, y también salió del despacho.

—De verdad, estas fiestas con espectáculo cada vez son mejores, nos superamos con los años —volví a beber.

—Quiero hablar con Tessa a solas, por favor —pidió mi padre.

—No voy a…

—Kevin —le dijo ella con una sonrisa—, no pasa nada, está bien.

Él asintió, le dio un beso en la mejilla y fue hacia la puerta, mis padres me miraron y levanté ambas manos.

—Está bien, hora de irse —sonreí.

Cuando salí al pasillo encontré a Kevin caminando por allí, así que me acerqué a él.

—Mira, no soy famosa por mi buen carácter, todo lo contrario. No sé en qué acabará lo tuyo con mi madre, pero te lo advierto: como le hagas daño, te juro que yo misma te lo haré pagar entre terribles sufrimientos. Ya sufrió por culpa de mi padre, y no se merece hacerlo más. Siempre le quiso, siempre cuidó de él y de nosotros, y desde que superó el divorcio y volvió a sonreír, nunca lo había hecho como hoy cuando te miraba. Así que, si aprecias eso que tienes entre las piernas, Kevin, te aconsejo que la cuides.

—No me querréis creer, pero quiero a Tessa. Ella me ha ayudado a volver a sonreír a mí también. Y no, no hay un solo día que no me maldiga por lo que le hice pasar a Melissa.

—Dudo que ella vaya a creerte, pero si intentas decírselo, buena suerte. Y recuerda, a mi madre no le jodas la vida porque te arrepentirás de haberte cruzado en su camino, por mucho que me parezca una mujer valiente por estar con un hombre más joven que ella.

Dejé a Kevin en el pasillo y regresé al salón, no había ni rastro de mi hermano y tampoco de Melissa, tan solo estaban los invitados disfrutando de aquella comida que iban ofreciendo los camareros en sus bandejas.

Cogí otra copa de vino y fui al jardín, donde encontré a Sam con Emma, sentadas en el césped y descalzas.

—¿Qué hacéis? —pregunté con una sonrisa.

—Conectando con la naturaleza —me contestó Emma con una sonrisilla preciosa.

—Es bueno para el alma —dijo mi amiga.

—Venga, Keila, prueba tú.

Me senté con ellas y, tras quitarme las sandalias, deslicé los pies despacio por el césped, notando esa agradable sensación de cosquilleo que sentía con la hierba.

Nos quedamos allí las tres unos minutos hasta que Melissa apareció para llamar a Emma. Le pregunté si estaba bien y me dijo que sí, que no me preocupara.

—¿Qué ha pasado, Keila? —quiso saber Sam, una vez nos quedamos solas.

—El nuevo novio de mi madre, al que hemos conocido todos hoy, resulta que es el exmarido de Melissa.

—¿Qué dices? Pero, ¿ella estuvo casada?

—Sé ve que sí —di un sorbo a mi copa y le hice un resumen de lo que habíamos hablado en el despacho, Sam nunca diría nada al respecto.

—Joder, pues menuda casualidad.

—Nick no lo ve así, bueno, ni él, ni mi padre, ni Melissa. Yo, no sé qué pensar, solo espero que ese hombre no haga daño a mi madre, la he visto más feliz que en los últimos quince años desde que se divorció de mi padre.

—Desde luego, cuánta razón lleva eso que dice que el pasado tiende a volver para no dejarnos avanzar. Pobre Melissa.

—Sí, el pasado puede llegar a ser una mierda —suspiré.

Y yo sabía bien de qué hablaba, pues en el mío había una mancha de esas que por más quisieras borrar no podrías. A pesar de que todo se solucionó, gracias a mis padres y el dinero que todo aquel asunto les costó, seguía ahí, formando parte de mi vida, y era por eso que no confiaba a la ligera en los hombres, y nunca lo haría.

Regresamos al salón y ya estaba mi padre allí de vuelta, Melissa y Emma estaban con él, también vi a mi hermano bebiéndose una copa de vino, pero no había ni rastro de mi madre y Kevin, así que la llamé.

—Dime, cariño.

—¿Dónde estás, mamá?

—De vuelta hacia el hotel.

—¿Cuándo regresarás a casa?

—Tal vez nos quedemos el resto de la semana.

—Me gustaría almorzar contigo mañana, las dos solas, si quieres, claro.

—Mi niña, sabes que pasar tiempo contigo que no sea trabajando, me encanta.

—Vale, pues quedamos en la cafetería cerca de mi casa, si te parece bien.

—A la una estaré allí. Te quiero, Keila.

—Y yo, hasta mañana.

Me acerqué a mi hermano y volteó los ojos al verme.

—No me des una charla que no estoy para eso —me advirtió.

—No iba a darte ninguna charla. Solo te diré una cosa, mamá ya es mayorcita para saber lo que hace y con quién lo hace. Es un hombre once años más joven que ella, sí, ¿y qué? Si papá es feliz con una mujer quince años menor que él, ¿por qué no podría serlo mamá? Es injusto que en un hombre eso esté bien visto, pero no en una mujer.

—Lo sé, y no es eso, pero, ¿y si le hace lo mismo que a Melissa?

—Eres un hombre de recursos, y estoy segura de que ya has mandado a alguien a investigarlo.

—Tú viste a mamá después del divorcio, y cómo estaba cuando supo lo de la infidelidad de papá.

—Sí, y también he visto que no ha sonreído como hoy en años.

—Lo sé, Keila, pero igual que no quería que se aprovecharan de papá, no quiero que lo hagan de mamá.

—A pesar de que lo pasó mal, sabes que mamá es una mujer fuerte —su móvil empezó a sonar—. Cógelo, anda, que tienes un problema con el trabajo —le di un beso en la mejilla.

Sam se unió a mí, charlamos con mi padre y Melissa, disfrutamos de la comida y del pastel de aniversario y brindamos con ellos por sus diez años casados y once juntos.

Sí, Melisa no era mucho mayor que mi hermano, pero siempre me pareció una buena mujer.

Nos despedimos de todos y subimos al taxi para marcharnos.

—Me voy a quedar en el hotel hasta el lunes, tiene spa y es una gozada —me dijo con una sonrisa—. Así te dej el piso libre para tus alegrías con Aaron.

—La madre que te parió.

—Será que no ibas a invitarlo a ir esta noche.

—Pues no pensaba, ya hemos tenido un encuentro en el despacho de mi padre.

—¿En el despacho de tu padre? Cualquier día te pilla y le da algo de ver que ese contable no solo le lleva los papeles y las cuentas, sino que se encarga de que su hija esté bien atendida.

—Mejor que bien —sonreí.

La dejé en el hotel quedando en vernos de nuevo el lunes y le puse un mensaje a Aaron preguntando si tenía planes para esa noche.

Aaron: *¿Alguna propuesta que hacerme?*

Keila: *Te espero en mi piso a las diez.*

Aaron: *Ahí estaré.*

No era invitación a cenar, y él lo sabía, tan solo le pedía que viniera para ayudarme a desconectar de un día tan lleno de sorpresas.

Nos despedimos de todos y subimos al taxi para marcharnos.

—Me voy a quedar en el hotel hasta el lunes, tiene spa y es una gozada —me dijo con una sonrisa—. Así te dejo el piso libre para tus alegrías con Aaron.

—La madre que te parió.

—Será que no ibas a invitarlo a ir esta noche.

—Pues no pensaba, ya hemos tenido un encuentro en el despacho de mi padre.

—¿En el despacho de tu padre? Cualquier día te pilla y le da algo de ver que ese contable no solo le lleva los papeles y las cuentas, sino que se encarga de que su hija esté bien atendida.

—Mejor que bien —sonreí.

La dejé en el hotel quedando en vernos de nuevo el lunes y le puse un mensaje a Aaron preguntando si tenía planes para esa noche.

Aaron: *¿Alguna propuesta que hacerme?*

Keila: *Te espero en mi piso a las diez.*

Aaron: *Ahí estaré.*

No era invitación a cenar, y él lo sabía, tan solo le pedía que viniera para ayudarme a desconectar de un día tan lleno de sorpresas.

Capítulo 4



Tommy

Jairo apareció por la cafetería en donde estaba tomando un café después de haber tenido una reunión con el director de una importante cadena de televisión con la que cerraba muchos acuerdos de colaboración en películas de nuestro país.

El señor Warren iba a hacer una fiesta muy distinguida en un lugar muy exclusivo a las afueras de la ciudad a donde iban a asistir muchas modelos, actrices y rostros conocidos. Me encantaba ir a esos lugares en los que siempre conseguía a una presa para terminar una noche de lo más placentera.

—Así que vamos a ir a esa fiesta —me dijo Jairo, que era mi socio y mejor amigo.

—Pues claro. ¿Acaso no es el mejor lugar para tener un poco de vida social?

—Ya, sí, como si no te conociera…

—Olvídate ya de esa mujer, será lo mejor que te pueda pasar para conseguir disfrutar de la vida —le dije refiriéndome a Cindy, su expareja con la que estuvo dos años hasta que esta, presentadora de televisión, lo dejara por un joven cantante que había saltado a la fama.

—No por eso voy a llevar la vida que tú quieres, no soy como tú, y lo sabes.

—¿Y cómo soy yo?

—Un cabrón con mucha suerte —se rio antes de dar un trago a su café.

—De eso nada, todo me lo he currado como tú, y si te refieres a las mujeres, ¿acaso es malo que disfrute siempre que ellas quieran hacer lo mismo?

—Tienes relaciones con Megan a sabiendas de que está felizmente casada.

—No lo estará tanto cuando viene a mis brazos en busca de lo que no recibe en su casa.

—¿Y Nadine? Ella daría lo que fuera por…

—No vayas por ahí, ella sabe lo que hay entre nosotros y jamás le mentí en nada. Necesitaba el empleo en mi casa y lo aceptó con esas normas.

—Estaba enamorada de ti, fue dos o tres veces a limpiar tu casa y quedó prendada, todo lo hace por esos sentimientos, pero no se merece…

—Silencio —me llevé el dedo a los labios—. Es mi vida, yo la manejo como quiera y ella es mayorcita para decidir lo que le va o no bien.

—Allá tú, pero no me hables de sentimientos —sonrió con ironía.

Después del café nos fuimos en taxi hasta mi casa para dejarme primero, y luego que lo llevara a la suya. En la puerta me encontré a Nadine con las bolsas cargadas y le ayudé a meterlas.

—¿Qué tal las compras?

—Bien, me hice con mis productos y en el super compré varias cosas para hacer estos días. Hoy vamos a comer una cazuela de pescado que dejé hecha antes de irnos.

—Genial. Voy a cambiarme —le di un beso en la mejilla.

—Vale, voy colocando todo.

Miré la lista de invitados que se había publicado en la cadena y ahí estaba Keila, una modelo de padres pertenecientes a ese mundo y que siempre me había dado un morbo increíble. Era la oportunidad perfecta para intentar un acercamiento con ella.

Me entró un calentamiento enorme cuando me puse a mirar imágenes de ella en la red, era impresionante el cuerpo que tenía y esas piernas que tan bien sabía lucir con cada uno de los vestidos que usaba de las firmas para los desfiles y que daban lugar a dejar volar la imaginación.

Apagué la pantalla del móvil y me dirigí a la cocina para echarme un vaso de zumo del que cada día me tenía preparada una botella recién exprimida.

Estaba colocando todo y calentando a fuego lento la comida mientras estaba sumida en su silencio y esos pensamientos que a ella siempre la envolvían. Jamás le pregunté de qué se trataban, pero imaginaba que era todo en torno a la vida que aquí llevaba.

—¿Bien? —le pregunté que era lo único que hacía.

—Sí, ya casi tengo todo listo y preparo la mesa.

—No hay prisa —dejé el vaso de zumo sobre la isleta de la cocina y me coloqué detrás de ella metiendo mi mano por debajo de su pantalón de punto y separando su braga para llevar mis dedos al interior de su vagina. Ella separó las piernas—. Bien, así me gusta —dije al notar que no había humedad. Agárrate a la encimera.

Me bajé el pantalón y coloqué mi punta en la entrada de su vagina, no necesitaba preservativo, cada día ella tomaba la pastilla anticonceptiva delante de mí y ya me encargué en su día de hacerle unas pruebas de salud para asegurarme de que la relación con ella era segura y placentera al no tener que usar látex.

La hice gemir como loca con cada azote rápido y seco, se agarraba fuerte a la encimera mientras yo tiraba de sus pechos para causarle cierto dolor que le elevara la excitación a más potencia.

Me corrí dentro de ella y apagó la vitro para ir a la ducha a lavarse. Yo me aseé el miembro y le di el succionador para que se lo manejara bajo el agua mientras yo la observaba viendo su rostro sumido en el placer.

Cuando salió se sentó en el borde del lavabo y abrió las piernas. Le di el objeto de silicona que era masajeador vaginal y se lo colocó dentro dejando la cadena por fuera. Metí mis dedos para comprobar que se lo había colocado bien.

—Media hora, ¿vale?

—Sí —sonrió ella y me dio un beso en los labios antes de bajarse.

Se lo dejó puesto para luego cuando fuera a su habitación a descansar tiraba dos veces de la cadenita y eso actuaba media hora, que era el tiempo que yo lo había programado.

A ella le encantaba y era como un mimo con el que le obsequiaba cada cierto día y es que la relajaba mucho, era placentero, pero sin llevarte a la excitación. Según decía era una revolución en las mujeres que buscaban mimar esa zona para prepararla para el sexo.

Nadine era muy permisiva y contribuía a todo lo que yo le pedía sin poner objeción alguna, incluso cuando le hacía prácticas anales de todo tipo después de haberla hidratado bien. Aunque no abusaba mucho de ellas, sí que de vez en cuando le recordaba que eso seguía siendo importante en este tipo de relación.

Después de comer me fui a mi habitación y me tiré en la cama a descansar un poco, no solía dormir al mediodía pero sí que me tumbaba una hora antes de disponerme a seguir haciendo cosas.

Aproveché para llamar a mi hermano Carles que acababa de llegar a la ciudad, ya que había estado en España disfrutando de un partido de fútbol.

—¿Qué tal, hermano? —preguntó al descolgar.

—Bien, ¿qué tal por España?

—Genial, con una victoria clara y merecedora de mi equipo. Lo disfruté mucho. Vienes hoy, ¿verdad?

—Por nada del mundo me perdería el cumpleaños de mi única sobrina.

—Perfecto, así me gusta, que sigas priorizando las cosas importantes de la vida como es la familia.

—Siempre, hermano, siempre. Nos vemos en un rato.

—Así sea.

Justo a la hora me di una ducha, me vestí, entré al cuarto de Nadine, le quité el aparato y le di un beso.

—Luego nos vemos. ¿Una crema de verduras para cenar?

—Claro, la prepararé. Vas muy guapo.

—Gracias, Nadine —le besé la mano y me marché.

Me dirigí hacia la casa de mi hermano donde estaban Luc y Jade, mis padres, dos guapetones de sesenta y ocho años que lucían como dos de cincuenta del buen aspecto que tenían.

Mi sobrina Camille corrió hacia mis brazos con ese cuerpecito tan pequeñito y esa belleza tan grande.

—Tío, te estaba esperando —la cogí al vuelo y la elevé como si fuera un avión.

—¿Sabes que te he traído un regalo de princesita?

—Sí, de princesita como yo.

—Si se te cae mi nieta te dejo sin eso que los hombres apreciáis tanto —dijo mi madre, acariciándome la espalda.

—¿Quieres que te coja a ti también?

—No, déjalo, que capaz eres de mandarme a unos metros de distancia —me besó el brazo.

—Abuela, que me ha traído un regalito de princesa como yo.

—Tu tío sabe cómo ponerte contenta.

—Toma, preciosa —le puse la bolsita en sus manos y corrió a un borde de escalera para sentarte a abrirlo.

—Mi padre bien, ¿no?

—Sí, hijo, ahí está tomándose el vinito. Esta situación me duele mucho —le dio un trago a su copa.

—Es muy orgulloso y yo no me pienso bajar del burro…

—Lo sé, pero bueno, espero que como en otras ocasiones lleguéis juntos a ese punto de inflexión que todos esperamos.

—Y si no llegamos, él se lo pierde —le acaricié la mejilla.

—Odio cuando te pones así de impertinente, estás deseando tanto como él en que estéis bien, pero sois igual de orgullosos.

—Tito, me encanta el reloj de princesa y el pijama.

—Sabía que te gustaría. Te queda espectacular en la muñeca —le dije cuando ella me lo enseñaba emocionada.

—Cuñado, a ver cuándo me regalas un reloj a mí —me dijo Marie, mi cuñada.

—Lo siento, pero a la única que mimo es a mi sobrina.

—Qué suerte tiene mi hija, menos mal que es medio mentira porque esos perfumes que me regalas…

—Los robo en el chino —dije provocándoles una carcajada.

—¿Y por qué será que no cuela?

—Porque lo conocemos —contestó mi madre, cogiendo a su nieta de la mano y llevándola hacia el abuelo.

—¿Qué tal, cuñada? —le eché la mano por el hombro y le besé la mejilla.

—Ya sabes, aguantando hasta que deje de hacerlo.

—Os queréis mucho, pero tenéis aficiones diferentes y eso os está separando.

—Él no está por la labor de compartir con las mías y en las suyas no me deja entrar porque prefiere irse con sus colegas a seguir a su equipo por todas las ciudades en qué juegan. ¿Qué puedo hacer? Pues aguantar hasta que explote y no haya marcha atrás.

—El fútbol es su pasión y su equipo su ruina, se lo lleva todo a lo más personal y no se da cuenta que tiene una familia con la que compartir los fines de semana.

—Pues ahí lo tienes, así que el tiempo y mi paciencia dirán. Sigo saludando a invitados que no sé ni lo que hacen aquí, las cosas de tu hermano —volteó los ojos.

Me acerqué a Martha, la amiga de mi cuñada desde la infancia con la que yo había tenido algún que otro affaire a lo largo de los años cuando mi hermano comenzó a salir con su mujer.

—Hombre, el tipo más irresistible de París.

—¿Qué tal preciosa? —le besé la mejilla.

—Aquí en el cumple de mi sobri, porque esa, aunque no lleve mi sangre, es más mía que tuya.

—Bueno, habría que preguntárselo —carraspeé.

—Qué de tiempo sin verte.

—Sí, es verdad que no hemos coincidido.

—¿Todo bien?

—Sí, todo como siempre —sonreí.

Comencé a charlar con unos y con otros, menos con mi padre, ese orgulloso hombre que como decía mi madre, lo estaba deseando tanto como yo, pero ninguno estábamos dispuesto a dar ese paso.

Después de toda la tarde disfrutando del cumpleaños me fui despidiendo y me marché hacia la casa donde me esperaba Nadine con la crema de verduras preparada.

Llegué y me la encontré en la cocina preparando comida con los cascos puestos y bailando a ritmo de una

canción que cantaba a todo pulmón y que no sabía de cual se trataba.

Le apreté la nalga y se sobresaltó.

—Joder, que no te esperaba —se llevó las manos al pecho.

—Te veo muy animada —le metí la mano por delante y toqué su zona, obviamente no le había dado tiempo a humedecerse.

—Estaba preparando la comida de mañana y ya tengo la crema solo para calentar —jadeó con el contacto de mis dedos en su clítoris.

—Huele muy bien, Nadine —susurré en su oído antes de apagar los fuegos y subirla a la encimera para seguir acariciando ese punto que la hacía explosionar a la vez que la penetraba para hacérselo allí mismo.

Había venido con un calentón impresionante y era el momento de aliviar la tensión de mi miembro.

canción que cantaba a todo pulmón y que no sabía de cual se trataba.

Le apreté la nalga y se sobresaltó.

—Joder, que no te esperaba —se llevó las manos al pecho.

—Te veo muy animada —le metí la mano por delante y toqué su zona, obviamente no le había dado tiempo a humedecerse.

—Estaba preparando la comida de mañana y ya tengo la crema solo para calentar —jadeó con el contacto de mis dedos en su clítoris.

—Huele muy bien, Nadine —susurré en su oído antes de apagar los fuegos y subirla a la encimera para seguir acariciando ese punto que la hacía explosionar a la vez que la penetraba para hacérselo allí mismo.

Había venido con un calentón impresionante y era el momento de aliviar la tensión de mi miembro.

Capítulo 5



Keila

Aaron se acaba de ir, lo sabía porque escuché la puerta al cerrarse y me olía a café recién hecho.

Por norma general no se quedaba a dormir, pero estas dos noches había hecho una excepción porque a ese hombre moreno y de ojos ámbar, le tenía mucho cariño y era la única persona a la que le permitía, en ocasiones, abrazarme mientras dormía.

Me levanté para comenzar con el domingo, me puse la bata y fui a la cocina donde encontré una nota suya que me sacó una sonrisa.

«Buenos días, preciosa. Disfruta del café y que tengas un bonito domingo. Si requieres de mi compañía nuevamente, ya sabes lo hacer»

Sí, con enviarle un mensaje sería más que suficiente para que viniera a casa.

Me tomé el café contemplando la torre, esa que ya estaba siendo fotografiada por los turistas más madrugadores.

De todos los sitios del mundo que visitaba por trabajo, este sin duda alguna era mi rincón favorito.

Fue aquí donde me refugié una vez, en casa de mi padre, mientras mi hermanita pequeña me sacaba esas sonrisas que tanta falta me hacían en aquel momento. Y cuando vi que había un piso en venta, llamé a la inmobiliaria, lo visité y dos días después tenía las llaves en mi poder.

Mi madre decía que nosotras por el trabajo que teníamos éramos un par de culos inquietos, yo prefería decir que me movía libremente y fluía con la vida al son que me indicaba.

Aunque añoraba mi casa y como decía mi hermano pasaba poco tiempo en ella, pero este lugar para mí era el perfecto en el que ser yo, un poco más libre, donde vine a olvidar y sané, al menos un poco.

Después del café me di una ducha, eché un vistazo a la prensa donde hablaban de la nueva colección de la firma

de la que era imagen, bueno, una de las firmas con las que trabajaba, y estuve hablando con Sam por mensajes, que me envió una foto suya en el spa del hotel.

Quedamos en que se vendría al piso esa misma tarde, le dije que iba a almorzar con mi madre y fui a darme una ducha y prepararme para esa salida.

Me puse unos vaqueros ajustados, las botas altas de tacón cuadrado, un jersey beige y mi chaqueta de cuero negra con las gafas de sol y la boina al más puro estilo parisino.

No quería que me reconocieran por la calle, aunque aquello sí que era algo poco probable dado que no solo yo era una modelo de las más famosas y mejor pagadas de los últimos tiempos, sino que era hija de mi querida madre y ella aún era más famosa que yo, dado su pasado en el mundo de la moda.

Fui dando paseo hasta la cafetería que había a solo una calle de mi piso y cuando llegué, mi madre ya estaba dentro con una copa de vino blanco.

—Hola, mamá —sonreí, al tiempo que me inclinaba para darle un beso y ella me abrazó.

—Hola, mi niña. Tan elegante en los desfiles y las fiestas, y con este *look* medio roquero en tu tiempo libre —rio.

—Paso desaperciba, o al menos lo intento —dije mientras me sentaba.

—¿Qué te apetece?

—Pues un vinito como el tuyo.

—¿Y de comer?

—Algo ligero.

—Vale, pediré entonces —llamó a la camarera a quien pidió una copa de vino, además, de una ensalada César para compartir, y como plato principal, pescado para las dos.

—Enseguida se lo traemos —contestó después de tomarnos nota.

—Bueno, entonces, Kevin y tú…

—No empieces como tu padre o tu hermano, por favor —me cortó.

—No voy a empezar nada, ya le advertí a él que, si te hacía daño de algún modo, yo le haría pagarlo entre

terribles sufrimientos.

—Y yo te veo, pero que muy capaz, hija, pero no será necesario. Kevin es un buen hombre, de verdad. Yo sabía lo de su pasado, pero no quién era ella, de haberlo sabido no sé si estaría con él. Tú sabes que la agencia para la que trabaja no contrata a cualquiera. Apenas prueba el alcohol, es un hombre nuevo.

—Y tú le quieres —sonreí.

—Pues sí, me gusta su compañía. No me hace sentir vieja como todo el mundo dice que soy —resopló—, porque no lo soy.

—Claro que no, mamá. Y si lo dices por lo de ser modelo, ya ves que hay mujeres mayores que trabajan en las pasarelas y para las firmas.

—Ahora sí, pero no en mi época.

—Y por eso pusiste en marcha tu propia agencia de modelos. La mejor y lo sabes.

—Soy una mujer madura, sí, pero sexy todavía —sonrió, haciéndome un guiño y me reí.

—No quiero detalles, pero seguro que tienes una vida sexual de lo más espléndida.

—Creo que he aprendido cosas nuevas en estos seis meses.

—Ya sabes lo que dicen, el sexo es bueno para la piel, y para la salud.

—¿De verdad a ti no te molesta que sea más joven que yo?

—¿Quién soy yo para decirte nada al respecto, mamá? Cada uno es libre de hacer lo que quiera con su vida. Yo no tengo pareja, pero no por eso me privo de tener un poco de acción y liberar tensiones.

—Más vale que tu padre no sepa que te acuestas con su contable, o le dará algo.

—¿Sabes? Me da igual si se entera, no le hacemos ningún mal a nadie. Él está soltero y yo también. Además, papá no es el mejor para dar ejemplos de moralidad.

—Desde luego que no.

—¿Qué te dijo cuando os quedasteis solos en su despacho?

—Que me folle a quien quiera, pero que no deje que me roben lo que algún día será vuestro.

—Sabes que tengo mi propio dinero y con el tuyo puedes hacer lo que te dé la gana.

—Lo sé, pero la agencia espero que algún día sea tuya, cariño —me cogió la mano—, no habría nadie mejor que tú para dirigirla.

—Dentro de muchos años —sonreí.

Nos trajeron la comida y seguimos hablando de ella y Kevin, y por el modo en el que le brillaban los ojos, estaba claro que amaba a ese hombre con cada fibra de su ser.

—Por cierto, estabas invitada a la fiesta de los Warren, ¿verdad? —dijo, cuando estábamos con el café.

—Sí, ya tengo el vestido y todo.

—Bien —sonrió—. Esperaré a verte en las revistas de todo el mundo.

—En serio, eres la típica madre orgullosa que presume de su hija modelo.

—¿Y cómo no iba a hacerlo, cariño? Eres preciosa y lo sabes, desde que eras una bebé. Todo el mundo me lo decía.

—Y tú, hinchada como un pavo —reí.

—Obvio, a nadie le gusta escuchar que su hijo es feo.

—Me alegro de que tengas a alguien que te haga sonreír de nuevo, mamá —le cogí la mano para darle un apretón—. Si tú eres feliz, que no te importe lo que digan los demás. Has estado casi quince años sin pareja.

—No creí que volvería a aparecer alguien que me removiera todo, pero Kevin lo ha hecho —sonrió.

—Eres joven, mamá, no una momia como dijiste ayer.

—Nick, no lo va a aceptar —suspiró.

—Estoy segura de que sí, solo tienes que darle algo de tiempo. Si Kevin no tiene nada, acabará dándose cuenta de que no te arruinará la vida.

—Yo confío en él, Keila.

—Solo espero que no te haga daño, mamá.

Terminamos el café y nos despedimos con un abrazo, quedando en vernos antes de que se marcharan, pues estarían una temporada por aquí, ya que en la agencia tenía a Jackie, su asistente y quien se encargaba de que todo marchara bien en ausencia de mi madre.

Regresé a casa dando un paseo, compré unos croissants recién hechos en la pastelería de la esquina de mi calle, y cuando entré vi a Sam preparándose un café.

—Hola, cariño —sonrió—. ¿Qué tal con tu madre?

—Bien, no se marcharán todavía, así que volveremos a vernos.

—¿Habéis hablado de la fiesta de ayer?

—Sí, mi padre dijo que no le importaba con quién se iba a la cama, pero que no nos quite lo que algún día heredaremos.

—Joder con tu padre, como si Nick o tú fuerais unos ineptos y no tuvierais medios para amasar una fortuna.

—Que piense lo que quiera, como le he dicho a ella, puede hacer lo que le venga en gana con su dinero, aunque insista en que yo dirija algún día la agencia. ¿Me haces un café? He traído croissants —levanté la bolsa.

—Oh, qué ricos, qué bien huelen.

Sam cogió una de las cápsulas de la cafetera y me preparó el café mientras yo colocaba aquellos deliciosos dulces en un plato y los llevaba al salón. Me quité las botas y me senté en el sofá cogiendo uno.

—¿Qué estás viendo? —pregunté al ver que había anuncios en la televisión,

—Un programa de cotilleos, van a entrevistar a esa actriz famosa que acaba de divorciarse. Por lo que he leído en la prensa, va a hablar de su ex, al parecer tiene varios trapos sucios que destapar de él. Desde luego, no es oro todo lo que reluce, con esas fotos de pareja feliz que mostraban siempre en redes.

—Ya ves, en todas las casas hay una oveja negra —sonreí.

—Lo que siempre me llamó la atención de tus padres es que nunca hablaron mal el uno del otro en la prensa.

—Mi padre, fue un capullo al serle infiel, pero mi madre, no quería montar un circo mediático por ese asunto. Nick estaba en la universidad y yo en el instituto, bastante fue pasar por el divorcio sin que él acabara metido en las drogas y yo con unas notas de mierda.

—También ayuda que tu hermano nunca fuera un mal chico, y a ti se te diera bien estudiar.

—También —di un sorbo al café.

—Oye, ¿y si salimos esta noche? He visto un club nuevo cerca del hotel donde me alojé.

—Vale, nos irá bien desconectar un poco.

—Sobre todo a ti, que llevas una racha de aquí para allá con tanto trabajo. Te recorres el mundo tan a menudo que pareces azafata de vuelo.

—Ni que fuera yo sola, que tú vienes a todos esos viajes —reí.

—Son los sacrificios que tiene que hacer una servidora por ser tu mejor amiga.

—Sacrificios, ya —sonreí negando—. Por eso no querías volver del hotel con spa, porque era un sacrificio para ti estar allí, ¿verdad?

—Uno grandísimo, en serio, pero por mi mejor amiga y su vida sexual, lo que haga falta —dijo llevándose la mano al pecho.

—Qué valor tienes de decir eso —reí.

—También ayuda que tu hermano nunca fuera un mal chico, y a ti se te diera bien estudiar.

—También —di un sorbo al café.

—Oye, ¿y si salimos esta noche? He visto un club nuevo cerca del hotel donde me alojé.

—Vale, nos irá bien desconectar un poco.

—Sobre todo a ti, que llevas una racha de aquí para allá con tanto trabajo. Te recorres el mundo tan a menudo que pareces azafata de vuelo.

—Ni que fuera yo sola, que tú vienes a todos esos viajes —reí.

—Son los sacrificios que tiene que hacer una servidora por ser tu mejor amiga.

—Sacrificios, ya —sonreí negando—. Por eso no querías volver del hotel con spa, porque era un sacrificio para ti estar allí, ¿verdad?

—Uno grandísimo, en serio, pero por mi mejor amiga y su vida sexual, lo que haga falta —dijo llevándose la mano al pecho.

—Qué valor tienes de decir eso —reí.

Capítulo 6



Keila

Sam y yo llegamos al club que había mencionado y no era de extrañar que estuviera lleno, se veía un buen ambiente y la música también acompañaba.

Pedimos un par de gin tonics en la barra y cuando nos lo pusieron, vimos que se quedaba libre una de las mesas y fuimos a sentarnos.

—Aquí veo muchos rostros conocidos del mundo de la música y la moda —dijo Sam.

—Eso estaba pensando yo. ¿Aquel no es François Dubois, el diseñador?

—Sí, pero a la que está besando de ese modo tan poco decoroso en la pista de baile, no es su novia.

—Espera, creo que lo dejaron hace como tres meses, o algo así —le di un sorbo a mi copa—. Es Michelle, la modelo imagen de su firma.

—Si fuera periodista del corazón me asaltarían ciertas dudas —carraspeó—. ¿Eso que vemos es amor, o interés?

—Quién sabe, cualquiera de las dos respuestas podría ser perfectamente válida.

—Cierto. Y cambiando de tema, esta tarde me escribió Paul.

—Qué Paul, ¿el señor te doy a elegir entre tu trabajo y nuestra relación?

—El mismo.

—¿Qué quería ahora?

—Invitarme a su boda.

—¿Cómo has dicho? Creo que no te he escuchado bien.

—Lo has hecho, te lo aseguro.

—Después de un año de que rompierais, ¿me estás diciendo que te ha llamado para invitarte a su boda?

—Sí.

—Vaya par de huevos tiene. ¿Y cómo es que se casa, para empezar? ¿Con quién? ¿Desde hace cuánto la conoce?

—Como sabes, Paul es presentador de las noticias, y al parecer un mes después de nuestra ruptura entró una nueva asistente de maquillaje, surgieron las chispas y empezaron a salir dos meses después, se comprometieron el mes pasado y se casan a primeros de octubre.

—Joder, pues que viva el amor —levanté mi copa y ella hizo lo mismo para brindar mientras sonreía—. Y, ¿vas a ir a la boda?

—No, no voy a ir. Le he dicho que gracias por la invitación, pero que no iré, estamos hasta arriba de trabajo.

—Además de que las dos sabemos que eso es mentira, porque, aunque tenemos trabajo para primeros de octubr no hay nada programado aún, imagino que te habrá dicho lo de siempre, que para no perder la costumbre antepones el trabajo a otras cosas.

—Me da igual lo que diga, no pienso ir a la boda del hombre que se suponía que estaba tan enamorado de mí, y resulta que no, que un mes después de dejarme ya empezó a querer a otra. Que me da igual, Keila, y lo sabes, porque lo superé, pero no voy a ir a esa boda.

—Sé que lo superaste, cariño, pero es normal que eso duela un poquito.

Y sabía que a mi mejor amiga le dolía el hecho de que su ex fuera a casarse, porque la noche en la que él le dijo que tenía una pregunta que hacerle, pensó que sería precisamente esa, si se casaría con él, puesto que llevaban tres años saliendo y Sam pensó que finalmente él iba a dar ese gran paso en la relación.

Pero no lo hizo, simplemente le dio a elegir entre seguir trabajando o estar juntos porque él no soportaba que mi amiga viajara tanto conmigo por trabajo. Incluso en alguna ocasión él pensó que Sam le había sido infiel, y esa fue la excusa perfecta para acabar con la relación, decirle que no quería seguir pensando que su novia pudiera estar en la cama con otro.

Como le dije en su momento, estaba mejor sin él, pero, aunque nunca lo vi un mal hombre, la controlaba

demasiado.

—¿Keila? —me giré al escuchar que decían mi nombre, y sonreí al ver quién era.

—¡Gaby! —me puse en pie para abrazarla.

—Cuánto tiempo sin verte, ¿cómo estás?

—Muy bien, pasando una temporada aquí.

Gaby era redactora en una revista digital que publicaba noticias de todo tipo, pero ella se dedicaba a la sección de moda, hablando de las nuevas colecciones de los diseñadores, así como perfumes y los desfiles o eventos importantes relacionados con ese mundo.

—Te veo fantástica, y en la portada de la revista con la nueva colección de la firma de Fabio, estás impresionante.

—Gracias —sonreí—. No sabía que a este club vinieran tantos personajes públicos, además de François Dubois me ha parecido ver a esa actriz de cine que ha estrenado una película recientemente.

—Sí, la verdad es que a pesar de que es un club donde vienen muchos personajes públicos y famosos como edices, aquí gozan de intimidad, dentro de lo que se puede porque ya sabes que es inevitable que alguien haga una foto y al compartirla en redes, se vea al famoso —sonrió.

—Cierto.

—Bueno, os dejo que estoy con unas compañeras celebrando el cumpleaños de una de ellas. Me alegro de verte tan bien —me dio un abrazo y nos despedimos.

—Señoritas, de parte del caballero de la barra —dijo el camarero dejando un par de gin tonics en nuestra mesa y al mirar, vi que era Aaron, que levantó su vaso de whisky con una sonrisa.

—Creo que me voy a volver sola al piso, ¿no? —comentó Sam riendo mientras lo veíamos acercarse a nosotras

—¿Qué hacen dos hermosas mujeres como vosotras aquí solas? —preguntó.

—Tomando una copa —respondí—. Gracias por estas.

—Un placer. ¿Puedo? —Señaló la silla libre.

—Claro. ¿Has venido solo?

—No, estaba con un amigo, pero ya se ha ido. Y entonces os he visto.

—Ya nos podías haber visto antes y presentarle a Sam a tu amigo.

—Es gay, y está casado —sonrió.

—Oh, por favor, me voy a convertir en la vieja de los gatos —resopló ella, haciéndonos reír.

—Qué exagerada eres, Sam.

—No, hablo en serio, Keila. Los gatos empiezan a acercarse a mí por la calle, veo que voy a ser como esas ancianas de las películas, rodeadas de gatos. De todas clases y razas, blancos, negros, naranjas, grises, multicolor, habrá de todo —volteó los ojos y dio un sorbo a su copa.

—Aaron podría presentarte a alguien.

—No, mejor no, mi vida no está en París y lo sabes. Si me disculpáis, voy un momento al baño.

Se levantó dejándonos a Aaron y a mí a solas, sabía que lo había hecho a propósito.

—Sam es una mujer encantadora, en serio no sé cómo no tiene una cola de hombres esperando que les haga caso —comentó.

—Aunque la tuviera, Sam espera encontrar a la persona adecuada. Su ex la ha llamado para invitarla a su boda.

—No jodas, ¿en serio? Qué poco tacto ha tenido ese tío.

—Yo creo que más bien lo ha hecho a propósito, ya sabes, en plan, he encontrado la estabilidad que tú no quisiste.

—Fue un egoísta por querer privarla a ella de su trabajo.

—Así que te ha dejado solo tu amigo.

—Sí, pero ahora estoy en muy buena compañía —murmuró mirándome fijamente y en el momento en el que sus ojos bajaron a mis labios, llevé la mano a su muslo.

—¿Has traído tu coche?

—Sí.

—¿Tienes planes para el resto de la noche?

—Estoy abierto a cualquier propuesta —contestó.

—Llévame a tu apartamento.

—Tus deseos son órdenes, preciosa.

Ambos bebimos de nuestras copas y cuando volvió Sam, no hizo falta que le dijera nada, me dio un abrazo deseándome una buena noche de liberar tensiones, y tras despedirse de Aaron se fue hacia la puerta del club para volver a mi piso.

Aaron y yo nos marchamos poco después, no tenía el coche muy lejos, así que apenas caminamos, me abrió la puerta del copiloto y me acomodé esperando a que ocupara su asiento.

En cuanto lo puso en marcha cogí su mano y la llevé a mi muslo, sonrió de medio lado y comenzó a acariciarlo despacio, subiendo hasta mi entrepierna.

Separé mis piernas un poco más y le dejé hacer. Tras meter la mano por dentro del tanga, comenzó a tocarme de esa manera lenta y pausada que me hacía excitarme y que la humedad comenzara a formarse en mi interior.

Me movía despacio, al ritmo de su mano, disfrutando de ese momento hasta que llegásemos a su edificio, que sabía que no estaba muy lejos.

Cuando se detuvo en un semáforo tiré de él para besarlo, liberó uno de mis pechos con su otra mano y comenzó a masajearlo y a pellizcar del pezón haciéndome gemir.

En el momento en el que escuchamos el claxon del coche que estaba justo detrás de nosotros, Aaron se apartó y retomó el camino. Por suerte su deportivo era un coche automático y no necesitaba la mano derecha para conducir, esa que seguía jugando entre mis piernas.

Entramos en el parking de su edificio, dejó el coche en su plaza y cuando retiró la mano se la llevó a la boca pasa chuparse los dos dedos que habían estado en mi vagina.

Bajamos del coche y una vez llegamos al ascensor, me apoyó en el espejo que había en la pared del fondo quedándose a mi espalda, mordisqueando mi cuello mientras nuestras miradas se encontraban en el reflejo.

Sentí sus dos manos subiendo por mis muslos, acariciándolos despacio, hasta que llegaron a las nalgas y las apretó con fuerza. Las deslizó hacia la parte delantera y las metió por el tanga, tocándome el clítoris con dos dedo

de caca una de ellas y al mismo tiempo haciéndome gemir.

Y siguió así, deslizando esos dedos por mi clítoris despacio y sin parar, rozándome con la erección que cubrían sus pantalones entre mis nalgas mientras me apoyaba en el espejo y jadeaba sobre él, notando el roce en mis pezones que los hacía endurecerse aún más.

El sonido del aviso de llegada a su planta hizo que nos apartáramos y, tras recomponernos un poco, salimos de allí cogidos de la mano hasta la puerta de su apartamento.

Nada más cruzarla Aaron me cogió en brazos y me pegó a ella, devorándonos en un beso hambriento. Mis manos se movían solas y poco a poco le quité la chaqueta del traje y la corbata, con la camisa no fui tan paciente y separé la tela de tal modo, que los botones saltaron por los aires.

Rompí el beso y le di un leve mordisco en el hombro mientras él seguía apretándome las nalgas.

Comenzó a caminar hasta su habitación, me recostó en la cama y se desnudó por completo mientras yo lo observaba.

Cuando acabó me quitó los zapatos, se arrodilló entre mis piernas y comenzó a quitarme el tanga, ese que lanzó al suelo junto con su ropa.

Levantó la falda del vestido y se cubrió la cabeza con ella, no tardé en notar su lengua entre los pliegues que él mismo se había encargado de humedecer en el camino.

Aaron lamía, me tocaba y me penetraba con dos dedos sin parar. Se detuvo justo a tiempo, sonrió haciéndome un guiño cuando retiró la falda del vestido de su cabeza y mientras él iba al cajón de la cómoda por lo que íbamos a necesitar, yo terminé de desnudarme para esperarlo.

Regresó con el succionador de clítoris que me lo colocó ya vibrando, y comenzó a penetrarme con dos dedos para ayudarme a alcanzar aquel orgasmo.

Cuando me corrí con fuerza se recostó en la cama y me senté a horcajadas sobre él, dejando mi sexo húmedo sobre su miembro erecto y moviéndome en busca de más placer sin llegar aún a penetrarme.

Apoyé las manos en su torso y él llevó las suyas a mis pechos, masajeándolos, jugando con los pezones entre sus dedos y tirando de ellos, lamiéndolos y mordisqueándolos cuando se los llevaba a la boca haciéndome gemir.

El simple roce de su miembro en mi clítoris durante esos placenteros minutos, junto con todo lo que hacía con las manos y la lengua en mis pechos, me llevaron a otro orgasmo.

Cogió el preservativo y tras ponérselo, me fue penetrando hasta quedar unidos y gemí.

Comencé a moverme rápido y sin parar, una y otra vez, de arriba abajo y moviendo las caderas en círculos. Ambos jadeábamos y nos dejábamos ir hacia ese momento en el que yo me volvería a correr, tal como lo hice.

Me levanté y tras colocarme de rodillas él se colocó a mi espalda, cogió el succionador y me lo entregó para que me lo colocara en el clítoris. Empezó a penetrarme rápida y profundamente, agarrado a mis caderas con fuerza, entrando y saliendo mientras de su garganta salían esos jadeos que me dejaban claro que disfrutaba del momento tanto como yo.

Y mientras Aaron me follaba con fuerza desde atrás y el succionador me elevaba a un nivel muy superior de excitación, los dos alcanzamos el clímax al unísono. Yo grité con todas las fuerzas que tenía, y él gimió mientras me seguía penetrando con esos últimos coletazos de un orgasmo brutal.

Dejé el succionador en la cama y cuando Aaron se retiró me recosté en ella para recobrar el aliento unos minutos.

Lo escuché ir al cuarto de baño y no tardé en oír el agua de la ducha cayendo, poco después noté sus manos cogiéndome en brazos y me llevó con él.

Nos duchamos como siempre después de un encuentro y le permití abrazarme. Como ya dije, además de a mi padre y mi hermano era el único hombre al que le permitía hacerlo.

Aaron tenía treinta y tres años, solo cuatro más que yo, y cuando vine a París en busca de esa calma que tanto necesitaba, lo conocí en casa de mi padre y fue precisamente él quien me encontró una noche, cuando se iba de una reunión de trabajo con él, sentada en el jardín abrazándome a mí misma.

Me costó contarle lo que me pasaba, por qué estaba huyendo de mi vida en París, como le dije, tenía miedo a que me juzgara, pero no lo hizo. Aquella noche me abrazó, me dio un beso en la frente y me dijo que nunca me juzgaría por algo que no había sido culpa mía.

Después de eso y aún no sabía cómo, una noche nos besamos y acabamos en su cama, en este mismo apartamento.

De eso habían pasado cinco años y medio, seis desde que nos conocimos, y desde entonces éramos amantes, algo que a los dos nos parecía bien.

—¿Mejor? —preguntó tras cerrar el agua, pero seguía abrazándome.

—Sí, sabes que cuando me ayudas a liberar tensión, me quedo como nueva —sonreí.

—Me alegra escuchar eso —me dio un beso en la nariz—. ¿Quieres que te lleve a casa?

—¿Puedo quedarme?

—Sabes que sí, Keila —sonrió de medio lado—. Mi casa es tu casa.

—Oh, prácticamente lo es, la pagaste con el sueldo de mi padre.

—Dios, no me recuerdes que me acuesto con la hija de mi jefe.

—Y el morbo que te da eso, ¿qué? —le hice un guiño y nos echamos a reír.

—Te quiero mucho Keila, y ya sabes que no es de modo romántico. En algún momento esto llegará a su fin, pero que te quede claro que como amigo me vas a tener siempre.

—¿Ya para liberar tensión también?

—No —rio—, para eso estará tu marido.

—Eres un buen hombre, Aaron, y mereces una mujer a tu altura —le di un beso rápido en los labios y salimos de la ducha.

Después de secarnos regresamos a la habitación y me prestó una camiseta para dormir, como algunas otras veces había hecho a pesar de que no era ningún inconveniente para mí dormir desnuda.

Lo dejé que me rodeara con el brazo por la cintura, y se pegó a mí dándome un beso en el cuello.

—Buenas noches, preciosa, descansa.

—Después de liberar tensión, voy a dormir como un bebé —contesté, y se echó a reír—. Buenas noches, Aaron aunque no descarto que pueda despertarte y…

—Siempre a tu disposición, ya lo sabes —me dio apretón en la nalga.

Miré hacia la ventana durante unos segundos, cerré los ojos y me fui quedando dormida mientras sentía el pecho de Aaron subir y bajar a mi espalda. Su respiración se había convertido en eso que me daba paz y calma a partes iguales.

Porque sí, yo era una arrogante según decían muchos, tenía un carácter fuerte y no se lo discutía a nadie, pero también tenía corazón, y a las personas que me importaban se lo demostraba, aunque era cierto que no lo hacía siempre.

Me quedé dormida poco después, pero una noche más y al tener a Aaron pegado a mí, noté un leve roce entre

las nalgas y gemí.

Era de madrugada, él no tardó en darse cuenta de me movía despacio y de manera casi sutil, o, mejor dicho, su miembro fue el primero en darse cuenta de aquello, pues empezó a cobrar vida y acabamos como solía ocurrir en esos momentos, dejándonos llevar de nuevo y liberando un poco más de esa tensión que yo acumulaba.

,

o

las nalgas y gemí.

Era de madrugada, él no tardó en darse cuenta de me movía despacio y de manera casi sutil, o, mejor dicho, su miembro fue el primero en darse cuenta de aquello, pues empezó a cobrar vida y acabamos como solía ocurrir en esos momentos, dejándonos llevar de nuevo y liberando un poco más de esa tensión que yo acumulaba.

Capítulo 7



Tommy

Me puse la chaqueta, coloqué bien los puños de la camisa y comprobé que la pajarita estaba recta antes de salir de la habitación para irme.

Nadine estaba en su habitación, donde la dejé descansando después de uno de nuestros momentos de alta tensión.

Salí de casa y bajé hasta la calle donde ya estaba esperándome Jairo, que venía a recogerme con nuestro chófer Steve, quien había estado unos días en Londres, su cuidad, ya que su madre había estado hospitalizada.

—¿Qué tal, Steve? —le apreté el hombro desde atrás que era dónde me había sentado, ya que Jairo estaba de copiloto.

—Bien, señor, todo bien, mi madre ya está en casa terminando de recuperarse.

—Estupendo.

—¿Preparado, amigo?

—Jairo, ¿y cuándo no lo estoy? —carraspeé mirándolo de lado.

—También es verdad, vaya preguntas me hago. No eres tú precisamente el que debes de estar preparado, y lo estás, pero bueno, yo me entiendo.

—Y yo también, no creo que haya nadie en este mundo que te entienda más que yo.

—Yo sí que te conozco a ti —se giró y dio dos golpes en mi rodilla causándome una risilla—. Esta noche sales a lo español, por la puerta grande, cortando dos orejas y rabo, como se dice allí.

—Ojalá sea cierto —le hice un guiño y a su vez vi por el espejo retrovisor que Steve sonreía. Nos conocía a los

dos más que de sobra, y no le hacía falta hablar para entender a todo lo que nos referíamos.

Llegamos a la mansión donde nada más entrar estaban los señores Warren saludando a todo el mundo y nos recibieron con mucho cariño dándonos la bienvenida a su fiesta.

—Gracias por la invitación —les dijimos con la mejor de nuestras sonrisas.

—No podíais faltar a un día como este, sois la representación de la industria cinematográfica.

—Eso dicen —murmuré haciéndoles un guiño y nos fuimos por esa parte del jardín hacia la zona habilitada para la fiesta.

Nos pedimos dos copas de Ron con cola y nos pusimos a un lado sobre una de las tantas mesas altas que había bajo una inmensa carpa blanca cuidada al más mínimo detalle.

—¡Hola, chicos! —una voz de lo más cursi nos hizo girar la cabeza hacia el lado.

—Hola, ¿Jacquelin? —preguntó Jairo con los ojos ligeramente entrecerrados, pensando en si estaba en lo cierto y era ella, o se había equivocado de nombre.

—Sí —se puso la mano en la boca—. Me hacía mucha ilusión saludaros y aproveché que estáis aquí por si no vuelvo a tener la oportunidad. Sois los mejores —le dio un beso en la mejilla a él y luego a mí.

—Estás muy guapa —le soltó este, mirándola de arriba abajo.

—Ay, que me sacas los colores —de nuevo la mano a la boca en plan cursi.

Pues sí, ella era Jacqueline Monforte, una modelo sueca, rubia platino con el pelo completamente liso hasta la cintura. Iba con un vestido blanco de punto y mangas largas hasta la rodilla, totalmente ajustado a su silueta. La estrella de una de las firmas de ropa más importantes de la ciudad y a nivel mundial, pero era del país.

Por la cara de Jairo y lo rápido que los dos habían entrado en conversación, me daba a mí que iban a terminar esta noche con la ropa por los suelos y esa manita en la boca en otro sitio.

Me aparté con la copa en la mano para darles intimidad a esa conversación que iba tornándose a susurros en los oídos. Rápidos habían empezado, pero bueno, si había atracción, ¿para qué perder el tiempo?

No me hizo falta dar mucha ojeada cuando vi a Keila, charlando amigablemente con una presentadora de televisión. Me apoyé sobre una mesa cercana para cuando la viera a solas.

Estaba preciosa con un vestido que le quedaba de infarto. Era negro, entallado, con mangas largas de tela

transparente y escote en “V” dejando entrever esa piel que siempre supuse que debía ser de lo más sedosa, largo hasta los tobillos con una ligera caída en esa parte de la tela, y una apertura en la parte derecha que sin duda al caminar revelaría esa pierna que tanto llamaba mi atención desde hacía tiempo.

Esa mujer me daba un morbo increíble y siempre fantaseaba con terminar con ella entre mis brazos. ¿Sería esta la oportunidad para hacerlo?

Sonreía y se veía que no era fingido, que ciertamente disfrutaba de la conversación que estaba manteniendo. Di un sorbo a mi copa necesitando calmar ese calor que empezaba a sentir, y vi que se despedía alejándose.

Y justo pasó por mi lado unos minutos después y, para asombro mío, me sonrió y saludó.

—Hola, Tommy, qué gusto coincidir contigo en un evento —se dirigió a mí por mi nombre y yo no iba a ser menos.

—Hola, Keila —le dije y se le forjó una cara de asombro—. Estás muy guapa —me acerqué a darle un beso.

—Qué sorpresa para mí que sepas mi nombre.

—¿Quién no conoce a la modelo más impresionante del mundo de la moda?

—Sin que sirva de precedente, me acabas de poner roja como un tomate —dijo con una sonrisilla y sí, vi que tenía las mejillas ligeramente sonrojadas.

—¿Una copa? —le ofrecí para tomarla juntos.

—¿Quién se atreve a declinar una petición del señor Tommy?

—Los habrá —sonreí llamando al camarero—. ¿Qué te apetece tomar?

—Lo mismo que tú.

—¿Ron cola?

—Claro.

Se lo pedí al camarero y este asintió diciendo que lo traía enseguida, y así fue, cuando quisimos darnos cuenta ya las teníamos sobre la mesa.

—¿Vienes con tu socio? —preguntó e intuí que era porque me había encontrado solo en una mesa.

—Sí, allí está hablando con Jacquelin —señalé hacia donde estaban ellos.

—¿Jairo tiene paciencia? —curioseó, y me sorprendió que también se sabía su nombre.

—Más que yo seguro.

—Le va a hacer falta, esa chica no tiene muchas neuronas —apretó los dientes.

—¿Os lleváis mal?

—No, pero no la soporto, es tan…

—¿Cursi?

—Cursi sin neuronas, sí —afirmó, mirándola.

—¿Vienes sola?

—No, con Sam, mi mejor amiga que siempre me acompaña, pero está ahí charlando con las actrices gemelas con las que se lleva muy bien y hacía mucho tiempo que no se veían, ya que hemos salido con ellas en varias ocasiones y así fue como se las presenté. Mejor que tu amigo que está con esa…

—Le tienes manía a esta chica —me reí fijándome en la curva de su sonrisa tan impresionante como las de su cuerpo.

—¿Eres policía en tus ratos libres? —arqueó a ceja y no pude evitar reírme— Vale, me cae mal, lo confieso, no puedo con ella y me parece que carece de todo lo que una persona medio normal necesita para funcionar.

—¿Qué te pasó con ella? —intuí que esto tenía un comienzo.

—Digamos que no somos compatibles, por mucho que ella lo disimule cuando me ve, pero no nos caemos en gracia, más bien en desgracia —sonrió y se mordisqueó el labio.

—Ese gesto tiene mucho peligro…

—¿Cuál? —disimuló.

—El de que te muerdas el labio —contesté mirándoselos, imaginándolos en otro lugar, uno concreto de mi anatomía.

—Bueno, si a eso lo llamas peligro, no me quiero imaginar…

—Creo que necesito otra copa —llamé al camarero para pedírsela.

—Hombre si está aquí mi súper compi Keila —escuchamos que decía Jacqueline, acercándose a nosotros junto a Jairo y se saludaron entre ellos.

—Estás preciosa —le dijo Keila de lo más falsa, pero ni se le notaba.

—No tanto como tú, que para eso eres la estrella de las modelos —se llevó la mano a la boca riéndose y a Keila se le forjó una sonrisa de lo más irónica.

—Nos vemos luego que Jacquelin me quiere presentar a unas amigas —dijo Jairo, haciéndome un guiño.

—Claro, sin problemas.

—Esta le va a enseñar otra cosa —murmuró Keila sonriendo, al tiempo que los veíamos alejarse.

—No seas mal pensada, mujer.

—No, no, si no lo soy, es que la conozco, y ahí donde la ves, como dice Sam, las mata callando. En fin —le dio un sorbo a su copa.

Me gustaba la chispa que tenía, lo directa que era y esa personalidad tan arrolladora con la que se presentaba en los medios ante el mundo y que nada tenía que ver con la que estaba mostrando ante mí hablando de esa chica, pero me gustaba muchísimo esa seguridad con la que transmitía verdaderamente lo que pensaba.

—¿Y bien? ¿Qué tal todos esos proyectos? Aunque viniendo de vuestra industria siempre sois éxito asegurado —curioseó tras dejar la copa de nuevo en la mesa.

—No nos podemos quejar, al igual que tú, que estás en un momento de esos que tocan la cima.

—Tuve buenos padrinos —sonrió, refiriéndose a sus padres.

—Y puedes tener todo lo que te propongas…

—Sonó muy sugerente —se le notaba un tanto seductora.

—Digamos que tienes al mundo y a mí a tus pies.

—No te hacía yo a ti tan directo —arqueó la ceja.

—¿Y cómo me hacías?

—No sé —me miró de arriba abajo con ese gesto de observar algo que le estaba gustando—. Digamos que te hacía más serio, menos directo y no tan seductor. Que guapo eres un mundo y que estás para amarrarte a la pata de la cama, pero te imaginaba de otra manera… —carraspeó.

—¿Y por qué no lo hablamos luego? A solas, en otro lugar más íntimo —dejé caer probando suerte.

—En una hora en la puerta —contestó ella, haciéndome un guiño y apartándose.

—Allí te esperaré con mi chofer —murmuré viendo cómo se marchaba con esa sonrisita.

Di un sorbo a mi copa pensando que quizás aquello había sido demasiado fácil, que solo me había dicho eso para quitarse de en medio y ya.

La vi caminando por allí con esa sensualidad y elegancia que la caracterizaba. Había conocido a muchas modelos y actrices en mi vida, pero ninguna como ella, con ese cuerpo que sin lugar a dudas incitaba a cometer varios pecados capitales al mismo tiempo, principalmente el de la lujuria y la gula.

Me pedí otra copa y la tomé mientras me relacionaba en breves conversaciones con unos y con otros, sonriendo y halagando a las mujeres, solo que mi mente estaba en una mujer en concreto, esa a quien esperaba ver.

—¿Y cómo me hacías?

—No sé —me miró de arriba abajo con ese gesto de observar algo que le estaba gustando—. Digamos que te hacía más serio, menos directo y no tan seductor. Que guapo eres un mundo y que estás para amarrarte a la pata de la cama, pero te imaginaba de otra manera… —carraspeó.

—¿Y por qué no lo hablamos luego? A solas, en otro lugar más íntimo —dejé caer probando suerte.

—En una hora en la puerta —contestó ella, haciéndome un guiño y apartándose.

—Allí te esperaré con mi chofer —murmuré viendo cómo se marchaba con esa sonrisita.

Di un sorbo a mi copa pensando que quizás aquello había sido demasiado fácil, que solo me había dicho eso para quitarse de en medio y ya.

La vi caminando por allí con esa sensualidad y elegancia que la caracterizaba. Había conocido a muchas modelos y actrices en mi vida, pero ninguna como ella, con ese cuerpo que sin lugar a dudas incitaba a cometer varios pecados capitales al mismo tiempo, principalmente el de la lujuria y la gula.

Me pedí otra copa y la tomé mientras me relacionaba en breves conversaciones con unos y con otros, sonriendo y halagando a las mujeres, solo que mi mente estaba en una mujer en concreto, esa a quien esperaba ver.

Capítulo 8

Tommy

No veía el momento de llegar a la puerta y comprobar si realmente aparecería Keila para marcharse conmigo, o tendría que irme solo.

Me despedí de Jairo y avisé a Steve de que me esperase en la puerta. Había llamado a un hotel que me gustaba mucho y les había pedido que preparasen la suite con una botella de champagne, bombones y todo lujo de detalles La ocasión lo requería.

Si me iba solo no perdería mucho, pero debía admitir que, en su mirada, en esos bonitos ojos marrón chocolate, vi algo, y solo esperaba no equivocarme.

Y no, no lo hice, pues ella no tardó en salir y le abrí la puerta trasera del coche para que se subiera y yo lo hice tras ella.

—Los medios deben estar flipando —dijo cuando me senté a su lado.

—Seguro, pero, ¿qué más da?

—Ah, no, si por mí me da igual, ni me escondo ni doy explicaciones de mi vida.

—Bien aprendida la lección.

—Tengo los mejores maestros —siempre recordaba a sus padres en todas las victorias que tuvieran que ver con su vida y eso dejaba claro la pasión y amor que sentía por ellos.

Le acaricié la mano que tenía apoyada a mi lado, a ella le salió una respiración silenciosa y honda, lo pude observar de medio lado mientras mis ojos iban dibujando toda su silueta, esa que me provocaba el mayor de los deseos.

Llegamos al hotel y sonrió al ver cuál era el que había elegido.

—Tienes buen gusto —murmuró antes de que el botones nos abriera la puerta del coche.

Me despedí de Steve y nos adentramos en el hotel donde nos dieron directamente la llave de la suite y pedí que nadie nos acompañase.

Fue en el ascensor donde Keila, sin rodeos, se tiró a mis labios y yo la agarré por las caderas pegándola a mí y dándonos ese primer contacto más carnal. Me había acabado de poner completamente de lo más caliente.

Las puertas se abrieron y ella se separó sonriendo. Mi mano se fue a su nalga y la apretó.

—¿Preparado? —me susurró al oído causándome más placer.

—El olor de tu piel ya está causando demasiada excitación en mi cuerpo —murmuré en su oído antes de apartarme para que entrara.

;.

—Haré que cada parte de tu cuerpo se erice como nunca lo haya hecho antes.

—Me estás provocando demasiado —abrí la botella de champagne y serví las dos copas—. Toma, peligrosa, que me parece a mí que eres una mujer muy peligrosa —sonreí ofreciéndole una.

—Tu mirada hace que se desaten muchas fantasías en mí —dijo juguetona y supe que ella estaba hecha de otra pasta.

Pegó su cuerpo al mío, encendiéndome más aún si podía, pero ella quitó la copa de mi mano, me guio al sofá donde me hizo un gesto para que me sentara y ella hizo lo mismo, sentándose encima de mí, a horcajadas mientras comenzó a recorrer mi cuello con sus labios moviéndose ágilmente, ocasionando que nuestros sexos se rozaran para dar paso a una excitación mucho mayor.

Se escuchaban nuestras respiraciones jadeantes y algún que otro suspiro entrecortado mezclándose entre sí, mientras Keila se proclamaba la diosa del momento dejando claro que era ella, y solo ella, quien dirigía esa noche

Apoyé las manos en sus muslos por debajo de la tela del vestido y con el dedo pulgar intenté acariciar las profundidades de su placer. Quitó mis manos y se movió más rápido mientras besaba mis labios con intensidad y su lengua no dejaba de entrelazarse con la mía.

Me estaba encendiendo de tal manera que mi miembro estaba a punto de explotar y ella no permitía en ningún momento que yo manejara la situación, por lo que debía seguir sus pautas y darle a entender que ella tenía el timón del barco.

Y me costaba, no iba a negarlo porque en estos casos era yo el que llevaba el ritmo, pero como solía decirse:

para todo había una primera vez.

Comenzó a quitarse el vestido, dejándome esa visión a unos centímetros de mí y causando que mis labios se fueran hacia sus pechos mientras ella se iba quitando el sujetador que tiró al suelo.

Me agarró por el pelo con fuerza para marcar los movimientos de esas mordidas que le daba en los pezones. Adentré mi mano por su entrepierna y comencé a acariciarla.

—Penétrame con fuerza con tus dedos —me pidió jadeante en mi boca tras unos minutos en los que la fui excitando con ellos entre sus pliegues, disfrutando de lo húmeda que estaba.

—¿Cuánta fuerza? —le pregunté con la respiración entrecortada, excitado y deseando adentrarme en ella.

—La que desees, pero dame el placer que espero de ti.

La penetré con dos dedos y tiré hacia mí, consiguiendo que jadeara más mientras mi boca seguía mordisqueando los pezones.

—Quiero correrme varias veces —me exigió mordisqueando mi labio y la levanté en brazos para llevarla hacia la cama donde me arrodillé entre sus piernas sin la más mínima duda, le quité el tanga, tiré de sus caderas hacia m y comencé a lamer su zona intensamente, ayudado por mis dedos para aportarle mucho más placer.

Se abría para mí, mientras se agarraba a las sábanas regocijada por el placer de sentir ese primer tiento que le estaba dando. Arqueaba la espalda, movía las caderas acercando su suave y húmeda zona a mi boca en busca de más placer, y se corrió de manera inmediata sucumbiendo a mis actos.

s

Hizo un giro poniéndose completamente de rodillas y con su cuerpo hacia delante enseñándome esas caderas que no dudé en darle un primer azote que le causó un gemido impresionante.

Me desnudé en apenas unos pocos segundos, necesitando liberarme de esas barreras que me impedían sentirla como había fantaseado tantas veces.

Giró la cabeza hacia mí y me sonrió mientras yo me ponía el preservativo antes de adentrarme con fuerza en ella.

La penetré duro y en seco, comenzando a moverme desesperado por el placer tan inmenso que tenía. Me volvían loco esas caderas que se abrían para mí, demostrándome que tenía en todo momento el control de la situación, al menos así lo creía y yo dejaba que se sintiera la que dirigía y manejaba la situación de esta noche.

Sus gemidos, sus gritos, el modo en el que movía las caderas de adelante atrás buscando mis embestidas fuertes y profundas me hacían excitarme más a cada segundo que pasaba. Noté el momento exacto en el que ella iba a

volver a correrse, y en el que mi propio orgasmo se acercaba.

No tardamos en alcanzar los dos ese clímax al que nos habíamos ido dirigiendo, arrastrados el uno por el otro en todo momento y esas ganas de disfrutarnos.

Tras correrme, me ordenó que llenase el jacuzzi mientras ella se iba desnuda hacia su copa y le daba un trago observando cada uno de mis movimientos y dejando su mirada fija hacia mi cuerpo, ese que le provocaba más de una sonrisa de placer.

Me inspiraba demasiados deseos esa seguridad que llevaba y la manera de desafiarme, consiguiendo así que no quisiera parar un momento de hacérselo de mil maneras, pero fui cauteloso para seguir dándole ese margen a pensar que era ella quién llevaba el mando de este encuentro.

Nos metimos en el jacuzzi y se puso recostaba bocabajo entre mis piernas, dirigiéndose directa a mi miembro e introduciéndoselo en la boca por completo. Me miraba con ojos de vicio, ese que yo era en estos momentos el que se lo provocaba.

Jadeé al ver aquellos labios alrededor de mi miembro tal como los había imaginado horas antes en la fiesta, cuando no pude evitar mirarlos y que mi miembro diera un brinco en una clara reacción de absoluta excitación ¡bajo los pantalones en ese momento.

—Sigue así —le agarré del pelo y la llevé a que apretara más. Lo hizo con fuerza dejando claro que ella seguía mandando a pesar de ese movimiento mío de mano.

Me llevó al clímax poco después, excitándome al máximo y de un modo que nunca antes había experimentado. A lo largo de mis años de relaciones me habían hecho suficientes felaciones como para que ninguna mujer me pudiera sorprender, pero ella, Keila, lo había hecho al llevarme a ese orgasmo con una destreza que debía admitir que no esperaba.

En el momento que supo que iba a correrme ella se apartó y terminó de llevarme a esa liberación con su mano, dejando que descargara todo en la suya para luego salir sugerente a lavárselas antes de regresar.

Cuando lo hizo, volvió a sentarse en mis caderas, penetrándose con mi miembro y consiguiéndolo levantarlo de nuevo. No, esa mujer no iba a darme tregua, no me permitiría flaquear un solo segundo y dirigiría el tiempo que le llevase a correrse tantas veces como quisiera, pues había dejado claras sus intenciones de que fuera más de una vez.

Sus pechos eran mi locura, por no hablar ese estómago que lucía perfecto, consiguiendo así provocar mis pensamientos más perdidos. Esos que querían poseerla y penetrarla por todos lados.

Se corrió de nuevo con fuerza e intensidad llevándome al límite una vez más, pero lo hice fuera de ella.

Devoró mis labios con intensidad, con una clara intención de que eso no había acabado, y bien sabía Dios que yo estaba dispuesto a darle todo lo que ella quisiera de mí esa noche.

Y lo hice, pues no cesamos, no nos detuvimos, llevándonos a unos momentos intensos que prosiguieron en una cama antes de caer saciados.

Devoró mis labios con intensidad, con una clara intención de que eso no había acabado, y bien sabía Dios que yo estaba dispuesto a darle todo lo que ella quisiera de mí esa noche.

Y lo hice, pues no cesamos, no nos detuvimos, llevándonos a unos momentos intensos que prosiguieron en una cama antes de caer saciados.

Capítulo 9



Keila

Desperté notando el cuerpo con ese ligero dolor que seguía a una noche de sexo desenfrenado, pero también la satisfacción de haber soltado un poco de esa tensión que había acumulado durante el día.

Abrí los ojos y los rayos del sol que entraban por la ventaba me desvelaron de nuevo aquella habitación de la suite del hotel más caro, exclusivo y lujoso de todo París que Tommy, el dueño de la cinematográfica más importante del país y del mundo, había reservado la noche anterior para nosotros.

Escuché voces fuera de la habitación, me levanté y cogí la camisa de Tommy que encontré en el suelo, cuando salí vi que estaba dejando el carrito con el desayuno junto a la mesa que había al lado del balcón, solo llevaba puestos los pantalones y volví a comprobar una vez más que se le ceñían a su trasero de tal modo que era difícil resistirse a no pellizcarlo.

Y lo hice, caminé despacio hacia él y le pellizqué una de las nalgas mientras cogía un croissant de la mesa.

—Hum, buenísimo —gemí.

—¿El croissant o yo? —curioseó, arqueando la ceja.

Me quedé mirándolo unos segundos y me mordí el labio, sabía el peligro que ese gesto tenía según él y sonreí mentalmente al ver cómo volvía a dirigir sus ojos a ellos.

Tommy era un tipo atractivo y eso él lo sabía más que de sobra. Alto, con el cabello castaño corto y cuidado, aunque así, recién levantado y con él alborotado se veía mucho más sexy. Y esos ojos azules oscuros como el océano, intimidantes, pero seductores, capaces de hacer que una mujer perdiera la cabeza.

—El croissant, obviamente —me encogí de hombros dándole otro bocado.

Tommy sonrió de medio lado al tiempo que negaba. Nos sentamos en la mesa, me serví el café con leche y azúcar y di un primer sorbo mientras contemplaba aquel desayuno en el que no faltaba nada, hasta fruta troceada en cuencos había.

Cogí una tostada, me unté un poco de queso crema con mermelada de frambuesa y de nuevo gemí al darle el bocado.

—Si sigues haciendo esos ruiditos, corres peligro —dijo llevando la taza de café a sus labios para darle un sorbo.

—¿Qué tipo de peligro?

—Del que hace que te quemes por jugar con fuego.

—No me das miedo —me encogí de hombros.

—¿Estás segura?

—Segurísima —contesté al tiempo que le acercaba la tostada para que diera un bocado, pero la retiré a tiempo y se lo di yo.

Cuando me la acabé, di un sorbo al café y me levanté de la silla al tiempo que me quitaba la camisa, revelando de nuevo mi cuerpo desnudo. La mirada de Tommy se paseó por cada curva de mi silueta con una lentitud que me hizo estremecer por completo, como si deslizara los dedos por ella.

Me volví a morder el labio cuando vi que me miraba, y le sorprendí sentándome en la mesa, justo frente a él.

—Tócame —ordené, y llevó las manos a mis tobillos, subiéndolas por las piernas muy despacio, recreándose en ese momento sin lugar a dudas, mientras me observaba.

Cuando llegó a los muslos las deslizó por el interior, llevado los pulgares al centro de mi zona íntima. Gemí cuando noté cómo los deslizaba y al mismo tiempo dibujaba círculos sobre el clítoris.

Dejé caer la cabeza hacia atrás mientras me mantenía apoyada con ambas manos en la mesa, disfrutando del tacto de sus manos.

—Penétrame, fuerte —dije volviendo a mirarlo, y no aparté la vista, mantuve el contacto con sus ojos en todo momento mientras llevaba dos dedos a mi interior.

Hizo que me corriera con fuerza y la misma destreza con la que lo consiguió la noche anterior.

Bajé de la mesa tras ordenarle que se quitara los pantalones y me diera un preservativo, se lo puse y me posicioné a horcajadas sobre él guiando yo misma su miembro hasta mi entrada. Lo escuché soltar el aire cuando quedamos completamente unidos y comencé a moverme sobre él.

Llevé la mano a su nuca atrayéndolo hasta mis pechos, esos que lamió y mordisqueó pues entendió sin palabras lo que le pedía, y seguí penetrándome sin detenerme un solo instante mientras Tommy me agarraba por las caderas.

Cogí una de sus manos y la coloqué entre nosotros, posándola en mi sexo húmedo y excitado que no dudó en tocar. Hacía fricción con el pulgar sobre el clítoris y eso me hizo alcanzar el orgasmo minutos después, al igual que lo hizo él, siguiéndome en esa nueva liberación.

Le di un beso rápido y fugaz antes de levantarme para volver a la habitación, entré en el cuarto de baño y me metí en la ducha.

Suspiré al notar el agua en contacto con mi cuerpo y me quedé allí unos minutos antes de enjabonarme y lavarme el pelo.

Una vez duchada y mientras me secaba en la habitación, apareció él con el móvil en la mano.

—El chófer vendrá enseguida a recogernos, te llevaremos a casa.

—Genial, gracias —sonreí.

Entró en la ducha y yo me vestí, recogí mi cabello en una coleta alta y cuando Tommy volvió a salir ya estaba terminando de ponerme los zapatos para coger mis cosas.

Mientras se vestía miré el móvil y vi que tenía un mensaje de Sam.

Sam: *Buenos días, zorricienta. ¿Qué tal con el cineasta? ¿Habéis hecho una porno? Da igual, no quiero detalles que me das envidia, solo quería saber si estás bien.*

Sonreí, menuda manera de llamarme la muy loca. Le contesté que sí, que estaba viva y bien, que no tardaría en volver a casa, a lo que me dijo que no la encontraría pues había decidido salir a pasear y perderse un rato por la ciudad.

—¿Estás lista? —preguntó Tommy.

—Sí —sonreí.

Salimos de la suite y entramos en el ascensor en silencio, una vez llegamos al mostrador devolvió la llave y fuimos hacia la calle donde nos esperaba su chófer con el coche. Abrió la puerta dándonos los buenos días y nos acomodamos en la parte de atrás, momento en el que Tommy me pidió que le dijera la dirección de mi casa al chófer, y así lo hice.

El camino lo hicimos en silencio, ese que tan solo era roto por algunas notificaciones en su móvil, así como en el mío, mensajes que me estaban llegando y que ya leería después.

—Hemos llegado, señor —le comunicó poco después, y vi que Tommy iba a abrir la puerta para bajarse.

—No, no te molestes —sonreí y me acerqué a darle un beso rápido en la mejilla—. Un placer haber coincidido contigo en la fiesta anoche. Estamos en contacto, ¿sí?

—Claro —sonrió.

Abrí la puerta y bajé del coche, cerrando al tiempo que me despedía de él con un leve gesto de la mano.

Caminé hacia la entrada del edificio y una vez dentro vi que ellos se marchaban.

Cuando entré en mi piso fui despojándome de la ropa poco a poco, entré en la habitación y tras dejarlo todo me preparé un baño con sales de lavanda para meterme en la bañera y relajarme unos minutos.

Necesitaba ese momento para calmarme, para relajar cada uno de los músculos de mi cuerpo. Tras media hora allí sumergida, me sequé y fui a prepararme algo rápido de comer.

Y cuando acabé, mientras me tomaba el café, revisé el móvil y vi los mensajes de mi padre, mi madre y mi hermano.

Los tres me enviaban enlaces a noticias de algunas de las revistas del corazón en las que se nos veía a Tommy y a mí, yéndonos juntos de la fiesta la noche anterior.

Mi hermano me preguntaba qué pasaba con Aaron. Mi padre quería saber si el que nos vieran juntos era porque podría hacerme una oferta para trabajar en la televisión, y mi madre iba más directa y preguntaba si habíamos tenido un affaire.

Sonreí al leerlos y contesté uno por uno.

Keila: *Hermanito, Aaron sabe que lo nuestro no es algo serio, estoy bien, por cierto, gracias.*

Uno menos, siguiente, el mensaje de mi padre.

Keila: *No hemos hablado nada de eso, quería irme a casa y después de hablar con él, se ofreció a llevarme.*

Dios, iba a ir al Infierno por mentirle a mi padre, pero me daba igual, no tenía que darle cuentas de a quién me follaba.

Por último, mi madre.

Keila: *Como tú sabes guardarme un secreto, te diré que sí, y fue una noche casi de diez. Te quiero, mamá.*

Leí las noticias y eran de lo más variopintas, desde preguntándose hacia dónde había ido el coche del dueño de la cinematográfica con nosotros dentro, y en alguna incluso hablaban de idilio.

Desde luego, lo que podría llegar a inventar la prensa, en fin.

Dejé el móvil a un lado y cogí el mando de la televisión para buscar algo que ver, acabé decantándome por una película policiaca que tenía muy buenas críticas y que pintaba bien. No sabía cuándo volvería Sam, así que aproveché para recostarme en el salón tapándome con una manta de pelito suave que tenía allí para esos momentos, y me concentré en la película.

Hasta que me llegó un mensaje de Aaron.

Aaron: *¿Qué tal en la fiesta, preciosa? ¿Te divertiste? He visto las fotos y la cantidad de suposiciones que hacen los periodistas, aquí estoy con unas palomitas leyendo las noticias. Te quiero, descansa.*

Sonreí, porque los "te quiero" de Aaron eran como los que podría decirme mi hermano, llenos de cariño y un respeto que iba más allá de lo sexual que nos unía.

Keila: *La fiesta bien, vi algunas caras conocidas a las que me gustó saludar, y otras a las que ojalá pudiera haber evitado. Yo también he visto alguna que otra noticia, y sí, dicen de todo, pero lo que pasó después de dejar la fiesta, queda entre nosotros. Yo también te quiero, Aaron, sabes lo importante que eres para mí. Descansa, nos vemos pronto.*

Volví a dejar el móvil en la mesa y a cubrirme con la manta para seguir disfrutando de la película en esa tarde que invitaba a quedarse en casa.

Hasta que sin darme cuenta me acabé quedando dormida.

Por último, mi madre.

Keila: *Como tú sabes guardarme un secreto, te diré que sí, y fue una noche casi de diez. Te quiero, mamá.*

Leí las noticias y eran de lo más variopintas, desde preguntándose hacia dónde había ido el coche del dueño de la cinematográfica con nosotros dentro, y en alguna incluso hablaban de idilio.

Desde luego, lo que podría llegar a inventar la prensa, en fin.

Dejé el móvil a un lado y cogí el mando de la televisión para buscar algo que ver, acabé decantándome por una película policiaca que tenía muy buenas críticas y que pintaba bien. No sabía cuándo volvería Sam, así que aproveché para recostarme en el salón tapándome con una manta de pelito suave que tenía allí para esos momentos, y me concentré en la película.

Hasta que me llegó un mensaje de Aaron.

Aaron: *¿Qué tal en la fiesta, preciosa? ¿Te divertiste? He visto las fotos y la cantidad de suposiciones que hacen los periodistas, aquí estoy con unas palomitas leyendo las noticias. Te quiero, descansa.*

Sonreí, porque los “te quiero” de Aaron eran como los que podría decirme mi hermano, llenos de cariño y un respeto que iba más allá de lo sexual que nos unía.

Keila: *La fiesta bien, vi algunas caras conocidas a las que me gustó saludar, y otras a las que ojalá pudiera haber evitado. Yo también he visto alguna que otra noticia, y sí, dicen de todo, pero lo que pasó después de dejar la fiesta, queda entre nosotros. Yo también te quiero, Aaron, sabes lo importante que eres para mí. Descansa, nos vemos pronto.*

Volví a dejar el móvil en la mesa y a cubrirme con la manta para seguir disfrutando de la película en esa tarde que invitaba a quedarse en casa.

Hasta que sin darme cuenta me acabé quedando dormida.

Capítulo 10

Tommy

Entré a la casa dirigiéndome a la cocina donde estaba Nadine. Me sonrió, pero pude ver un ápice de tristeza.

—¿Qué tal? —le pregunté apretando su nalga y me dio un beso en la mejilla.

—Se notó tu ausencia —murmuró.

Y claro que yo no le daba explicaciones de mi vida ni de nada de lo que hacía, pero sabía que ella me esperaba de algún modo y el que alargase las horas antes de regresar la ponía un tanto triste, pero era un duelo que debía de aprender, ya que sabía cuál era su lugar.

—Huele muy bien y tiene una pinta espectacular —murmuré mientras seguía acariciando su nalga y miraba hacia el caldo que estaba preparando de carne y verdura. Sabía que necesitaba un poco de mi atención y a mí no me importaba llevarla a sentir un poco de placer.

Metí la mano por delante para penetrarle con dos dedos y comprobar que no estaba húmeda, pero lo estaba ligeramente.

Nadine me sonrió al ver que busqué su zona y que tenía un poco de atención para ella.

—Lo siento —dijo al notar su propia humedad.

—Tranquila, ahora lo resolvemos —tiré de su interior un poco y jadeó—. Voy a cambiarme.

—Vale.

—Controla la excitación.

—Lo intento.

Fui a cambiarme sin poder dejar de recordar la noche que había tenido con Keila, que en todo momento quiso tener el control de la situación.

Ahora me tocaba ejercer mi poder con Nadine y llevarla a un estado de agotamiento. Tenía que, de algún modo, sacar esa revolución de poder que había en mí.

Cogí varios aparatos y cremas para llevarlo al salón. Me senté en el sofá y lo puse todo sobre la mesa antes de bajar las persianas de los grandes ventanales y ponerlo más oscuro.

La mandé a llamar y apareció colocándose delante de mí. Sabía que ahora iba a jugar con su cuerpo.

Siempre llevaba ropa que fuera lo suficientemente cómoda para yo poder meter mis manos en ella. Por norma general usaba pantalón de punto, ese que bajé un poco a la vez que las bragas para ver su zona y meter mi mano.

—Estás muy mojada —le advertí y ella asintió preocupada.

—No he podido…

—No hables —terminé de bajar sus prendas y ella las sacó de sus pies—. Abre bien, Nadine —le di un toque en los muslos.

Metí mis dedos por su vagina y le pedí que se quitara la camiseta para llevar ese líquido de ella a sus pezones.

—¿Ves todo lo que has expulsado sin esperar a que mis manos te lo ocasionaran?

—Sí —murmuró con la voz entrecortada.

—Ahora, ya sabes…

—Sí —murmuraba y respondía con monosílabos a sabiendas de que no debía de hablar.

—Gírate y apoya las manos en la mesa, necesito tus caderas. Pónmelo fácil, ya sabes que depende de ti.

—Hoy no quiero, Tommy.

—¿Cómo? —se me escapó una risilla de incredulidad.

—Hoy no… —se quedó paralizada delante de mí.

—Tenemos un contrato.

—Lo sé.

—¿Y?

—Llevo dos años dedicada a ti sin esperar nada a cambio, pero nunca has tenido el detalle de llevarme a cenar, o a tomar un café…

—No he visto a nadie que lleve a sus internas a pasear. ¿Por qué esperabas que ocurriera algo así?

—Ni yo a ninguna que tenga las cláusulas que yo tengo, no sé, por ahí podría haber estado la diferencia —dijo en un tono bajo y triste.

—Te he tratado siempre muy bien.

—Tampoco hubiera estado bonito que después de nuestras circunstancias también me tratases mal.

—¿Qué quieres?

—Irme hoy mismo —dijo y un pellizco se me hizo en el estómago.

—¿Quieres dejar el trabajo?

—Sí —afirmó, manteniéndose serena en todo momento.

—¿Y qué tienes pensado?

—Ese es mi problema, yo no me meto en lo que tú haces con tu vida.

—Si es lo que quieres, te mandaré la liquidación de manera inmediata.

—Gracias —se agachó a coger su ropa y se dirigió al cuarto.

Me había caído como un jarro de agua fría que te tiran a la cara sin esperártelo. Se iba y bien es cierto que me preocupaba a dónde lo hiciera, ella no tenía familia ni a nadie, que sí tendría unos buenos ahorros, ya que no tenía apenas gastos y llevaba dos años trabajando aquí, pero, aun así, me inquietaba.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio? —le pregunté cuando la vi aparecer por el salón ya lista para marcharse, había dejado sus maletas en el pasillo.

—No, gracias, ya viene un taxi. Cuídate, ¿sí? —me dio un beso en la mejilla.

—Cualquier cosa que necesites… —abrí las manos como diciendo que estaba para ella.

—Gracias, Tommy —asintió y se marchó.

Me quedé de lo más impresionado e impactado, no podía reaccionar a nada. Era una decisión tan inimaginable que me dejaba fuera de juego.

En la cocina me había dejado la comida hecha en la olla. Venía el olor y fui a echarme un vino, aún no tenía ganas de comer. Sobre la mesa encontré una carta con mi nombre, me di cuenta de que la había dejado ella.

«Estimado, Tommy.

No soy una persona de expresar mis emociones ni sentimientos y tampoco me lo has puesto fácil en ese sentido. Quizás algún día te sientas animado a leer esta carta o quizás la tires a la basura, sea como sea yo me aliviaré escribiéndola para exteriorizar todo eso que llevo dentro de mí.

Sé que has sido muy cariñoso y delicado la mayoría de las veces conmigo y que no soy nada ni nadie para reclamarte más atención de la que ya me dedicabas, pero soy persona y tengo corazón, ese que latía con cada caricia más fuerte.

Me voy a comenzar una nueva vida, esa en la que espero sentirme un poquito más en paz conmigo misma y ser capaz de tomar el control de mi vida.

Hoy, antes de que llegaras a la casa, ya estaban en todas las noticias las imágenes de anoche en el momento en que habías salido del evento con Keila, la preciosa modelo.

Te vi entrando en el coche después de ella con una sonrisa que fue la que me llevó a terminar de tomar la decisión de marcharme, esa que llevaba meditando desde hace algún tiempo.

Ojalá seas muy feliz, con ella o con quien te arranque esa sonrisa tan especial que vi reflejada en tus ojos. Sentí celos, lo reconozco, porque me hubiera gustado ser yo esa persona que te las provocara, pero yo no soy nada ni nadie y no puedo esperar jamás estar al nivel de ninguna de esas chicas.

Cuídate mucho, te voy a echar mucho de menos, pero estoy completamente segura de que sanaré mi corazón y me daré la oportunidad de algún día conocer a alguien que me mire de esa manera, imagino que en el mundo hay personas para todos, al menos quiero pensarlo.

Sé que dentro de ese corazón hay un gran hombre. Te deseo una felicidad infinita…»

Dejé la carta a un lado y di un trago a la copa de vino, había en esas palabras una lección de amor bastante grande, ese que ella sentía por mí y que ahora quería sentir por ella misma.

La vida continuaba, si bien es cierto que iba a dejar un vacío muy grande en la casa.

En ese momento me llamó mi socio para decirme que había acuerdo y que debíamos ir a terminar de perfilarlo.

Llegué a las oficinas junto a Jairo para dejar preparados el cierre de los contratos de los que habíamos llegado a acuerdo, pero había varios puntos que queríamos dejar matizados.

Megan nos trajo dos cafés y cuando me puso el mío aproveché para acariciar su nalga mientras Jairo hablaba por el móvil mirando por la ventana.

—En un rato te quiero aquí —dije metiendo mis dedos entre sus piernas.

—Estaré pendiente —sonrió mientras me hacía un guiño.

Introduje un poco mis dedos para sentir su zona curvada interior que tanto me gustaba. Ella se dejaba hacer feli mientras disimulaba poniendo bien la mesa.

—Nos vemos luego —le apreté de nuevo y se marchó con ese contoneo que tanto me gustaba.

Jairo tardó en acabar la llamada, pero confirmó en ella las inclusiones del contrato que terminamos de redactar para pasarlo al equipo de asesores que serían los encargados de pasarlo todo a limpio y llevarlo a firma.

—Me voy, he quedado con Jacquelin.

—No te veo con ella, pero tu cara —me reí.

—Es un encanto, solo hay que conocerla un poquito —me hizo un guiño y se marchó.

Hice una llamada y mientras estaba en ella apareció Megan y cerró el pestillo de la puerta viniendo hacia mí. Me deslicé un poco hacia atrás y ella se sentó en el borde de la mesa poniendo cada pierna en cada brazo del sillón. No llevaba su ropa interior y podía apreciar todo a primera vista.

Abrí el cajón mientras seguía hablando y saqué un vibrador con el que comencé a penetrarla mientras ella sonreía placentera mirándome descaradamente.

Quité la mano de su clítoris al ver sus intenciones. Se iba a correr la última para que así tuviera un nivel de excitación mucho mayor.

Presioné el vibrador hacia dentro y lo puse a funcionar dejándolo en su interior. Su cara se iba desfigurando por el placer y mi miembro estaba a punto de estallar. Me despedí de la llamada.

—Pero, ¿dónde ibas tan rápida con la mano?

—Estoy de lo más caliente, Tommy, así que dame como tú sabes.

l —¿Quieres duro?

—Por supuesto —se mordió el labio y jadeó.

La hice bajar de la mesa con el vibrador puesto y la puse de espaldas a mí sobre el suelo y medio cuerpo a la mesa. Levanté sus caderas y tras ponerme un preservativo y ponerle un poco de vaselina en el ano, la penetré directamente hasta el final.

—No chilles, Megan —le recordé.

z Le di dos azotes y comencé a moverme lento, pero sincronizadamente hasta que fui amoldando su interior y con ello subí el ritmo de las embestidas.

Estaba en doble penetración ya que el vibrador estaba haciendo su función mientras yo la volvía loca con las estocadas.

Me corrí y salí poco a poco mientras intentaba recuperar mi respiración. Le dejé el vibrador mientras iba al aseo a asearme sin cerrar la puerta para controlar que no se tocara. Megan tenía mucho peligro y le encantaba desobedecer.

La puse mirando hacia la calle por el cristal. No teníamos edificios enfrente con lo cual no la podían ver. Saqué del cajón dos succionadores de pezones y soltó el aire cuando se los coloqué. Eran de los que funcionaban al tacto y no al tirón. Le puse mi sillón para que se acomodara y pusiera las piernas en alto sin dejar de mirar el paisaje que tenía. Me senté de cuclillas a un lado para estar cerca de su zona que comencé a acariciar a la vez que con la otra mano le apretaba el succionador del pezón y la volvía más loca, llevándola a un estado de euforia absoluta.

La calenté un poquito antes de ponerle un succionador de clítoris redondo y comenzar a masajearle con él su punto más delicado.

—Este es el mejor trabajo del mundo —dijo gimiendo.

—Me alegro de que así lo consideres —di a máxima potencia y la hice correrse a lo grande, agarrada sobre sus piernas abiertas y ahogada por la respiración que le comenzaba a fallar.

Le fui quitando el vibrador para ponerlo en su mano y que fuera a lavarlo. Se levantó dirigiéndose a mi boca y soltando el aire con la respiración entrecortada.

—Hoy estoy muy elevadita —cogió mi miembro—. Llámame cuantas veces lo desees —rozó su pecho contra e mío y apreté su nalga.

—Y si no lo estuvieras, ya sabes que yo me encargo de ponerte así —le mordisqueé el labio.

Una vez que me quedé solo, le pregunté a Jairo si le apetecía venirse al club, pero no tenía ganas.

—¿No has tenido bastante con Megan?

—Solo quiero relajarme —le hice un guiño.

Le fui quitando el vibrador para ponerlo en su mano y que fuera a lavarlo. Se levantó dirigiéndose a mi boca y soltando el aire con la respiración entrecortada.

—Hoy estoy muy elevadita —cogió mi miembro—. Llámame cuantas veces lo desees —rozó su pecho contra el mío y apreté su nalga.

—Y si no lo estuvieras, ya sabes que yo me encargo de ponerte así —le mordisqueé el labio.

Una vez que me quedé solo, le pregunté a Jairo si le apetecía venirse al club, pero no tenía ganas.

—¿No has tenido bastante con Megan?

—Solo quiero relajarme —le hice un guiño.

Capítulo 11



Tommy

El club era un lugar al que muy pocos teníamos acceso y era lo más parecido al paraíso terrenal, por no hablar de la intimidad.

Cuando aparecía, me pasaba largos ratos allí disfrutando de que me mimasen, que de eso se trataba. Yo tenía a mis chicas favoritas que si estaban libres cuando iba, era las que pedía.

La isla, como así la conocíamos los que éramos socios, era una mansión a las afuera de la ciudad y ya tirando hacia una zona de lo más rural. Lo que pasaba en ese lugar, se quedaba allí y los privilegios eran muchos, así como la privacidad que había en cada rincón de ella.

Estaba entera rodeada de unas piscinas en forma de isletas repartidas de forma íntima para cada uno de los habitáculos. Dentro había un servicio de lo más cuidado y personal.

Pasé la tarjeta en el control de seguridad y me adentré hacia el parking donde dejé mi coche y me dirigí a la puerta principal.

—Hola, señor Tommy. ¿Qué tal? Bienvenido —dijo Richard, uno de los encargados.

—Bien, ¿y tú qué tal? —nos dimos un ligero abrazo con unas palmaditas de hombros.

—Bien, bien.

—Me alegro de verte.

—Igualmente.

Entré hacia la cabina donde iba a seleccionar en la pantalla mi apartamento, ya que toda la mansión estaba rodeada de ellos. Estaba libre uno de mis favoritos, así que no dudé en seleccionar el tres y luego busqué a mis chicas preferidas con la suerte de que estaban disponibles. Lena y Anna, dos preciosas alemanas con las que tenía mucha conexión y sabían de sobra mis preferencias y puntos débiles.

Se abrió el acceso indicándome a la zona a la que debía de acceder, ya que había un protocolo de higiene bastante estricto.

Kulap, una jovencita tailandesa a la que conocía del lugar, me recibió sonriente e inclinando un poco su cabeza.

—Hola, señor Tommy —me dijo feliz—, encantada de verle por aquí.

—Igualmente, Kulap.

—Deje su ropa aquí. yo le espero en la ducha.

—Ahora mismo voy.

Me desnudé y dejé mi ropa colocada sobre el perchero y me dirigí a donde me esperaba Kulap. Se había quitado su uniforme y se quedó en un biquini rosa fuerte que le quedaba precioso. No era nada voluminosa, pero tenía una sensualidad increíble.

Me coloqué en el centro de la ducha y comenzó a enjabonar todo mi cuerpo con una esponja y mucho gel. Una vez que se aseguró de dejarla como quería, procedió a enjabonarme con las manos echándose mucho gel sobre ellas. Esta vez era más enfocado al masaje del cual disfruté de lo más relajado.

—Ya está usted listo —salió de la ducha y me dio la toalla que me lie en la cintura—. El apartamento está preparado —estiró sus manos para que me fuera hacia él.

La ropa se quedaba aquí ya que a la salida volvía a hacer el mismo procedimiento. Pasé mi tarjeta por la puerta y se abrió.

Anna y Lena estaban paradas delante de la barra sonrientes. A ellas les gustaba ser mis elegidas.

—Hola, preciosidades —les pellizqué la mejilla a la vez.

—Hola —dijeron felices al unísono.

—Hoy necesito mucho mimo —miré a una y luego a la otra y ellas afirmaban.

—¿Qué te apetece beber?

—Un whisky solo, Anna, gracias.

—¿Preparado para relajarte un ratito?

—Siempre —le acaricié el hombro.

Ambas estaban desnudas por completo y así debían recibir a los clientes.

—¿Con prisas hoy?

—Ninguna, todo lo contrario.

—Entonces lo pasaremos muy bien —me pasó el dedo por el pecho.

—Ya tengo aquí tu copa —me la puso sobre la mano.

—Gracias —le di un trago y la dejé sobre la mesita mientras Lena quitaba la toalla de mi cintura y Anna dirigía su mano a mi miembro y lo acariciaba. Estaba ya duro. Jugó unos segundos con él.

—Acomódate, por favor —me pidió Lena, señalando la camilla de masajes que era todo un lujo, ya que era acolchada y de lo más cómoda.

—¿Intensidad? —me preguntó Anna sonriente mientras apartaba el bote de aceite del aparato que lo calentaba. El lugar ya estaba de lo más adecuado con velas, incienso, música relajante, oscuridad y a la vez se escuchaba de fondo el ruido de la cascada que tenía la piscina climatizada.

—Hoy necesito relajarme bien de mente y cuerpo.

—Vale, vamos a hacer uno medio y si el cuerpo te pide más y lo notamos, subimos al superior.

Lena se puso de cintura para arriba y Anna hacia abajo, a ambas manos, con una generosidad de aceite que hacía que sus dedos penetrasen bien en mi piel, pero también me ocasionaran la sensualidad que ellas querían mantener en todo momento.

Anna flexionó una rodilla para a la vez de masajear hacer técnicas de estiramiento, tenían no sé cuántos títulos de masajes de todo tipo y eran de lo más expertas en este campo, por no hablar de los más sensoriales y estimulantes.

Si la vida tenía un punto de lo más excitante, esto era en la isla. La combinación perfecta entre el placer y el bienestar.

Lena apretaba fuerte en mis pechos y hombros, comenzaba muy duro siempre y me hacía hasta doblarme de dolor, pero me gustaba la sensación que luego me dejaba. Sin embargo, Anna, minorizaba con esos masajes entre las piernas que, si bien le pegaba duro en muchos momentos, en otros sabía contrarrestarlo y elevarlo a un nivel d

excitación que hacía que todo se volviera de lo más placentero.

Lena comenzó a masajear mi cabeza y Anna intensificó en mi zona produciendo que la excitación fuera en aumento.

—¿Te atreves al intenso? —me preguntó Anna para hacerme llegar al clímax con un masaje de próstata anal, ese que muchos lo identificaban con una práctica homosexual cuando nada tenía que ver con la realidad y era uno de los puntos fuertes para producir un mayor orgasmo.

—Claro.

—Deja este pie así relajado y flexióname este —tocó el más lejano a ella—. Levanta un poco la cadera —dijo para colocar un cojín debajo y que estuviera más elevado hacia ella, y algo más cómodo en la posición.

Gemí con el primer contacto de su dedo jugando con vaselina por el exterior y con su otra mano masajeaba mi miembro.

—¿Voy bien? —preguntó entrando poco a poco.

—Perfecta, vas perfecta.

—Muy bien Tommy, muy bien —fue adentrando con dos dedos y lo puso anclado del revés para presionar justo en el conducto de en medio y comencé a llegar a un orgasmo que intenté reprimir entre mis dientes mientras expulsaba el aire.

Me corrí sobre mi cuerpo quedando de lo más relajado y ella comenzó a limpiar mi zona con un paño que humedecía en un recipiente al que le había echado bastante gel. Inclusive me limpió también por la zona trasera.

Me levanté y me puse la toalla por la cintura para disponerme a dar un trago a la copa de whisky y relajarme un poco.

Me acerqué a Lena y le acaricié un poco esos pechos que tanto me gustaban, un deleite en toda regla para mí.

—Sabes que os turno después de los masajes, me quedo hoy con Anna.

—Vale, Tommy, no hay problema —dijo con la boca pequeña porque a ella le encantaba quedarse conmigo, pero Anna también era mi debilidad e intentaba tratar a las dos por igual. Que me podía quedar con las dos, pero yo prefería de una en una para dar lo mejor de mí.

Se marchó acariciando mi pecho y cabizbaja, hasta Anna se lo notó, pero obviamente ella era también egoísta porque disfrutaba mucho de mi compañía.

—Gracias —murmuró pegando su cuerpo al mío cuando quedamos a solas.

—Sabes que intento ser racional —le acaricié el cabello a modo de masaje—. Imagino que estás excitada.

—Mucho.

—Abre que vea —metí mis dedos en su vagina y tenía demasiado líquido.

—Quítatelo —le ordené.

—Vale —inclinó su cabeza y se limpió el exceso regresando a mí.

Dejé la copa sobre la mesa y me volví a tirar en la camilla para que ella, con su propio cuerpo y el mío, buscara su placer.

Se subió entre mis piernas y coloco mi miembro erecto directamente entre sus labios antes de tirarse a mi pecho y a horcajadas comenzara a moverse como loca en busca de su placer.

Le agarré las nalgas con fuerzas para producirle un ápice de dolor y tensión que la hiciera ponerse más eufórica

—No te quejes —apreté más—. Intensifica el placer —le ordené para que se diera más rápido.

—Necesito tus dedos.

—No los vas a tener Anna, no los vas a tener, tienes que correrte así.

—Necesito más.

—Córrete —cogí la fusta que había a un lado de la camilla y le di un azote en la nalga por pedir cosas que no debía e insistir.

Se quejó mientras se seguía rozando con intensidad. Y le advertí que, o se corría rápido o le daba otro azote. Y así con esos nervios llegó a un orgasmo cayendo sobre mí, agotada por el momento.

—Muy bien, chica buena —le acaricié la espalda y le hice un gesto de que se levantase para yo ponerme en pie y poder ir a dar un trago.

—Es la primera vez que usas el azote conmigo —sonrió.

—Es la primera vez que me pides algo que en esos momentos no correspondía —le pellizqué la mejilla.

—¿Hasta qué hora te quedas hoy?

—No lo sé. ¿Por qué? —Me lie la toalla a la cintura.

—Sabes que prefiero estar contigo —me confesó, a sabiendas de que yo lo sabía.

—No tengo prisa y sí muchas ganas de disfrutar, pero sabes que soy muy especial.

—Sabes que me gusta complacerte, eres mi cliente favorito —sonrió y se rozó con mi miembro cuando se cayó mi toalla antes de agacharse a cogerla y volvérmela a colocar rozando con sus dedos mi bajo vientre.

Como dije, este era el lugar más exclusivo de todos los clubs que había en Francia. Cada apartamento tenía su piscina y todas las comodidades para que la imaginación pudiera liberarse en todos los sentidos y cualquier cosa que se pasara por la mente para usar durante la estancia, aquí estaba. Al igual que ella, dispuesta a vivir cualquier situación que se le pidiera.

—Túmbate en la camilla —le pedí mientras me llenaba las manos de aceite. Ella sonrió, le encantaba cuando le daba ese premio que no podían pedir.

Iba sin rodeos, directamente a su sexo donde me recreaba recorriendo cada rincón inclusive anal, al que ella estaba acostumbraba y disfrutaba gimiendo por el placer.

Estiré la mano cogiendo uno de los objetos que había sobre una bandeja y la penetré con uno doble al que ella respondió excitándose y volviéndose más loca de placer aún. Abrí sus labios y cogí un pellizco de su clítoris para ponerle una pinza succionadora con las bases planas.

Estiró las manos hacia arriba y enganchó sus piernas a un tubo que había al final de la camilla y que yo había adaptado hasta ella. Me puse en su cabeza agarrando sus manos estiradas para tensarla al máximo antes de poner todos los aparatos sincronizadamente en funcionamiento.

Chillaba de placer y le metí en la boca una bola de mordaza. Sabía que si soltaba las piernas del tubo para moverse tendría la consecuencia de que saldría del apartamento directamente.

La llevé a un estado que la dejó de lo más desfallecida. Esperé dando un trago a que se repusiera y se quitara ella misma los aparatos que tenía puestos.

Luego la hice ponerse bocabajo estirada y me puse encima penetrándola por detrás, apoyado con mis manos a cada lado. La azoté con fuerza para llegar al placer que yo también necesitaba adquirir. Ella gemía y disfrutaba, se notaba en cada gemido de placer que salía por su boca.

Me corrí cayendo sobre ella y de lo más agitado. El placer que desfogaba en este lugar para mí era lo máximo que podía experimentar porque podía dar rienda suelta a cualquiera de mis deseos, a sabiendas que ellas estarían dispuestas a darme todo eso que esperaba.

Me corrí cayendo sobre ella y de lo más agitado. El placer que desfogaba en este lugar para mí era lo máximo que podía experimentar porque podía dar rienda suelta a cualquiera de mis deseos, a sabiendas que ellas estarían dispuestas a darme todo eso que esperaba.

Capítulo 12



Keila

Nada más levantarme fui directa a la ducha, había pasado una mala noche y necesitaba ese momento de paz. Mi madre siempre me tenía bien surtida de geles de lavanda, pues era, según leyó hacía tiempo, lo mejor para relajarse.

Abrí el grifo y cuando el agua alcanzó la temperatura perfecta para mí, entré y se me escapó un suspiro al notarlo. Estaba tensa, y no era la primera vez que me despertaba, por desgracia había ocurrido en más de una ocasión.

Apoyé ambas manos en la pared, incliné la cabeza con los ojos cerrados y dejé que el agua me cubriera por completo, aún podía sentir todo lo que veía y sentía en esos sueños que me llevaban a ese estado, y lo odiaba.

Cogí el gel de lavanda y puse una buena cantidad en la esponja, era de esas suaves que además mi madre decía que ayudaría a relajarme más.

Después de enjabonarme y lavarme el pelo me quedé bajo el agua unos minutos más, destensando los músculos

Me lie una toalla en el cuerpo y otra en el pelo y fui hacia el salón, donde encontré a Sam preparando la mesa para el desayuno.

—Buenos días, cariño —sonrió al verme entrar.

—Buenos días —le di un beso en la mejilla.

—Café, tostadas, huevos con bacon, zumo y la guinda del pastel, que para esto estamos en París, unos deliciosos croissants recién hechos —me hizo un guiño.

—Eres consciente de que, si sigo comiendo así, tendré que usar una talla más, ¿verdad?

—Oh, por favor, si tú nunca has engordado ni un gramo. Además, me consta que haces ejercicio regularmente cuando estás aquí.

Sonreí negando mientras me sentaba y vi que tenía la televisión puesta. Estaba en un canal de noticias y hablaban del hijo menor de un magnate del petróleo que volvía a poner el apellido de la familia en la prensa y no por sus logros precisamente.

No solo había dejado la universidad, y por lo que sabía esta era la tercera vez que lo hacía, sino que lo habían pillado en una fiesta privada en un club de Manhattan con barra libre de alcohol, drogas y mujeres de compañía.

—Otro escándalo para los Fisher —dijo Sam cogiendo una tostada—. Ese chico no parará hasta que pase una de dos cosas: que arruine a su familia y el prestigio que tienen, o que le dé una sobredosis de algún tipo.

—Pues sí.

Seguimos desayunando y en ese momento sonó mi móvil, al ver que era mi hermano Nick respondí por si se trataba de alguna emergencia.

—Hola, hermano, ¿va todo bien? —pregunté tras dar un sorbo al café.

—¿Estás muy ocupada o te pillo bien?

—Estoy desayunando con Sam. ¿Qué pasa?

—He investigado a Kevin.

—Por Dios —resoplé—, ¿de verdad? Bueno, no sé de qué me sorprendo porque estaba claro que lo harías.

—Exacto, si desplumó a su primera mujer en dos años, qué no hará con mamá aun sin estar casados.

—Nick, en serio.

—No he encontrado nada —me cortó—. Lo que dijo en casa de papá aquel día es cierto, coincide todo, fechas y demás, pero aparte de eso, no tiene nada. Keila eso es sospechoso, el tío no tiene una maldita multa de tráfico. Joder, ¿quién demonios no tiene una maldita multa de tráfico hoy en día?

—Nick, hermano, te quiero y lo sabes, pero de verdad, no todo el mundo va a tener esqueletos guardados en el armario. Imagino que después de esos dos años de excesos, desplumar a su mujer como dices, y perderla, se dio cuenta de que era una mierda de hombre y decidió cambiar. Qué sé yo, igual un día se le apareció Jesús o la Virgen y decidió ser un mejor hombre,

—Claro, tuvo una visión divina, vamos Keila por favor. Tiene que haber algo, cualquier cosa, pero no hay nada

—Entonces deja de buscar, si no has encontrado nada hasta ahora, no lo harás. Mamá está feliz, Nick, después de quince años sola, ha encontrado una persona que le ha devuelto la sonrisa que siempre vimos en ella. ¿O es que acaso es papá el único que puede rehacer su vida? Porque si piensas eso, hermano, eres de lo peor.

—No, claro que no. Mamá tiene tanto derecho como papá, pero…

—No creíste que lo hiciera nunca. Pues te voy a decir una cosa, Nick, mucho ha tardado en encontrar a alguien que la haga sentir viva de nuevo. Están bien juntos, deja de buscar algo que te diga que es un mal tipo, porque estoy segura que no lo es. Y sí, podría ser el hermano pequeño de mamá y nuestro hermano mayor, igual que Melissa, pero creo que él merece la misma oportunidad que le dimos a ella. El amor no entiende de edades, y no importa si el nuevo novio de mamá tiene cuarenta y cinco o setenta años, mientras la cuide y la quiera. Y nosotros no somos nadie para meternos en su vida.

—Solo espero que no te equivoques, hermana, y que de verdad él no tenga malas intenciones con mamá, porque sabes que sería su ruina.

—Nick, lo sé, y conozco a mamá, por muy enamorada que esté no va a perder la cabeza y dejar que la arruinen, en serio.

—Me preocupo por ella, y por ti también, sabes que os quiero a las dos.

—Las dos lo sabemos, pero podrías quererte y mimarte tú también. ¿Piensas estar solo el resto de tu vida? No te he conocido una novia en cuánto, ¿cinco años? Al menos si tuvieras una dejarías de buscar esqueletos en el armario de los hombres que se acercan a nosotras —reí.

—Sabes que soy un detective frustrado, hermana.

—Pues céntrate en las finanzas que siempre se te han dado bien. Te quiero, vamos hablando.

—Sí, si encuentro algo de Kevin, te informo.

—Nada, que no vas a dejar de buscar hasta que des con algún trapo sucio —suspiré—. Cuídate, adiós.

—Tú también. Te quiero, hermana.

Colgué y volví a dejar el móvil en la mesa bajo la atenta mirada de Sam, que me había escuchado a pesar de no ser parte de la conversación.

—Así que Nick sigue pensando que el novio de tu madre ha aparecido para robarle su fortuna.

—Sí, y a pesar de no haber encontrado nada preocupante sobre él, no va a dejar de buscar.

—Todavía recuerdo cuando conocisteis a Melissa, también la investigó. Aunque ahora que sabemos que estuvo casada, es raro que Nick no encontrara ese pequeño e insignificante detalle.

—Sam, las dos sabemos que cuando alguien quiere borrar una parte de su pasado, puede hacerlo si tiene los contactos adecuados.

Asintió y seguimos desayunando mientras ella echaba un vistazo a las redes de algunas de las firmas para las que trabajaba, además de las de la agencia de mi madre donde Kim, la que se encargaba de tenerlas al día y actualizadas en todo momento, subía fotos mías y de otras y otros modelos de la agencia para mantener la visibilidad en todo momento.

Cuando terminamos y recogimos todo, fui a vestirme e hice la cama para salir e ir al super a hacer compra, a fin de cuentas, nos quedaríamos unos días más aquí, en la ciudad del amor.

Antes de salir de la habitación envié un mensaje a Tommy, ese hombre con el que había estado en la fiesta de los Warren y con el que había quedado en que hablaríamos.

Keila: *Buenos días, Tommy, ¿qué tal? Me preguntaba si te apetecería quedar para cenar esta noche.*

No esperaba que contestase, o no al menos de momento, por eso, cuando me llegó la notificación de mensaje mientras cogía el bolso para guardar el móvil, me sorprendí.

Tommy: *Buenos días, Keila. Bien, trabajando y a punto de entrar en una reunión. Sí, me apetece, ¿te recojo a las ocho?*

Sonreí y tecleé mi respuesta.

Keila: *Te estaré esperando.*

Guardé el móvil y fui a reunirme con Sam, que estaba haciendo una lista con las cosas que necesitábamos.

—No sé si preguntar con quién has hablado para tener esa sonrisa —dijo mientras salíamos de casa.

—Esta noche salgo a cenar.

—¿Aaron? —curioseó entrando en el ascensor.

—Tommy.

—Oh, vale. Pues me esmeraré mucho en dejarte espectacular y sexy, de modo que nos aseguremos que te

arranque el vestido —hizo un guiño.

Me eché a reír y negué, porque solo a ella se le ocurriría decirme aquello sin pudor alguno.

arranque el vestido —hizo un guiño.

Me eché a reír y negué, porque solo a ella se le ocurriría decirme aquello sin pudor alguno.

Capítulo 13



Keila

Puntual como un reloj suizo estaba Tommy en la calle esperando junto al coche en el que se encontraba su chófer.

—Hola —sonreí saludándolo y le di un beso en la mejilla.

—Estás muy guapa.

—Gracias.

Me acomodé en el asiento y cuando Tommy cerró la puerta, le dijo al chófer que ya sabía dónde ir.

Le miré con la ceja arqueada a modo de pregunta silenciosa y se limitó a decirme que era una sorpresa.

—¿Qué tal han ido estos días? —pregunté.

—Mucho trabajo, reuniones, capear el temporal con la prensa…

—Ah, cierto —sonreí, pero no dije nada más y él tampoco.

Tras varios minutos de camino en coche llegamos a un restaurante cerca del Sena, el chófer os abrió la puerta y Tommy me ayudó a bajar.

Cuando entramos vi que no había nadie, todas las mesas estaban vacías y había dos camareros delante de la barra que nos dieron la bienvenida.

—Por aquí, por favor —dijo uno de ellos, extendiendo el brazo para que les siguiéramos.

Nos llevaron hasta una zona que quedaba separada del resto del salón por unas cortinas negras gruesas, se trataba de un pequeño reservado con una mesa y dos sillones frente a un ventanal con vistas al Sena.

—Los cristales son oscuros y desde el exterior no se ve nada de lo que hay aquí —me dijo, y sonreí quedándome un poco más tranquila.

Tras acomodarnos, el camarero se fue cerrando las cortinas.

—¿Por qué no hay nadie más? Este sitio debería estar lleno.

—Pedí que lo cerraran para nosotros.

—Vaya, veo que tienes tanta influencia como mi padre —sonreí.

—Pensé que era mejor así, nadie podría molestarnos, no habría cámaras de móvil y evitaríamos encontrarnos con la prensa.

—Bien pensado entonces.

El camarero regresó con una botella de vino, sirvió las dos copas y la dejó de nuevo en esa cubitera donde la mantendríamos fría.

—¿Les traigo ya la cena, señor? —le preguntó a Tommy.

—Sí, por favor —asintió y salió de nuevo dejándonos solos—. Dejé pedido lo que cenaríamos, espero que no te moleste.

—No, tranquilo, desde luego que te has empleado bien para sorprenderme —cogí mi copa—. Por las sorpresas que nos depare esta noche —dije levantándola y él acercó la suya para ese brindis.

Di un sorbo y sonreí, aquel vino era dulce y afrutado, de esos que a mí me gustaban.

Las cortinas se abrieron de nuevo y los dos camareros entraron empujando un carrito cada uno.

Había tostas de varios tipos: marisco, canapés con caviar y un plato de ostras.

Nos sirvieron un poco de cada en nuestros platos y se marcharon dejando los carritos allí.

Tommy y yo comenzamos a comer y charlamos un poco del trabajo, se interesó por las sesiones de fotos que m madre me había estado diciendo que ya tenía cerradas, incluso me había dicho que tenía una firma de aquí en Parí que estaba interesada en contar conmigo para su nueva colección.

Me habló de algunos proyectos que tenía sobre la mesa y que aún estaban barajando él y su socio, y dejamos el

trabajo a un lado cuando entraron los camareros para llevarse los carritos vacíos, así como los platos de la mesa.

—¿Desea otra botella de vino? —le preguntó al ver que la primera ya estaba vacía.

—Sí, tráigala.

Los dos salieron de allí empujando los carritos y cuando volvimos a quedarnos solos, Tommy me miró fijamente, en silencio y sin decir nada. Me mordí el labio y negó levemente. Las cortinas se abrieron de nuevo y uno de los camareros entró con la botella de vino, y sirvió las copas.

—No traigan todavía el plato de la carne —dijo Tommy sin apartar la mirada de la mía, y el camarero asintió.

Ni un segundo tardó en atraerme hacia él para besarme cuando nos quedamos solos de nuevo. Hasta que lo aparté para tomar el control, como siempre hacía.

Mientras me levantaba del sillón él fue girando el suyo hasta que ambos quedamos mirándonos frente a frente.

Levanté la pierna derecha y la apoyé en su asiento, al lado de su muslo izquierdo. Tommy siguió el movimiento y le vi tragar al ver la piel desnuda de mi pierna.

—Puedes tocarla —dije con una sonrisa, y lo hizo.

Llevó las dos manos a mi tobillo y comenzó a subirlas despacio, haciendo que con cada centímetro que avanzaba con las yemas de sus dedos dejara volar mi imaginación a lo que pasaría después.

Retiró la tela del tanga a un lado y deslizo el pulgar entre mis pliegues mientras mantenía la vista fija en la mía. Gemí al notar cómo tocaba ese botón mandando una punzada de deseo a todo mi cuerpo.

Estiré la mano hasta coger su corbata, lo atraje hasta mí y le di un beso rápido para mordisquearle el labio inferior, Tommy hizo un ruido ronco cuando tiré de él antes de lamerlo despacio.

—Quiero que me hagas correr con tu lengua —murmuré.

Lo vi en sus ojos, estaba excitándose tanto como yo y en cuanto dije aquello, me cogió por la cintura para sentarme en la mesa sin ni siquiera levantarse del sofá

Separó mis piernas apoyando cada uno de los pies en el reposabrazos de su sillón, y lamió mi sexo húmedo y excitado mientras mis manos mantenían su cabeza entre mis piernas. Me moví sin parar en busca de ese placer y cerré los ojos entre gemidos y jadeos.

—Usa tus dedos, Tommy, úsalos.

De manera obediente llevó dos dedos a la entrada de mi vagina y comenzó a penetrarme, grité al notar el modo en el que tiraba hacia él con ellos y me volví loca de placer moviendo más mis caderas hasta correrme en su boca y que se bebiera hasta la última gota de lo que él había provocado.

Me senté aún con las piernas abiertas ante él y lo vi llevarse los dedos a la boca, lamerlos y después volver a penetrarme con ellos mientras me miraba.

Bajé el escote de mi vestido liberando los pechos y se lanzó a por ellos, lamiendo y mordisqueando mientras seguía penetrándome con fuerza con los dedos sin tocarme nada más, hasta que me corrí de nuevo.

Cogí la botella de vino y bebí directamente de ella antes dejarla de nuevo en la cubitera.

—Te sobra ropa, ¿lo sabías? —dije mordisqueándome el labio y bajé de la mesa.

Le quité la chaqueta, la corbata y la camisa, y comencé a lamer desde el lóbulo de su oreja poco a poco y despacio bajando por ese torso desnudo y cincelado hasta llegar a la cintura de los pantalones. Me quedé arrodillada ante él, los desabroché y tras liberar su miembro lo envolví con mis labios directamente.

Tommy fue a agarrarme del cabello como hizo aquella noche, pero no lo dejé. Cogí sus manos y las mantuve en los apoyabrazos del sillón mientras yo me movía y le daba placer.

—Keila —jadeó, y aumenté el ritmo.

Quería llevarlo tan al límite como pudiera antes de apartarme, y cuando noté que podría estar a punto de correrse, di una última lamida a su miembro desde la base hasta la punta y me mordí el labio.

—Todavía me tienes que aguantar el ritmo, campeón —le hice un guiño y mientras me ponía de pie le di un beso rápido en los labios.

El hecho de saber que no había nadie más en el restaurante y que desde el exterior no podrían ver nada de lo que ocurriera en este reservado, me hizo desinhibirme un poco más.

Me quité el vestido y el tanga y fui hacia el ventanal, donde me apoyé con las piernas separadas y le pedí a Tommy que se acercara llamándolo con el dedo.

—Te quiero desnudo, completamente desnudo —dije cuando se puso en pie.

Lo observé quitarse el pantalón junto con el bóxer, así como los zapatos, y caminó con ese cuerpo esculpido desnudo y lascivamente erecto hasta a mí.

—De rodillas, y haz que me corra solo con tú boca.

Sonrió de medio lado, agarró mis caderas con fuerza y comenzó a lamer una y otra vez mi clítoris, adentrándose con su viperina y juguetona lengua en mi vagina, mordisqueando y volviendo a lamer una y otra vez, más fuerte cuando se lo pedía, mientras mis dedos jugueteaban con su cabello.

Me corrí con fuerza y cuando se incorporó me arrodillé yo para volver a llevarlo al límite de nuevo lamiendo y succionando su miembro unos minutos.

—Keila —murmuro agarrando mi cabello con una mano, pero dejando que yo me moviera a mi antojo.

Antes de que pudiera correrse me aparté, retiré un poco de saliva mezclada con su líquido preseminal de las comisuras de mis labios, y me puse de pie cogiendo su mano y llevándola entre mis piernas.

Mientras me tocaba y penetraba lo miraba fijamente, llevé su otra mano a mi pecho, lo masajeó, pellizcó el pezón y se inclinó para lamerlo, morderlo y hacer que me corriera de nuevo mientras me penetraba con fuerza.

—Dime que llevas preservativos en la cartera.

—Para ti, los que quieras —me hizo un guiño y volvió a la mesa, donde había quedado nuestra ropa, y regresó poco después con el preservativo puesto.

Le tendí los brazos para que me cogiera, rodeé sus caderas con mis piernas y me embistió con fuerza. Incliné la cabeza y mientras me mantenía sujeta con las manos en su espalda, agarrándome como podía, le mordí levemente en el hombro mientras seguía entrando y saliendo una y otra vez de mi cuerpo.

—Sí, así —jadeé—. Sigue, no pares —gemí, empezó a moverse más rápido y me corrí de nuevo dejando caer la cabeza hacia atrás, momento en el que Tommy se lanzó a por mis labios y besarlos con fiereza.

Me dejó en el suelo, apoyé las manos en el cristal con las piernas separadas y tras elevar las caderas lo miré por encima del hombro.

—Me canta verte tan entregada, preciosa —dijo acariciando mis caderas.

—Y a mí que seas tan obediente —sonreí—. Ahora haz que me corra más fuerte, y córrete conmigo.

Me penetró con fuerza al mismo tiempo que me daba un azote en la nalga, gemí y grité sin importarme que pudieran escucharnos, aunque estaba segura que con el dineral que debía haber pagado ese hombre para que cerraran el restaurante para nosotros, nos estarían dado mucha privacidad.

Noté cómo Tommy me agarraba del pelo haciendo que dejara caer la cabeza ligeramente hacia atrás y, sin dejar de penetrarme fuerte y hasta el fondo, me dio algunos azotes más mientras sentía que de nuevo llegaba al orgasmo

y él me seguía en esa liberación de clímax a la que habíamos ido llevándonos el uno al otro.

Cuando sentí que el último coletazo de mi orgasmo se disipaba, me aparté de Tommy y regresé a la mesa para coger la botella de vino y llenarme la copa, esa que me bebí de un sorbo.

Tommy se unió a mí, me rodeó con el brazo y me besó con fuerza mientras notaba en mi bajo vientre su miembro semi erecto.

—¿Has dicho que había carne para cenar? —pregunté cuando me aparté.

—Sí, una deliciosa y jugosa carne asada en salsa de miel y cebolla caramelizada.

—Suena rico, ¿tendremos postre?

—Coulant de chocolate.

—Vístete, el chocolate me está llamando —dije, y él se rio.

Nos vestimos, cogió una campanita que había en la mesa y que hasta ahora no había visto, y entró uno de los camareros con el carrito y los platos de carne que puso ante nosotros.

Terminamos de cenar sin poder dejar de tocarnos, yo llevaba mi mano por dentro de sus pantalones para tocarle el miembro, y él me hizo correr con su mano otra vez.

Después del postre le hice ponerse otro preservativo me senté a horcajadas sobre él para montarlo, como me dijo que hiciera.

Tras un nuevo y brutal orgasmo nos acabamos la botella de vino y salimos del restaurante para subir al coche donde nos esperaba su chofer.

—Estamos en contacto, Tommy —dije con un susurro antes de darle un beso rápido y bajarme del coche.

Cuando entré en casa vi que todo estaba en silencio y no había luces encendidas, pasé por la puerta de la habitación que ocupaba Sam y sonreí al escuchar unos leves jadeos.

Algo me decía que mi querida mejor amiga se había comprado un juguetito con el que satisfacer sus fuegos internos y necesidades carnales.

Capítulo 14



Keila

Acababa de terminar de tomarme el café de después de comer con Sam, cuando sonó mi móvil y vi que era Melissa.

—Melissa, ¿va todo bien?

—Hola, Keila, sí, está todo bien. Es que Emma quería…

—Déjame el teléfono, mamá —escuché decir a mi hermana y sonreí.

—Te la paso, porque me va a arrancar el móvil de la mano todavía.

—Vale.

—Keila, papá dice que aún sigues en París, ¿es verdad?

—Sí cariño, sigo aquí con Sam.

—Y, ¿podéis venir a buscarme para ir al centro comercial? Es que me aburro —suspiró.

—Vale, danos una hora y pasamos a por ti.

—¡Gracias! *Je t'aime, Keila.*

—*Et moi à toi, mon petit soleil*.

Me encantaba cuando me decía te quiero en francés con esa dulce vocecita, y a ella se le escapaba una risilla cuando la llamaba mi pequeño sol. Era algo que hacía desde que vine a París a dejar aquello que pasó atrás, cuando mi hermanita me hacía sonreír y me miraba con esos ojos brillantes como el sol.

—¿Hemos quedado con Emma? —preguntó Sam sonriendo.

—Dentro de una hora, sí, para ir al centro comercial.

—¡Tarde de chicas! Me encanta. Vamos a malcriar a nuestra hija —hizo un guiño y solté una carcajada.

Emma era mi hermana pequeña, pero estaba claro que por la diferencia de edad que había entre nosotros, bien podría ser mi hija o la de Sam, que la quería tanto como yo.

Me puse unos vaqueros, un jersey y las botas de caña, pero tacón bajo, y cuando ambas estuvimos listas salimos de casa y paramos el primer taxi que vimos pasar para que nos llevara a casa de mi padre.

Cuando llegamos vi que Emma salía corriendo de la casa y Melissa iba detrás, no nos dejó ni bajar.

—¡Hola! —gritó abriendo la puerta y subiendo para sentarse entre las dos.

—Emma, pórtate bien, ¿sí? —le pidió Melissa.

—Sí, mami, ¡adiós! —agitó la mano, y mientras Sam cerraba la puerta, las dos nos despedíamos de Melissa.

—Así que te aburrías en casa, ¿eh, diablilla? —le preguntó Sam.

—Sí, papá lleva todo el día reunido con Aaron, y mamá me ha dicho que iba a ir al salón de belleza, pero no me apetecía ir con ella. A mí no me pintan las uñas —suspiró, y las dos reímos al ver la cara entre pena y fastidio que tenía.

—Bueno, ¿y qué quieres hacer en el centro comercial? —curioseé.

—Quiero comer crepes con Nutella, comprarme libretas, colores, cuadernos, y entrar en la tienda donde puedo hacer mi propio peluche.

—Pues no se hable más, a comer crepes con Nutella que a tu hermana le hace falta un poco de dulce.

—Claro, para que se me acumule en las caderas —resoplé.

Llegamos al centro comercial y bajamos después de pagarle el taxi. En cuanto pusimos un pie fuera, Emma me cogió de la mano con una sonrisa.

Era mayor para eso, según le decía siempre a nuestro padre y a Melissa, pero le encantaba agarrarse a mí porque me veía menos.

Cuando venía a pasar una temporada a París procuraba ir a visitarla a casa o salir con ella alguna que otra tarde

y pasarla juntas. Emma quería mucho a Nick también como hermano suyo que era, pero conmigo tenía una relación diferente, nuestro vínculo era especial, y Melissa decía que era por el tiempo que pasé con ella en casa cuando me refugié de todo.

Nos sentamos en una de las mesas de la cafetería donde hacían las crepes que tanto le gustaban a Emma y pedimos uno para cada una con un batido de chocolate con nata.

—Yo lo quiero con chispitas de chocolate —pidió mi hermana.

—Eres una golosa, Emma —dijo Sam riendo, cuando se fue la camarera.

—Pues igual que vosotras, que os encanta el regaliz.

—El dulce en general, cariño —le aseguró.

Mientras esperábamos que nos sirvieran aprovechamos para hacernos fotos, esas que después mandaría a imprimir para incluir en el álbum que llevaba el nombre de mi hermana, y es que quería que cuando fuera mayor, tuviera uno como recuerdo de todos esos momentos que pasamos juntas.

Acababa de hacer el último selfi en el que como siempre poníamos alguna mueca divertida como fin de la sesión, cuando empezó a sonar mi móvil.

—Hola, mamá —sonreí.

—Hola, cariño, ¿qué tal?

—Ahora mismo Sam y yo estamos en el centro comercial con Emma.

—¡Vamos a comer crepes con Nutella, Tessa! —dijo mi hermana, acercándose a mi teléfono.

—¿La has oído?

—Sí —rio mi madre—, dale un beso de mi parte, ¿quieres?

—En cuanto cuelgue. ¿Para qué me llamabas?

—Es por Kevin.

—No me digas que te ha dejado.

—No, no. ¿Tú también vas a empezar como Nick?

—No, mamá, solo pensaba que, si lo había hecho, lo iba a buscar donde hiciera falta para hacerlo sufrir.

—Pues no será necesario, hija. Antes de que volvamos a casa me ha pedido que te invitemos a comer, para despedirnos.

—¿Cuándo os iréis?

—Pues, en unos días, y queríamos saber si podías comer con nosotros mañana.

—Vale, sí, ¿en tu hotel?

—Sí, te esperamos a la una y media en el restaurante del hotel.
—Genial. Oye, de la firma de aquí que me comentaste…

—Vas a ser su nueva imagen —sonrió—, mañana te doy todos los detalles y después de comer, firmamos el contrato con ellos.

—Así que además de porque os vais pronto, por eso quieres que comamos juntas.

—Sí.

—Te veo mañana, mamá, te quiero.

—Y yo, mi niña. Hasta mañana.

Colgué y vi que Sam me observaba con ambas cejas levantadas.

—¿Y? —preguntó al ver que me quedaba callada.

—¿Qué?

—Oh, vamos, Keila, por favor, sabes perfectamente qué quiero que me digas.

—Voy a ser la nueva imagen de la firma de Madeline Delacroix.

—¡Lo sabía! —gritó emocionada abrazándome— Sabía que te quería a ti esa diseñadora. No había más que ve cómo intentó que le firmaras el acuerdo en la fiesta de los Warren —sonrió.

—Como le dije, debía hablar con mi madre, y lo ha hecho. Mañana como con ella y Kevin, se irán de París en

unos días, y además de para despedirse de mí, iremos a firmar el contrato con Madeline.

—Ay, cariño, que me alegro mucho —volvió a abrazarme—. Ahora vendremos aquí más a menudo, ¿no?

—Eso parece.

—¿Vas a venir más que antes a París, Keila? —preguntó mi hermana, con la vocecita cargada de esperanza.

—Sí, *mon petit soleil* —sonreí—, y nos vamos a ver más que antes.

—¿De verdad?

—De verdad.

—¡Qué bien! —Me abrazó con fuerza— Es que me quedo triste cuando te vas.

—Lo sé, mi niña, yo también —la apreté fuerte entre mis brazos y le di un beso en la cabecita.

En ese momento nos trajeron las crepes y los batidos, y a Emma se le dibujó una amplia sonrisa.

Después de eso estaba segura que no iba a cenar nada, se iba a quedar súper llena.

Nos comimos aquellos dulces y cuando acabamos Emma volvió a cogerme de la mano una vez nos levantamos de la mesa para ir a la papelería.

Allí se volvió loca cogiendo libretas de todos los tamaños y colores posibles, lápices, pinturas y libros para colorear.

Salimos de allí y fuimos directas a la tienda en la que, tras pagar por las tres, nos llevaron a una mesa en la que había un catálogo para escoger los materiales que queríamos utilizar para crear los peluches.

Había muchas madres allí con sus hija e hijos dando rienda suelta a la imaginación, que debía decir que era mucha la que se veía.

Emma se moría de la risa cuando Sam decía que, lo suyo eran los pelos y el maquillaje, no hacer un *transforme* de peluche, pero al final le estaba quedando bien, lo que fuera que iba tomando formando entre sus manos.

Emma hizo una osita blanca con un peto vaquero en color azul celeste y un par de lazos del mismo color para cada oreja, y le puso unas deportivas azules oscuras donde me pidió que le dibujara unas florecitas blancas con el rotulador para tela que teníamos, esas mismas que quiso que dibujara en el peto, pero en azul oscuro.

—Creo que me ha quedado una dragona monísima —dijo Sam, enseñándonos su peluche.

Y sí, era una dragona de pelo de colores pastel, con los ojos violetas y los labios pintados en rosa, con un vestido de tul en rosita y las zapatillas de bailarina de ballet en blancas.

—¡Qué bonita, Sam! —exclamó Emma.

—¿De verdad te gusta, cariño? Porque es para ti —sonrió.

—Me encanta, ¡gracias! —Le dio un abrazo.

—Mi loba gris también es para ti —le dije.

—¿Me voy a llevar tres peluches?

—Claro, ¿o pensabas que los hacíamos para nosotras? —rio Sam.

—¡Os quiero, tatas! —Nos abrazó a las dos con fuerza.

—Se nota, se nota —reí.

Después de que nos dieran unas bolsas para guardar los peluches, salimos de la tienda y Emma se agarró de nuevo a mi mano hasta que llegamos a la calle, Sam paró un taxi y subimos para ir a dejarla en casa, quedando en que iríamos a buscarla otro día para pasar la tarde con ella.

En cuanto entramos al piso nos pusimos los pijamas, preparamos un par de tazas de chocolate caliente y nos acomodamos en el salón con la mantita para ver una comedia romántica que Sam quería ver hacía un tiempo.

—Creo que me ha quedado una dragona monísima —dijo Sam, enseñándonos su peluche.

Y sí, era una dragona de pelo de colores pastel, con los ojos violetas y los labios pintados en rosa, con un vestido de tul en rosita y las zapatillas de bailarina de ballet en blancas.

—¡Qué bonita, Sam! —exclamó Emma.

—¿De verdad te gusta, cariño? Porque es para ti —sonrió.

—Me encanta, ¡gracias! —Le dio un abrazo.

—Mi loba gris también es para ti —le dije.

—¿Me voy a llevar tres peluches?

—Claro, ¿o pensabas que los hacíamos para nosotras? —rio Sam.

—¡Os quiero, tatas! —Nos abrazó a las dos con fuerza.

—Se nota, se nota —reí.

Después de que nos dieran unas bolsas para guardar los peluches, salimos de la tienda y Emma se agarró de nuevo a mi mano hasta que llegamos a la calle, Sam paró un taxi y subimos para ir a dejarla en casa, quedando en que iríamos a buscarla otro día para pasar la tarde con ella.

En cuanto entramos al piso nos pusimos los pijamas, preparamos un par de tazas de chocolate caliente y nos acomodamos en el salón con la mantita para ver una comedia romántica que Sam quería ver hacía un tiempo.

Capítulo 15



Tommy

Me recreé bajo la ducha pensando en el vacío tan grande que había dejado Nadine en la casa y que iba a ser por el momento insustituible dado que no pensaba meter a nadie interna y mucho menos en las condiciones que tenía con ella. Eso sí, quería ir informándome de alguna chica que viniera un par de veces en semana por la mañana a limpiar la casa y cocina.

Con la toalla en mis caderas me dirigí a prepararme un café y me apoyé en la encimera de la isleta a tomarlo mientras miraba por los cristales.

En un rato saldría hacia Bélgica en mi coche dado que tenía una reunión de la que nadie estaba al tanto, motivo por el cual no le pedí a Steve que me llevara. Jairo se encontraba en Italia por cuatro días, así que no notaría mi ausencia.

Me froté la cara y pensé de nuevo en Nadine y que ahora mismo estaría disfrutando de su cuerpo antes de marcharme. Noté mi miembro venirse arriba y me quité los pensamientos de la cabeza.

Una vez en el coche puse mi emisora de radio favorita y comencé a salir de la ciudad para dirigirme a mi destino, al cual me llevaría más de tres horas llegar.

Sentía que las piezas de mi vida no terminaban de encajar y no podía avanzar hasta que todo explotara y saliese el sol por donde saliese, pero, que se tenía que esclarecer todo, se tenía que esclarecer.

Hice una parada por el camino para tomar un café, ya que solo eran las nueve de la mañana e iba con tiempo. Esperaba hoy tener noticias más implicatorias y que nos llevasen a poder tirar lo suficiente del hilo como para llegar hasta el final.

Eran las once y media cuando ya estaba llegando a mi destino. Me desvié hacia un carril rural que me llevaría hasta la casa de Emily, mi principal contacto.

—Hola, Tommy —dijo ella, acercándose a mí cuando estacioné el coche en el aparcamiento que tenía habilitado para ello dentro de su finca.

—Hola, preciosa —le di un beso en la mejilla.

—¿Bien el viaje?

—Sí, claro, no es para tanto —sonreí echando mi brazo por su hombro y nos adentramos en la casa donde ya tenía dos tazas de té preparadas.

Me quité los zapatos y me senté en el puf alrededor de la mesa baja. Le encantaba tomar el té ahí.

—Te noto cansada —le pellizqué la mejilla y ella agarró mi mano y la acarició.

—Lo estoy, ya sabes todo esto lo que me desgasta, me tiene sin fuerzas y no llego a dormir bien.

—Te entiendo.

—Tengo ya todo el material para llevarlo por delante y que pague por todo.

—¿Ya?

—Sí, mi infiltrado consiguió las suficientes conversaciones, fotos, vídeos e incluso información de donde blanquean el dinero del narcotráfico. Jairo es el cerebro de todas las operaciones.

—Nunca entenderé qué necesidad tenía con la millonada que gana con la productora.

—Será detenido en cuanto ponga un pie en Francia, y bueno, en los informes se deja claro que tú no tienes nada que ver con todo esto y que solo eres su socio en el tema de la producción cinematográfica. Jamás sabrá que estuviste al tanto de nada.

—Te lo agradezco Emily —le di un apretón en su muslo y volvió a agarrar mi mano para que la dejara ahí.

Relajó su cuello moviéndolo. Me puse detrás de ella y se lo masajeé un poco.

—¿Mejor? —pregunté mientras le daba el masaje.

—Sí, mucho mejor —se movió para quitarse la camiseta y darme más libertad a los hombros.

—¿Tienes alguna crema hidratante?

—Sí, en el baño.

—Voy.

Miré entre varias que había y me decanté por una de textura ligera. Regresé al salón donde estaba frente a la chimenea, ya que las temperaturas habían bajado considerablemente.

Me senté sobre mis piernas detrás de ella y le quité el sujetador para estar más libre. Sonrió moviendo su cabeza a ambos lados para estirarla mientras yo me ponía la crema en las manos.

—¿Y qué harás cuando todo esto termine?

—Pues seguir trabajando en otras operaciones. La vida continúa y tenemos muchos frentes abiertos.

—Imagino, pero igual un poco de descanso…

—Eso para las vacaciones y aún quedan muchos meses —sonreía moviendo su cabeza y disfrutando del masaje por los hombros y el cuello.

Me senté con las piernas cruzadas para masajear su espalda. Le encantaba que le hiciera esos masajes que, aunque fuera un poco la conseguía relajar de la tensión con la que vivía cada día. Ser jefa de uno de los equipos antidrogas de Bélgica era cuanto menos vivir al límite cada día.

—Joder —dijo cuando le apreté en un punto de la espalda donde le noté unos nudos y me dediqué a quitárselos. Cosa que le molestaba mucho—. Luego me vas a tener que compensar con un masaje más placentero.

—Sabes que no hay problema, te lo hago encantado.

—Lo sé, eres un encanto conmigo.

—¿Y bien? —pregunté cuando terminé con su espalda después de unos veinte minutos.

—Genial. Gracias, tesoro.

—¿Te pones cómoda en la cama? —Lo bueno es que la de ella era alta y me quedaba justo a la altura de las

caderas por lo cual podía tocarla mejor.

—Sí, claro, cómo no —se levantó y terminó de beberse el té de un trago—. Tengo un aceite corporal en mi mesita de noche.

—Cojo esta vela.

—Perfecto.

Fuimos a su dormitorio y mientras ella se desnudaba encendí la vela y apagué la luz. Ella puso una toalla suave gigante sobre la cama y se extendió bocarriba totalmente recta.

—Sin miedo —murmuró cuando puse mis manos aceitosas en sus muslos.

—Claro —me senté a un lado de sus caderas.

Masajeaba su entrepierna, muslos y caderas mientras notaba cómo la sonrisa de excitación iba asomando a su cara.

Flexionó sus piernas abriéndolas, pidiendo con ese gesto que le tocase su zona, y adentré mis dedos entre sus labios acariciándola por el interior un poco mientras con mi otra mano acariciaba su vientre y pechos humedeciéndolos con el aceite.

—Qué bien —se retorció doblando su cuerpo y sintiendo tres de mis dedos en su vagina.

—Me encanta cuando se te dibuja esa sonrisa.

—Si es que tienes unas manos que hacen que me deshaga por completo.

—¿Un poco más de intensidad?

—Sí, por favor, toda la quieras.

Le fui metiendo el dedo por detrás y le toqué el clítoris con fuerza. Ella jadeaba y chillaba mientras se estimulaba los pezones. La llevé a un orgasmo antes de quitarme el pantalón, ponerme un preservativo, colocarme entre sus piernas y penetrarla con fuerza mientras me agarraba a sus pechos.

—Dame más duro, Tommy —me pedía jadeante.

Y le di más duro como a ella le apetecía en estos momentos. Intenté aguantar lo máximo posible y me concentré en otra cosa, quería que ella disfrutara de esta sensación que la tenía de lo más desatada.

Me corrí y estuve unos segundos sobre su pecho lamiéndolo mientras me reponía.

—No salgas de dentro —me pidió mordisqueando mi labio.

—Me lo quito, me aseo y si quieres ahora seguimos.

—Te espero —sonrió.

Después de asearme me tiré con ella en la cama pegándola a mí, los dos de lado. Entrelazamos nuestras lenguas y nos acariciamos con efusividad como si hiciera un siglo que no lo hiciésemos.

Emily era muy sensual y provocativa, no se cortaba ni un pelo. Si bien, con ella no pasaba de unos límites, ni la exponía a juegos, era sexo limpio con un poco de intensidad dado que a ella también le gustaba que le tocara y penetrase por detrás.

Estuvimos por lo menos media hora con caricias hasta que la llevé a otro orgasmo con mi lengua. Me gustaba ver cómo se retorcía presa de un placer que le costaba controlar.

La puse de rodillas y la penetré por detrás consiguiendo que se agarrase con fuerza a los barrotes del cabecero de su cama. Le presionaba mucho, pero aun así a ella le gustaba sentir todo mi miembro paseándose por su interior.

Me quedé con ella a comer viendo todas las imágenes en su ordenador, así como escuchando conversaciones y demás. Increíble la doble vida de Jairo e increíble su manera tan fría de actuar contra todo lo que no le interesaba.

Me dolía en el alma, pero cada vez menos. Desde hacía dos años que me pusieron al tanto de lo que pasaba para que colaborara, o me podría dejar esto en muy mal lugar. No era una amenaza, todo lo contrario, era una manera de salvarme de la que se venía. Así me contacto ella, Emily, poniéndome al tanto en una reunión de todo lo que pasaba. Y tuve que ir abriendo los ojos…

—Bueno, preciosa, vendré a verte, aunque todo esto acabe —la abracé antes de montarme en el coche.

—Siempre serás bienvenido, Tommy —me dio un beso en los labios.

De nuevo el camino de vuelta y no podía dejar de pensar en que mi socio y amigo era quien me había fallado de

la manera más vil. Con todo lo que teníamos, lo que habíamos logrado, y llevaba esa doble vida llena de peligros.

No lo entendía.

Apoyé el codo en la puerta del coche mientras conducía y me saltó una llamada, sonreí de medio lado al ver que era Keila.

—Hola, preciosa, ¿a qué debo el honor? —respondí, y ella soltó una risilla.

—Hola, Tommy. Solo quería saber si te gustaría ser mi acompañante en una fiesta.

—Suena bien, ¿cuándo sería?

—En unos días, tranquilo que hay tiempo para que escojas un esmoquin adecuado, pero sin hacerme sombra —rio.

—Descuida, a ti nadie podría hacerte sombra.

—Entonces, ¿me acompañarás?

—Por supuesto.

—Genial, porque Madeline Delacroix presenta su nueva colección y…

—Eres su nueva imagen, lo sé. Felicidades, por cierto.

—Gracias. Te enviaré un mensaje con el día concreto y demás, ¿ok?

—Perfecto. Iré a recogerte con mi chófer.

—Vale, te mantengo informado.

—De acuerdo preciosa. Adiós.

—Adiós, Tommy.

Cuando esa mujer decía mi nombre, como si lo acariciara, esa sensación iba directa a mi entrepierna.

Me acomodé la erección que se estaba formando en esa zona con solo imaginar el volver a verla y tenerla entre mis brazos, tocarla y hacerla gemir, aunque tuviera que ceder el control durante ese momento.

Y había sido ella quien me volvía a buscar por segunda vez, lo que me dejaba claro que, al igual que me ocurría a mí, ella sentía esa atracción irrefrenable que existía entre ambos, esa difícil de obviar y mucho más difícil aún que pudiéramos querer evitar.

Me acomodé la erección que se estaba formando en esa zona con solo imaginar el volver a verla y tenerla entre mis brazos, tocarla y hacerla gemir, aunque tuviera que ceder el control durante ese momento.

Y había sido ella quien me volvía a buscar por segunda vez, lo que me dejaba claro que, al igual que me ocurría a mí, ella sentía esa atracción irrefrenable que existía entre ambos, esa difícil de obviar y mucho más difícil aún que pudiéramos querer evitar.

Capítulo 16



Keila

A la una y media estaba entrando en el restaurante del hotel en el que mi madre y su novio Kevin se habían alojado esos días.

No tardé en verla, y sonrió mientras me saludaba con la mano.

—Cariño, qué guapa estás —dijo dándome un abrazo.

—Hola, mamá. Hola, Kevin —también me abrazó.

—Hola, Keila.

—Así que os vais pronto —dije mientras me sentaba.

—Sí, Kevin tiene que volver al trabajo —respondió ella sonriendo, mientras lo miraba.

—Y tú también, que por mucho que te quejes de Nick, estás deseando volver a la agencia y poner orden.

—Sí, hija, ya sabes que, si no estoy por allí, me pongo nerviosa.

—Bueno, pero te ha venido bien desconectar. Seguro que esto ha sido algo así como una especie de luna de miel —sonreí.

—Ay, Keila, qué cosas tienes —mi madre se sonrojó.

—Mira, mira qué coloraditas se te han puesto las mejillas.

—Se sonroja más de lo que le gustaría —dijo Kevin, que la mirada con ese brillo en los ojos del día que le conocí.

—Bueno, así que al final Madeline Delacroix se ha salido con la suya —cambié de tema—. Se pasó casi toda la fiesta de los Warren pidiéndome que fuera su nueva imagen.

—Me llamó al día siguiente —rio mi madre—. Cuando supo que estaba en París me invitó a comer y me puso las condiciones del contrato sobre la mesa, le dije que iba a estudiarlas muy detenidamente y que ya la llamaría.

—Es una diseñadora de mucha fama no solo aquí, en su país, sino en todo el mundo. Sí. Jacqueline, lleva años queriendo ser su imagen.

—No fastidies, ¿en serio? —abrí los ojos al escucharla.

—Eso me dijo Madeline.

—Pues cuando me vea siendo la imagen, va poner el grito en el cielo —volteé los ojos.

—La elección ha sido de Madeline, tú no has tenido nada que ver, igual que ocurrió con Giovanni, cariño.

Sí, los diseñadores me escogían a mí para ser la nueva imagen de sus firmas, y mi querida compañera de gremio Jacqueline no perdía el tiempo en ir hablando a mis espaldas y diciendo que yo no merecía esa oportunidad en la firma.

Estaba claro que en el mundo de la moda siempre habría envidias y rencillas, esas de las que yo huía como si de la peste se tratara, pero para Jacquelin eran como una especie de droga para sentirse mejor mientras mentía sobre mí.

Yo sabía que no me tenía en buena estima, pero era recíproco, y de ahí que al vernos se notara a leguas que no nos soportábamos, por mucho que las dos fingiéramos hacerlo cuando coincidíamos en algún evento.

Vinieron para tomarnos nota y, además del vino blanco, mi madre y yo pedimos una crema de verduras de primero, y pescado de segundo, Kevin optó por pasta y carne.

Mientras comíamos mi madre me habló de los nuevos contratos que tenía para mí, esos que me esperaban para cuando decidiera dejar París, pero como ahora tenía que hacer varias sesiones de fotos para Madeline Delacroix, no sabía exactamente cuánto prolongaría mi estancia en la ciudad.

—No quiero ser curiosa ni que me malinterpretes, mamá —le dije cuando Kevin fue un momento al baño antes de que nos sirvieran el postre.

—¿Qué quieres sabes, cariño?

—¿Has pensado en casarte con Kevin?

—Keila, qué cosas tienes —sonrió—. Ya estuve casada una vez, cariño, y aunque me fue infiel, tuvimos unos años maravillosos. Siento algo por Kevin, eso está claro, pero a día de hoy no quiero casarme, estamos bien así. ¿Quién sabe si decidimos casarnos y de repente todo lo bonito se estropea? No me arriesgo.

—Bueno, si decides que quieres casarte con él, mi apoyo lo tendrás. Aunque sea el único y nadie más de la familia asista a tu boda.

El camarero llegó con los postres y los cafés al mismo tiempo que regresaba Kevin.

Después de tomarlo salimos del hotel y cogimos el coche que ellos habían alquilado para ir hasta el edificio propiedad de Madelein Delacroix que estaba cerca del Arco del Triunfo.

Entramos al parking subterráneo tras indicarle mi madre que teníamos una cita con la diseñadora, y una vez aparcamos subimos en ascensor hasta la última planta.

Nos recibió la asistente de Madeline, que nos pidió que esperásemos unos minutos sentados allí mientras su jefa terminaba la videoconferencia con la que estaba.

Diez minutos después se abrió la puerta del despacho y una sonriente y como siempre elegantemente vestida Madeline Delacroix, saludó a mi madre con un abrazo y un beso, para después saludarme a mí.

—Keila, no sabes cuánto me alegro de que tu madre aceptara mi petición para que fueras mi nueva imagen. Llevaba dos años detrás de ti, como te dije en la fiesta de los Warren.

—Y como yo te dije, Madeline, lo bueno siempre se hace esperar —comentó mi madre.

—Desde luego, querida, la esperaba ha merecido la pena. Vamos, pasad a mi despacho —dijo extendiendo el brazo—. Kevin, si quieres pasar —sonrió mirándolo.

—Os dejo los negocios a vosotras, yo hoy solo he hecho de chófer —contestó, haciéndonos un guiño a mi madre y a mí.

—No te las robaré mucho tiempo, lo prometo.

Entramos en el despacho y cuando cerró la puerta, la escuché suspirar.

—Tessa, en serio, eres una mujer de lo más suertuda. Menudo hombre te has buscado —sonrió—. ¿A que el novio de tu madre es guapo, Keila? Por no hablar de lo simpático que es. Ya quisiera yo uno así.

Madeline tenía un año menos que mi madre y también estaba divorciada, solo que no tenía hijos, ella siempre

quiso tenerlos, pero por más que lo intentó, no tuvo suerte, por lo que dijo que la dedicación que no podía tener con sus hijos, la empleaba en mimar cada diseño.

Su ex al igual que mi padre rehízo su vida, casándose hasta en tres ocasiones y tuvo un hijo con cada una de ellas.

Nos sentamos en la mesa redonda que tenía a un lado del despacho y me puso el contrato delante para que lo leyera, aunque ya lo había hecho mi madre y sabía que no habría nada en él que no me convenciera o me fuera a parecer mal.

Firmé, ella lo hizo también en ambas copias, y estrechamos la mano para sellar más oficialmente nuestra colaboración.

—No sabes lo feliz que me hace tenerte en mi firma, Keila —me dio un abrazo—. Y una cosa que quiero que te quede muy clara. No voy a dejar que los comentarios de nadie me influyan, pueden hablar cuanto quieran y el tiempo que quieran, esta ha sido mi decisión porque sí, hay cientos, miles de modelos de renombre, pero ninguna tiene lo que tú que tanto me gusta. Y no es solo tu belleza, sino esa naturalidad con la que posas, con la que sonríes y haces todo, Keila. Si aceptas un consejo de alguien que, como tu madre, lleva mucho tiempo en esto, no dejes que los comentarios de los demás te afecten.

—Eso procuro —sonreí, sabiendo que se refería sobre todo a Jacqueline.

Nos despedimos de ella, nos acompañó hasta la sala donde estaba Kevin esperándonos, y me dijo que me haría llegar por e-mail el día y la hora a la que tendría la primera sesión de fotos allí mismo, en el edificio.

Subimos al ascensor para ir hasta el parking y coger el coche, le di a Kevin la dirección de mi casa y me llevaron hasta allí.

—Te voy a echar de menos, hija —me dijo, dándome un abrazo.

—Y yo a ti, mamá.

—Procuraré traértela pronto —sonreí al escuchar a Kevin y ver que me hacía un guiño ante de abrazarme.

—Aunque me caigas bien, recuerda lo que te dije —le advertí—. Si le haces daño, yo te lo haré entre terribles sufrimientos.

—Tranquila, la cuidaré bien.

—Más te vale.

Volvieron al coche y mi madre me dijo adiós con la mano y me mandó un beso antes de alejarse. Entré en el edificio y subí en el ascensor hasta mi piso, donde Sam me esperaba con una botella de champagne en la mano que no dudó en abrir.

—¡Y aquí está la nueva imagen de Madeline Delacroix! —gritó— Felicidades, cariño —me dio un abrazo y la botella para que diera un trago directamente de ella.

—Sam, tenemos copas —reí.

—Da igual, así sabe mejor y nos dura más. Vamos, bebe, que yo también quiero.

Negué, di un trago y me la quitó para beber ella.

—Voy a cambiarme.

—Eso, y yo voy poniendo una peli para verla mientras nos bebemos esta deliciosa y fresquita botella de champagne para celebrar tu nuevo contrato.

—Jacqueline andaba detrás de Madeline desde hacía tiempo, según le dijo a mi madre.

—No jodas —abrió los ojos—. Pues, cariño, bebe, bebe por esa arpía con envidia —me dio la botella y di otro sorbo.

—Ahora vuelvo —la dejé en la mesa.

—Aquí te esperamos, mi amor, ¿quieres celebrarlo con sexo?

—Sam, por Dios —solté una carcajada.

—Era broma. Estás buenísima, pero lo mío son los hombres. Y ahora tengo un vibrador, me satisfago sola.

—Haces bien, ya te buscaré un hombre de verdad —dije mientas iba hacia el pasillo.

—O me prestas uno, que tienes dos. Vas a ir al Infierno por pecar de gula, lujuria y avaricia.

—Bueno, si Lucifer está como el de la serie…

—A la mierda, ni comedia romántica ni nada, necesito una porno —más me reí al escucharla, y así entré en la habitación para cambiarme.

No se hacía Sam una idea del bien que me hacía tenerla como amiga.

Capítulo 17



Keila

Me preparaba para la primera sesión de fotos con la nueva colección de Madeline Delacroix, y aunque no era m primera vez como modelo, siempre me sentía un poco nerviosa.

Quería dar lo mejor de mí, que tal como ella dijo se me viera natural en todo momento y que las fotos quedaran perfectas, preciosas e impecables.

Ya era noticia en todo el mundo que la diseñadora francesa me había contratado para ser su imagen durante un año con posibilidad de renovar, como ocurría en estos casos y había hecho con otros diseñadores, como fue el caso de Giovanni, el diseñador italiano que se movía por todo el mundo, y los comentarios de Jacqueline no tardaron en aparecer.

Esa mujer parecía vivir pendiente de lo que yo hiciera, solo para tratar de quitarme prestigio de algún modo.

A mí nunca me decía nada directamente, pero tenía la suerte de contar con gente que me conocía bien, así como a mi madre, y me ponían al tanto de esos comentarios para nada buenos que vertía a mis espaldas.

Ella tenía sus propias firmas para las que trabajaba como imagen desde hacía años, y sí, todos los modelos, tanto masculinos como femeninas que nos dedicábamos a esto, queríamos ser la imagen de alguna firma en concreto con la que soñamos siempre, pero si no se podía, tampoco tirábamos por tierra a los demás.

—Ya estás lista, cariño —me dijo Sam cuando acabó de peinarme—. Vamos, te ayudo a vestirte.

Me levanté y fuimos al perchero en el que habían dejado todos los vestidos de la nueva colección de Madeline preparados para mí.

El primero era una prenda absolutamente preciosa, en rojo coral de manga larga, escote en V y entallado hasta las caderas, desde donde comenzaba a caer la tela de la falda un poco más suelta.

Tenía una pequeña y discreta cola y a mí me parecía un diseño perfecto para esas actrices que iban a una gala de premios.

—Keila, estás espectacular —sonreí al escuchar a Madeline cuando entré en la sala donde ya estaba el fotógrafo y el modelo masculino con el que posaría para algunas fotos.

—Es el vestido, yo solo lo llevo —contesté.

—Por favor, qué modesta eres. Vamos, ve con Phillip que empezamos.

Me acerqué a mi acompañante que sonreía con amabilidad y a partir de ahí me lo puso todo muy fácil. El fotógrafo no dejaba de decirnos que se nos veía muy cómplices, y eso que era la primera vez que trabajábamos juntos.

Pasamos de un vestido a otro y en todos los cambios me ayudaba Sam. Madeline estaba encantada con cómo estaban quedando las fotos, se acercaba cada poco tiempo al fotógrafo para echar un vistazo y la veía sonreír.

Después de tres horas y diez cambios de vestuario, nos despedimos quedando en que me enviaría la invitación para la fiesta de presentación de todos esos diseños, y quería que llevara uno de ellos, el que yo eligiera.

—Va a ser difícil, Madeline, son todos preciosos —contesté.

—Y te sentaban muy bien, te quedaban perfectos, pero si aceptas una sugerencia, el primero te hacía lucir realmente espectacular.

—Ese es más para una actriz de Hollywood —reí.

—Y así es como quiero que luzcas tú ante todos, el día de la presentación, querida, como la diva que eres —dijo señalándome antes de ir a hablar con el fotógrafo.

Sam y yo fuimos hacia la calle donde nos esperaba el chófer que Madeline había enviado para recogernos en casa y que nos llevara de vuelta, inclinó la cabeza a modo de saludo mientras nos abría la puerta y nos acomodamos en el asiento.

—Estoy de acuerdo con ella —miré a Sam con el ceño fruncido—. Ese vestido rojo coral es perfecto para la fiesta de presentación. Ya te veo llegando al lugar y a todos los fotógrafos esperando que salgas del coche. Ibas a ser como una actriz —sonrió.

—La verdad es que, de todos, es el que más me ha gustado.

—Pues no hay más que pensar —hizo un guiño.

Cuando llegamos a la calle donde estaba mi piso, nos despedimos del chófer y subimos, Sam dejó sus cosas de trabajo y cogió las llaves para ir a hacer algo de compra, pues quería preparar hoy la comida, y es que se le había antojado un guiso con arroz.

Fui a desmaquillarme mientras ella estaba fuera y escuché que sonaba mi móvil.

—Hola, hermano —saludé.

—Me ha dicho mamá que te quedas un tiempo en París.

—Sí, soy la nueva imagen de Madeline Delacroix, hoy he tenido la primera sesión de fotos. No creo que tarde mucho en hacer la fiesta de presentación, y tengo que asistir.

—Iré contigo, necesito alejarme unos días de aquí.

—¿Qué ha pasado, Nick? —Fui hacia el salón para sentarme.

—He discutido con mamá.

—Por Dios, no me digas que ha sido por Kevin. Ese hombre no va a en buscar de su fortuna.

—Lo siento Keila, pero no me vais a quitar la idea de la cabeza. Estoy seguro de que esconde algo, no sé.

—Comí con ellos antes de que regresaran a casa, y te aseguro que es un buen hombre, por no hablar de que se ve que quiere a mamá. Nick, no esconde nada.

—¿De verdad me estás diciendo que es una casualidad que apareciera en la vida de nuestra madre unos meses antes del aniversario de bodas de nuestro padre y su exmujer? Joder, Keila, eres más lista que eso.

—¿Me acabas de llamar gilipollas de manera sutil?

—No, no he dicho eso.

—Mira, te quiero, pero si vas a venir a París para meterme ideas en contra de Kevin en la cabeza, no vengas. Iré a esa fiesta con Sam como hago siempre.

—Keila, joder, es que no me creo que ese hombre tenga un historial tan limpio.

—No todo el mundo tiene por qué tener un pasado de mierda, delictivo o con multas de tráfico, Nick, en serio. Estuvo casado con la mujer de papá, se gastó su herencia y la dejó en la miseria, pero vio la luz al final del túnel y se reformó.

—Oculta algo, lo sé, y espero que cuando lo descubra tanto tú, como mamá, me deis la razón.

—Dios, hablas como papá.

—Él está de acuerdo conmigo, y Melissa también.

—Dime que papá no está detrás de esto también.

—Los dos quieren saber por qué ha aparecido Kevin, ahora después de tantos años.

—Deja de buscar, Nick, no vas a encontrar nada —escuché la puerta y vi que Sam entraba cargada con algunas bolsas, así que fui a ayudarla—. Y papá también tendría que dejar este asunto. Ese hombre no tiene ninguna mala intención con mamá.

Sam volteó los ojos al entender con quién estaba hablando.

—Nos acabaréis dando la razón, Keila, tanto tú, como mamá.

—Eres un cabezota, en serio —colgué sin despedirme.

—¿Nick sigue con eso de que el novio de tu madre tiene intenciones ocultas?

—Sí, y mi padre y Melissa igual —contesté buscando el número de mi padre para llamarlo.

—Keila, cariño, ¿ocurre algo? —preguntó al descolgar.

—Sí, papá, claro que ocurre. ¿Por qué seguís creyendo que el novio de mamá va tras su dinero? Nick ha buscado y no ha encontrado nada salvo lo que él y Melissa ya nos contaron.

—Solo queremos cuidar de tu madre, si ese hombre ya arruinó a Melissa, nada ni nadie nos asegura que no haga lo mismo con ella.

—Dejad el tema, no hay nada, ni siquiera les habéis dado a mamá y a él la oportunidad de verlos juntos.

—Es un embaucador, Melissa me lo dijo.

—Melissa fue la que decidió divorciarse, no él, y sí, yo habría hecho lo mismo, pero está claro que ese hombre se arrepiente de lo que hizo y se redimió, la gente cambia.

—Los que buscan el dinero fácil no cambian, hija, y nos acabarás dando la razón a los tres cuando robe a tu madre lo que os pertenece.

—Por mí, mamá puede regalarle a Kevin mi parte de la empresa o toda ella si quiere, me da igual. Es su vida, su dinero, y ella decide cómo y con quién disfrutarlo. ¿Acaso ella dijo algo sobre Melissa cuando la conoció? No, se alegró de que encontrases a una mujer a la que querer, y es sorprendente que a ella no le hayas sido infiel. ¿Melissa pensó en algún momento que, porque le hicieras eso a tu primera esposa, se lo podrías hacer a ella también? No, ¿verdad? Entonces no entiendo por qué seguís empeñados en que, porque por una mala racha Kevin se gastara la herencia de la que fuera su primera mujer, va a hacer lo mismo con la fortuna de mamá. Todo el mundo cambia, y tú mejor que nadie sabes eso.

—Keila…

—Tengo trabajo que hacer, papá. Ya hablaremos.

—Otro al que cuelgas —rio Sam.

—Es que no es justo, Sam. Ellos no han visto cómo se miran mi madre y Kevin, cómo es él.

—Se acabarán dando cuenta, y dejarán a un lado esa obsesión de buscar algo podrido en sus cajones.

—Ojalá, porque como le he dicho a mi padre, si él no le ha sido infiel a Melissa en estos años juntos, es porque ha cambiado, en fin… ¿Te ayudo a preparar la comida?

—¿Tú con un cuchillo en la mano tal como estás? No sé yo si es buena idea —elevó ambas cejas.

—Es perfecta, sabes que me desestresa trocear verduras.

—Pues dale, empieza con las zanahorias.

Sonreí mientras las cogía, y durante la siguiente hora estuvimos las dos preparando juntas la comida y

disfrutando de una copa de vino.

disfrutando de una copa de vino.

Capítulo 18



Keila

Estaba sola en casa, ya que Sam había salido para ir a algunas de las firmas de cosméticos que más usábamos para comprar varios que necesitaba para la fiesta de presentación de Madeline.

Mi madre me envió un mensaje para ver cómo fue la primera sesión de fotos y le mandé algunas de las que Madeline me hizo llegar al e-mail para que las viera.

Mamá: *Mi niña, como siempre estás preciosa. ¿Cuándo será la presentación?*

Keila: *En unos días, imagino que el sábado por la noche. Y sí, antes de que lo preguntes, llevaré uno de los vestidos de la nueva colección.*

Conocía a mi madre y sabía que acabaría dándome su opinión sobre el vestido adecuado para esa noche. No me equivoqué, y sonreí al leer su nuevo mensaje.

Mamá: *¿Ya has elegido? Porque el rojo coral es perfecto, seguro que impactará al verlo. Y te sienta muy bien.*

Keila: *Es el que elegimos, mamá. ¿Qué tal por la agencia? ¿Y Kevin? Ya me dijo que Nick que habíais discutido.*

Mamá: *Por aquí todo bien, cariño, aunque te echo de menos. Necesito un desayuno con mi hija y charlar. Kevin está bien, trabajando mucho, están en su agencia con una nueva campaña publicitaria y han seleccionado a algunas de nuestras modelos. Me pregunta mucho por ti, ¿sabes? Creo que le gustas, le caíste bien, y como ere la única que lo tolera… A tu hermano lo doy por imposible, sigue insistiendo en que esconde algo o que quiere m dinero, pero no lo conoce en absoluto. Te quiero mucho, Keila, y estoy deseando verte en la prensa de todo el mundo cuando se celebre la fiesta de presentación.*

Keila: *Yo también lo doy por imposible, igual que a papá, pues resulta que él y Melissa también están empeñados en que, igual que la arruinó a ella, lo hará contigo. Yo solo espero que de verdad no te haga daño,*

porque lo mato. También te quiero mamá, mucho, y lo sabes. Escápate unos días y nos vemos. Cuídate, ¿ok? Mil besos, mami.

Dejé el móvil en la mesa y suspiré, incluso yo había estado buscando en la vida de Kevin y lo que encontré fue el buen trabajo que hacía en la agencia en la que llevaba tantos años.

Llamaron al telefonillo y fruncí el ceño, puesto que Sam llevaba sus llaves y yo no estaba esperando a nadie.

—¿Sí?

—Soy Aaron.

Sonreí mientras le abría y dejé la puerta entreabierta para que pasara. Hacía unos días que no nos veíamos y no me sorprendía que viniera de manera inesperada a visitarme, era algo que solía hacer y a mí me encantaba.

—Hola, preciosa —me saludó con una sonrisa y le di un abrazo.

—¿Qué te trae por aquí?

—Acabo de terminar una reunión con tu padre y tenía que llevar unos papeles aquí cerca, así que me dije, ve a ver a tu chica —hizo un guiño y sonreí—. ¿Cómo estás? Felicidades por el contrato con Madeline Delacroix.

—Gracias. La noche de la fiesta de los Warren quería contratarme, por suerte me hizo caso y llamó a mi madre para ello. ¿Quieres un café?

—No, gracias, me he tomado tres en casa de tu padre y voy a mil. Esta noche me costará dormir.

—Bueno, para eso tengo un remedio buenísimo —dije mientras le pasaba la mano por el pecho, mirándolo.

—¿Necesitas liberar tensiones? —preguntó mientras me agarraba por las caderas.

—Sí, el asunto del novio de mi madre y la obsesión de la familia por encontrar algún trapo sucio, me tienen de
s
i los nervios.

—En ese caso —me cogió en brazos y grité entre risas—. Vamos a liberarte un poco.

Lo besé porque me apetecía mientras me llevaba a la habitación, donde tras recostarme en la cama comenzó a desnudarse, dejando solo su bóxer puesto.

Me desnudó y comenzó a besarme desde el tobillo hasta la entrepierna, donde empezó a lamer como él sabía para hacer que me fuera excitando cada vez más.

Añadió dos dedos con los que me penetraba rápido y sin parar, arqueé la espalda y llevé mis manos a su cabello tirando de él con fuerza mientras movía las caderas.

Cuando me corrí solté el aire con un jadeo prolongado mientras dejaba caer la cabeza en la almohada con los ojos cerrados.

—Date la vuelta, que voy por el aceite —dijo, y asentí.

Me acomodé bocabajo, con ambos brazos debajo de la almohada y los ojos cerrados. Aaron no tardó el volver y tras separarme bien las piernas, se colocó entre ellas de rodillas como siempre. En cuanto empezó a verter esas leves gotas de aceite por todo mi cuerpo me llegó el olor a lavanda.

Él sabía que con eso conseguiría calmarme un poco el cuerpo, y aunque no era un experto se empleaba a fondo para masajearme las piernas, la espalda, los hombros y el cuello hasta destensarme los músculos tanto como podía.

Gemí al notar sus manos aceitosas en mi sexo, Aaron seguía deslizándolas y acariciándome esa zona mientras masajeaba mis nalgas. Noté que jugaba con el pulgar en la parte de mi ano y sentí poco después ese dilatador fino y alargado que fue metiendo en esa parte trasera poco a poco.

Lo hacía al mismo tiempo que me penetraba con dos dedos por la vagina y me excitaba cada vez más.

—¿Quieres el succionador? —preguntó.

—Sí, pónmelo.

Se movió en la cama dejando el dilatador en mi ano y no tardé en escuchar que abría el cajón de la mesita y volvía a cerrarlo. Tras colocar el succionador en el clítoris, lo puso en marcha y grité ante la sensación tan placentera.

Volvió a penetrarme con dos dedos al mismo tiempo que lo hacía con el dilatador, y me corrí en cuestión de minutos.

Cuando apartó todo me puse de rodillas sobre la cama separando mis nalgas y le pedí que me diera otro orgasmo con su lengua, no lo dudó, y acatando esa orden me llevó a gemir y gritar de nuevo mientras lamía,

mordisqueaba mi clítoris y me penetraba con la lengua en la vagina.

—Ven —dije girándome y al ver el deseo en sus ojos, le devolví solo un poco de lo que él me daba.

Liberé su miembro erecto y lo llevé a mi boca, lamiendo y succionándolo mientras me colocaba el succionador en el clítoris para sentir mi propio placer.

Aaron sabía que yo tenía el control en estos momentos, que yo era la que decía qué podía hacerme él y qué no, y cuando le compensaba con un poco de placer como ahora, tenía prohibido tocarme, agarrar mi pelo o intentar guiarme.

Gimió, le di un leve golpecito en la nalga y le permití que se moviera. Comenzó a llevar las caderas de adelante atrás a un ritmo lento hasta que me aparté y lamí su miembro de manera lenta y sin apartar la vista de sus ojos.

—Ahora fóllame, Aaron.

—Sí, preciosa.

Cogió un preservativo de la mesita de noche y mientras se lo colocaba, me recosté en la cama con las piernas separadas, coloqué los pies en sus hombros y me embistió con fuerza como yo quería.

Acabamos llegando a esa liberación que yo tanto necesitaba y Aaron dejó caer la cabeza hacia atrás soltando un gemido gutural, al mismo tiempo que yo gritaba mientras seguíamos moviéndonos en esos últimos retazos de un orgasmo intenso y que haría que los dos durmiéramos bien esa noche.

Se retiró y fuimos a darnos una ducha rápida, me ayudó a quitarme un poco del aceite del cuerpo y me enjabonó con mi gel de lavanda.

Le di un beso intenso y profundo mientras sus manos acariciaban mi espalda y mis nalgas. Aaron y yo teníamos una buena conexión, una química increíble, pero ante todo éramos amigos y eso nunca podría ni debería cambiar.

Si no lo viera de ese modo, al igual que él a mí, estaba segura de que habría sido un marido perfecto.

Ojalá algún día lo fuera, ojalá encontrara a esa mujer que lo quisiera y lo amara como merecía, porque era un hombre a quien le deseaba toda la felicidad del mundo.

—¿Mejor? —preguntó una vez nos habíamos secado, mientras colocaba un mechón de mi cabello húmedo tras la oreja.

—Mucho mejor, como siempre —sonreí poniéndome de puntillas y dándole un beso rápido en los labios—. Puedes venir cuando quieras para darme una sorpresa.

—Lo haré. Me voy a casa, tengo algunas cosas que revisar para tu padre.

Nos vestimos y cuando salimos de mi habitación escuché unos leves gemidos en la habitación de Sam.

—¿Está con alguien? —preguntó Aaron con el ceño fruncido.

—No, se ha comprado un juguetito —sonreí—. Espera.

Fui hacia la puerta, di un par de golpecitos y la escuché preguntar con la voz agitada.

—Aaron está aquí, Sam, dice que si necesitas ayuda…

—Oh, joder, ¿por qué te crees que me he encerrado en la habitación? Porque al llegar os he escuchado.

—¿Necesitas un par de manos, pequeña? —le preguntó él haciéndome un guiño.

—Dios, qué vergüenza —la escuchamos caminando por la habitación y poco después, un portazo del cuarto de baño.

—Yo estoy dispuesto a colaborar, si ella quiere y tú me lo permites.

—¿Es en serio? —reí.

—Sam tiene su morbo.

—Madre mía de lo que se entera una. Dame un momento.

Abrí la puerta de la habitación de mi mejor amiga y escuché cómo gemía en el cuarto de baño, llamé y protestó, pero ni hice caso y la abrí.

—Keila, ¿qué haces?

—Nena, me estás poniendo cachonda otra vez —sonreí, al ver que tenía el succionador entre sus piernas—. Aaron quiere si tú también —elevé ambas cejas.

—No, claro que no.

—Venga, no seas tonta que sé que te gusta Aaron.

—Te acuestas con él, por el amor de Dios.

—Mira, algo más que tendríamos en común —le hice un guiño.

—¡Si puedo opinar, tienes un buen polvo, Sam! —dijo Aaron desde la puerta.

—Al final me alojo otra vez en el hotel —dejó el succionador a un lado y se desnudó para meterse en la ducha.

—Piénsalo, que Aaron tiene unas manos… y una destreza… Te lleva al cielo, Sam.

—Esto no está pasando —suspiró mientras apoyaba la frente en la pared y me reí saliendo de allí

—No descarto que caiga rendida a tus encantos —le dije a Aaron cerrando la puerta de la habitación de Sam.

—Y, ¿caerías las dos a la vez? Ya sabes que, por mí, no habría problema.

—Hum, no lo sé —sonreí.

—Me voy, antes de que te desnude y te libere de tensión otra vez —dejó un beso en mi mejilla y fue hacia la puerta.

—¿Se ha ido ya? —preguntó gritando Sam desde su habitación.

—Sí, ya se ha ido. Puedes salir.

—Keila, en serio, casi me da un infarto cuando lo he oído —dijo al salir.

—Pues que sepas que lo de que te quiere poner mirando a la Torre Eiffel, y hacerte ver el cielo, es verdad, que dice que tienes tu morbo. A ti te gusta y entre nosotros no hay nada serio. ¿Por qué no te das una alegría para el cuerpo?

—Por Dios, me muero de vergüenza.

—¿Y si estoy yo con vosotros?

—¿Qué? Ay, mi madre.

—Oye, eres mi mejor amiga, no me voy a asustar de lo que vea. Que nos hemos visto desnudas muchas veces.

—Pero no nos hemos…

—¿Qué hay del primer beso que dimos? Porque te recuerdo que fue entre nosotras —arqueé la ceja.

—Joder, Keila, teníamos catorce años, y era para ver cómo se hacía.

—Pues esto igual, nosotras dos con Aaron, que está que te mueres desnudo —sonreí.

—Te has vuelto loca —dijo tras unos breves instantes de silencio.

—Y tú lo estás pensando, porque sabes que podrías disfrutar mucho con él. Consúltalo con la almohada y ya me dices —le hice un guiño antes de ir a coger el móvil y pedir comida china para la cena.

Conocía a Sam, sabía que le gustaba Aaron desde hacía un tiempo, pero con eso de que era conmigo con quien se acostaba, pues no daba ningún paso adelante.

Pero estaba pensando en darlo, lo podía ver en sus ojos y el modo en el que se mordía el labio, pues era señal de que su cabecita le daba vueltas a algún asunto.

—¿Qué? Ay, mi madre.

—Oye, eres mi mejor amiga, no me voy a asustar de lo que vea. Que nos hemos visto desnudas muchas veces.

—Pero no nos hemos…

—¿Qué hay del primer beso que dimos? Porque te recuerdo que fue entre nosotras —arqueé la ceja.

—Joder, Keila, teníamos catorce años, y era para ver cómo se hacía.

—Pues esto igual, nosotras dos con Aaron, que está que te mueres desnudo —sonreí.

—Te has vuelto loca —dijo tras unos breves instantes de silencio.

—Y tú lo estás pensando, porque sabes que podrías disfrutar mucho con él. Consúltalo con la almohada y ya me dices —le hice un guiño antes de ir a coger el móvil y pedir comida china para la cena.

Conocía a Sam, sabía que le gustaba Aaron desde hacía un tiempo, pero con eso de que era conmigo con quien se acostaba, pues no daba ningún paso adelante.

Pero estaba pensando en darlo, lo podía ver en sus ojos y el modo en el que se mordía el labio, pues era señal de que su cabecita le daba vueltas a algún asunto.

Capítulo 19



Tommy

Jairo había regresado de Italia y acababa de ser detenido en su casa. La noticia estaba saliendo en todos los medios digitales y se había corrido como la pólvora.

Acababa así una pesadilla que me había perseguido los últimos tiempos en los que había tenido que hacer de tripas corazón para que no me notase nada, teniendo que pasar de dirigir la empresa de cine a convertirme en mi propio actor.

Le hubiera perdonado a mi amigo que hubiera sido solo eso, uno de los mayores narcos del país al que hacía llegar cargamentos de hachís procedentes de Marruecos, pero no era solo eso, sino que todo iba más allá, afectando a menores a los que exponían su vida a cambio de unos euros.

Se iba a llevar el mayor chasco de su vida cuando comprobase que no iba a estar ahí para él en estos momentos. En cierto modo a mí también me dolía, pero también lo hacía aquellas personas que se quedaban por medio de tanto negocio ilícito en un mundo sin escrúpulos.

Teníamos un acuerdo en la sociedad de que, si alguno de los dos se tuviera que ausentar por más de dos años, el que se queda podía disponer por completo de la sociedad a su favor liquidando al otro su parte, así que en cuanto tuviera sentencia es lo que haría, repartir los beneficios que había hasta ahora y coger yo la sociedad de manera solitaria. Todo eso si su parte no la embargaban antes, que todo podía suceder.

Mi padre me escribió un mensaje, sí, él, en estos momentos dejaba su orgullo de lado para hacer su papel de protector.

Papá: *Hijo, para lo que necesites…*

Tommy: *Gracias, papá. Te quiero.*

Papá: *Yo también, hijo.*

No se necesitaban más palabras, así siempre de alguna forma u otra solucionábamos los problemas que surgían entre nosotros.

Me dirigí a las oficinas, ya que avisé un rato antes de que había una reunión de emergencia y me planté ante ellos, ya que el ambiente estaba de lo más desanimado con este tema.

—Buenos días —me puse tras la mesa frente a ellos—. Como ya os habéis hecho eco, hoy dio todo un giro inesperado para vosotros y para mí. Y como también habréis leído, he sido investigado de igual manera y se descarta que yo haya podido tener cualquier vinculación con el caso. A partir de estos momentos me haré cargo totalmente de la productora y cuando haya sentencia tomaré las medidas oportunas para que todo esté en orden y sigamos trabajando como si nada hubiera pasado. Sé que son momentos difíciles, pero ante este tipo de hechos imperdonables, nuestras vidas deben de seguir. Al igual que vosotros y en un papel de mucho más peso por la estrecha relación que tenía con él, me siento de lo más devastado, pero aquí estoy, dispuesto a asumir toda la responsabilidad de esto con vuestra ayuda.

Todos aplaudieron y me despedí sin más, dirigiéndome hacia mi despacho. Detrás de mí venía Megan, que cerró la puerta cuando entró.

—¿Estás bien, Tommy?

—Sí, claro, hay que afrontar las cosas. ¿Me puedes traer un café?

—Claro, ahora vengo —murmuró pensando que antes le pediría una de mis dosis para desestresarme, pero hoy necesitaba otra cosa y otro lugar.

No tardó en regresar y le dije que ahora tenía una videollamada, que necesitaba que me dejara solo en estos momentos, además de que tendría que salir urgente a una reunión.

Estuve como media hora revisando que todo estuviera en orden antes de marcharme. Hoy necesitaba estar desconectado del mundo y de las noticias y no había mejor lugar que la isla.

Al salir del despacho Megan me miró y vi que abría la boca para decir algo, pero no le di opción al despedirme hasta el día siguiente.

Decepción fue lo que vi en su rostro, pero no la quería a ella para liberar todo eso que llevaba dentro en esos momentos por la traición de una de mis personas de máxima confianza, por una puñalada como la que Jairo me había dado.

Me detuve a saludar al seguridad una vez llegué a la isla y me adentré a la máquina para ordenar apartamento, hoy quería la siete y no dudé en cogerla cuando vi que estaba libre. De chicas pedí a Isabella y Luisiana, dos

jóvenes que eran de lo más fogosas y juguetonas. Mis dos preferidas hoy no estaban, así que tuve que tirar de ellas que tenían mucho morbo.

Kulap me recibió con su preciosa sonrisa y gesto de inclinación. Como siempre me dio las instrucciones y tras desnudarme pasé a la ducha donde me enjabonó a modo masaje, pero sin dejar ni un solo lugar, como siempre.

—Ya está usted listo, señor Tommy —me dio la toalla para ponerla en mi cintura—. Pase por allí.

Me dirigí hacia la puerta y la abrí con la tarjeta. Ambas me esperaban sonrientes mientras se acariciaban la una a la otra.

Me acerqué a ellas mientras las observaba con esos roces que se daban.

—Hola, Tommy —dijeron al unísono de lo más felices.

—Hola, chicas, pronto empezáis.

—Hemos visto el anuncio de que eras tú y ya nos hemos venido arriba.

—Ya veo —les acaricié los pechos—. ¿Quién me va a poner una copa?

—Yo misma —dijo Luisiana, pegándose a mí y frotándose con su cuerpo.

—Vale —metí la mano en su parte baja y la cogí con fuerzas. Soltó el aire.

—¿Vamos? —me preguntó Isabella.

—Claro —la seguí hasta la cama de masajes que esta era de otro nivel y ambas se podían tumbar a cada lado inclusive abajo o arriba. Tenía cuatro alas alrededor impresionantes.

Isabella me colocó un preservativo al comprobar que estaba de lo más excitado y se sentó a horcajadas encima de mí, penetrándose por completo antes de comenzar a masajear mi pecho a la vez que se movía lentamente.

En este cuarto tenían que estar las dos en todo momento no pudiéndome quedar con ninguna a solas. Era el cuarto de los tríos en su máximo esplendor donde se utilizaba de todo.

Ellas dos eran muy directas y morbosas. Si estabas cuatro horas con ellas eran cuatro horas de un no parar.

s Luisiana apareció con la copa y me la dejó a un lado para cuando terminara este primer asalto.

Metió su mano por detrás de mi ano y lo estimuló mientras su compañera seguía masajeándome a ritmo de caderas. Me colocó el estimulador invertido que entró y lo posicionó al revés para llegar a mi punto erógeno que al hacer presión conseguía conectar para que el placer fuera mucho más intenso.

Apreté la mandíbula y dejé salir toda la tensión de mi interior mientras apretaba con fuerza las caderas de ella.

Me sacó el anal y me levanté para asearme y disfrutar de las copas mientras ellas se metían en la piscina para esperarme.

Cogí la copa de vino y le di un trago llevándola hasta el borde de la piscina donde me senté a mirarlas. No paraban quietas y se tocaban estimulándose, pero sin llegar al clímax.

De nuevo me vino el recuerdo de Nadine, esa joven que me dejó escritas unas palabras de lo más honestas, abriéndose en canal para transmitirme todo aquello que le había llevado a tomar tal decisión.

Todo lo que había pasado con Jairo me había dejado sin fuerzas, pero hasta unos niveles que nadie se podía imaginar. Tenía un cúmulo de sentimientos encima que me habían hecho estar muy perdido por mucho tiempo.

Las chicas me miraban deseosas de que me metiera entre ellas, pero ahora mismo estaba disfrutando de un buen trago y esas vistas que en cierto modo me relajaban. Me gustaba observarlas juguetonas y cómo se encendían cada vez más al comprobar que no iba con prisas.

Me comenzó a entrar una ansiedad muy grande, jamás me había sentido así y las miré, les pedí disculpas y me marché.

Cuando me monté en el coche le di un golpe al volante y me contuve de no comenzar a partir todo lo que tenía a mano. Lo de Jairo me había reventado por completo porque para mí era como ese hermano varón que nunca tuve y, si a todo ese asunto añadíamos el vacío que había dejado Nadine…

Luisiana apareció con la copa y me la dejó a un lado para cuando terminara este primer asalto.

Metió su mano por detrás de mi ano y lo estimuló mientras su compañera seguía masajeándome a ritmo de caderas. Me colocó el estimulador invertido que entró y lo posicionó al revés para llegar a mi punto erógeno que al hacer presión conseguía conectar para que el placer fuera mucho más intenso.

Apreté la mandíbula y dejé salir toda la tensión de mi interior mientras apretaba con fuerza las caderas de ella.

Me sacó el anal y me levanté para asearme y disfrutar de las copas mientras ellas se metían en la piscina para esperarme.

Cogí la copa de vino y le di un trago llevándola hasta el borde de la piscina donde me senté a mirarlas. No paraban quietas y se tocaban estimulándose, pero sin llegar al clímax.

De nuevo me vino el recuerdo de Nadine, esa joven que me dejó escritas unas palabras de lo más honestas, abriéndose en canal para transmitirme todo aquello que le había llevado a tomar tal decisión.

Todo lo que había pasado con Jairo me había dejado sin fuerzas, pero hasta unos niveles que nadie se podía imaginar. Tenía un cúmulo de sentimientos encima que me habían hecho estar muy perdido por mucho tiempo.

Las chicas me miraban deseosas de que me metiera entre ellas, pero ahora mismo estaba disfrutando de un buen trago y esas vistas que en cierto modo me relajaban. Me gustaba observarlas juguetonas y cómo se encendían cada vez más al comprobar que no iba con prisas.

Me comenzó a entrar una ansiedad muy grande, jamás me había sentido así y las miré, les pedí disculpas y me marché.

Cuando me monté en el coche le di un golpe al volante y me contuve de no comenzar a partir todo lo que tenía a mano. Lo de Jairo me había reventado por completo porque para mí era como ese hermano varón que nunca tuve y, si a todo ese asunto añadíamos el vacío que había dejado Nadine…

Capítulo 20



Keila

Había llegado la noche de la fiesta de presentación de Madeline y Sam estaba terminando de peinarme.

Como siempre ella también iba a ir a la fiesta, pero me dijo que iría en taxi y volvería de igual modo, aunque le aseguré que podría venir conmigo en el coche de Tommy.

Después de que me ayudara a ponerme el vestido me senté en la cama para ponerme los zapatos y eché un último vistazo al reflejo que ofrecía el espejo.

—Estás preciosa, Keila, como una actriz de cine —dijo con una sonrisa mientras me frotaba los brazos.

—Venga, ponte el vestido que te ayudo con la cremallera.

Cogió el vestido azul celeste que se había comprado para esa noche y que le quedaba precioso, se lo puso y le subí la cremallera que llevaba en la parte de la espalda, guardando en el interior la cuerdecita que tenía para que ella se la pudiera desabrochar cuando regresara a casa sin problemas.

Mi móvil sonó con un aviso de mensaje y vi que era Tommy, que estaba ya esperando en la calle.

—Me voy cariño —le di un beso en la mejilla y cogí el bolso—. Nos vemos allí, ¿ok?

—Sí, y ya sabes, sal de ese coche como si fueras una auténtica diva —sonrió.

—Lo haré

Me puse el abrigo negro que Madeline había enviado a mi casa junto con el vestido, y salí para subir al ascensor, donde comprobé una vez más que todo estaba perfecto.

El vestido rojo coral era una preciosidad, me tenía enamorada, y Sam se encargó de que el tono de mis labios fuera exactamente igual al de la tela.

Una vez salí a la calle vi a Tommy junto al coche, sonreímos al unísono y posó la mano en mi cadera cuando me acerqué a él, inclinándose para darme un beso en la mejilla.

—Estás impresionante esta noche, Keila —dijo mirándome fijamente a los ojos.

—Tú también estás guapo con el esmoquin.

—¿Vamos?

—Por supuesto —sonreí.

Tommy me abrió la puerta del coche, me acomodé en el asiento saludando a su chófer, y se unió a mí.

En cuanto nos pusimos en movimiento noté la mano de Tommy en mi rodilla y lo miré.

—¿Diseño de Madeline? —curioseó.

—Sí, y mi preferido, sin duda.

—Te queda espectacular. Pero —se inclinó hasta susurrarme al oído— me gustas más sin ropa.

—Tú a mí también —respondí en el mismo tono y llevé la mano hacia su muslo, subiéndola despacio hasta deslizarla por su entrepierna—. Veo que te has alegrado de verme —dije mirándolo fijamente a los ojos y cuando me mordí el labio, él los dirigió ahí.

—Siempre.

—Creo que tenemos tiempo hasta llegar al hotel.

—¿Qué quieres hacer, preciosa?

—Correrme antes de llegar.

Me quité el abrigo y tras subirme el vestido, me senté a horcajadas sobre Tommy, pasé la lengua despacio en una lenta lamida desde la barbilla hasta su labio superior, y tras morderle el inferior lo besé mientras liberaba su miembro.

—Tócame, Tommy —susurré en sus labios mientras envolvía su erección con mi mano y comenzaba a moverla de arriba abajo muy despacio.

Sentí las yemas de sus dedos en mi muslo y gemí al notarlos en la entrepierna, rozándome el clítoris por encima de la tela del tanga. Cuando la hizo a un lado y comenzó a tocarme y penetrarme, gemí en su boca y ambos aumentamos el ritmo de nuestras manos.

Tommy también gimió y podía notar cómo su miembro palpitaba en mi mano. Me movía de arriba abajo mientras sus dedos seguían penetrándome una y otra vez, besando y mordisqueando su labio inferior, tirando de él.

Me aparté cuando me alcanzó el orgasmo y dejé caer la cabeza sobre su hombro mientras me corría.

—Keila, estoy a punto —susurró.

—Hazlo —le dije, y apartó mi mano para terminar en la suya.

Tommy sostuvo mi barbilla y me miró fijamente unos segundos antes de lanzarse a mis labios en un beso realmente hambriento.

Se limpió con varios pañuelos y nos ayudamos mutuamente a recomponernos la ropa, momento en el que el chófer nos informó de que habíamos llegado.

Cuando paró el coche en la puerta del hotel donde Madeline daría esa fiesta, bajó para abrir y el primer en salir fue Tommy, que me tendió la mano para ayudarme.

La cogí, puse primero un pie fuera y después el otro, y cuando me incorporé, todos los medios que estaban allí comenzaron a llamarme para que posara para las fotos.

Y lo hice sola en muchas de esas primeras que me tomaban, dado que Tommy se quedó a un lado observándome. De vez en cuando lo miraba por encima del hombro y le sonreía, momento en el que él me hacía un guiño con una de sus seductoras sonrisas.

Se acercó a mí poco después, rodeándome con el brazo derecho por la cintura y la mano izquierda en el bolsillo del pantalón.

Giré y posamos para varias fotos, en algunas de ellas iba a salir con la mano sobre su pecho, en otras nos estábamos mirando mientras hablábamos, como en ese momento.

—Les encantas —me dijo con una sonrisa de medio lado y mirándome fijamente.

—Es por el vestido, intuyen que es un diseño de Madeline Delacroix —sonreí.

—Aun así, todas las cámaras de fotos y televisión, así como las miradas de los presentes, están puestas en ti. Les gustas.

—¿Y a ti? ¿Te gusto a ti?

—Sí.

—Si no hubiera tantas cámaras aquí, te besaría, Tommy.

—Yo estaba pensando lo mismo.

—Mejor entremos, tengo que buscar a Madeline.

Tommy asintió, nos despedimos de los medios que esperaban en la entrada y pasamos por el *photocall* que habían instalado en el pasillo que llevaba a la sala donde tendría lugar la presentación.

De nuevo más fotos, así como preguntas que ninguno de los dos respondíamos, simplemente nos limitábamos a sonreír y posar antes las cámaras.

Entramos en la sala y no tardé en ver a Madeline cerca de la improvisada pasarela que habían montado para que las demás modelos y yo desfiláramos con los vestidos de su nueva colección.

—¡Keila, cariño! —me dio un abrazo y un par de besos— Estás realmente preciosa.

—Tú no te quedas atrás, ese vestido plateado realza todos tus encantos —dije con una sonrisa.

—Eres tú, que me miras con buenos ojos. Señor Tommy, es un placer tenerle esta noche entre mis invitados —le dijo, dándole un apretón de manos.

—El placer es mío, Madeline. No suelo acudir a muchas presentaciones de moda, pero Keila me pidió si podía acompañarla y, ya ves, con la belleza de esta mujer y esos ojos, no hay mucha gente que pueda decirle que no —sonrió.

—Desde luego. Tomad algo, y disfrutad, después te aviso para el desfile, Keila.

—Perfecto.

Tommy cogió un par de copas de champagne de la bandeja de uno de los camareros que había por la sala y me dio una. Tras beber un sorbo eché un vistazo y vi varios rostros conocidos. Había directores de revistas de moda, de cadenas de televisión, algunos diseñadores, y modelos masculinos y femeninos invitados a este evento, como ocurría en otras ocasiones.

Y para mi desgracia, también estaba Jacqueline, que se acercaba en ese momento con una de sus falsas sonrisas luciendo un vestido negro con mucho escote que dejaba poco a la imaginación.

—Keila, mi querida y súper amiga Keila —dijo acercándose a mí, y dio un par de besos al aire porque yo no quería mucho contacto con ella.

—Jacqueline, te veo fantástica.

—Oh, no, esto es un trapito en comparación con tu vestido. ¿Es de la nueva colección de Madeline?

—Así es —yo también sabía sonreír de manera fingida y muy estudiada.

—Es una preciosidad. Aunque no es mi estilo, por eso rechacé su contrato para ser la nueva imagen de su firma estos diseños son bonitos, pero…

—Vaya, ¿rechazaste su contrato?

—Sí.

—Tenía entendido que eras tú la que llevaba años insistiendo en que te cogiera, y Madeline, rechazándote una y otra vez, porque me quería a mí —dije sin poder contenerme, y ella me miró con los ojos abiertos—. Tranquila, otro año será —le di una leve palmadita en el hombro antes de girarme para mira a Tommy y colgarme de su brazo para irnos de allí.

—La has dejado sin argumentos —murmuró.

—Es una arpía mentirosa, Madeline nunca la tuvo en mente. Me quería a mí, en la fiesta de los Warren estuvo tratando de convencerme.

—Así que la rivalidad entre vosotras viene de lejos.

—De muy lejos, sí —contesté sin dar más detalles, tampoco es que pudiera decir algo sobre cosas que, aunque yo sospechaba, no sabía si eran ciertas o no.

Nos mezclamos con varios invitados, Sam se acercó a mí sonriendo para decirme que todo el mundo hablaba de lo hermosa que me veía esta noche. Vi a Madeline llamándome desde la zona de la pasarela.

Le pedí a Tommy que no se fuera sin mí, sonrió y fui junto a Madeline, donde nos quedamos las dos viendo a todas las modelos desfilando antes que yo.

—Te toca, cariño —me sonrió—. Luce ese vestido como la diva que eres.

Pisé la pasarela con seguridad, como lo hacía siempre que tenía que lucir un diseño de nueva colección. Sonreía caminando con elegancia y la cabeza alta, posaba, giraba, volvía a posar y todos me observaban con atención.

Las cámaras de televisión, así como de fotos no dejaban de enfocarme en ningún momento, y cuando regresé al principio, todas las chicas comenzaron a salir de nuevo seguidas de Madeline, que sonreía y daba las gracias a los invitados que no dejaban de aplaudir.

Cogí el ramo de flores que me dio la asistente de Madeline y fui hacia el centro de la pasarela para entregárselo.

—Toda la colección ha gustado —le dije cuando regresamos.

—Sí, pero tú has sido la estrella. Vamos, ve con tu hombre, cariño —me hizo un guiño.

—Oh, no es mío, no —reí—. Tommy y yo no tenemos nada.

—Pues os miráis como si quisierais tenerlo. En fin, sea como sea, disfruta, que eres joven.

La directora de una de las revistas de moda la llamó y se fue para hablar con ella.
Cuando regresaba con Tommy noté que me agarraban del brazo y al mirar, vi que era Jacqueline.

—¿Sabes que tu carrera profesional puede caer tan rápido como subió, Keila? —dijo.

—La de todos puede hacerlo —contesté.

—No todos tienen secretos, asuntos que sus padres se encargaron de cubrir —al escucharla decir aquello abrí los ojos, pero disimulé para que no viera la sorpresa que me causaban esas palabras—. El pasado tiende a volver, ¿lo sabías?

—¿Intentas amenazarme, Jacqueline?

—No, solo es un comentario, Keila, nada más.

—Vete a la mierda.

Me solté y caminé hacia donde seguía Tommy esperando, pero Sam se acercó a mí.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó.

—Eso que siempre he sospechado, pero no podía confirmar, ¿recuerdas?

—Ajá.

—Pues creo que ahora estoy más segura de ello que nunca.

—Keila…

—Me voy, Sam, necesito salir de aquí. ¿Podrías decirle a Madeline que no me encuentro bien?

—Claro, no te preocupes. Pero, sea lo que sea que te ha dicho o que sabe, deberías hablarlo con tus padres.

—Sí, tendré que hacerlo.

—Me quedo un poco más, y si esa arpía habla de ti tomaré nota para cuando tengas que demandarla por difamación.

—Nos vemos mañana, cariño —le di un abrazo y cogí una copa de camino hasta donde estaba Tommy, esa que me bebí de un trago y la dejé vacía en la bandeja de otro camarero.

—Ey, ¿estás bien? —me preguntó, acariciándome la mejilla.

—Sácame de aquí, Tommy, por favor.

—Claro —dejó su copa, me rodeó con el brazo por la cintura y fuimos hacia la salida del hotel mientras llamaba a su chófer.

Ya estaba esperándonos allí con el coche, abrió la puerta y subí seguida de Tommy. Los periodistas siguieron

haciéndonos fotos y tomando imágenes con las cámaras de televisión que emitían en directo o grababan para algún programa posterior.

—¿Quieres ir al hotel? —me preguntó.

—Sí.

Tommy asintió y mientras el chófer conducía, él llamó para que le reservaran una suite.

En cuanto llegamos y cogió la llave fuimos al ascensor y lo atraje hacia mí agarrando su corbata. Lo besé con intensidad, mordí su labio inferior y sentí sus manos en mis caderas para levantarme y hacer que le rodeara con la piernas.

Ni siquiera me bajó cuando el ascensor llegó a la planta donde estaba la suite, me llevó en brazos hasta la puerta.

a

haciéndonos fotos y tomando imágenes con las cámaras de televisión que emitían en directo o grababan para algún programa posterior.

—¿Quieres ir al hotel? —me preguntó.

—Sí.

Tommy asintió y mientras el chófer conducía, él llamó para que le reservaran una suite.

En cuanto llegamos y cogió la llave fuimos al ascensor y lo atraje hacia mí agarrando su corbata. Lo besé con intensidad, mordí su labio inferior y sentí sus manos en mis caderas para levantarme y hacer que le rodeara con las piernas.

Ni siquiera me bajó cuando el ascensor llegó a la planta donde estaba la suite, me llevó en brazos hasta la puerta.

Capítulo 21



Keila

Entramos en la suite y seguimos besándonos como locos, le quité la chaqueta y la corbata y comencé a desabrocharle los botones de la camisa mientras Tommy me llevaba hacia la habitación.

Se sentó en la cama conmigo a horcajadas y entre los dos nos deshicimos de la camisa.

Bajó ligeramente la tela del vestido de modo que liberó mis pechos y comenzó a lamer y mordisquear los pezones, tirando de ellos hasta hacerme gemir y gritar mientras mis manos se enredaban en su cabello, atrayéndolo más a mis pechos.

—Tócame, Tommy, haz que me corra con tus dedos —le pedí, y llevó una mano entre nuestros cuerpos, colándola entre mis piernas y metiéndola por la tela del tanga—. Así —gemí al notar su pulgar jugando sobre el clítoris.

No tardó en penetrarme con dos dedos y tirar hacia él, consiguiendo no solo que me estremeciera, sino que gritara de nuevo.

Desabroché sus pantalones y envolví con la mano su más que evidente erección, mientras él hacia fricción con el pulgar en el clítoris y seguía penetrándome con los dedos, comencé a mover mi mano de arriba abajo para que ambos nos excitáramos.

Hizo que me corriera minutos después y le di un leve empujón en el pecho para que se quedara recostado en la cama. Me moví lo suficiente como para dejar mi húmedo y excitado sexo sobre su miembro, y mientras lamía y mordisqueaba sus pezones, me movía sobre él parar sentir más placer, para llegar de nuevo a un orgasmo solo cor la fricción de nuestros sexos.

Lo besé de nuevo con intensidad y me levanté para quitarle los pantalones llevando también su bóxer.

—Ayúdame con el vestido —le pedí girándome y se levantó, gloriosamente desnudo, para bajar la cremallera.

Lo hizo despacio mientras dejaba un camino de besos desde un hombro al otro, erizando mi piel y haciendo que una nueva punzada de deseo llegara al botón de mi centro del placer.

—Vuelve a la cama, que quiero jugar un poco —le dije una vez me giré, volviendo a darle un leve empujón en el pecho.

Tommy sonrió de medio lado mientras se sentaba en el borde de la cama, me subí a ella de rodillas, giré dándole la espalda y me coloqué a horcajadas con mi sexo a la altura de su boca, así como su miembro cerca de la mía.

Lo envolví con la mano, comencé a moverla despacio y acabé lamiendo desde la base a la punta hasta que lo acogí en mi boca.

—Oh, Keila —lo escuché murmurar, y segundos después sus manos abrían bien mis labios vaginales de modo que tuvo un mayor acceso con la lengua a mi clítoris.

Lamía rápido y sin parar mientras yo le daba una parte de ese placer que quería para mí misma, hasta que me corrí y volví a levantarme.

—Necesito una copa —dije cogiéndole la mano para ir a por una de champagne que había en una cubitera.

Tommy sirvió las dos y nos las bebimos, desnudos, junto al ventanal de la suite.

—Vamos a follar aquí —dije señalando el ventanal.

—Eres una diablilla muy peligrosa, ¿lo sabías? —me dio un apretón en la nalga y se inclinó para besarme.

—Y a ti te encanta que lo sea. Ve por los preservativos, anda.

—¿Los? —sonrió al tiempo que arqueaba la ceja y asentí.

Se acabó la copa y yo me quedé observando por la ventana la noche parisina iluminada.

Esa mujer me había hecho pensar de nuevo, y cuando me ponía tensa por aquellos recuerdos, necesitaba soltar toda la tensión que acumulaba en el cuerpo.

Sentí las manos de Tommy en mis caderas atrayéndome hacia él, su miembro dio un leve brinco al contacto con mis nalgas y sonreí excitada.

Me acabé mi copa y cogí la botella tirando de su mano. Le hice sentarse en el suelo y yo me senté en la mesa de café que había delante, con ambas piernas separadas.

—Vas a beber champagne de mí —dije acercando la botella a mi torso, y dejé caer el líquido frío por mi pecho de manera que fue siguiendo la silueta de mi cuerpo hasta acabar en mi zona íntima, esa donde ya estaba la lengua de la Tommy.

Lamió y bebió el champagne sin dejar de mirarme a los ojos, y veía el placer que eso le daba, el mismo que a mí.

Di un sorbo a la botella y la dejé en la mesa, cogí uno de los preservativos que Tommy había dejado allí, lo abrí y tras sentarme a horcajadas sobre él se lo puse.

Elevé las caderas ligeramente mientas colocaba las manos de Tommy en ellas, cogí su miembro y tras alinearlo con la entrada a mi vagina, me comencé a penetrar despacio hasta que noté que nos quedábamos completamente unidos y ambos gemimos al unísono.

Lo besé apoyando las manos en sus hombros y comencé a moverme, despacio y en círculos, rotando las caderas mientras notaba sus manos apretando en ellas.

Gemí en su boca y apretó aún más.

Aparté las manos de sus hombros y las entrelacé con las suyas, llevándolas a mis nalgas para que las apretara, aprovechando para moverme de arriba abajo, más rápido cada vez, sintiendo el modo en el que me llenaba con su miembro.

Me agarró con más fuerza y fue guiando mis movimientos al tiempo que también elevaba sus caderas, embistiendo fuerte y profundo, arrancándome gemidos y gritos de puro y lujurioso placer.

—Vamos al ventanal, Tommy —dije mirándolo y me levanté.

Cuando él lo hizo le cogí de la mano para llevarlo hasta allí, lo miré por encima del hombro mientras me apoyaba en el cristal, sintiendo el frío en los pezones que se pusieron aún más erectos.

Separé las piernas, lo atraje hasta mí y elevé las caderas hacia su miembro.

—¿Suave o duro, preciosa? —preguntó llevando una mano a mi vientre para sostenerme, y noté la punta de su miembro en mi vagina.

—Duro, lo quiero duro.

Su mirada se tornó más oscura de lo que ya era y me embistió con fuerza, entrando en mí de una sola vez.

Comenzó a moverse sin parar, golpeando sus caderas contra mis nalgas mientras entraba y salía rápido, fuerte y profundamente, lamiendo y besando mi cuello y el hombro, mientras yo gemía y gritaba observando la noche iluminada de París desde las alturas de ese hotel.

Cogí su otra mano y la llevé entre mis piernas, la entrelacé con la mía e hice que los dos tocáramos mi sexo, deslizando sus largos y gruesos dedos entre mis pliegues haciendo fricción en el clítoris al mismo tiempo que podía sentir los míos, llenándose de la humedad que me provocaba.

Empecé a mover las caderas de adelante atrás al mismo tiempo que él lo hacía, yendo en busca de más y más placer con cada una de sus profundas y fuertes embestidas, gimiendo y gritando, mientras todo mi cuerpo se estremecía anticipándose al orgasmo que estaba cada vez más cerca de alcanzar.

—Fuerte, Tommy, hazlo más fuerte.

—¿Te quieres correr, chica peligrosa? —preguntó en un susurro.

—Sí, sí, más fuerte.

Y lo hizo, me penetró más y más fuerte una y otra vez sin parar, hasta que me corrí con una intensidad que me dejó laxa y jadeante por completo apoyada en el cristal con el cuerpo de Tommy sobre el mío, mientras me daba un beso en el hombro.

Escuchamos sonar su móvil y no era la primera vez que lo hacía, pero no le prestó atención, ni las anteriores, ni tampoco esta.

Se retiró, me cogió en brazos y fuimos al cuarto de baño donde, tras deshacerse del preservativo y abrir el grifo de la ducha, nos metimos en ella para enjabonarnos el uno al otro.

Después de secarnos volvimos a la cama y sobraba decir lo que ocurrió a lo largo de las siguientes horas entre aquellas sábanas, testigos de los pecados cometidos por los dos.

El de la carne, la gula y la lujuria, pecados capitales que repetimos varias veces.

Capítulo 22



Tommy

Las mañanas en las oficinas se habían hecho un tanto estresantes con una Megan que me buscaba, pero no lograba encontrarme.

Estaba saturado de todo y necesitaba salir de todos esos momentos sensuales que usaba para satisfacer un poco esa ansiedad provocada por todos los hechos que habían habitado a mi alrededor.

Por decir algo, a la única que le hacía caso en estos momentos era a Keila, sería porque además de la gran atracción que sentía por ella, no pertenecía a ninguno de estos círculos en los que el sexo iba por delante de todo y se pensaba que llevaba el mando cuando ese lo cogería yo en cualquier momento.

Terminé la botella de agua antes de estrujarla y tirarla a la papelera. Apagué el ordenador y salí del despacho directo hacia mi casa. Día finalizado y con ganas de quedarme en el ático relajado sin hacer nada, que también venía bien de vez en cuando.

Las noticias de los abogados eran que Jairo estaba muy triste con eso de que yo le hubiera dado la espalda, pero ¿acaso esperaba que le aplaudiera por lo bien que había manchado el nombre de la productora, por no hablar de las cosas tan feas en las que se metió cuando no tenía ninguna necesidad?

Metí el coche en el garaje y cogí el ascensor para subir hasta mi ático, sin saber que cuando las puertas de este se abrieran me encontraría con alguien que no me esperaba.

—Hola, Tommy —murmuró Nadine, cabizbaja.

—Hola, Nadine —me acerqué a ella y le acaricié la mejilla—. Pasa —abrí la puerta y le cedí el paso para que entrara primero—. ¿Estás bien?

—No, pero no vine por eso.

—¿Qué pasó? —pregunté, quitándome la chaqueta.

—Me fui de esa manera y luego me enteré de lo que había pasado con Jairo, lo que me hace sentir culpable de que te he dejado muy tirado y estoy aquí por si necesitas un poco de ayuda y no encontraste a nadie, no me importa venir algún que otro rato para ayudarte con la casa.

—¿Dónde estás, Nadine? —le serví un refresco de los que a ella le gustaba y aún conservaba en el frigo.

—En un lugar de manera momentánea mientras encuentre trabajo y un apartamento que me pueda permitir.

—¿Y cuál es ese lugar?

—Un trastero con aseo —murmuró y a mí se me hizo un pellizco en el estómago.

—¿Estás en un trastero? —le pregunté, mirándola con impotencia.

—Sí —murmuró y apreté mi vaso con fuerza.

—Vuelve, Nadine, vuelve sin condiciones más que las de trabajar interna.

—No puedo, Tommy, no puedo —murmuró entre lágrimas.

—Sí, puedes, lo que no puedes es vivir en un lugar así, no te lo mereces.

—Tampoco me merecía otras cosas y las sobrellevé. Solo quiero estar si lo necesitas, pero por horas a ratos, como cualquier chica del hogar.

—No puedes vivir sin mí, ¿verdad? —le pregunté claramente, acercándome a ella y apoyándome sobre la barra

—No, pero tampoco me he muerto —dijo soltando una carcajada en medio de esa tristeza que transmitía tan profundamente.

—Sé que no he estado a la altura de lo que merecías, pero también sé que era lo que pactamos y nadie te obligó a hacerlo. Si bien es cierto, se nota mucho el vacío en esta casa desde que te has ido y sí, me vendría genial que vinieras un par de mañanas a la semana, pero a ti te vendría genial poder estar aquí libremente mientras buscas lo que deseas.

—¿Y desde cuándo te ha importado lo que me venga a mí bien?

—No lo sé, pero me importa.

—Pero no tanto como Keila, se te ve feliz con ella ante los medios cada vez que sales.

—Sois dos personas diferentes.

—Tú nos haces diferentes.

—No tengo nada serio con ella.

—Pero la presumes, no solo la metes en tu cama.

—No presumo a nadie, Nadine, simplemente me invitó a la fiesta de presentación y acepté.

—Sí, también os echaron de la fiesta de los Warren a la vez —dijo con ironía en su habitual tono bajo—. No me debes explicaciones, pero no todas vamos en la misma cabina, ella va en primera clase y yo en turista de oferta. Solo he venido por si me necesitas.

—Nos necesitamos los dos —le acaricié el brazo y noté cómo se erizaba.

—No te acerques más.

—Nadine —le levanté la barbilla con mis dedos—. Vamos por tus cosas.

—No quiero sufrir más.

—¿Estar allí alivió ese dolor?

—No —se sinceró.

.

—Vamos, por favor —le eché la mano por el hombro y salimos del ático.

Nos montamos en el coche y nos dirigimos a la dirección que me indicó. Se me cayó el alma al suelo al ver en las condiciones tan frías que había estado durmiendo. Recogió sus cosas y las metimos en el maletero. La llevé un poco más adelante a entregar las llaves. Estaba de lo más cabizbaja, pero yo sabía que era lo mejor que podía haber hecho.

Regresamos al ático y ella casi apenas hablaba, volver para ella significaba muchas emociones y recuerdos, pero no hacerlo, la llevaba a vivir en una situación de desamparo.

—Deja las cosas en tu habitación que voy preparando una crema que tengo hecha con unos bistecs paneados.

—Te ayudo…

—No, tranquila, deja las cosas y ponte cómoda.

—Tommy…

—Dime —le acaricié la mejilla.

—Gracias.

—A ti, por regresar —le di un beso en la frente.

Preparé la mesa para los dos y serví los platos cuando apareció. Ella debía de haber comido muy mal estos días, ya que ni cocina tenía y seguramente subsistió de comida de calle.

—Está riquísima, cocinas muy bien.

—Ya sabes que siempre me gustó echar mano a los fogones —sonreí.

—¿Me has echado de menos?

—Muchísimo, claro que sí —le confesé y sonrió con esa aparente tristeza.

Terminamos de comer y ella se puso a fregar los platos. Momento que cuando acabó y se giró me pegué a ella.

Acerqué mis labios a los suyos y se deshizo cuando la absorbí para entrelazar nuestras lenguas.

—Tommy…

—Déjame disfrutarte, por favor —le pedí pegándola a mí por sus caderas—. No habrá más castigos ni represalias, déjame mimarte un poco.

—Vale.

—¿Sigues tomando las pastillas?

—Sí.

—Genial. Ve a darte una ducha que te preparo el cuarto.

La iba a hacer disfrutar por completo y yo iba a tocar ese cuerpo al que tanto había echado de menos.

Eché sobre la cama una sábana en doble y preparé unos aceites de estimulación corporal. No tardó en llegar

liada con su toalla y le indiqué que se pusiera bocarriba estirada.

Le dejé caer el aceite desde la altura por todo su cuerpo y ella fue moviéndose un poco con la excitación que estaba sintiendo y más después de unos días en los que había estado de lo más sola.

Fui masajeando todo su cuerpo con una mediana presión de mis dedos pulgares, pero sin llegar a la zona que la elevara por completo. Se fue poniendo de lo más inquieta, deseosa, movía sus caderas buscando satisfacer esa tensión que yo le estaba produciendo.

Cuando ya la tenía a más no poder, jugué con su ingle rozando levemente el exterior de sus labios. Estaba recubierta de aceite con lo que las sensaciones que estaba percibiendo eran mucho más duras.

Estaba tan suave y deliciosa que tuve que contener esos deseos de subirme sobre ella y penetrarla, pero ahora era su momento, ese que yo quería que disfrutara.

El reflejo de la excitación estaba tan presente en su rostro que estaba pidiendo a gritos sin hablar que saciara esa sensación que tenía.

Ahondé mi dedo pulgar entre sus nalgas presionando en la entrada de su ano para ponerla más eufórica. Se adentró un poco de todo el aceite que tenía y comenzó a moverse como loca.

—Déjame tocarme —me pidió con suaves jadeos llevando la mano entre mis piernas y la frené.

—Yo lo hago, disfruta del momento y sigue moviéndote así.

—Méteme los dedos por favor.

—En eso estoy —la iba penetrando suavemente.

Y coloqué mis manos en plano sobre su vientre y adentré mis dos pulgares en su clítoris para acariciarlo simultáneamente.

Paré un momento viendo que estaba demasiado excitada y fui a su cajón a coger un doble penetrador. Cuando lo vio abrió bien sus piernas flexionadas y disimulé una leve sonrisa.

Lo fui introduciendo por ambos lados hasta acomodarlo en su interior antes de seguir con mis dedos masajeando su clítoris.

La llevé a tal intensidad, que cayó laxa derrumbada ante tanta excitación. Le saqué los aparatos y le puse una toalla encima y con mis manos fui presionando en todo su cuerpo para que fuera recomponiéndose.

Se levantó al poquito y me tumbé en la camilla para que se sentara encima de mí, ahora le tocaba darme mi porción de felicidad.

Estaba tan resbaladiza por el aceite que mis manos se desplazaban por sus pechos como si fuera una pluma. Ella jadeaba saltando y bajé una mano hacia su clítoris para volverlo a acariciar. Fue todo un momento de lo más sensual.

Cuando terminamos nos fuimos a la ducha y fui yo quien la enjabonó con mucho mimo para quitar todo el exceso de aceite.

Después nos fuimos al sofá juntos, ya que no le permití que se metiera en la habitación. La hice tumbar con sus piernas por encima de las mías, pues yo estaba sentado y conseguí que se durmiese un rato con un masaje que le d levemente por sus piernas. Hoy era su día y sabía que, con estos mimos, la haría sentir un poquito mejor.

Se levantó al poquito y me tumbé en la camilla para que se sentara encima de mí, ahora le tocaba darme mi porción de felicidad.

Estaba tan resbaladiza por el aceite que mis manos se desplazaban por sus pechos como si fuera una pluma. Ella jadeaba saltando y bajé una mano hacia su clítoris para volverlo a acariciar. Fue todo un momento de lo más sensual.

Cuando terminamos nos fuimos a la ducha y fui yo quien la enjabonó con mucho mimo para quitar todo el exceso de aceite.

Después nos fuimos al sofá juntos, ya que no le permití que se metiera en la habitación. La hice tumbar con sus piernas por encima de las mías, pues yo estaba sentado y conseguí que se durmiese un rato con un masaje que le di levemente por sus piernas. Hoy era su día y sabía que, con estos mimos, la haría sentir un poquito mejor.

Capítulo 23



Keila

Acababa de salir de la ducha cuando escuché la puerta del piso, y seguidamente la voz de Sam.

—Ya estoy de vuelta.

—¿Ya? —Fruncí el ceño y salí al salón— Por Dios, Sam, ¿qué te ha pasado? —no pude contenerme, y me eché a reír.

—Algún idiota que, al pasar por debajo de su balcón, estaba regando las putas plantas. ¿Quién coño riegas las plantas a las ocho de la tarde? Voy a ducharme, que vengo casi helada.

—Venga, te preparo un té calentito, anda —le di un beso en la mejilla.

Había salido para dar un paseo por la ciudad y despejarse, pues había visto en las noticias a su ex y su prometid sonrientes y felices, y aunque ya no lo quería ni sentía nada por él, era normal que eso siguiera doliendo un poquito.

Acababa de retirar el agua de calentar cuando sonó el telefonillo.

—¿Sí?

—Aaron viene a visitarte, preciosa.

Sonreí mientras abría y, como siempre, dejé la puerta entreabierta.

Serví el agua en las tazas y puse una bolsita de té verde al limón para cada una, era el favorito de Sam y sabía que le iba a sentar bien.

—Vaya, ¿me estabas esperando? —la voz de Aaron hizo que me girara, no tardó en llegar a mí y apoyar ambas manos en las caderas para darme un beso en la mejilla.

—Había terminado de ducharme cuando llegó Sam, que no la esperaba porque hacía un poquito que se había ido, pero al parecer alguien estaba regando el balcón y la ha empapado.

—Pobre.

—Sí —sonreí—. Está en la ducha. ¿Quieres un té?

—Mejor una cerveza, si tienes.

—Claro, cógela tú mismo —señalé la nevera—. ¿Un mal día? —Cogí las tazas y fui al salón.

—Vengo de trabajar con tu padre y en días como hoy, me arrepiento de ser contable. ¿Crees que me podría ganar la vida como modelo?

Dejé las tazas en la mesa y me giré al notar que Aaron ya estaba a mi lado dándole un trago a la cerveza. Se la quité, la puse en la mesa y le quité la chaqueta, la corbata y la camisa.

—Con este cuerpo, cubierto en aceite, serías un modelo de ropa interior perfecto —le hice un guiño y dejé un beso rápido en su pecho.

—Tu cuerpo sí que lo cubría yo en aceite, preciosa —susurró mientras llevaba ambas manos bajo la toalla, que era lo único que me cubría, y daba un apretón en mis nalgas.

—No me provoque, señor contable —le dije poniéndome de puntillas para darle un leve mordisquito en el labio inferior.

—Sabes que tenerte así, es toda una tentación.

—Pues tócame, haz que me corra —ordené antes de besarlo con intensidad.

Noté una de sus manos entre mis piernas y gemí en su boca cuando deslizó el dedo medio entre mis pliegues, acariciándome el clítoris despacio hasta que comenzó a moverlo más rápido y me penetró con él.

Y mientras lo hacía yo movía las caderas en busca de más, agarrándome con una mano a su hombro y llevando la otra a su entrepierna, notando bajo la tela de los pantalones lo duro que ya estaba.

—Sigue, no pares Aaron —le pedí entre jadeos, y siguió penetrándome con fuerza hasta que me corrí.

—Ya estoy, ¿y mi té? ¡¡Ay, joder!! ¡¡Keila!! —gritó Sam, y al mirar vi que venía igual que yo, solo con una toalla.

—Hola, Sam —la saludó Aaron con una sonrisa de medio lado mientras sacaba la mano de debajo de la toalla.

—Dios mío, podrías haberme dicho que iba a venir, me habría quedado en la habitación —dijo llegando a la mesa—. Cojo el té y me voy, me pondré los cascos para daros un poco de intimidad.

—No tienes por qué irte, pequeña —Aaron se colocó a su espalda con ambas manos en sus caderas, mirándome como pidiendo permiso, y asentí levemente mientras sonreía.

Sam se había quedado paralizada mirando hacia la mesa.

—Keila sabe que me das morbo —susurró mientras retiraba el pelo de Sam a un lado, y vi que pasaba la lengua despacio por su cuello—. Me atraes, ¿lo sabías?

—No, yo no… —Sam tragó saliva y cogió aire al tiempo que me miraba con los ojos muy abiertos.

—No muerde, cariño —sonreí acercándome a ella y le acaricié la mejilla—. A no ser que se lo pidamos. Aaron es un chico muy fogoso y hace todo lo que le pidas. ¿Verdad? —le pregunté a él.

—Ajá. Todo. Solo dime qué te gustaría, y yo lo haré. Por lo que sé, tienes un juguete con el que liberas tensiones tú sola, ¿es así? —la estaba acariciando los brazos y seguía pegado a su espalda.

—No tenías que saber eso, qué vergüenza —se cubrió el rostro con ambas manos.

—No te cubras, me gusta verte —Aaron se las retiró y ella lo miró por encima del hombro—. Tienes unos labios que me encantaría besar —se los acarició con el pulgar, y ella cerró los ojos unos instantes.

—No puedo, te acuestas con mi mejor amiga.

—Sam, no soy tan avariciosa. A él lo comparto contigo cuando quieras —le hice un guiño y sonreí.

—Dios, no, eso es…

—Voy a besarte, Sam —le dijo Aaron, sosteniendo su barbilla, ella lo miró con los ojos muy abiertos, y entonces se inclinó para besarla.

Sonreí al ver cómo mi amiga soltaba el aire y cerraba los ojos al notar el roce de los labios de Aaron en los suyos. Cogí la cerveza y di un sorbo mientras los observaba, mientras él lamía los labios de mi mejor amiga con la lengua, los mordisqueaba y volvía a besar sus labios mientras llevaba una mano hacia el pecho que aún cubría la toalla para tocarlo por encima.

Escuché gemir a Sam y di otro sorbo a la cerveza. Los dejé solos sin que se dieran cuenta y fui a mi habitación por el succionador y algunos dilatadores anales y el aceite. También entré en la habitación de Sam y no tardé en encontrar su vibrador en el cajón de la mesita de noche.

—Traigo algunas cosas, chicos —dije con una sonrisa y ambos dejaron de besarse para mirarme—. Nos lo vamos a pasar pipa.

Lo dejé todo en la mesa y Aaron cogió la cerveza para dar un sorbo, esa que Sam le arrebató de las manos y se la acabó.

—No me miréis así —dijo—. Si me van a follar mi mejor amiga y su amigo, necesito beber.

—Yo no te voy a follar —reí—, pero ayudaré a que te estimules. Siéntate en el sofá, con las piernas flexionadas y los pies en el asiento. Pero quítate la toalla —dije mientras me quitaba al mía.

—Mejor las ponemos en el sofá, para que no se manche de aceite —Aaron cogió mi toalla y la colocó en el asiento—. ¿Me das la tuya, pequeña? —Le tendió la mano a Sam esperando que se la diera.

Ella se quitó la toalla y vi cómo se sonrojaba, pero también cómo los ojos de Aaron se cubrían de deseo al ver e cuerpo de Sam. Ella podría haber sido una gran modelo si hubiera querido, pero prefirió dedicarse al mundo de la estética.

—Venga, siéntate como te he dicho cariño —sonreí, y ella se sentó como le había indicado—. Aaron, toda tuya

—Sí, preciosa —se inclinó y me dio un beso rápido en los labios mientras apretaba mi nalga.

Lo vi coger el vibrador, pues dedujo que era el de Sam, y se arrodilló en el suelo delante de ella.

—Tienes un cuerpo perfecto —susurró mientras la tocaba, y ella tragó con fuerza volviendo a sonrojarse.

Le dio un beso en el interior del muslo y llevó la mano entre sus piernas, deslizó el pulgar sobre el clítoris de Sam y ella jadeó levemente.

—Así, solo siente y disfruta, relájate —le pidió, y ella asintió.

Aaron se inclinó y lamió un pezón, lo mordisqueó y pasó al siguiente mientras seguía jugando con el pulgar sobre el clítoris de mi amiga. Sam cerró los ojos y se le escapó un gemido.

Me senté en el sillón frente a ellos y cogí mi succionador, en cuanto ella escuchó la vibración me miró y le hice un guiño.

Mientras me daba placer con esa vibración entre mis piernas, me masajeaba los pechos y pellizcaba mis

pezones, gimiendo mientras Sam me observaba.

No tarde en ver que Aaron bajaba lamiendo el cuerpo de Sam hasta que se detuvo entre sus piernas y ella gritó al sentirlo. Le veía mover la cabeza y podía imaginarlo entre mis piernas, lo que hacía que me excitara aún más.

Sam gemía y gritaba, agarrando el cabello de Aaron con sus manos, y vi que él cogía el vibrador y comenzaba a mover el brazo, sabía que la estaba penetrando con él.

—Oh, por Dios —gritó Sam.

—Disfruta cariño, que Aaron te va a dar muchos orgasmos esta noche —le dije.

Y tan excitadas nos pusimos las dos que llegamos juntas al orgasmo, gritando mientras nuestros cuerpos temblaban.

Aaron la besó y ella lo atrajo hacia sí, la vi desabrocharle el pantalón y cuando escuché el sonido gutural que hizo Aaron, supe que ella le estaba masturbando.

Dejé mi succionador en el sillón y me puse detrás de Aaron, acariciándole el pecho con mis manos y llevando una hacia su miembro erecto.

Lo masturbamos las dos al unísono y yo desde mi posición comencé a masajear sus testículos para estimularlo más.

—Tócanos, Aaron, tócanos a las dos —le dije.

Llevó una mano hacia mi entrepierna y me abrí bien para él, para que me tocara y me penetrara con dos dedos mientras sabía que le estaba haciendo lo mismo a Sam, a quien seguía besando.

—Puedes pedirle lo que quieras, Sam, que él lo hará.

—Besa a Keila— le dijo, y sonreí.

Me incliné para recibir ese beso y comencé a moverme mientras me penetraba con dos dedos. Sam y yo seguíamos masturbándolo, moviendo las manos al mismo ritmo y él movía las caderas para sentir más.

—Lame sus pechos, Aaron —le dijo Sam, y él abandonó mis labios para hacerlo.

Primero lamió un pezón, lo mordió y me hizo gritar cuando tiró de él. Miré a Sam tenía los ojos cubiertos de deseo, y al igual que Aaron y yo, movía las caderas mientras él la penetraba.

—Vamos a hacer que Sam disfrute un poco más, Aaron —le dije cogiéndole la barbilla para que me mirara.

Le di el gel lubricante y uno de los dilatadores que aún no habíamos usado, ella me miró con cierto temor y le sonreí acariciándole la mejilla.

—Tranquila, te va a gustar —le di un beso rápido en los labios y le hice un guiño.

No era el primero que nos dábamos ni mucho menos, porque a veces nos habíamos saludado así, aunque las dos sabíamos más que de sobra que nos gustaban los hombres.

Aaron se puso un poco de gel en las manos y también cubrió el dilatador. Pasó el dedo con una buena cantidad de gel por entre las nalgas de Sam y jugó con el pulgar en su ano, ella gimió cerrando los ojos y le dije que usara el dilatador.

—Relájate, pequeña —le pidió Aaron, y ella asintió.

Poco a poco llevó el dilatador al interior de Sam y lo fue moviendo hacia dentro y hacia fuera como si la penetrara.

—Toma, añade el vibrador —se lo di, y comenzó a penetrarla con él por la vagina.

Sam gemía y arqueaba la espalda, solo de verla disfrutar yo misma me estaba excitando, así que cogí mi succionador y me senté a su lado con él entre mis piernas.

—Aaron, lame a Keila —le pidió Sam, y me acerqué más para que pudiera inclinar la cabeza y lamerme, dejando a un lado el succionador.

Las dos gemíamos y movíamos las caderas en busca de más, y en cuestión de unos pocos minutos volvimos a correrno al unísono.

—Fóllatela, Aaron —le dije, cogió un preservativo y tras colocárselo, levantó a Sam en brazos y la llevó hasta la mesa del salón donde la recostó y comenzó a penetrarla.

Fui al baño para lavar el succionador y me uní a ellos. Sam me miró mientras gemía y le coloqué el succionador en el clítoris.

—Tócate los pechos, cariño —le dije, y ella comenzó a masajearlos—. Más fuerte Aaron, házselo más fuerte.

—Sí, más fuerte, Aaron, fóllame más fuerte —pidió ella.

—Vuestros deseos son órdenes para mí, preciosas.

Sam se corrió a puros chillidos unos minutos después, y cuando Aaron se retiró le quité el preservativo y me arrodillé para lamer su miembro mientras Sam, sentada aún en la mesa, la besaba y acariciaba el pecho.

Me incorporé evitando que se corriera y miré a Sam, que me observaba con los ojos brillantes.

—¿Estás disfrutando, cariño? —le pregunté sonriendo mientras acariciaba su mejilla.

—Sí, y jamás pensé que diría esto, pero estás para un buen revolcón, amiga —sonrió.

—¿Por qué no probáis? —Las dos miramos a Aaron y el muy cabrito estaba sonriendo— ¿Un beso al menos, que yo os vea?

—¿Cómo cuando teníamos catorce años? —rio Sam.

—No, cariño, esta vez va a ser mejor.

Me acerqué a ella, le acaricié de nuevo la mejilla y le di un beso rápido en los labios. Sam cerró los ojos cuando pasé la lengua por ellos y la besé como era debido.

También cerré los ojos y disfruté aquel momento, porque la quería y le tenía mucho cariño.
No había besado nunca a una mujer, solo a ella aquella vez cuando las dos éramos un par de niñas, pero este no era mi primer trío con otra mujer y un hombre, aunque con Aaron nunca lo había hecho.

Por eso sabía que hacerlo con Sam no me desagradaría, porque la conocía y ella iba a disfrutar de Aaron tanto como yo.

Noté las manos de Aaron entre mis piernas, estaba pegado a mi espalda y cuando comenzó a tocarme, cogí la otra y la llevé a la entrepierna de Sam para que le diera placer igual que a mí.

Me movía rozándome con su miembro erecto entre mis piernas y dejé de besar a mi amiga para pedirle que se pusiera un preservativo y me penetrara con fuerza desde atrás. Volví a besar a Sam que me atrajo hacia sus labios con ambas manos en mis mejillas.

Aaron me penetraba con fuerza y hasta lo más hondo de mi ser mientras me tocaba el clítoris al mismo tiempo que tocaba a Sam. Y así llegamos de nuevo las dos al orgasmo, ese al que se unió Aaron, gimiendo y gritando los tres con el cuerpo tembloroso.

Le di un último beso a ella, lo besé a él y cuando se retiró de mí, sonreí.

—Quédate a dormir con Sam —le dije—. Le vendrá bien una ducha relajante y un masaje antes de dormir —hice un guiño a mi amiga y fui hacia mi habitación.

Sabía que los dos se quedaban en buenas manos, y yo necesitaba una ducha relajante antes de meterme en la cama.

Y mientras me duchaba pensaba en esos dos hombres que me saciaban como nadie, y que me dejaban tomar el control de la situación sin poner la más mínima pega.

Cuando salí de la ducha escuché los gritos de Sam y me excité de nuevo, así que me metí en la cama, cogí el otro succionador, y di rienda suelta una vez más a la imaginación.

Sabía que los dos se quedaban en buenas manos, y yo necesitaba una ducha relajante antes de meterme en la cama.

Y mientras me duchaba pensaba en esos dos hombres que me saciaban como nadie, y que me dejaban tomar el control de la situación sin poner la más mínima pega.

Cuando salí de la ducha escuché los gritos de Sam y me excité de nuevo, así que me metí en la cama, cogí el otro succionador, y di rienda suelta una vez más a la imaginación.

Capítulo 24



Keila

Mi hermano estaba en París y me había enviado un mensaje para que fuera a verlo. Él solía alojarse en casa de nuestro padre, pero esta vez lo hacía un hotel cerca donde yo tenía mi piso.

Ya empezaba a refrescar más, así que me puse un vestido de lana en color marrón claro con mis botas altas de tacón y el abrigo negro. Antes de salir me entró un mensaje y vi que era de Sam preguntando si compraba vino, a lo que dije que sí.

Había ido al super y sabía que me iba a ver con Nick, por lo que después de nuestra charla yo necesitaría alguna que otra copa de vino.

Me puse mi boina parisina frente al espejo de la entrada y me hice un selfi antes de salir para subirlo a mis redes mientras bajaba en el ascensor.

Una vez en la calle y a pesar de ser solo las cinco y media de la tarde, ya noté el frío, pero en mi defensa debía decir que yo era bastante friolera.

Caminé hacia el hotel que estaba a solo un par de calles y cuando entré fui directamente a la cafetería, donde Nick dijo que me esperaba.

Lo encontré sentado en una de las mesas con un café en la mano.

—Hola, hermano —saludé y me miró.

—Hola, hermanita —sonrió y cuando me incliné, me dio un beso en la mejilla igual que yo a él.

—¿Café? —preguntó llamando al camarero, que se acercó enseguida.

—¿Sí señor?

—Un café con leche y dos terrones de azúcar, por favor —le pidió.

—Ahora se lo traigo.

—Gracias.

—¿Y bien? ¿Para qué querías verme? —curioseé.

—Llevo aquí unos días, y me apetecía ver a mi hermana que, entre tu trabajo y las salidas con el cineasta, no paras —sonrió.

—¿Ahora me vigilas?

—No, pero vuestras fotos y vídeos están por todas partes. ¿Tenéis algo serio?

—No, pero es un hombre que me gusta y me atrae, no voy a mentirte.

—Vi lo que pasó con su socio, menuda jugada le hizo ese tipo.

—También lo vi, pero según dijeron él estaba limpio y libre de todo eso, era cosa de Jairo únicamente.

—A veces quien menos esperamos es quien nos clava la peor de las puñaladas.

—Y yo de eso entiendo bastante —respondí, y en ese momento el camarero me trajo el café—. Gracias —sonreí cuando lo dejó en la mesa.

—Keila, después de aquello entenderás que sea protector con mamá, además de contigo.

—Lo entiendo, pero Kevin no va a robar a mamá. Mira, te voy a decir algo para que te quedes tranquilo. He contratado un detective para que averigüe lo que sea que tú buscas. Pero te lo advierto, si ese hombre no me da nada, tienes que prometerme que tanto tú, como papá, os olvidaréis de buscar mierda en su pasado. No todo el mundo va a tener la desgracia de que alguien se la juegue de una manera vil.

—Por cierto, he sabido que…

—Sé lo que te ha dicho tu amigo, estoy al tanto de eso, me llamó mi abogado.

—Prométeme que vas a tener cuidado —me pidió, cogiéndome la mano por encima de la mesa—. Eres un personaje público, Keila, tus redes son abiertas.

—No voy a esconderme, yo no hice nada, bastante tiempo estuve huyendo de todo —di un sorbo al café.

—Solo te pido que tengas ojos en todas partes.

—Nick, no estoy sola, cuando salgo a la calle, aunque sea dando un paseo, no lo estoy —le recordé, y asintió.

Porque sí, yo tenía escoltas, pero nadie lo sabía, salvo mi círculo íntimo, obviamente. Era algo que mis padres y yo hablamos un tiempo después de venir a París en busca de esa calma que tanto necesitaba, y no es que yo los quisiera contratar por mi seguridad y tranquilidad, que también, sino más por la de ellos.

Yo sabía en todo momento dónde estaban, tenía en nómina a doce hombres y mujeres que iban rotando en mis salidas para que de ese modo nunca pudieran ver a las mismas personas cerca y que pudieran sospechar.

Nick asintió, y como también los conocía, echó una mirada discreta a nuestro alrededor.

—Estaré bien, ¿vale?

—Sabes que cuando mamá y papá lo sepan, te llamarán.

—Contaba con ello. ¿Para eso querías verme, además de para hablar de Kevin?

—Sí, y porque te echo de menos, no me gusta que estemos enfadados.

—No estoy enfadada contigo, pero no entiendo por qué sigues pensando que Kevin quiere aprovecharse de mamá.

—Porque lo hizo de su mujer, y, ¿quién sabe lo que haría con tal de coger dinero de mamá? No me sorprendería que un día de estos nos llame para decir que se casan.

—Pues si quieren casarse que lo hagan, Nick, no hay nada de malo. Yo misma me casaría con él si me tuviera con esa sonrisa de felicidad y satisfacción todo el día.

—Por Dios, bastante es digerir que mi padre con sesenta años sigue teniendo sexo, no quiero imaginar a mi madre también así —dijo, y sonreí.

—Hermano, últimas noticias, tus padres follan con sus parejas, y tu hermana pequeña, con sus amistades.

—Madre mía, en serio, no necesito más datos.

—Pues te encantaría escuchar algunas cosas de las que hago —sonreí.

—No, gracias.

—¿No has sabido nada de ella? —pregunté, poniéndome un poco más seria, pues la situación lo requería. Mi hermano negó y se quedó mirando la taza de café entre sus manos.

—Nada en seis meses. Imagino que será feliz, que al fin está donde quiere y eso —se encogió de hombros.

—Tienes que pasar página, Nick —le acaricié la mano.

—Estoy en ello.

—¿Hay alguien en tu vida? —curioseé y asintió— ¿La conozco?

—Es mi asistente, Elisa.

—¿En serio? Es una chica encantadora.

—No sé cómo pasó, lleva tres años conmigo, siempre ha estado ahí para animarme, y hace tres meses, solo, no sé, la vi de otro modo tal vez, el caso es que cuando me trajo el café al despacho, yo, no pude evitarlo. Me sonrió como siempre, pero ese día, joder, treinta y cinco años y me siento como un adolescente.

—Ese día te resultó un gesto diferente, y simplemente la besaste porque te apetecía. Créeme, a mí me pasó con Aaron hace años y ahí seguimos.

—Liados, pero sin una relación formal, que prácticamente podríais consideraros pareja, Keila.

—Pero no lo somos, él puede estar con quien quiera, y de hecho sé que algo ha tenido en mis ausencias, y yo también.

—Esta vez la he traído —dijo mirándome.

—¿A Elisa?

—Sí.

—Oh, entonces es que la cosa va en serio, hermano —sonreí—. ¿Aceptas un consejo?

—A ver, mi hermana seis años menor me va a dar un consejo.

—Pues sí —suspiré—. Olvídate del asunto de Kevin, de tu ex y lo que esté haciendo, y disfruta de París con Elisa. Follad como animales en celo incluso —rio mientras negaba—, y deja que lo vuestro fluya. Quién sabe, igual en un año estáis felizmente casados —le hice un guiño.

—Prometo intentar dejar un poco de lado el asunto de Kevin, pero solo hasta que me digas si tu detective averigua algo de él.

—En cuanto me informe de lo que sea, te llamo. ¿Cuánto piensas quedarte por aquí?

—No sé, llevamos tres días, así que, igual una semana más —se encogió de hombros.

—Una semana en París da para mucho.

Mi móvil sonó y vi que era Sam con un mensaje preguntando si necesitaba refuerzos, y lo acompañaba con un emoji de un bate de beisbol. Sonreí mientras le decía que estaba todo bien y que nos veríamos en casa para la cena.

Me quedé allí hablando con mi hermano sobre su reciente lio amoroso, aunque al igual que yo con Aaron ellos por el momento solo tenían algo de sexo y salían a comer o cenar, pero claro, la había traído a París por algo, y sabía que no era solo para no tener que masturbase teniendo sexo telefónico con ella, como le pasaba con su ex.

Estuvo dos años con ella hasta que lo dejó porque se había cansado de que ella fuera la que viajaba tanto mientras él no podía acompañarla. Era periodista y como solía decir, estaba allí donde encontraban las noticias.

Tenía una buena carrera y me constaba que en la cadena de televisión donde trabajaba cuando salía con él, aún estaba, dado que la habíamos visto en algunas noticias.

Nick y yo nos despedimos quedando en vernos otro día antes de que se fuera y me marché a casa, dando un paseo bajo el frío que ya se notaba más que antes, pues estaba anocheciendo.

Cuando entré en casa vi a Sam en la cocina con unos leggins azules que le quedaban tan ajustados como si fueran una segunda piel, una camiseta blanca y descalza. Estaba canturreando y moviendo las caderas mientras preparaba una pizza casera con los cascos puestos.

Me acerqué despacio y, ¡zas! Le di un azote en el culo que la hizo dar un salto.

—¡Ay, tu padre! Qué susto, Keila —dijo con la mano en el pecho y quitándose los cascos.

—Es que tienes un culito que pide que lo azoten a gritos —sonreí.

—Joder, pues me escuece el azote, ¿eh?

—Va, que te lo curo —la hice girarse y pasé la mano por su nalga en un leve masaje—. ¿Mejor?

—Me vas a poner cachonda como sigas tocándome así, solo te informo.

—Pues sería la primera vez —reí, y le di un beso en la mejilla—. Voy a ponerme el pijama.

Se quedó en la cocina metiendo la pizza en el horno, y la escuché poco después preguntando cómo había ido con mi hermano mientras se acercaba por el pasillo, y entró en la habitación.

—He conseguido que se olvide un poco de Kevin, hasta que el detective me diga algo —contesté quitándome el vestido y quedándome en ropa interior mientras iba a la cómoda por un pijama—. Ah, y está teniendo algo con Elisa.

—¿Su asistente? —preguntó con los ojos abiertos.

—Sí, ella.

—Bueno, se veía venir —sonrió, sentándose en mi cama—. Ella ha estado tres años a su lado, y quieras que no, el roce hace el cariño. ¿De la ex, nada?

—No, como si nunca hubieran estado juntos —me encogí de hombros quitándome el sujetador, y me puse el pijama.

—Ella se lo pierde, tu hermano es un tío increíble. Ahora que disfrute un poco.

—Lleva tres meses con ella y la ha traído a París estos días.

—¿Sí?

—Me lo ha dicho.

—Y a mí que me da que tu hermano y ella acaban casados —rio mientras salíamos de mi habitación.

—Eso le he dicho yo. ¿Has traído vino?

—Varias botellas, por si la noche requería de una señora borrachera —dijo sacando una de ellas de la nevera y dos copas que no tardó en llenar—. Aquí tienes.

—Gracias —di un sorbo—. Sam, no hemos hablado de lo que pasó —dije, pues desde lo que ocurrió con Aaron entre las dos, ella no había sacado el tema.

—Ni falta que hace —sonrió—. Está todo bien, seguimos como siempre.

—¿Disfrutaste? —pregunté acariciándole la mejilla.

—Sabes que me gusta Aaron desde hace tiempo, y sí, disfruté con él.

—¿Solo con él? —curioseé con la ceja arqueada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sé lo que vas a preguntar, y no, no era mi primera vez con una mujer. Pero esta fue especial, eso te lo aseguro.

Sam se sonrojó y dejé el tema a un lado, no quería incomodarla y aunque tenía mucha confianza con ella, temía que no entendiera esa parte de mi vida.

Cogí el móvil y mientras se hacía la pizza revisé el correo y vi que Madeline me había enviado un e-mail para decirme que tenía una nueva sesión de fotos para dentro de un par de días.

—La cena está lista —dijo Sam poco después, y dejé el móvil cuando apareció con la pizza y el vino para sentarnos en el sofá a cenar—. ¿Una peli?

—¿Pizza, vino y peli? El plan perfecto, cariño —sonreí, y ella cogió el mando para buscar algo que ver esa noche mientras cenábamos.

—Sabes que me gusta Aaron desde hace tiempo, y sí, disfruté con él.

—¿Solo con él? —curioseé con la ceja arqueada.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Sé lo que vas a preguntar, y no, no era mi primera vez con una mujer. Pero esta fue especial, eso te lo aseguro.

Sam se sonrojó y dejé el tema a un lado, no quería incomodarla y aunque tenía mucha confianza con ella, temía que no entendiera esa parte de mi vida.

Cogí el móvil y mientras se hacía la pizza revisé el correo y vi que Madeline me había enviado un e-mail para decirme que tenía una nueva sesión de fotos para dentro de un par de días.

—La cena está lista —dijo Sam poco después, y dejé el móvil cuando apareció con la pizza y el vino para sentarnos en el sofá a cenar—. ¿Una peli?

—¿Pizza, vino y peli? El plan perfecto, cariño —sonreí, y ella cogió el mando para buscar algo que ver esa noche mientras cenábamos.

Capítulo 25



Tommy

Había quedado para comer con mi familia en un restaurante que nos gustaba mucho y que estaba en una planta alta con unas vistas impresionantes.

—¡Tito Tommy! —gritó mi enana favorita, corriendo a mis brazos y la levanté en alto.

—Camille, pero, ¿cómo puedes estar tan guapa? —me la comía a besos, era y siempre sería mi persona favorita en el mundo.

—Porque soy muy bonita —sonrió abrazándome fuerte.

—Y porque sale a su madre —dijo mi cuñada, acercándose y acariciándome la espalda.

—¿Qué tal estás preciosa?

—Bien, ya tú sabes —sonrió apretando los dientes.

—Paciencia —le pellizqué la mejilla.

—Hoy toda la del mundo, vengo de hacerme un masaje total que me ha dejado nueva —me murmuró al oído y me dejó impactado.

—No me cuentes esas cosas, cuñada —me reí.

—No sabes la de experiencias que te pierdes en la vida.

—Debo ser el único santo sobre la tierra —murmuré aguantando la sonrisilla.

—Con ese cuerpo y con esa cara, yo ya me hubiera tirado medio París.

—Ya sabes que yo vivo para los negocios —dije mirando a mi sobrina, que correteaba hacia mis padres, que acababan de llegar. Mi hermano estaba hablando por teléfono.

—Pues hay que sacar tiempo para darle alegría al cuerpo —me dijo antes de disponernos a saludar a todos.

Mi padre me dio un abrazo y acto seguido mi madre. Mi hermano no tardó en unirse y nos sentamos a disfrutar de una copa de vino antes de que nos sirvieran la comida.

—Bueno, os comunicamos —dijo mi madre, frotándose las manos— que vuestro padre y yo nos vamos en unos días a un viaje que nos llevará tres meses recorriendo Asía.

—¿Y no podéis llevarme? —preguntó mi cuñada, poniendo cara de tristeza.

—Te llevaríamos encantados, pero por el bien de nuestra nieta mejor te quedas aquí cuidándola.

—Ni que yo no pudiera —dijo mi hermano, y nos salió una carcajada de lo más grande.

—Hermano, lo tuyo es el fútbol —contesté y me lanzó un trozo de pan.

Pasamos una comida de lo más divertida con mi sobrina, que no dejaba de soltar cosas por esa boquita que a todos nos hacía deshacernos.

Me despedí de mis padres, ya que no los vería hasta el regreso de ese viaje y luego de mi hermano y su familia.

Salí del aparcamiento y me dirigí a ver a Sophie, una amiga que hacía tiempo que no la veía, ya que había estado fuera del país trabajando. Quedé en pasar por su casa cuando terminase de la reunión familiar.

—Hombre, el tipo más seductor y complaciente… Te he echado de menos —murmuró tirándose a mis brazos— Por cierto, en las noticias se te ve muy bien acompañado —carraspeó rozándose con mi miembro de lo más sugerente.

—Ya sabes que no pierdo el tiempo —metí mi mano por debajo de su camiseta y vi esos pechos liberados que tan loco me volvían. Eran grandes y tiernos. Carraspeé con el contacto de mis manos sobre ellos.

—¿Un café? ¿Un licor? —Agarró mi miembro por encima del pantalón.

—Un café está bien —pellizqué su pezón antes de soltarla.

—Te juro por mi vida que estaba deseando llegar para verte. Menudos calentones me he pegado en este tiempo pensando en ti.

—¿Y cómo lo has llevado? —metí la mano por su braguita, ya que solo tenía puesta la camiseta y esa minúscul prenda. Ella preparaba el café.

—Pues con mis manos y algún que otro juguetito. Por cierto, conseguí uno anal que es la bomba. Me lo he pasado de vicio conmigo misma.

—No sé si podré esperar al café —mis manos sondeaban en su interior.

—Si sigues así es que ni te lo haré —sacaba sus caderas de manera lujuriosa.

—¿Cómo así? —La penetraba con mis dedos acariciando duro.

—No vayas a parar —gimió.

—Sabes que voy a parar…

—¿Un poquito en el botón?

—Solo un poco —saqué mis dedos de su interior y se lo acaricié levemente antes de lavarme las manos y coger el café.

—¿Me vas a dejar con este calentón? ¿Dónde está mi Tommy?

—Aquí, tomándose el café —me reí porque los gestos de su cara eran para hacer con ellos un montón de memes.

—Por cierto, qué putada lo de Jairo, me quedé helada.

—Ya te digo, pero bueno, de las piedras del camino se aprende.

Se sentó sobre la encimera con las piernas bien separadas y me coloqué en medio poniendo una de mis manos en su entrepierna. Me encantaba buscarla por esos gestos que tanta gracia me hacían.

Terminé el café y le quité sus braguitas para penetrarla mientras con mi dedo le acariciaba el clítoris.

Nos corrimos jadeantes en nuestras bocas antes de disponernos a meternos en su baño en el que nos encantaba juguetear uno frente al otro, recostados y acariciándonos con nuestros pies.

Nos mirábamos a través de la luz de la vela ya que dejamos el baño a oscuras, como nos gustaba, con música relajante de fondo.

a Me encantaba sentir mi pie por dentro de su zona mientras ella acariciaba la mía con el suyo. En silencio, solo e sonido de nuestra respiración.

Se vino hacia mí y se tiró encima mientras se frotaba sensualmente y cogió un preservativo que había en el borde y me lo colocó para penetrarse tumbada por completo. Se movía como una diosa lentamente mientras jadeaba de manera incesante por el placer mientras mordisqueaba mi boca. Era muy pasional y fogosa, le gustaba provocarme con el roce de su piel.

Con ella tenía estos momentos muy esporádicamente, ya que solíamos vernos unas tres o cuatro veces al año, pero siempre estábamos ahí el uno para el otro, incluso cuando ella tuvo alguna pareja no dejó de buscarme.

Pasé un rato bastante bueno antes de despedirme y dirigirme hacia una reunión que tenía a las ocho de la tarde con un director muy importante que tenía que explicarme una propuesta. Habíamos quedado para cenar cerca de mi casa, así que me dirigí en esa dirección.

La vida continuaba y sin mi socio para echarme una mano, tenía que encargarme de todo y que nada fallara, debía mantener la cinematográfica tal como siempre, en lo más alto del mundo de esta industria y lejos de escándalos de cualquier tipo, mucho menos, escándalos que nada tuvieran que ver conmigo.

Saludé al director con un apretón de manos cuando llegué a la mesa donde me esperaba, nos sentamos y tras pedir comenzamos esa reunión para la que iba más que preparado.

Terminamos tarde, cerca de las doce de la noche, ya que hablar con Darío era encontrar un montón de ideas para hacer algo novedoso. Me gustaba charlar mucho con él porque era de esas personas que tenían su mente trabajando a tope.

Llegué a casa y Nadine estaba tumbada en el sofá. Sonrió al verme con la cara adormilada.

—Hola, Nadine —me agaché a darle un beso.

—Hola, Tommy. ¿Qué tal el día?

—Bien, pero estoy agotado —sonreí tirándome a su lado en el sofá—. Me voy a acostar en breve.

—Vale, ¿mañana te vas temprano?

—Sí, tengo mucho trabajo en el despacho.

—Te tendré el desayuno pronto —puso su mano en mi entrepierna y acarició mi miembro por encima del pantalón.

:l Lo fue desabrochando y levanté las caderas para que lo bajara con facilidad al igual que el bóxer.

Llevó su boca a mi miembro y comenzó a lamerlo delicadamente para ir cada vez profundizando más. Le apreté su nalga metiendo mis dedos por entremedio y acariciándola.

Movía sus caderas excitada y me dirigí a su clítoris para calmarlo un poco mientras ella me llevaba a una excitación cada vez más pronunciada.

Nos corrimos al unísono y la dejé un tanto relajada para que durmiera más a gusto. Hoy no daba para mucho, necesitaba descansar.

En cuanto me metí en la habitación fui a darme una ducha relajando mi cuerpo, la tensión por el trabajo me iba a pasar factura, y entonces sin saber por qué pensé en Keila, esa mujer que me hacía excitar con su sola imagen en mi mente.

Cuando iba a meterme en la cama eché un vistazo al móvil y vi que tenía un mensaje de ella que no había visto hasta ese momento. Era tarde, pero le contesté igualmente para que lo viera por la mañana.

Si ella quería volver a verme para cenar y lo que surgiera, ¿quién era yo para rechazar tan suculenta y tentadora oferta?

Lo fue desabrochando y levanté las caderas para que lo bajara con facilidad al igual que el bóxer.

Llevó su boca a mi miembro y comenzó a lamerlo delicadamente para ir cada vez profundizando más. Le apreté su nalga metiendo mis dedos por entremedio y acariciándola.

Movía sus caderas excitada y me dirigí a su clítoris para calmarlo un poco mientras ella me llevaba a una excitación cada vez más pronunciada.

Nos corrimos al unísono y la dejé un tanto relajada para que durmiera más a gusto. Hoy no daba para mucho, necesitaba descansar.

En cuanto me metí en la habitación fui a darme una ducha relajando mi cuerpo, la tensión por el trabajo me iba a pasar factura, y entonces sin saber por qué pensé en Keila, esa mujer que me hacía excitar con su sola imagen en mi mente.

Cuando iba a meterme en la cama eché un vistazo al móvil y vi que tenía un mensaje de ella que no había visto hasta ese momento. Era tarde, pero le contesté igualmente para que lo viera por la mañana.

Si ella quería volver a verme para cenar y lo que surgiera, ¿quién era yo para rechazar tan suculenta y tentadora oferta?

Capítulo 26



Keila

Dejé a Sam en casa y fui a la de mi padre, me había invitado a comer con ellos y en cuanto me bajé del taxi, ahí estaba mi hermanita corriendo hacia mí.

—¡Keila! —gritó y la cogí en brazos abrazándola fuerte.

—Hola, mi niña —me la comí a besos.

—Emma, cariño, que hace frío para que estéis las dos ahí —dijo Melissa, que como siempre andaba detrás de ella—. Hola, Keila —sonrió cuando entramos y me dio un par de besos.

—Hola, Melissa.

—Tu padre está en el despacho, quiere verte antes de comer.

—Lo imaginaba —dejé a mi hermana en el suelo—. Ahora te veo —le di un beso.

Me quité el abrigo y se lo di a Pierre junto con el bolso antes de ir hacia el despacho de mi padre. Lo escuché hablando, así que llamé con un par de golpes y abrí la puerta asomando solo la cabeza y sonreí.

—Sí, Maxine, hazlo así. Hablamos mañana, adiós —le oí decir, y colgó—. Hija, me alegro de verte —sonrió, abriendo los brazos.

—Hola, papá.

—¿Cómo estás?

—Muy bien. Me ha dicho Melissa que querías hablar conmigo antes de comer.

—Sí, siéntate —señaló uno de los sillones que había frente a su escritorio—. Tu abogado me dijo que te puso al

tanto de las últimas noticias.

—Así es.

—No podemos bajar la guardia, Keila, tú menos que nadie.

—Tampoco voy a esconderme, papá. Soy un personaje público, soy una modelo de fama internacional y tengo redes. Estoy expuesta, sí, pero sabes que me cuidan.

—Y es lo que me tranquiliza, pero hay que ir con cuidado.

—Lo sé.

—Me dijo Nick que has puesto a un detective siguiendo al novio de tu madre.

—Para haceros ver que no hay nada, ese hombre es un tipo normal, con un pasado, sí, pero, ¿no tiene todo el mundo algo en el paso de lo que se arrepiente? No lo habéis visto con mamá, la quiere y se le ve.

—Keila, no puedes ser tan ingenua, no después de lo que tú misma viviste.

—Aquello fue diferente, no me vayas a comparar ambas cosas.

—Solo quiero que tu madre esté bien. Yo le hice daño y eso la llevó a estar quince años sin un hombre, ¿por qu ahora de repente sí?

—Porque al igual que tú, necesita un poco de cariño, sentirse viva y saber que todavía puede tener sexo. Por Dios, ha estado haciendo vida de monja más que de divorciada. Mucho ha tardado en encontrar a alguien que le d una alegría a su cuerpo.

—Me preocupo por ella, eso es todo.

—No porque él sea once años más joven que mamá tiene que ir detrás de su dinero, Melissa es más joven que t y no te robó, ni te ha pedido el divorcio.

—Solo quiero lo mejor para tu madre.

—Kevin es lo mejor que le ha pasado en años, estoy segura de ello.

—Bueno, vamos a comer antes de que Melissa venga a buscarnos.

Nos levantamos y salimos del despacho para ir al salón, donde Melissa y mi hermana pequeña ya estaban

esperándonos. Como siempre me senté al lado de Emma y pasamos la comida hablando de sus asignaturas favoritas del cole.

Le gustaba mucho, sobre todo la de música, y a sus ocho años tocaba el piano y el violín que daba gusto escucharla. Solía decir que de mayor quería dedicarse a ello, ser concertista en solitario, o formar parte de alguna importante compañía.

—Si es lo que deseas, mi niña, no dejes nunca de creer que puedes y lo conseguirás —le dije cuando terminamos de comer, sentándola en mi regazo cuando nos trajeron el pastel de manzana para el postre y el café.

A mi padre le encantaba vernos así, juntas, felices y riéndonos. Siempre quiso que cuando viniera a París me quedara con ellos en la casa, tenía habitaciones más que de sobra y sabía que a Emma le encantaría estar conmigo pero de haberlo hecho no habría podido tener la libertad de pasar noches fuera sin tener que darle explicaciones, sobre todo cuando me veía con Aaron y me quedaba en su casa.

Me despedí de ellos, llamé a Sam, que me dijo que estaba de camino a la zona de la torre donde Madeline había preparado todo para esa sesión de fotos.

Llegué y vi a Sam sonriendo, además de al modelo con el que había posado ya para las fotos de esa nueva colección, y entré con ella en la caravana que tenían lista con todos los vestidos para mí.

—¿Cómo ha ido la comida? —preguntó mientras me maquillaba.

é

—Bien, pero el tema de Kevin me lo volvió a sacar.

—¿Tienes algo del detective?

é

—Está en ello, pero por lo que me cuenta, ese hombre no tiene nada que ocultar.

—Pues a ver si después de lo que te dé, tu hermano y tu padre se olvidan de él, aunque me da a mí, que seguirán buscando cualquier cosa contra él —suspiró.

ı́

—Eso me temo.

—Y, ¿de lo otro? Porque también está al tanto de eso, ¿no?

—Sí. Quiere que tenga cuidado —dije mirándola a través del reflejo del espejo.

—Todos queremos que lo tengas, Keila, después de aquello, no queremos que te pase nada —me puso la mano en el hombro y sonreí.

—Lo sé, cariño —acaricié su mano.

Terminó de maquillarme y peinarme, me ayudó a ponerme el primer vestido, y salí de la caravana donde me esperaba el modelo para ir hacia la torre.

Madeline se había encargado de cerrar esa parte para que pudiéramos hacer la sesión sin que hubiera demasiados curiosos, pero aun así alguno se acercaba.

Posamos para varias fotos, por separado y juntos, y cuando nos las mostraba no podía evitar pensar que con la torre de fondo se veían no solo preciosas, sino realmente increíbles.

Hice todos los cambios de vestuario, Sam me tiró algunas fotos desde donde estaba y sabía que era para enviárselas a mi madre, que le gustaba enterarse de todo y presumir de hija guapa, como ella decía.

—Perfectas, Keila, han quedado unas fotos perfectas y preciosas —me dijo Madeline cuando acabamos—. Estarán a partir de la próxima semana en revistas y en carteles por la calle. Por cierto, mañana llamaré a tu madre para una propuesta que tengo sobre la mesa para ti —sonrió.

—¿Qué propuesta? —curioseé.

—Primero lo hablaré con tu madre, y en función de lo que me diga, te cuento —hizo un guiño—. Yo te llamo.

—Me llamará ella antes —reí—, menuda es mi madre para guardar un secreto.

—Si te llama querrá decir que acepta y que es una buena oportunidad para ti. Estamos en contacto, cariño —me dio un abrazo y le dijo adiós a Sam.

Paramos un taxi y nos fuimos para casa mientras me pasaba todas las fotos que me había hecho.

—Esta me encanta, cuando las publiquen, tienes que subirla a tus redes con alguna frase así, profunda y emotiva. Estás sonriendo, pero se te ve como pensativa. Me gusta —dijo.

—Te ha quedado muy bonita, cariño, tienes talento para la fotografía.

—Tengo muchos talentos al parecer —sonrió.

—Eso no lo dudes nunca. Voy a enviarle a mi madre algunas, para que vaya abriendo boca.

Le envié un mensaje con una foto con cada vestido y no tardó en responderme y decir que era la hija más guapa del mundo. Charlamos un poco y me dijo que estaba yendo a cenar con Kevin, que le tenía una sorpresa y que ya me contaría.

De verdad que nunca antes la había viso así de feliz, y me gustaba, era una Tessa nueva en todos los aspectos.

Llegamos a casa y mientras Sam pedía algo de comida china para cenar fui a darme una ducha.

Cuando salí y mientras me secaba, escuché una notificación de mensaje, fui hasta la mesita de noche donde tenía el móvil y vi que era un número desconocido, pero por el texto no tenía ninguna duda de quién era el remitente.

Desconocido: *Hola, Keila, ¿me echabas de menos, princesa? Yo a ti sí.*

Cerré los ojos dejando el móvil en la mesita, me senté en la cama y solté el aire.

El pasado estaba ahí, de vuelta, aunque realmente nunca se había ido y por supuesto sabía que, antes o después, en algún momento de mi vida, volvería para encontrarme.

—¿Quieres vino, Keila? —preguntó Sam desde la puerta de mi habitación— Cariño, ¿qué te pasa? —Caminó para sentarse a mi lado.

—El pasado acaba de llamar a mi puerta, bueno, en realidad me ha enviado un mensaje —suspiré.

—¿Y cómo ha conseguido…? Vale, una pregunta estúpida, lo sé. Tranquila, estoy contigo, ¿sí? —Me cogió la mano y me dio un apretón.

—Saca el vino, que esta noche vamos a necesitar más de una botella.

—Tenemos suficientes, no te preocupes —me dio un beso en la mejilla—. Venga, porte el pijama que voy abriéndolo mientras llega la cena.

Miré el móvil y lo cogí para enviar un mensaje al chat que tenía con todos mis escoltas para que estuvieran al tanto de los últimos acontecimientos y con los ojos bien abiertos.

Ahora sí, toda precaución iba a ser poca.

De verdad que nunca antes la había viso así de feliz, y me gustaba, era una Tessa nueva en todos los aspectos.

Llegamos a casa y mientras Sam pedía algo de comida china para cenar fui a darme una ducha.

Cuando salí y mientras me secaba, escuché una notificación de mensaje, fui hasta la mesita de noche donde tenía el móvil y vi que era un número desconocido, pero por el texto no tenía ninguna duda de quién era el remitente.

Desconocido: *Hola, Keila, ¿me echabas de menos, princesa? Yo a ti sí.*

Cerré los ojos dejando el móvil en la mesita, me senté en la cama y solté el aire.

El pasado estaba ahí, de vuelta, aunque realmente nunca se había ido y por supuesto sabía que, antes o después, en algún momento de mi vida, volvería para encontrarme.

—¿Quieres vino, Keila? —preguntó Sam desde la puerta de mi habitación— Cariño, ¿qué te pasa? —Caminó para sentarse a mi lado.

—El pasado acaba de llamar a mi puerta, bueno, en realidad me ha enviado un mensaje —suspiré.

—¿Y cómo ha conseguido…? Vale, una pregunta estúpida, lo sé. Tranquila, estoy contigo, ¿sí? —Me cogió la mano y me dio un apretón.

—Saca el vino, que esta noche vamos a necesitar más de una botella.

—Tenemos suficientes, no te preocupes —me dio un beso en la mejilla—. Venga, porte el pijama que voy abriéndolo mientras llega la cena.

Miré el móvil y lo cogí para enviar un mensaje al chat que tenía con todos mis escoltas para que estuvieran al tanto de los últimos acontecimientos y con los ojos bien abiertos.

Ahora sí, toda precaución iba a ser poca.

Capítulo 27



Tommy

Apenas eran las diez de la mañana y ya había tenido una reunión importante. Las cosas iban mejor de lo que pensaba y con la desaparición de Jairo en la productora, todo parecía ir mucho mejor. Increíble, pero cierto.

Me dirigí a las oficinas para meterme en mi despacho a revisar tranquilamente los e-mails. Le había pedido a Megan que me trajera un café y no tardó en aparecer por la puerta.

—Aquí tienes, jefe —dijo con ironía, ya que estaba un poco enfadada conmigo porque según ella, la tenía abandonada.

—Necesito que me recopiles toda la información de la propuesta de los alemanes para volverla a revisar, quizás la anterior vez me pilló un poco ausente y no le tomé la importancia que puede que tenga.

—Creo que necesitas un poco de relax, Tommy —se puso detrás de mí y metió los dedos por dentro de la camisa para masajear mis hombros.

—Puede ser, últimamente ando muy estresado.

—Por cierto, me encontré a tu cuñada con tu sobrina, está preciosa —decía mientras me clavaba sus dedos.

—Sí, es una muñeca —sonreí desabrochándome los botones de la camisa para que siguiera con más libertad por mi espalda. Me estaba gustando la sensación que me estaba dejando.

—¿Bien?

—Genial, me viene genial —moví el cuello estirándolo mientras sus manos me masajeaban con profundidad.

—Estás muy raro últimamente y creo que te faltan mis dosis de generosidad.

—Han pasado muchas cosas, solo es eso…

—Pero siempre viene bien que te cuiden un poquito —me pasó las manos por el pecho y noté cómo empezaba a reaccionar mi miembro.

—Te lo agradezco —solté el aire liberando un poco de la tensión que me estaba entrando.

—Nada que agradecer, Tommy, me encanta mimarte —sus manos iban cada vez masajeando con más sensualidad.

Le agarré el brazo y la atraje hacia delante para sentarla en mis piernas metiendo la mano entre las suyas y yendo directo a su zona íntima para penetrarla con ellos directamente. Se redobló un poco y gimió.

Le quité las bragas y me puse un poco de crema de la que tenía en el cajón en las manos y de nuevo la introduje entre sus piernas, que se abrieron ligeramente para mí.

—¿Te gusta? —pregunté metiendo los dedos en el interior de nuevo sin miramientos. No la tocaba desde que detuvieron a Jairo.

—Muchísimo —gimió.

—¿Más que cuando te lo hacía Jairo? —pregunté y noté cómo se contrajo las piernas.

—¿Por qué dices eso? —Me miro con el miedo en su rostro.

—Te he salvado la vida porque sé que fuiste un títere en su operación, pero lo sé todo, Megan, lo sé todo —saqué mi mano y le señalé a la puerta—. No vuelvas a buscarme más de este modo. Dale gracias a lo que te dé la gana, pero dáselas de que no estás presa porque yo no he movido un dedo.

—Lo siento, Tommy.

—Ponte a trabajar y olvídate de volver a buscarme para otra cosa —volví a señalar la puerta.

—Tengo adicción por ti —murmuró decaída.

—Pues ya sabes, para todo hay tratamiento. Te creí más inteligente y humana.

Me miró con una mezcla de rabia, dolor, desesperación y un montón de cosas más, pero a mí me daba igual, que me mirase como quisiera, había hecho lo mismo que mi amigo y socio, traicionar mi confianza.

Se fue dejándome solo y pasé el resto de la mañana trabajando, ocupado en retomar todo eso que por el asunto de Jairo no había tenido tan presente.

Me dirigí al restaurante chino a recoger la comida cuando terminé de hacer las cosas que tenía pendientes. Le había dicho a Nadine que no cocinara que íbamos a comer algo que yo llevaría. Era una sorpresa para ella, ya que este tipo de comida le encantaba.

—Buenas tardes, Nadine —le hice un guiño y le di las bolsas.

—¡Qué sorpresa! Buenas tardes, Tommy —me dio un beso en la mejilla.

—Te veo hoy muy feliz —dije quitándome la chaqueta.

—Ahora te cuento, ve cambiándote.

—A sus órdenes —dije y se le escapó una sonrisilla.

Me di una ducha rápida y me puse un pantalón de pijama con una camiseta, hoy me apetecía estar refugiado en casa, desconectado del mundo y en plan relax total. Estaba lloviendo a cántaros.

Nadine había preparado la mesa y me esperaba con esa sonrisita que hoy llevaba.

—A ver, cuéntame… —le pregunté.

—¿Tú has matado alguna vez a alguien?

—Nadine, por favor —me eché a reír—. ¿Cómo me preguntas algo así?

—Pues entonces voy a ser la primera a la que desees matar —se encogió de hombros.

—A ver, sorpréndeme… —le pedí negando por ese golpe tan gracioso que había tenido.

—Me he apuntado a un curso de masajes online, son eróticos, tántricos y sensuales.

—¿Y por qué te voy a querer matar?

—Porque tengo prácticas una vez en semana en un centro y tengo que darles masajes a dos chicos cada vez que vaya.

—Directamente no vas a ir.

—Sí, voy a ir.

—No, no vas a ir —me reí señalándole con el tenedor.

—¿No te vas tú con otras?

—Nadine, no es lo mismo.

—Pues eso, que me mates, pero voy a hacer el curso. Tengo mis horas libres por la tarde y nada me impide hacer con mi vida lo que quiera para progresar.

—¿No es mejor un curso de cocina, estética, idiomas o algo similar?

—¿No es mejor que te centres en mí y te olvides de las demás?

—No es lo mismo.

—Ya te digo yo a ti que sí, jefe. Además, ¿qué puede pasar, que me eches? Me vuelvo al trastero y no pasa nada. No vas a interponerte en mis sueños.

—Te estás volviendo un poco rebelde…

—No, tú me dijiste que me viniera aquí sin ataduras, sintiéndome libre para buscar un futuro y que trabajara para ti sin condiciones. Antes era sumisa y ahora soy libre.

—No has sido sumisa.

—Ah, ¿no? Ver, oír, callar y a todo decir sí.

—No fue así exactamente y teníamos un pacto.

—Pues ya no lo tenemos —se encogió de hombros—. De todas maneras, deberías sentirte bendecido por tener la posibilidad de que alguien como yo pueda ofrecerte mucho más placer a través de mis manos.

—Nadine, a ti te pasa algo.

—Estoy feliz, voy a ser una masajista profesional.

—¿Erótica?

—De la felicidad, lo mismo gano más dinero que aquí limpiando. Por cierto, gracias por la comida, todo un

detalle por tu parte.

—No es la primera vez que lo tengo.

—Ya, ya —sonrió.

Notaba en ella como que me quería poner al límite, era como si me estuviera provocando de alguna manera. De todas formas, averiguaría si se trataba de un farol o ciertamente tenía esas intenciones.

—Por cierto, mañana por la mañana llega una compra que hice online al supermercado que me gusta.

—Vale, la dejaré bien colocada.

—Nadine… —me reí porque la conocía y en sus palabras notaba esa ironía.

—¿Qué? —Volteó los ojos.

—Me estás vacilando.

—Para nada, jefe, puedo ser más yo porque no hay pacto ni condiciones, pero vacilar no.

—No me gustaría verte trabajando, satisfaciendo a hombres sedientos de sexo.

—Ni a mí ver cómo te paseas con otras mujeres mientras me dejas en casa como si tuviera la peste, pero libres somos y libres seguiremos.

Solté el aire y seguí comiendo. Es verdad que yo no era nadie para frenarle a hacer lo que le apeteciera, pero imaginarla poniendo las manos en otros hombres como que me causaba un poco de reparo.

Nos acomodamos en el sofá con un café y ella se echó la mantita por las piernas que tenía arriba y cruzadas. Me miraba con esa sonrisilla que algo me hacía presagiar que las cosas que se le estaban pasando por la cabeza no eran buenas.

Metí la mano por la manta y le apreté el muslo mientras disfrutaba del café y veía las noticias. Ella sujetaba su taza entre las manos y notaba que no dejaba de mirarme de reojo.

—¿Quieres que te alivie un poco? —le pregunté mirándola y pillándola con los ojos puestos en mí y sonriente.

—¿Y qué te hace pensar que estoy tensa?

—Esto —apreté su muslo que iba tensando deseosa de algún movimiento que la llevara a disfrutar del

momento.

—Bueno, una que es sensible —se rio, echándose hacia adelante.

—Sácate el pantalón, anda —la miré con la sonrisa en la cara.

Y ella que no se lo pensaba, se quitó la parte baja del pijama, la tiró al suelo y se tumbó con las piernas flexionadas por encima de mí, haciendo un puente y volviéndose a echar la manta por encima.

La acaricié a modo relajante sin prisas, acariciando todo su alrededor y sin adentrarme para no elevarla de golpe, pero esa técnica hacía que se pusiera más excitada y jadeaba moviendo sus caderas pidiendo que la tocara más. Se llevó la mano a la entrepierna y se la aparté. Cada vez estaba más excitada y nerviosa.

Le acariciaba ligeramente con mi dedo pulgar y ella se pegaba a él buscando más satisfacción, pero yo la rodeaba. Jadeaba tanto que la cara se le transformaba en sufrimiento.

Le apretaba desde su ingle hacia el interior y ese roce de su mismo labio la ponía peor aún. Estaba disfrutando muchísimo a pesar de querer que llegara a más para satisfacerla, pero por ahora la iba a mantener así un rato, ya que yo también estaba de lo más relajado acariciando su zona.

No le tenía quitada la braga y eso le ocasionaba más explosión. Retorcía los dedos de sus pies.

—No te muevas y ni se te ocurra tocarte, dame un segundo —fui a la habitación y cogí un bote de aceite corporal y dos toallas, una para ponerla sobre mis piernas y otra para que ella se cubriera y no manchar su mantita con aceite.

Regresé y aún estaba con ese rostro de lo más excitado y se había desnudado por completo. Se cubrió con la toalla cuando se tumbó después de poner el culo sobre mis piernas y dejar las suyas flexionadas.

Se puso los brazos cruzados sobre los ojos mientras yo me eché el aceite en las manos y me las froté para calentarlo un poco.

Lo llevé de nuevo alrededor de su zona, no iba a ir directo, ya que quería que le durase un buen rato la intensidad del momento y me apetecía mucho jugar con ella de esa manera acariciándola para encenderla por completo.

La mano derecha la tenía masajeando sus pezones que estaban duros por completo y con la izquierda seguía sometiéndola a un sufrimiento que la tenía de lo más inquieta.

Tenía que quitarle su mano continuamente dado que tendía a llevarla a su zona. Como una media hora la tuve así, echándole aceite a cada momento para que la sensibilidad aumentara y tocándola sin profundizar. Sabía que en el momento que lo hiciera no tardaría en llegar.

Le metí tres dedos en la vagina presionando fuerte y luego comencé a acariciar su clítoris. Se puso a temblar po completo llegando al orgasmo y cayendo de lo más agotada.

Temblorosa se fue quedando dormida y la dejé tumbada sobre la toalla y tapada bien con la otra. Yo me quedé a un lado con mi mano sobre su cadera. No quería que se despertara, ya que la había dejado de lo más agotada.

Le metí tres dedos en la vagina presionando fuerte y luego comencé a acariciar su clítoris. Se puso a temblar por completo llegando al orgasmo y cayendo de lo más agotada.

Temblorosa se fue quedando dormida y la dejé tumbada sobre la toalla y tapada bien con la otra. Yo me quedé a un lado con mi mano sobre su cadera. No quería que se despertara, ya que la había dejado de lo más agotada.

Capítulo 28

Keila

Tommy estaba esperando en la puerta de mi edificio, como siempre, junto a la puerta trasera del coche.

—Hola, Tommy —sonreí, poniéndome de puntillas para darle un beso en la mejilla.

—Keila, preciosa como siempre —dijo abriendo para que me subiera.

—Gracias.

Me había puesto un vestido de lana negro, unas botas altas de tacón en color blanco y el abrigo del mismo color

Nos acomodamos en el asiento y el chófer comenzó a conducir por las iluminadas calles de París hasta llegar a la zona del Arco del Triunfo, donde tras parar bajó para abrirnos.

—He oído hablar de este restaurante —dije al ver la fachada—. Creí que había lista de espera para poder cenar aquí —comenté cuando entramos.

—Así es, pero he cerrado muchos acuerdos en este lugar, y siempre que llamo tienen una mesa libre para mí —contestó con un susurro en mi oído y me hizo un guiño al verme sonreír.

Nos dio la bienvenida el hombre que estaba en la recepción confirmando las reservas y entramos hasta la zona de bar donde una camarera nos llevó por el salón, lleno de comensales a esa hora de la noche disfrutando de la cena, hasta una puerta del fondo.

Entramos en un pasillo y la seguimos hasta una de las puertas, cuando la abrió vi que se trataba de un acogedor reservado donde ya estaba la cena servida.

—Disfruten de la noche —dijo con una amable sonrisa antes de cerrar la puerta.

—Veo que has elegido por los dos —comenté, cuando Tommy retiró la silla para que me sentara.

—Y espero haberlo hecho bien.

—Seguro que sí, como dice mi hermano: no soy quisquillosa con lo que me llevo a la boca —lo vi sonreír de medio lado mientras cogía la botella de vino para servir las copas.

Brindamos, di un sorbo, y comenzamos a disfrutar de aquella cena. Me gustaba Tommy, y por el modo en el que me miraba estaba claro que yo a él también debía gustarle, otra cosa era que tuviera mis cosillas con Aaron.

Estábamos sentados el uno al lado del otro y noté su mano en mi muslo, lo miré de reojo y vi cómo me observaba. Siguió subiendo la mano hacia mi entrepierna y le puse todo más fácil separando las piernas.
Sobraban las palabras en ese momento, así que me dejé llevar.

Tommy hizo a un lado la tela de mis braguitas y comenzó a tocarme, gemí al sentir el dedo entre mis pliegues, deslizándose despacio mientras él me miraba fijamente a los ojos.

Me mordí el labio y le cogí por la corbata para atraerlo hasta mí, lamí sus labios y lo besé mientras él me penetraba con dos dedos haciendo que me excitara cada vez más.

Desabroché sus pantalones y metí la mano para masturbarlo tal como él hacía conmigo, me volví aún más loca cuando sentí su otra mano justo en esa zona. Y mientras yo movía mi mano de arriba abajo escuchando sus leves jadeos, él me penetraba con dos dedos mientras hacía fricción con fuerza con dos de la otra mano.

—Tommy —jadeé entrelazando los dedos en su cabello y en el momento en el que di un leve tirón, comenzó a mover las dos manos mucho más rápido hasta que me corrí.

—¿Más vino, preciosa? —preguntó en un susurro, retirando sus manos de entre mis piernas, y vi que las lavaba en una especie de cubitera, pero que no contenía ninguna botella.

—Sí, por favor, creo que me va a hacer falta.

Me sirvió el vino y tras entregarme la copa, di un buen sorbo. Yo seguía con las piernas abiertas y el vestido completamente subido, enrollado a la altura de mis ingles, mientras el miembro erecto de Tommy seguía fuera de sus pantalones.

No pude evitar quedarme mirando esa prominente erección, gruesa y con algunas gotas de líquido preseminal en la punta. Y él, que se dio cuenta de dónde tenía puestos los ojos, llevó su mano justo ahí para comenzar a tocarse.

—¿Te gusta lo que ves? —preguntó, y tras poner un pie sobre mi silla, de modo que mis piernas quedaron aún más abiertas, llevé una de mis manos a mi sexo húmedo y tremendamente excitado para empezar a tocarme.

—¿Y a ti?

—Me encanta —respondió.

No dudé en seguir tocándome con una mano mientras me penetraba con el dedo de la otra, mirándolo fijamente a los ojos hasta que volví a correrme entre gemidos mientras él se tocaba.

—Quiero tu boca aquí, Tommy —le indiqué sin dejar de tocarme el clítoris—. Ahora.

Sonrió de medio lado y obedeció, como sabía que haría, me cogió en brazos y me recostó en el sofá que había a un lado, colocándose entre mis piernas para lamerme de esa manera que me enloquecía.

Y mientras se bebía gota a gota mi esencia, yo jugaba con mis dedos entre su cabello hasta que le di a beber todo de mí.

—Siéntate, voy a disfrutar de mi postre —sonreí de medio lado mordisqueándome el labio mientras se sentaba, le bajé el pantalón y el bóxer para quitárselos y, tras quitarme el vestido y el tanga, quedándome únicamente con las botas, pues no llevaba sujetador, me arrodillé ante él para acoger su miembro en mi boca.

No le permití cogerme el pelo ni tocarme, pero lo lleve al límite y me aparté antes de que pudiera correrse.

Cuando me puse de pie le quité el resto de la ropa, apoyé el pie en el respaldo del sofá y le dejé mi sexo a la altura perfecta para que volviera a lamer.

—Penétrame con los dedos, Tommy —le dije, y mientras lamía, me sostenía con la mano por una de mis nalgas al tiempo que me penetraba con dos dedos.

Mantenía su cabello entre mis dedos y me aseguraba que no apartaba la boca de mi sexo en ningún momento, que lamía rápido cuando se lo decía hasta que me corrí de nuevo.

Busqué un preservativo en su pantalón, se lo puse y me senté a horcajadas sobre él, alineando su miembro con la entrada a mi vagina, y me penetré entre gemidos y el temblor de mi cuerpo.

Comencé a moverme rápido y fuerte, de arriba abajo, llenándome de él en cada movimiento mientras mis pechos botaban ante sus ojos cubiertos por el deseo.

n

—Tócalos, lámelos, muérdelos, haz lo que quieras hasta que me corra a gritos —le pedí.

Tommy cogió mis pechos con sus fuertes manos, los masajeó y tras unirlos se inclinó para lamer mis pezones a mismo tiempo. Dejé caer la cabeza hacia atrás manteniéndome agarrada a su hombro y gemí mientras él lamía y mordía ambos pezones de una sola vez.

Aquel hombre me encendía de una manera realmente enloquecedora, y me sorprendía que aceptara mis peticiones sin poner la más mínima queja, sin negarme nada. Me dejaba llevar el control, algo que siempre hacía en mis encuentros sexuales con otras personas, así que, ¿por qué con él iba a ser diferente?

Me corrí a gritos y me levanté solo para sentarme y penetrarme de nuevo, esta vez dándole la espalda. Llevé sus manos a mis caderas indicándole que me moviera él, pues me levantaba a peso sin esfuerzo, y mientras seguíamos entregándolos al placer y el deseo, me toqué el clítoris hasta correrme de nuevo.

—No pares, sigue —le pedí mientras me recostaba sobre su pecho con una mano entre sus cabellos para besarlo.

Tommy siguió embistiéndome así, con su pecho pegado a mi espalda, una mano apretando con fuerza mi cadera y la otra entre mis piernas para intensificar aún más mi excitación y el orgasmo que no iba a tardar en llegar.

—Vamos, córrete conmigo Tommy —murmuré, al tiempo que le mordía el labio inferior.

Sus movimientos fueron cada vez más rápidos y fuertes, y segundos después nos dejamos llevar por el clímax que liberamos al unísono entre gemidos y gritos.

Seguimos besándonos y cuando me aparté, sonreí antes de acariciarle la mejilla y levantarme.

Fui hasta donde él se había lavado las manos y vi que había agua con jabón y un paño húmedo. Tommy se acercó, cogió el paño y me lo pasó por el sexo mientras me besaba.

—Eres una diablilla de lo más peligrosa, Keila —sonreí al escuchar que volvía a decirme aquello.

—Y tú me sigues sin quejarte.

—Porque me pones demasiado —susurró volviendo a besarme.

—Si no quieres que este reservado eche a arder, no me incites más, o pasaremos aquí al menos una hora más.

—No tenemos límite de tiempo, y por mí, te follaría otra vez —esas palabras y el modo en el que las dijo fueron directas a mi entrepierna, excitándome más, puesto que ya lo estaba.

—Pues hazlo, pero fuerte y contra esa pared —exigí.

—No pensaba hacerlo despacio.

Tommy me cogió en brazos y entre besos y pequeños mordiscos de labios, nos dejamos llevar de nuevo por el

deseo que nos envolvía.

Y sí, pasamos una hora más allí aprovechando el tiempo y la intimidad, porque no sabíamos cuándo volveríamos a vernos de nuevo.

Después de asearnos y vestirnos, salimos del reservado y fuimos hasta la calle donde su chófer nos esperaba con el coche para llevarme a casa.

Me despedí de Tommy con un beso en la mejilla y bajé cerrando la puerta con una sonrisa en los labios porque sí, ese hombre se estaba colando en mi vida poco a poco y ahora que lo conocía y vi que conectaba bien con él, no quería perderlo.

deseo que nos envolvía.

Y sí, pasamos una hora más allí aprovechando el tiempo y la intimidad, porque no sabíamos cuándo volveríamos a vernos de nuevo.

Después de asearnos y vestirnos, salimos del reservado y fuimos hasta la calle donde su chófer nos esperaba con el coche para llevarme a casa.

Me despedí de Tommy con un beso en la mejilla y bajé cerrando la puerta con una sonrisa en los labios porque sí, ese hombre se estaba colando en mi vida poco a poco y ahora que lo conocía y vi que conectaba bien con él, no quería perderlo.

Capítulo 29



Tommy

Megan me acababa de traer un café y no fue capaz en ningún momento de mirarme directamente a los ojos. Al menos había entendido las cosas por las, medio buenas.

Dos golpes en la puerta me hicieron pensar que se le había olvidado decirme algo. Le dije que adelante, pero para mi sorpresa, no era ella, era mi cuñada Marie.

—Cuñado, ¿se puede? —preguntó asomando la carita y sonriendo.

—Hombre, por favor, siempre —me levanté y fui hacia ella para abrazarla.

—Pasaba por aquí y no pude resistirme a hacerte una visita —dijo, apretándome con fuerza y poniendo su cabeza apoyada en mi hombro.

—Sabes que me das una alegría cada vez que vienes —le desabroché los botones del abrigo y se lo quité para colgarlo en el perchero—. ¿Un café?

—No, no, que ya llevo tres y con un cuarto soy capaz de repartir más hostias que el cura un domingo de misa —murmuró, causándome una carcajada.

—Ponte cómoda —la lleve a la sala que tenía en una puerta de mi despacho y donde había un sofá, una mesa y tele para cuando me quedaba allí y necesitaba descansar un rato.

Nos sentamos de lado los dos con una rodilla sobre el sofá y mirándonos de frente. Le cogí la mano y se la acaricié.

—No estás bien, ¿verdad? —Le acaricié con la otra la mejilla.

—No, no lo estoy, esto cada vez es más inaguantable. Ayer tuvimos una bronca muy grande y le dije que quería separarme. ¿Y sabes cuál fue su respuesta?

—Me lo imagino.

—Pues eso, que cierre al salir. Le dije que tenía responsabilidades como padre y que tendría que hacerse cargo de su hija. ¿A que no sabes la respuesta?

—Casi que me la imagino también.

—Pues que le ponga en convenio que él se la queda los fines de semana que su equipo no juega fuera. ¿Tú te crees?

—Te tiraste a la piscina, Marie.

—Lo sé —se le saltaron las lágrimas y se las sequé con la yema de mis dedos—. Estoy preparando las cosas mías y de la niña para irnos cuanto antes.

—Se va a arrepentir.

—Que haga lo que quiera, pero yo no doy marcha atrás ni para coger fuerzas.

—Haces bien.

—Me siento una estúpida —negaba con tristeza.

—Sabes que no lo eres —le acaricié el hombro y se tiró a mí a abrazarme—. Eres una gran mujer y vas a salir adelante.

—¿Sabes que te quiero un montón? —sonrió dejándome un cariñoso beso en la mejilla.

—Lo sé, preciosa, lo sé —le apreté la entrepierna.

—Sé que me dijiste mil veces que esa no era buena decisión y que no lo hiciera, pero cabezona de mí —se rio llorando—, me casé con él.

—Al menos tienes una preciosa niña de todo esto.

—Tu sobrina —negó sonriendo entre lágrimas.

—No me has olvidado, ¿verdad?

—No —me miró entre lágrimas—. No te he olvidado —sonrió con esa tristeza que calaba en el alma—. Creo que fuiste, eres y serás esa persona que se te queda grabada hasta el fin de tus días. Ese amor imposible que desea con todo tu corazón, pero solo puedes hacer más que mirarlo y admirarlo.

—Me halagas y entristeces de igual manera —le acaricié la mejilla.

Conocía a Marie desde antes que estuviera con mi hermano, ya que estuve con ella liado un año. Un año en el que ella se enamoró de mí perdidamente y lo pasó muy mal cuando le dejé claro que eso no iría a nada más. Cuál fue su obsesión cuando dejé de verla que cuando la volví a ver, venía de la mano de mi hermano y este nunca supo que su novia estuvo conmigo.

La intenté convencer de que eso no era una opción, pero ella me decía que se había enamorado de él. Siempre imaginé que estuvo a su lado por estar cerca de mí y sabía que esto tarde o temprano le iba a pasar factura. No solo era el fútbol y lo despegado que era mi hermano, sino que ella no lo amaba con la suficiente fuerza para luchar por llegar a un entendimiento común.

—Al menos te di una sobrina —se rio.

—Lo mejor que me pasó en la vida —le acaricié la mejilla en la que seguían cayendo sus lágrimas—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesitéis, ¿verdad?

—Sí, claro —sonrió y se pegó a mí, abrazándose. La acogí en mi pecho y con una mano le frotaba la espalda y con otra le acariciaba la cabeza.

Bajé la mano y la metí por su jersey y camiseta para acariciarle la espalda más directamente. Sonrió y se movió con el contacto.

—No te vengas arriba que solo es un poco de cariño —carraspeé mirando su cara de felicidad.

—Lo sé, tonto, pero me has traído muchos recuerdos. Que oye, que, si me quieres dar un meneo yo feliz, que hace que no me dan una alegría un buen tiempo —se rio abrazándome y dejando un beso en mi pecho.

—No me pongas en esa situación —murmuré sin dejar de acariciar su suave espalda.

—Lo que pase en tu despacho… Ya no estoy con tu hermano y si tuvimos un secreto, ¿quién dice que…?

—Marie…—murmuré llevando la mano hacia su pecho y apretándolo con fuerza— Si solo fuera un secreto…

—Lo sé, pero hay cosas que prefiero no mezclar —gimió en mi boca agarrándose a mi hombro.

Sabía que estaba deseosa de vivir un momento intenso, ese que mi hermano jamás le pudo dar, ya que él era

homosexual, pero no iba a salir jamás del armario y se casó para tapar su verdadero yo. Ella lo descubrió unos meses atrás y él lo negó hasta la saciedad y la llamó loca. Me lo contó ella sobrecogida, pero yo tuve que guardar silencio, si él no quería hacerlo, ¿quién era yo para descubrirlo? Ambos tenían sus secretos.

Me levanté y fui a echar el pestillo del despacho, no es que nadie se atreviera a entrar sin llamar, pero me daba más tranquilidad mental.

La tumbé en el sofá y le quité el pantalón y las bragas. Me fui directa a su zona a lamerla mientras ella se agarraba como podía al sofá. Puse sus piernas sobre mis hombros y levanté sus caderas para llevarla con más facilidad a mi boca. La mordisqueé hasta notar las palpitaciones y cómo se corría. Succioné su zona bebiendo parte de la esencia que emanaba de ella.

—Joder, ya no recordaba lo que era el verdadero placer —dijo retorcida mientras le acariciaba las nalgas.

Se levantó mientras me colocaba el preservativo y se sentó a horcajadas frente a mí, penetrándose mientras yo le quitaba toda la parte de arriba para dejar sus pechos al alcance de mis manos y boca.

Me lo hizo con movimientos lentos, a su ritmo y disfrutando del placer mientras buscaba entrelazarse con mi lengua.

Se quedó de lo más a gusto y temblorosa abrazada a mí fuertemente como agarrándose a los últimos minutos de nuestro contacto, ese que ella llevaba tanto tiempo esperando.

—Sabes que esto no va a pasar más, ¿verdad?

—Sí —afirmó ella—. Te agradezco que hayas tenido esta generosidad conmigo hoy.

—Lo hemos disfrutado los dos —le mordí el labio.

—Muchísimo —sonrió feliz y se comenzó a vestir.

homosexual, pero no iba a salir jamás del armario y se casó para tapar su verdadero yo. Ella lo descubrió unos meses atrás y él lo negó hasta la saciedad y la llamó loca. Me lo contó ella sobrecogida, pero yo tuve que guardar silencio, si él no quería hacerlo, ¿quién era yo para descubrirlo? Ambos tenían sus secretos.

Me levanté y fui a echar el pestillo del despacho, no es que nadie se atreviera a entrar sin llamar, pero me daba más tranquilidad mental.

La tumbé en el sofá y le quité el pantalón y las bragas. Me fui directa a su zona a lamerla mientras ella se agarraba como podía al sofá. Puse sus piernas sobre mis hombros y levanté sus caderas para llevarla con más facilidad a mi boca. La mordisqueé hasta notar las palpitaciones y cómo se corría. Succioné su zona bebiendo parte de la esencia que emanaba de ella.

—Joder, ya no recordaba lo que era el verdadero placer —dijo retorcida mientras le acariciaba las nalgas.

Se levantó mientras me colocaba el preservativo y se sentó a horcajadas frente a mí, penetrándose mientras yo le quitaba toda la parte de arriba para dejar sus pechos al alcance de mis manos y boca.

Me lo hizo con movimientos lentos, a su ritmo y disfrutando del placer mientras buscaba entrelazarse con mi lengua.

Se quedó de lo más a gusto y temblorosa abrazada a mí fuertemente como agarrándose a los últimos minutos de nuestro contacto, ese que ella llevaba tanto tiempo esperando.

—Sabes que esto no va a pasar más, ¿verdad?

—Sí —afirmó ella—. Te agradezco que hayas tenido esta generosidad conmigo hoy.

—Lo hemos disfrutado los dos —le mordí el labio.

—Muchísimo —sonrió feliz y se comenzó a vestir.

Capítulo 30



Keila

Estaba en casa preparando un bizcocho porque a veces cocinar me mantenía relajada, cuando sonó mi móvil.

—Hola, mamá.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? —preguntó.

—Ahora mismo, con las manos en la masa.

—Oh, Dios, dime que no estás teniendo sexo.

—No —reí—. Preparo un bizcocho.

—Ah, vale, creí que llamaba en mal momento. Ayer me llamó Madeline, dijo que tenía una propuesta para ti sobre la mesa y… ¿quieres oírla?

—¿La has aceptado?

—No te he dicho lo que es.

—No hace falta, me comentó que iba a llamarte y yo sabía que, si te gustaba lo que fuera a proponer, aceptarías ¿Me equivoco?

—No, no te equivocas. La Fontaine —dijo y abrí los ojos—, Max La Fontaine quiere que seas la imagen de su nuevo perfume, con uno de los diseños de Madeline.

—Estás de broma.

—No cariño, no estoy de broma. Quieren rodarlo allí mismo en París, hacer fotos y todo el tema publicitario. Te vio en la presentación de Madeline y habló con ella.

—¡Ay, Dios mío! —grité— ¡Voy a ser imagen de La Fontaine!

—Sí, solo falta firmar el contrato. Le dije que iría a París en unos días para reunirnos allí con ellos.

—¿Sabes la ilusión que me hace, mamá? Adoro esos perfumes.

—Lo sé, mi niña.

—¿Qué tal con Kevin? ¿Con qué te sorprendió en la cena? Que no te pregunté al final.

—Me regaló una pulsera —noté la sonrisa en su voz—. Es de oro blanco y diamantes, para que luego digan tu padre y tu hermano que me quiere robar.

—Entrarán en razón, ya lo verás.

—Eso espero. Bueno, te veré en unos días, ¿vale, cariño?

—Estoy deseándolo, mamá. Te quiero.

—Oh, mi niña, y yo a ti. Adiós.

Colgamos y aun estando sola, empecé a saltar y chillar de alegría, porque sí, me encantaban los perfumes de Max La Fontaine desde que tenía uso de razón, mi madre los había usado durante mucho tiempo y yo los usaba.

Tener la posibilidad de ser la imagen de su nuevo perfume era una auténtica maravilla.

Terminé de preparar la masa del bizcocho y lo metí en el horno, me preparé un café y tomé una foto de mi mano sosteniendo la taza en la encimera de la cocina, foto que no dudé en subir a mis redes, poniendo que estaba en mi mejor momento.

Sí, tenía que te tener cuidado y ser cautelosa con mis movimientos, pero no iba a esconderme, no entraba en mis planes dejar de hacer las cosas que hacía a diario porque de ese modo estaría demostrando que conseguían aquello que querían, y no lo permitiría.

Me tomé el café, sentada en el sofá y tapada con la manta mientras se terminaba de hornear el bizcocho y echaba un vistazo a las noticias. El asunto de Jairo, el socio de Tommy, seguía estando en el candelero y era normal, cuando me enteré de aquello le mandé un mensaje para comunicarle cuánto lo sentía y que me alegraba de que a él no lo culparan por aquello después de investigarlo también.

Pero no eran las únicas noticias que había, muchas de las que vi eran compromisos de parejas ya consolidadas,

rupturas, nuevos matrimonios, y la última gran fiesta que había dado una famosa cantante a la que invitó a todo el mundo de la industria musical.

También vi algunas imágenes de Jacqueline colgada del brazo de un hombre, sonriendo como si le acabara de tocar la lotería, solo que no era más que una de esas sonrisas para la foto más falsa que algunas de la mías que le mostraba a ella.

El hombre resultó ser un agente de modelos italiano que al parecer estaba en París buscando nuevas modelos para su agencia. Ahora entendía que Jacqueline se hubiera pegado a él como si de un mosquito chupasangre se tratara.

Me olvidé de ella y tras acabarme el café fui a la cocina para sacar el bizcocho del horno. Olía de maravilla, y estaba deseando que llegara Sam de sus compras en el centro para tomarme un pedazo con ella.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Nick.

—Hola, hermano.

—Hola, hermanita. ¿Estás en casa?

—Pues sí, aquí estoy, que acabo de sacar un bizcocho del horno.

—Abre, que estoy abajo —dijo, y me colgó.

Fruncí el ceño, pero fui a abrir, dejé la puerta entreabierta y regresé a la cocina para desmoldar el bizcocho y espolvorear un poco de azúcar glas por encima.

—Ese bizcocho huele que alimenta —dijo y sonreí mirándolo.

—¿Quieres? Está recién hecho, pero es el mejor momento para comerlo, tan esponjoso…

—Si lo acompañas de un café, acepto —se quitó el abrigo y lo dejó en uno de los taburetes de la cocina.

—Ahora mismo lo hago. ¿Qué te trae por aquí?

—Que me digas si me he vuelto loco.

—¿Por qué? —Fruncí el ceño mirándolo.

—Quiero pedirle a Elisa que se venga a vivir conmigo.

—Toma ya, y solo hace tres meses que os veis —sonreí—. ¿Has descubierto que te gusta?

—Sí, tal vez demasiado. Pero estando aquí con ella me he dado cuenta de que no quiero volver a irme solo a la cama, quiero despertar con ella.

—¿Por el sexo matutino? —elevé ambas cejas, al mismo tiempo que sonreía.

—No, joder —rio—, bueno vale, no solo por eso.

—Te gusta y sientes algo más que atracción. No estás loco, hermano, eres humano. Y mira que lo dudaba ya, ¿eh?

Puse la taza de café delante de él y cogí dos platos para servir un trozo de bizcocho para cada uno.

Nos quedamos allí charlando sobre Elisa, a quien le pedí que me la presentara de manera oficial y como cuñada cuando le pidiera que se mudara a su casa, y le conté lo del anuncio del nuevo perfume de La Fontaine.

Se alegró por mí y brindamos con nuestras tazas de café. También le puse al tanto del mensaje que recibí días atrás, se puso nervioso y me dijo que debí contárselo en ese momento, al igual que a mis padres, pero le pedí que no le dijera nada a ellos, no quería preocuparlos.

—Mis escoltas están pendientes, así que, por favor, quédate tranquilo.

—No puedes pedirme eso, Keila, casi mueres aquel día.

—Pero no lo hice.

—Mamá y papá deberían saberlo.

—No, Nick, no voy a decírselo y tú, tampoco —le señalé.

—Eres una cabezota, Keila.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era el detective al que contraté para que siguiera a Kevin, le pedí a mi hermano que esperase unos minutos y fui a la habitación para hablar con él.

—Hola, Mike.

—Keila —respondió.

—¿Has averiguado algo?

—Sí, tengo algo, pero sería mejor hablarlo en persona.

—Claro. Mi madre vendrá en uno días, e imagino que él vendrá también. Te mando un billete de avión y reservo el hotel para ti.

—Perfecto.

—Dime solo una cosa, Mike. ¿Voy a tener que darle la razón a mi hermano y a mi padre, además de patearle sus zonas nobles a él?

—No sé cómo responderte —rio—. Mejor ves lo que tengo cuando llegue a París.

—Pues nada, a quedarme con la intriga —suspiré—. Nos vemos pronto.

Colgué y cuando regresé a la cocina, vi que ya estaba Sam allí de vuelta con varias bolsas de compra, incluso se había servido un trozo de bizcocho.

Nick se quedó un poco más charlando con nosotras y se marchó para ir a cambiarse y llevar a Elisa a cenar esa noche.

Mientras Sam sacaba las compras, entre las que vi algo de lencería nueva, le conté lo del anuncio de Max La Fontaine y se alegró tanto como yo.

—Esto merece un vino, Keila, por Dios —dijo, abrazándome con fuerza.

—Joder, un vino y un polvo, que tengo un poco de tensión acumulada.

—Pues yo con eso no puedo ayudarte —se encogió de hombros—. Pero, tienes un succionador que va de vicio para la tensión —me eché a reír mientras la seguía a la cocina.

—Discrepo.

—En qué, ¿en lo del succionador? Porque aquella noche cuando tú… o sea, cuando lo probé, me dio la sensación de que sí era la hostia para liberar tensión.

—Lo es, pero discrepo en eso de que no puedes ayudarme. Sí que podrías, si quisieras.

—Keila, no me asustes, que yo sé que a ti te gustan los hombres y te ponen más calientes que la sartén de una crepería.

Evitó mirarme y vi que se sonrojaba, por lo que no seguí hablando. Abrió una botella de vino y sirvió dos copas además de otros dos trozos de bizcocho para comerlos allí mismo en la cocina.

—Vino con bizcocho de limón, esto en la vida lo había probado —reí.

—Pero, ¿a qué está rico? Es una mezcla de sabores buenísima.

—Pues tienes razón, está muy bueno.

—¿Le has contado lo del mensaje a Nick? —preguntó y asentí— Y obviamente no está de acuerdo en que no le hayas dicho nada a tus padres.

—Obviamente.

—Estoy aquí, ¿vale? —me dio un apretón en la mano.

—Lo sé, cariño —fui hacia ella y le di un abrazo—. Y no sabes cuánto me alegro de tenerte. Por cierto, ¿qué te parece si invitamos a cenar a Aaron mañana? Quiero celebrar con los dos lo de La Fontaine.

—Por mí, perfecto —sonrió—. ¿Preparo mis famosos canelones de atún?

—Oh, sí, por favor. Hace mucho que no los pruebo.

—Iré a hacer compra a primera hora al mercado, es cuando mejores productos tienen. Y de paso cogeré champagne, toda celebración que se precie, merece una copa con burbujitas —sonrió.

—Perfecto. Voy a escribirle.

—Yo recojo esto, y me doy una ducha.

Asentí, cogí el móvil y le mandé un mensaje a Aaron para invitarlo a cenar. No tardó en responder.

Aaron: *Acepto encantado, ¿llevo algo?*

Keila: *Tu presencia es más que suficiente, porque pienso tomarte a ti de postre.*

Aaron: *Estoy deseando que nos comamos mutuamente, preciosa. Ya sabes cuánto me gusta disfrutar de ti, de todo tu cuerpo. Ya me he excitado solo de pensarlo.*

Keila: *Pues más vale que vengas preparado, pienso dejarte muy agotado.*

Capítulo 31



Tommy

—Buenos días, jefe —murmuró con esa sonrisilla dándome el café.

—No me gusta que me llames jefe —carraspeé, mientras le apretaba la mejilla.

—Hoy tengo el curso por la mañana, así que me levanté temprano para adelantar las cosas y dejé hasta la comida hecha.

—No, hoy no lo puedes hacer —le quité su taza de las manos, la puse sobre la mesa y la agarré por las caderas mirándola fijamente a los ojos.

—¿Por qué? —preguntó en voz bajita.

—Porque necesito que te vengas conmigo al trabajo para que me ayudes en unas cositas y luego había pensado en invitarte a comer —le mordisqueé el labio.

—No puedo —dijo sonriente y feliz.

—¿Cómo qué no puedes?

—Tengo curso y no lo pienso cambiar.

—Te estoy ofreciendo ir por primera vez a que comamos juntos en la calle y me lo estás declinando, no puede ser cierto.

—¿Sabes qué pasa? Que tú lo haces para que yo pierda el curso y no por este de aquí —me señaló al corazón— Y así no, a mí me paseas en condiciones y me presumes como a ella, o tú no eres mi prioridad.

—¿Me estás vacilando?

—Sí —sonrió—. Cumplo con mi trabajo, así que también tengo derecho a prosperar en la vida. Todos no tenemos la suerte de tener tu cuenta bancaria, pero sí tenemos la oportunidad de avanzar en la vida y no quedarnos mirando a aquellos que tuvieron éxito como si nosotros fuésemos unos mendigos.

—Estás siendo un tanto injusta.

—Creo que ya pagué suficiente como para estar reclinándome ante ti como si fueras Dios.

—Nadie te dijo que tuvieras que pagar nada.

—Pues lo pagué con creces. Jamás imaginé los sentimientos que iba a ir teniendo por ti. Al principio eran deseos y gratitud, pero he sido invisible, la mujer que aquí te esperaba con todo por delante mientras tú seguías con unas y con otras. He sido la mujer que tú has querido que sea, pero ya no, ahora hago el curso y si puedo conseguir ser masajista lo seré y si puede ser de erótica mejor, así ganaré bastante dinero. Lo siento, pero hoy no puedo acompañarte, pero si quieres, mañana lo haré encantada porque se supone que es por la tarde —se apartó y le dio un trago al café.

—No, no vas a hacer el curso hoy.

—Sí —me miró riéndose y dejando de ser la chica que todo lo acataba—. Además, lo voy a hacer y si veo que me sabe a poco, me apunto a otro, que son demasiadas las horas que tengo libres.

—Haz lo que quieras —dejé la taza sobre la mesa y me giré para irme a vestir.

—Claro que lo voy a hacer…

Me dirigí a la reunión que tenía con mis abogados a cuenta del tema de Jairo. Lo de Nadine me había dejado tocado, no estaba acostumbrado a que ella sacara ese carácter.

Los saludé y tomé asiento para que me pusieran al tanto de todo…

—Pues todo apunta que le van a caer unos buenos años, ya que el fiscal le pide una pena de doce, con suerte le caerán seis, pero será condenado. Ha pedido desvincularse de la productora y firmó los papeles para que se haga de manera inmediata.

—Pues genial, eso es lo que queríamos…

—Efectivamente, así que le pedí a los asesores que me hicieran una provisión estimada para dejar los fondos de su parte para las liquidaciones estatales.

—Perfecto.

Leí el contrato de disolución de su parte en la que yo pasaba a ser el único socio de la productora. Lo firmé.

—Pues listo, todo en orden —sonreí.

Yo era consciente de que Jairo a pesar de estar molesto por yo no haber estado ahí, sabía que esto era la punta del Iceberg a todo lo que le había tapado como amigo que era, pero claro, todo tiene un límite en la vida y conmigo había llegado ese punto en el que no podía seguir tapando el sol con un dedo por mucha amistad que nos hubiera unido.

Mi hermano me mandó un mensaje y quedamos en vernos en una cafetería, sabía que necesitaba hablar conmigo.

—¿Qué tal, hermano? —le pregunté, abrazándolo antes de sentarme.

—Necesitaba hablar un poco contigo, estoy que no puedo con esta situación.

—Te lo dije en su día, casarte con ella era un error, tú sabías que no ibas a ser feliz.

—No me digas eso que me da mucha rabia.

—Pero es la realidad, Carles, no debiste casarte, no la deseabas.

—Yo no te hecho en cara a ti que te vayas tirando todo lo que se mueve.

—¿Tengo acaso compromiso con alguien? ¿Prometo algo que no cumplo? Soy libre y como tal si me quiero a costar con un regimiento y ellas están dispuestas, ¿quién nos lo prohíbe? Prefiero ser así que prometerle amor eterno a alguien como hiciste tú para no poderlo cumplir.

—No me hagas recordarte lo que estás viviendo, porque no es bonito lo de Nadine…

—No la nombres.

—Te duele demasiado y por eso, por eso mismo, es que buscas calmar tu dolor con todas las mujeres que se te ponen por el camino.

—Tampoco te pases que soy muy selectivo —le recriminé—. Pero sí, me duele demasiado, pero te repito, no engaño a nadie y soy libre.

—No eres libre, estás encadenado a Nadine y no vas a reconocer en la puta vida que la amas con todo tu corazón, pero no perdonas lo que pasó.

—La ayudé, lo hice por ayudarla. No vayas por ahí.

—¿Ayudarla? La estás matando en vida, ella te ama, hermano y tú te mueres por ella.

—Hace poco se marchó y la dejé ir…

—Sí claro, porque sabías que iba a tardar poco en volver. Por favor, ella jamás se irá de tu lado y vives sumido en el rencor, no eres capaz de superarlo.

—¿Hemos venido a hablar de mí?

—El que has empezado atacando eres tú, te lo recuerdo.

—¿Y bien?

—Hay alguien en mi vida…

—Nunca dejaron de haberlos.

—Este es diferente, llevamos un año, es periodista como yo.

—¿Vas a dar un paso al frente?

—No, ni él, pero vamos a vivir juntos, hemos comprado una casa.

—Tarde o temprano alguien sospechará. No entiendo que tengas que vivir de esa manera.

—Sabemos cómo hacerlo. Solo quería que lo supieras, ahora soy feliz.

—Si es así, me alegro.

—Quiero que tú también lo seas y lo tienes fácil. Abre tu corazón y perdona. No se puede vivir con tanto rencor dentro.

—¿Y la niña?

—Nos ha costado el tema de los días, ya sabes cómo soy con el fútbol, pero al final hemos decidido por el bien de ella, que las dos se queden en la casa, aunque sea mía, pero que la tengan el tiempo que quieran. Yo vendré a estar con la niña tres días en la semana y me quedaré allí con ella. No queremos que cambie sus hábitos.

—¿Y cuando tú te quedes?

—La madre estará si no se va a algún sitio a descansar con las amigas.

—Perfecto, me gusta cómo lo habéis hecho.

—Reconcíliate con el pasado, hermano. Te lo mereces.

—Ojalá pudiera.

Terminamos el café y nos marchamos quedando en vernos en estos días. De todas maneras, iría algún día a por mi sobrina para pasar el día con ella.

Me dirigí hacia la casa pensando en esa conversación con mi hermano. El gran dolor de mi vida, ese que no podía arrancar ni un instante de mi corazón y que dolía con tanta fuerza que a veces pensaba que me iba a quedar loco.

Abrí la puerta del ático y había una música muy flojita, relajante. Nadine estaba tirada en el suelo sobre una esterilla en plan relajada y como sacando energía de su propio cuerpo con las manos. Ver para creer.

Me quedé apoyado en el quicio de la puerta observándola un buen rato y seguía con los ojos cerrados y ahora con las manos en plan meditación.

Se había puesto un conjunto deportivo muy sexy en tono celeste y se la veía preciosa. Me daban ganas de ir y romper ese momento, pero por el carácter que tenía últimamente, mejor no jugármela.

Retrocedí y me dirigí a cambiarme y ponerme cómodo, dándole tiempo así a terminar con esa especie de ritual que estaba haciendo con ella misma.

—Te escuché llegar, pero no quise romper mi paz —dijo apareciendo por la puerta de mi dormitorio.

—¿Qué tal el curso?

—Genial, ¿sabes que se pueden tener orgasmos tántricos sin ni siquiera tocar a la persona?

—Curioso.

—Es una de las prácticas que tendremos que hacer en breve. Tengo que conseguir que tenga un orgasmo la persona sin tocarlo, solo con mi energía.

—Eso tenemos que hablarlo.

—Eres muy pesado con ese tema. ¿Quieres dejar de hablarme como si fuera tu hija, tu esposa o tu novia?

—¿Qué hay de comer?

—De primero: pan tostado con salsa de tomate y queso fundido, de segundo: crema de pollo con verduras y de tercero un solomillo al queso azul.

—Hay pasta, ¿verdad?

—Cómo me conoces —se echó a reír.

La pasta le salía deliciosa y la hacía de mil maneras, pero la gracia estaba en que siempre que la hacía repetía la historia de decir un menú de comidas.

Se pasó toda la comida contándome sobre el tema de los masajes y yo la escuchaba atento, intentando no envenenarme y entrar en discusión.

—¿A que se te está antojando que te dé un masaje? —me dijo, mientras recogía la mesa.

—Se me están antojando muchas cosas —me puse detrás de ella y metí la mano entre sus piernas llegando hasta su zona íntima por fuera de ese fino pantalón y agarrándolo por completo mientras movía mi mano. Sacó sus caderas pegándolas más a mi miembro.

—Pues hazlas —murmuró moviendo las caderas.

Subí mi mano y la introduje por debajo del pantalón y las bragas tocando su zona por fuera. Se comenzó a poner muy excitada y cuando metí los dedos por dentro estaba de lo más húmeda. Sonrió al notarlo.

Le bajé el pantalón y la senté sobre el borde de la mesa abriendo bien sus piernas e introduciendo mis dedos en su vagina para llevarle el resultado de su excitación al clítoris y producirle una sensación más placentera.

Se agarró con fuerza a mi hombro agitada por la sensación. Me tiré a mordisquear sus labios mientras seguía llevándola al clímax, ese que no tardó en llegar.

Me bajé el pantalón y la penetré ahí mismo, seguía agarrada a mis hombros mientras yo tenía una mano en sus caderas y otra en su pecho al que pellizcaba sin tregua.

Eran demasiados deseos, esos que nunca perdí, a pesar de intentarlo de mil maneras…

ɜ

r

Capítulo 32



Keila

Fui al centro comercial mientras Sam iba al mercado, le dije que yo me encargaba del vino y el champagne para la cena, además quería comprar algunas otras cosas.

Pero primero me senté en una cafetería a tomarme un café y unos mini croissants recién hechos, esos bollitos eran una auténtica perdición para mí.

—Gracias —sonreí cuando la camarera lo dejó en la mesa.

Di el primer sorbo al café y tras el bocado a uno de los croissants, gemí, estaba tierno por dentro y con ese sabor que tanto me gustaba.

Disfruté de cada uno de ellos, y a pesar de que eso después se me iría a las caderas, no me importaba, ya lo rebajaría comiendo ensaladas y haciendo algo de deporte en casa.

Acababa de terminar mi delicioso desayuno parisino y estaba a punto de irme, cuando sentí que podría acabar con el estómago revuelto ante el olor de un perfume que odiaba con todas mis fuerzas.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí —suspiré al escuchar la voz de Jacqueline—. ¿Cómo estás, Keila?

—Jacqueline, no esperaba verte por aquí. Creí que tú eras más de comprar en las grandes firmas.

—Sí, pero de vez en cuando vengo al centro comercial para dejar que los mortales disfruten con mi presencia de diosa.

—Claro que sí, tan modesta como siempre —volteé los ojos.

—Bueno, así que… —se sentó frente a mí, apoyando el codo en la mesa y comenzó a darse algunos leves golpecitos con el dedo en la mejilla— ¿Qué tal como imagen de Madeline?

—¿Qué quieres, Jacqueline?

—Veo que quieres ir directa al grano, bien. Voy a ser muy clara, Keila. Quiero que renuncies a todos las propuestas que los diseñadores te hagan, que las rechaces sin más, y que no renueves cuando esté próximo a cumplirse el contrato que tienes con muchos de ellos.

—¿Te has vuelto loca? No voy a renunciar ni a propuestas que me hagan, ni a renovaciones de contrato. ¿Qué clase de droga te has metido para pedirme eso?

—Yo ninguna, pero tú, en cambio, hace tiempo sí tomaste alguna sustancia —sonrió con malicia, pero no puse ni una sola expresión que le mostrara a esta arpía que podía conmigo—. Lo sé, lo sé, no fuiste consciente de eso, y además se aprovecharon de la situación, qué pena —hizo un puchero—. Tengo eso que tanto os molestasteis en hacer desaparecer, una lástima que no encontraseis todas las copias. Ah, y, también que cierta persona ha vuelto, ¿no te alegras de ello, querida Keila? Porque yo estoy deseando volver a veros juntos. Hacíais una pareja tan bonita.

—No tienes una mierda, Jacqueline, y no voy a caer en tus mentiras. ¿Por qué no te limitas a hacer como el resto de modelos y buscar tus propias firmas para trabajar? Por lo que vi en la prensa has hecho un nuevo amigo.

—Oh, el dueño de esa agencia de modelos de Italia, sí —sonrió—. La verdad es que nos caímos muy bien. Y voy a ser una de sus modelos.

—Pues céntrate en esa agencia, que te busque buenas firmas y suculentos contratos, y a mí, olvídame.

—Te has quedado con tantos contratos que debían ser míos, Keila, que no pararé hasta conseguir que todos acaben. La cuestión es si lo hará, por las buenas, y tú los romperás, o por las malas haciendo que ellos sean quienes rompan los acuerdos. Tu madre perdería mucho dinero, ¿verdad? Una pena, con todo lo que ha trabajado durante años.

—Te lo advierto, Jacqueline —me puse de pie señalándola con el dedo—, déjame en paz, olvídame, y deja a mi familia. No te acerques a nosotros, o la que tendrá mucho que perder serás tú —cogí el abrigo y el bolso para irme.

—También he visto que te relacionas mucho con Tommy, el dueño de la cinematográfica, quién sabe, quizás si viera aquel vídeo, te querría como actriz para alguna productora especial, ya me entiendes… —sonrió con malicia

—Solo hemos coincidido en una fiesta y yo, lo invité a otra porque me dio la gana, ¿o es que acaso eres tú la única que puede tener amigos con cargos importantes? De verdad, Jaqueline, si tan triste es tu vida que necesitas meterte en la de los demás, haznos un favor a todos y cómprate una vida nueva.

Me alejé, pero esa arpía no iba a dejarme ir, así como así.

—Te arrepentirás, Keila, tarde o temprano te arrepentirás, cuando veas tu pasado golpeándote con fuerza en la cara y destruyendo todo lo que tienes.

Continué caminando y fui hacia las escaleras mecánicas para subir a la planta en la que estaban todas las tiendas de ropa, así como las tiendas gourmet donde quería comprar el vino y el champagne.

No iba a dejar que esa maldita mujer me arruinara el día, y mucho menos que acabara con mis planes para celebrar con mis amigos que iba a cumplir un sueño al ser la imagen del nuevo perfume de mi perfumista favorito

Pero no podía sacarme de la cabeza todo eso que ella había dicho, al igual que en la presentación de Madeline también sacó mi pasado a relucir.

Siempre sospeché que ella podría estar involucrada en aquella historia, pero ahora más que nunca lo confirmaba.

Cogí el móvil y marqué el número de Mike, le puse al tanto de lo que necesitaba que averiguase y me dijo que se ponía a ello de inmediato.

Conocía a ese hombre desde hacía años, fue él quien nos ayudó con todo aquel asunto y también intuía que había alguien más involucrado, ahora teníamos la posibilidad de comprobar si estábamos en lo cierto.

Entré a la boutique y me compré un par de vestidos de lana, una falda, unos vaqueros ajustados y dos jerséis, además de unos botines que con cada una de esas prendas me iban a quedar perfectos.

De hí fui directa por el vino, compré dos botellas de uno de los mejores vinos franceses y otras dos de champagne, la ocasión lo merecía y no iba a dejar de celebrar mis logros por mucha Jacqueline que quisiera impedírmelo.

Salí del centro comercial, paré un taxi y fui a ver a mi querida Céline. Llamé al telefonillo, abrió y cuando llegué a la planta en la que estaba su apartamento, sonrió al verme.

—Keila, cariño, cuánto me alegro de verte —me dio un abrazo.

—Yo también, Céline.

—No venías desde hacía seis meses. ¿Qué puedo ofrecerte hoy, cielo?

—¿Qué cositas nuevas tienes? —curioseé mientras dejaba las bolsas en la mesa del salón, y me quitaba el abrigo.

—Ven, vamos a mi rincón secreto —hizo un guiño y me eché a reír.

Lo que Céline llamaba su rincón secreto, era una habitación enorme con un sinfín de productos pensados para e placer más absoluto. Y ella decía que, además de algunas tiendas, yo era su mejor clienta porque no tenía reparos en usarlos para satisfacer mis deseos.

s

Me invitó a café, me enseñó algunos de los últimos productos que había recibido y acabé comprando varias cosas.

. —A ver si no pasan seis meses para que volvamos a vernos —dijo cuando nos despedimos en el salón—. Y ver con más tiempo, así nos ponemos al día, que se te ha visto muy bien acompañada últimamente por Tommy, ¿sabías que ese hombre es el más deseado en todo París? Eres una chica con suerte —sonrió.

—Solo hemos ido a una fiesta juntos, nada más.

—Pues, por las miradas de las fotos… Ese hombre te comería si pudiera.

—Qué cosas tienes, Céline —reí—. Gracias por el café, y por todo esto —levanté las bolsas.

—Un placer ayudarte —me dio un par de besos—. Cuídate, y recuerda que estoy aquí siempre que quieras charlar con alguien. Sabes que soy la mejor guardando secretos —me hizo un guiño.

—Lo sé. Adiós, Céline.

Salí a la calle y paré un taxi, se me había pasado la mañana volando y ya era casi la hora de comer. Llamé a Sam y le dije que pudiera algo en el restaurante chino para no cocinar más que lo de la cena, y así después de comer nos echaríamos un rato en el sofá a ver una peli.

Me dijo que ya lo tenía en mente y sonreí, mi mejor amiga siempre estaba en todo, y me encantaba.

Lo que Céline llamaba su rincón secreto, era una habitación enorme con un sinfín de productos pensados para el placer más absoluto. Y ella decía que, además de algunas tiendas, yo era su mejor clienta porque no tenía reparos en usarlos para satisfacer mis deseos.

Me invitó a café, me enseñó algunos de los últimos productos que había recibido y acabé comprando varias cosas.

—A ver si no pasan seis meses para que volvamos a vernos —dijo cuando nos despedimos en el salón—. Y ven con más tiempo, así nos ponemos al día, que se te ha visto muy bien acompañada últimamente por Tommy, ¿sabías que ese hombre es el más deseado en todo París? Eres una chica con suerte —sonrió.

—Solo hemos ido a una fiesta juntos, nada más.

—Pues, por las miradas de las fotos… Ese hombre te comería si pudiera.

—Qué cosas tienes, Céline —reí—. Gracias por el café, y por todo esto —levanté las bolsas.

—Un placer ayudarte —me dio un par de besos—. Cuídate, y recuerda que estoy aquí siempre que quieras charlar con alguien. Sabes que soy la mejor guardando secretos —me hizo un guiño.

—Lo sé. Adiós, Céline.

Salí a la calle y paré un taxi, se me había pasado la mañana volando y ya era casi la hora de comer. Llamé a Sam y le dije que pudiera algo en el restaurante chino para no cocinar más que lo de la cena, y así después de comer nos echaríamos un rato en el sofá a ver una peli.

Me dijo que ya lo tenía en mente y sonreí, mi mejor amiga siempre estaba en todo, y me encantaba.

Capítulo 33



Keila

Sam y yo nos arreglamos mientras se hacían los canelones, esos que olían que alimentaban y me estaban haciendo la boca agua.

Que sí, que cenábamos los tres en casa y no en un restaurante de cinco tenedores y lleno de lujos, pero eso no quería decir que tuviéramos que quedarnos en pijama.

Me puse una de las faldas nuevas que compré, era negra de lana, y lo conjunté con un jersey rosa pastel y los zapatos negros. Decidí recogerme el pelo en una coleta alta y el maquillaje era suave y natural. Y como estaba en casa no llevaba medias.

Salí de la habitación al mismo tiempo que Sam, y ambas sonreímos al vernos. Ella se había puesto un vestido de punto beige con los zapatos negros.

—Ole ese culo —dije dándole un azote, cuando pasó por mi lado.

—Oye, que escuece —frunció el ceño con una sonrisilla.

El telefonillo sonó en ese momento y mientras ella iba a comprobar la cena, yo abrí a Aaron. Regresé a la cocina y saqué la botella de vino, esa que abrí y fui al salón para llenar las cosas.

—Esta casa huele de maravilla —dijo Aaron cuando entró, cerrando la puerta.

—Sam, se ha caído un Ferrero Rocher de la caja, nena —dije soltando un silbido, y Aaron se rio.

—Madre mía, Aaron, ¿cómo te pueden quedar así de bien los trajes? —preguntó Sam al verlo ya sin el abrigo, que acababa de colgar en el perchero de la entrada.

—Si es que te lo dije, que tú vales para modelo —sonreí cuando se acercó—. Hola, guapísimo, que estás guapísimo —nos dimos un beso en la mejilla—. Toma, una copita de vino para ir abriendo boca.

—Tú sí que estás guapa.

—Yo debo ser invisible —rio Sam.

—¿Por qué dices eso, pequeña? —fue hacia ella, que estaba de espaldas a nosotros, y la rodeó por la cintura con el brazo para darle un beso en la mejilla— Estás preciosa, que lo sepas. Las dos lo estáis, y ahora mismo soy el hombre más afortunado por cenar con vosotras.

—Si nos vieran entrando a los tres juntos en una fiesta, serías la envidia de la noche —reí.

—Eso no lo dudo, preciosa —sonrió de medio lado.

—A los canelones les quedan unos diez minutos —dijo Sam.

—Pues justo, nos tomamos la copa de vino mientras esperamos. Y brindamos —sonreí levantando la mía.

—¿Qué celebramos? —curioseó Aaron.

—Voy a hacer toda la campaña publicitaria del nuevo perfume de Max La Fontaine.

—¿En serio?

—¡Sí!

—Felicidades, preciosa —me dio un abrazo.

—Gracias. La verdad es que él habló con Madeline cuando presentamos su nueva colección, ella escuchó su propuesta y se la trasladó a mi madre. La Fontaine quiere que use uno de los vestidos de ella —sonreí.

—¿Puedes escoger? —preguntó Sam— Porque sabes que el llevaste a esa fiesta es el indicado.

—No lo sé, imagino que él será quien decida.

—Sea como sea, eres perfecta para esa nueva campaña. Y sé lo mucho que te gustan sus perfumes —dijo Aaron, que al igual que Sam, era quien mejor me conocía.

—Por los sueños que se cumplen —Sam levantó su copa y los tres brindamos.

Esta era una noche para celebrar, por lo que no le había contado a Sam nada sobre Jacqueline, y tampoco se lo

diría por el momento a Aaron. Ellos sabían todo, ella me dio el espacio que necesité cuando vine a París, pero siempre me escribía o llamaba para ver cómo estaba, nunca me dejó sola.

Y él se convirtió en ese amigo que tanta falta me hacía, por no hablar de que era el único hombre en el que me permitía confiar, que no fuera de mi familia o mis escoltas.

Sí, en el cineasta había empezado a confiar también, pero en mi defensa diré que ese hombre era una figura pública y nunca había sido parte de ningún escándalo, salvo lo último acontecido con su socio, y él ni siquiera estaba al tanto de ello.

Cuando la cena estuvo lista Sam llevó la fuente a la mesa del salón, sirvió para los tres y nos sentamos a disfrutar de aquellos canelones que tanto me gustaban.

—Están buenísimos, Sam —le dijo Aaron tras dar el primer bocado.

—Me alegro de que te gusten —sonrió.

—Sam tiene buena mano en la cocina, si no fuera por ella, me alimentaría a base de comida de restaurantes —reí—. Ya sabes que lo mío son las cosas fáciles y los bizcochos.

—Y eso que no puedes pasarte con el dulce —rio Sam—. Aunque da igual, se pasa y mírala, qué cuerpazo tiene la cabrita —me señaló con el tenedor—. Se pone ahí frente a la televisión a hacer gimnasia un rato y listo.

—¿Cuántas veces te he dicho que te pongas conmigo y no quieres?

—Lo que me faltaba, acabar en urgencias por una lesión gimnástica —volteó los ojos.

—Qué exagerada —reí.

—Tú también tienes un buen cuerpo, Sam —dijo Aaron.

—Si es lo que yo le digo, pero no me cree.

—Te creo, pero a ver, al lado tuyo, tú eres una diosa griega y yo una simple mortal.

—La mato —dije mirando a Aaron y acabé riéndome—. Sabes que podrías haber sido modelo, tienes figura y talento para ello desde siempre, mi madre te lo decía. Sam, eres hija de…

—Lo sé, pero no quería seguir sus pasos, quería tener los míos propios.

—¿Tu madre es modelo? —curioseó Sam.

—Lo era, sí.

—¿Tiene alguna agencia ahora, como la madre de Keila?

—No, ella se retiró de todo esto después de…

—De lo que me pasó a mí —terminé por ella, porque para Sam era dolorosa esa parte de mi pasado—. Pero dejemos de hablar de esto, ¿sí? Sam es la mejor estilista que he conocido y no lo digo porque sea mi mejor amiga —sonreí—, sino porque es la verdad.

Ella sonrió, pero aun así ese pequeño rastro de tristeza es sus ojos estaba ahí.

Seguimos cenando aquellos deliciosos canelones y disfrutando del vino, que estaba buenísimo, y terminamos con las dos botellas que había comprado. Cuando acabamos recogimos la mesa y mientras Sam sacaba el pudin que había preparado para el postre, yo preparé el café.

Lo tomamos de nuevo en la mesa y cuando terminamos, fui por la botella de champagne para brindar como era debido.

—Por vosotros, mis personas favoritas, además de mi hermana pequeña —dije levantando la copa.

—Por ti, que eres y siempre serás mi mejor amiga —Sam sonrió al chocar nuestras copas.

—Por mis chicas, esas que espero no perder nunca —comentó Aaron, y bebimos.

—Cómo se nota que has comprado vino y champagne buenos, madre mía, esto sube que da gusto —dijo Sam tras el primer sorbo.

—Pues hay otra botella, y tenemos que acabar con las dos —reí.

—¿Quién dijo miedo? Total, mañana no trabajo y me puedo quedar en la cama todo el día, o en el sofá, que es igual de cómodo —se encogió de hombros.

—Voy a poner música —di un sorbo a mi copa y la dejé en la mesa.

Fui hacia el equipo de música que tenía conectado con el móvil, lo encendí y busqué en mi *playlist* una de esas canciones que me gustaba escuchar cuando estaba sola y completamente a oscuras en la habitación.

La melodía sensual empezó a sonar en el salón y me fui meciendo despacio. Giré y vi que Aaron sonreía, no era la primera que me veía bailar pues a veces cuando preparaba el desayuno para los dos en su casa, me movía al

ritmo de alguna canción que rondara por mi cabeza en ese momento.

Caminé hacia la mesa y cogí a Sam de la mano para que bailara conmigo.

—No, no, que yo esto no sé bailarlo —rio.

—Solo déjate llevar por la música —le dije, haciendo que girara sobre sí misma, mientras seguía cogiéndole la mano.

Sonrió mientras negaba, pero se dejó llevar y ambas nos movimos al unísono, siguiendo el ritmo sensual de aquella melodía que nos guiaba lentamente en cada paso que dábamos.

Vi que Aaron se acababa la copa de un trago y no tardó en unirse a nosotras, colocándose a la espalda de Sam.

Ella le miró por encima del hombro y este no dudó en inclinarse para besarla, un roce leve de labios, pero ahí estaba dejando claras sus intenciones esa noche para con ella.

—Yo, esto, no…

—Sam —la llamé y me miró—. Relájate, ¿de acuerdo?

—Keila, es tu chico.

—No es mío, es de las dos siempre que tú lo quieras así —le hice un guiño—. ¿O no lo pasaste bien la otra vez?

—Sí, pero…

—Nada —le corté y llevé mi mano al cuello de Aaron para atraerlo hacia mí.

Nos besamos mientras Sam nos observaba, mientras seguía estando en medio de los dos. Era mi mejor amiga y sabía que a ella le gustaba Aaron tanto como a mí, por no hablar de que a él le gustábamos y le dábamos morbo las dos.

Después de nuestro beso hice que ellos se besaran y seguimos bailando así, juntos, mientras los labios de Aaron iban de los míos a los de ella en aquel baile sensual.

—Desnúdala, Aaron —le dije y él asintió.

Sam se sonrojó mientras la veía tragar con fuerza, me aparté un poco y dejé que Aaron la fuera desnudando poro a poco entre besos y caricias. La dejó únicamente con los zapatos y la giró para besarla de nuevo mientras llevaba ambas manos a sus nalgas y las apretaba.

—Sam, creo que nuestro chico tiene mucha ropa, ¿tú qué opinas? —pregunté apoyando la barbilla en el hombro de mi amiga.

—Que le sobra, sí —sonrió.

—Pues vamos a quitársela, cariño —le di un beso en la mejilla.

Ella frente a Aaron y yo en su espalda, le fuimos quitando la ropa hasta dejarlo completamente desnudo entre nosotras. Yo no esperé más he hice lo mismo, desprendiéndome de todo lo que me impedía disfrutar de ese momento.

Dejamos a Aaron entre ambas y fuimos tocándolo y besándolo despacio, acariciándole y haciéndole gemir. Veía en los ojos de Sam que disfrutaba, por mucho que no estuviera acostumbrada a esto del sexo a tres, disfrutaba del hecho de darle placer a un hombre entre las dos.

Llevamos cada una nuestra mano al miembro erecto de Aaron y comenzamos a tocarle, a moverlas al unísono como ya hicimos la otra noche, mientras yo besaba y mordisqueaba su cuello, y Sam le besaba en los labios.

—Tócanos, Aaron —le pidió ella, y sonreí al escucharla.

Saber que podía pedirle qué hacer le gustaba, la hacía sentir con el control y sabía que se sentía bien con ello, igual que yo. Conocía a Sam y durante el tiempo que estuvo con su novio se limitaba a hacer lo que a él le apetecía y no lo disfrutaba tanto.

Noté la mano de Aaron entre mis piernas y las separé un poco más para darle un mejor acceso. Cuando escuché gemir a Sam supe que también la tocaba a ella.

Con la mano que tenía libre acaricié su torso, subía y bajaba despacio, acariciaba sus pezones y tiraba de ellos haciendo que su leve gruñido me excitara más.

Movía las caderas mientras me tocaba y penetraba con sus dedos, y aumentaba el ritmo de mi mano sobre su miembro.

—Penétrala más fuerte —le dije—, haz que se corra en tu mano, Aaron.

Sentí cómo se movía más rápido con la mano entre las piernas de Sam, que gemía y gemía mientras llevaba su mano bajo la mía sobre el miembro de Aaron un poco más rápido cada vez.

—Cariño, tranquila, que él tiene que aguantar más —sonreí—. Mírame, Sam —le pedí, y ella abrió los ojos mientras seguía besando a Aaron—. ¿Estás disfrutando? —asintió al tiempo que se le cerraban un poco los

párpados por el placer, pero volvió a mirarme— Más rápido, Aaron, házselo más rápido.

Lo hizo, y cuando escuché que Sam se corría, yo misma me dejé llevar por la intensidad de lo que estábamos viviendo los tres.

Sam apoyó la frente en el pecho de Aaron que llevó la mano a una de sus nalgas y la otra a la mía para apretarnos con fuerza, le dio un beso a ella en la sien y me miró por encima del hombro para besarme en los labios.

—Dijiste que debía venir preparado para que me comieras, no que fuéramos a comernos los tres —dijo con el deseo en sus ojos.

—Me gusta compartirte con ella, pero con nadie más, te lo advierto —le besé de nuevo y los dejé allí abrazados pues sabía que Sam necesitaba eso también.

Cogí mi copa de champagne y me la bebí de un trago antes de servirme más. Me quité los zapatos y escuché los suaves pasos de Sam, que no tardó en ponerse tras de mí y rodearme con los brazos por la cintura.

—¿Me sirves un poco? Creo que voy a tener una noche intensa y necesito más alcohol —dijo, y me eché a reír.

—Lo que vas a tener, cariño, es una noche orgásmica, que de eso nos encargamos nosotros —le hice un guiño mientras le daba su copa y chocaba la mía—. ¿Estás dispuesta a que pase cualquier cosa entre los tres esta noche? —pregunté, se bebió la copa de un trago y acercó sus labios a los míos.

Sam me besó en ese momento con una dulzura que me hizo sonreír mientras me acariciaba la mejilla. Acabó con un pico rápido y me miró a los ojos.

—Confío en ti, Keila, y esto, a fin de cuentas, es sexo entre amigos, ¿no?

—Ay, cariño, si llego a saber antes que te iba a gustar estar con los dos…

Sonrió y me dio otro beso rápido antes de coger la botella de champagne y llenar nuestras copas.

Lo había dicho en broma y ella lo sabía, pero después de haber compartido con mi mejor amiga una noche, y ver que le gustaba, no podía no volver a hacerlo porque ella, al igual que yo, necesitaba liberar la tensión que tenía acumulada.

Capítulo 34



Keila

Aaron se unió a nosotras y llenó su copa, dio un sorbo y me miró esperando que dijera algo.

—Aaron, ¿qué te parece si esta noche es Sam quien te pide qué hacernos? —propuse mientras le acariciaba el pecho.

—Perfecto, estoy a vuestra disposición toda la noche.

—No, Keila, tú también, a mí no me dejes sola dando órdenes —rio.

—Empieza tú, cariño, y vamos viendo —le hice un guiño y di un sorbo—. Pero dadme un momento porque he comprado unas cositas para esta noche.

Dejé la copa en la mesa y fui a la habitación a por las bolsas de lo que le había comprado a Céline. Cuando regresé vi que se estaban besando mientras Aaron apretaba las nalgas de Sam y ella apoyaba los brazos en sus hombros.

—Sam, que le puedes tocar, aunque no esté yo —dije, y ambos se apartaron, él sonrió y a ella se le sonrojaron las mejillas.

—Eso le he dicho, pero dice que soy tu chico y no quiere hacerlo sin que estés tú.

—Oye, pero si la otra noche acabasteis en tu cama, que os escuché y me puse malísima —sonreí.

—¿Y por qué no viniste, preciosa? —preguntó Aaron rodeándome por la cintura con el brazo al igual que tenía a Sam.

—Porque era su momento de disfrutar —señalé a Sam y le hice un guiño a él.

—¿Qué son esas bolsas? —dijo Sam mientras las abría— No fastidies —me miró con los ojos muy abiertos.

—Nada, unas cosillas para pasarlo bien.

—O sea, que esto lo tenías planeado —me señaló con el dedo.

—Lo compré para Aaron y para mí, pero ya que vives conmigo, pues te unes —le di un beso en la mejilla.

—Keila, Lucifer me va a esperar en el Infierno.

—Pues disfruta del calor que te va a dar —reí.

—Necesito una copa.

Aaron y yo sonreímos y ella se bebió la copa de un trago. Me miró y vio cómo sacaba las cosas de la bolsa. Había dos succionadores pequeños, dos vibradores, un par de plugs anales pequeños, y succionadores para pezones, así como un par de botes de gel lubricante, uno efecto calor y otro normal.

—¿Quieres decirle qué hacernos, o lo hago yo? —le pregunté a Sam.

—Tú, yo me siento aquí a mirar con uno de estos —cogió el vibrador y se sentó en el sofá.

—Aaron, usa los vibradores con ambas —le di un beso en los labios y él asintió.

Le quité a Sam el que había cogido y se lo entregué a él, levanté las piernas de mi amiga y las flexioné colocándolas en el sofá en la mejor posición mientras le hacía un guiño, y me senté a su lado de igual modo.

Aaron se arrodilló frente a nosotras y comenzó a pasar el vibrador despacio por nuestras zonas íntimas, deslizándolo por el clítoris haciendo que gimiéramos. Cerré los ojos unos instantes y llevé mis manos a los pechos, masajeándolos un poco y rozando los pezones.

Cuando volví a abrirlos vi que Sam tenía una mano en la mejilla de Aaron, que la miraba fijamente.

—Bésala, que estáis los dos deseándolo —dije, Aaron se acercó a besar a Sam—. Penétranos.

Ambas gemimos de nuevo al sentir el vibrador penetrándonos, moví las caderas y llevé mi mano entre mis piernas para tocarme y darme más placer.

Nos corrimos poco después y Aaron vino a besarme, momento que aproveché para atraerlo hacia mí y envolver su miembro erecto con la mano para hacerlo gemir en mi boca.

Cuando lo aparté vi que Sam se ponía en pie y volvió con algunas cosas en la mano. Abrió el bote de gel efecto

calor y le puso a Aron en las manos.

—Tócanos, a las dos —dijo mientras yo seguía sentada en el sofá, y ella colocó un pie en él quedando frente a Aaron.

Volvió a tocarnos y penetrarnos, haciendo que con el gel todo se intensificara más y nos llegara el orgasmo en cuestión de segundos haciendo que gritáramos con fuerza.

Sam se sentó en el sofá para recobrar el aliento y le pedí a Aaron que se pusiera de pie, me situé frente a él y lamí su miembro despacio, desde la base a la punta, con los ojos fijos en los suyos. Me mordí el labio inferior, volví a lamerlo de nuevo haciendo que gimiera mientras notaba su cuerpo estremecerse y ese leve brinco que dio en mi lengua antes de acogerlo por completo en mi boca.

Lo llevé al límite que yo conocía bien y me retiré, sonrió acariciándome la mejilla y se inclinó para besarme.

Cogí los succionadores de pezones y me coloqué entre las piernas de Sam, que me miraba con expectación. Los puse en posición y le pedí que los sostuviera, gritó al notar la intensidad y sonreí mientras me incorporaba y le daba un beso en la mejilla.

Le di a Aaron el gel lubricante y al verme que tenía los plugs en la mano, se puso un poco para tocar a Sam por detrás y prepararle la zona. Cuando notó que podía ir comenzando a introducírselo, cogió el plug y yo uno de los succionadores de clítoris para hacer que ella se relajara más.

—Oh, por Dios —jadeó al notal que Aaron la iba penetrando con el plug despacio.

—Relájate, pequeña —le pidió, y se inclinó para darle un beso en el interior del muslo.

—Yo después de esta noche, os mato —dijo, mirándonos.

—O nos comes a besos con lo que vas a disfrutar —reí.

—Ya está —dijo Aaron.

—Solo falta que añadas el vibrador —resopló Sam.

—Si te atreves… —dije y me miró.

—Un aparato más, qué importa —se encogió de hombros y jadeó.

Miré a Aaron y no hizo falta decirle nada, cogió el vibrado que había usado antes con ella y poco a poco, tras ponerle un poco de gel efecto calor en la zona, la penetró. con él.

—Joder —gimió, y sabía que eso iba a ser intenso para ello.

—Pequeña, disfrútalo —susurró Aaron, que no dudó en besarle de nuevo el interior del muslo.

—Bésame, Aaron —le pidió y él se inclinó hacia adelante para hacerlo, hasta que ella volvió a gemir y se apartó dejando caer la cabeza hacia atrás.

Aaron no lo dudó, se incorporó y tras acariciar los labios de Sam, ella los abrió sabiendo lo que él quería. Gimieron ambos mientras ella acogía su miembro y seguía moviéndose. No tardo en correrse con fuerza y cuando Aaron se retiró, le acaricie a mejilla a Sam y me miró.

—¿Qué tal, cariño? —pregunté.

—¿Siempre es así para ti con él? —dijo entre jadeos.

—Sí, disfrutando al máximo —le di un pico en los labios y Aaron y yo le retiramos todo menos el plug.

Le di el lubricante y mi plug y mientras me lamía el clítoris lo fue introduciendo despacio hasta que gemí al notarlo.

Me levanté del sofá al mismo tiempo que Aaron se incorporaba y lo besé mientras envolvía su miembro con la mano, tocándolo y haciendo que siguiera excitado como estaba yo. Noté que Sam se ponía a mi lado y al igual que yo comenzó a tocar a Aaron, movíamos las manos al mismo ritmo y dejé de besarlo para mirar a mi amiga, le acaricié la mejilla y ella se acercó para besarme.

Aaron masajeó mis pechos y tiró de mis pezones haciéndome gemir, cuando las retiró supe que iba a hacerle lo mismo a Sam, y no tardó en gemir mientras me besaba.

—Vamos a la alfombra, cariños míos —dije en un susurro y le di un beso rápido en los labios a cada uno.

Aaron se recostó en ella y le dije a Sam que se colocara de rodillas a horcajadas sobre él mirando hacia mí, que estaba entre las piernas de Aaron.

—Haz que se corra en tu boca, Aaron, mientras yo te devoro a ti —le pedí.

Las manos de Aaron fueron directas a las caderas de Sam para atraerla hacia su boca y comenzó a lamer toda su zona íntima mientras ella se movía. Lamí el miembro de Aaron y lo llevé a mi boca, comenzó a mover las caderas y cogí el vibrador para llevarlo a mi vagina.

Los tres nos movíamos y gemíamos al unísono, Sam me miraba y al ver el placer en sus ojos sonreí, sabía que

disfrutaba con Aaron y ya tenía a su ex más que olvidado.

Ella se corrió al mismo tiempo que lo hice yo, me retiré dejando que Aaron recobrara el aliento sin llegar a alcanzar su clímax y no tardé en sentarme a horcajadas sobre él para penetrarme.

Sam me miraba fijamente, volvió a colocarse sobre la boca de Aaron y este no dudó en darle otro poco de lo qu quería.

Mi amiga me atrajo hacia ella para besarme mientras me movía sobre el miembro de Aaron y nos corrimos juntas de nuevo.

Intercambiamos las posiciones, ella se sentó sobre el miembro de Aaron para que la penetrara, y yo hice que me devorara a conciencia como él sabía.

Nos movíamos al unísono, mirándonos, tocando cada una nuestros pechos y gimiendo sin parar, hasta que de nuevo nos alcanzó el orgasmo.

Cuando nos retiramos, Aaron extendió los brazos y nos recostamos con él sobre la alfombra, cada una a un lado Le atraje hacia mí para besarle y toqué su cuerpo al igual que hacía Sam, volvimos a masturbarle y escuchamos sus gruñidos.

Sus labios pasaban de los míos a los de ella cada poco tiempo, las dos gemíamos y queríamos volver a correrno. Los dejé besándose y compartiendo caricias mientras fui a tomarme una copa de champagne.

Cogí los succionadores y un par de preservativos y regresé. Sam se apartó, le puse un preservativo a Aaron y le pedí a ella que se recostara, iba a ser la primera en ser follada por nuestro chico.

Aaron lo hizo rápido y con fuerza mientras tenía el succionador en el clítoris de Sam, ambos se corrieron en apenas unos pocos minutos. Él se dejó caer sobre ella y la besó antes de retirarse.

Se fue al cuarto de baño y me quedé recostada en la alfombra con Sam al lado, que no tardó en acariciarme el vientre con la mano con mucha delicadeza.

—Keila —susurró mientras se colocaba de rodillas a mi lado.

—Dime, cariño —le acaricié la mejilla.

—Me estoy enamorando.

—¿De Aaron? —sonreí y asintió.

—Es un buen hombre.

No tardó en volver y aprovechando que su miembro aún estaba semi erecto, le incorporé para lamerlo a conciencia hasta que estuvo completamente duro de nuevo y le puse el preservativo.

Se colocó entre mis piernas para penetrarme con fuera y mientras me follaba, Sam hacía que mi orgasmo llegara emás intensamente con el succionador en mi clítoris.

Me corrí con fuerza y de manera intensa, Aaron me besó y cuando se retiró fue Sam quien lo hizo con esa delicadeza que siempre me mostraba.

—Gracias —murmuró antes de ponerse de pie.

—¿Con quién duermo esta noche, preciosas? —preguntó Aaron mientras íbamos a pasillo.

—Con las dos, en mi cama —respondí.

Los dos me miraron, Aaron sonrió volviendo a besarme, y Sam se unió a él dándome un beso en el cuello.

Nos duchamos juntos, entre caricias y miradas, y cuando nos secamos, nos metimos en mi cama, Aaron en el centro y nosotras cada una a un lado suyo.

¿Quién sabía qué podía pasar a lo largo de esa noche todos juntos?

No tardó en volver y aprovechando que su miembro aún estaba semi erecto, le incorporé para lamerlo a conciencia hasta que estuvo completamente duro de nuevo y le puse el preservativo.

Se colocó entre mis piernas para penetrarme con fuera y mientras me follaba, Sam hacía que mi orgasmo llegara más intensamente con el succionador en mi clítoris.

Me corrí con fuerza y de manera intensa, Aaron me besó y cuando se retiró fue Sam quien lo hizo con esa delicadeza que siempre me mostraba.

—Gracias —murmuró antes de ponerse de pie.

—¿Con quién duermo esta noche, preciosas? —preguntó Aaron mientras íbamos a pasillo.

—Con las dos, en mi cama —respondí.

Los dos me miraron, Aaron sonrió volviendo a besarme, y Sam se unió a él dándome un beso en el cuello.

Nos duchamos juntos, entre caricias y miradas, y cuando nos secamos, nos metimos en mi cama, Aaron en el centro y nosotras cada una a un lado suyo.

¿Quién sabía qué podía pasar a lo largo de esa noche todos juntos?

Capítulo 35



Keila

Fui a encontrarme con mi madre y Kevin en la cafetería del restaurante donde se habían alojado el día anterior, había quedado para tomar café con ellos esta mañana.

Al verme, mi madre sonrió poniéndose en pie y me dio un abrazo cuando llegué.

—Mi niña —le di un beso en la mejilla—. Tan guapa como siempre.

—Tú sí que estás guapa, mamá. Hola, Kevin —sonreí y le di un beso.

—Hola, Keila.

—Hablé ayer por la tarde con Madeline —dijo mi madre cuando me senté—. Firmaremos en un par de días con La Fontaine.

—Perfecto, estoy deseando empezar toda la campaña con él —sonreí.

Kevin llamó al camarero y me pedí el café. Seguimos hablando y mi madre preguntó por Tommy, no era ninguna novedad que la prensa nos había visto juntos en un par de ocasiones y claro, mi madre necesitaba saber qué había entre nosotros.

Se quedó tranquila al saber que solo nos habíamos visto las veces que se habían hecho eco en la prensa, dado que las demás nadie sabía nada salvo Sam que sabía que había salido con él, y Aaron, que era consciente de que me acostaba con Tommy.

Me dijeron que se quedarían unos días después de que firmara el contrato con La Fontaine, mi madre quería saber cuándo empezaríamos con la campaña de fotos y el rodaje del anuncio del perfume, y me pidió que fuera a comer o cenar con ellos algún día.

—Nick todavía está por aquí —comenté y ella asintió.

—Lo sé, me dijo que el trabajo que hacía podía hacerlo también desde aquí, así que —se encogió de hombros.

—Todavía sigue buscando en mi pasado, ¿verdad? —dijo Kevin, con una leve sonrisa.

—Pues sí, todavía sigue —reí.

—Dile que, si encuentra algo que yo no sepa, me lo comunique, igual me llevo una sorpresa. No sé, un hijo secreto, otra exmujer…

Los tres reímos y me alegré al saber que mi madre se lo tomaba bien, a pesar de que era su propio hijo el que andaba buscando los trapos sucios de su novio.

Me despedí de ellos tras un par de cafés y una charla, y quedamos en vernos en que me recogerían para ir a las oficinas de La Fontaine para firmar el contrato.

Al salir del hotel paré un taxi y llamé a Mike, quien me esperaba en su hotel para hablar sobre lo que fuera que había averiguado de Kevin.

Entré en el hotel y fui hacia la zona de ascensores, entré y tras pulsar el botón de la tercera planta, esperé a llegar. Caminé hasta la puerta y llamé con varios golpecitos.

—Hola, Keila —sonrió al verme cuando abrió.

—Mike —le di un beso en la mejilla y cerró cuando entré.

—¿Quieres tomar algo?

—No, estoy bien. Vengo de ver a mi madre y me he tomado dos cafés con ella y Kevin —me senté en el sofá— ¿Qué es lo que has averiguado?

—Ese hombre está limpio, en serio. Ni multas, ni detenciones, nada. Solo todo lo que ya sabíamos de cuando le conocisteis.

—Se casó, desplumó a Melissa, aceptó el divorcio, entró en rehabilitación y tras reformarse, tiene una vida de hombre decente. Pues no les va a hacer mucha gracia a mi hermano y a mi padre, la verdad —suspiré.

—No —rio.

—¿Y no podías decirme esto por teléfono? —Arqué la ceja.

—Sabes que me gusta verte de vez en cuando, no solo en las revistas.

—Ya, ya, para después recrearte mientras…

Mike sonrió de medio lado al tiempo que negaba. Era un hombre atractivo, moreno y con unos bonitos ojos verdes, un hombre que sin duda atraía miradas lujuriosas.

Él me ayudó mucho en el pasado cuando mis padres lo contrataron, y decidí que quería tenerlo cerca por si alguna vez necesitaba de nuevo su ayuda. Y en estos años nos habíamos visto alguna que otra vez para tomar café o simplemente hablar, pues al igual que Aaron, Mike era una amistad en la que apoyarme.

—Tengo que ponerte al día de algunas cosas —comenté dejando caer la cabeza en el respaldo del sofá y lo miré.

—Has tenido noticias, imagino —asentí—. Vale, voy por un par de copas.

Mike me dio un beso en la mejilla y fue a servir un whisky para cada uno, me entregó un vaso y di un sorbo antes de empezar a hablar.

No solo le puse al tanto de lo del mensaje, sino que le hablé de Jacqueline y lo que me había dicho. Sabía quién era ella y me dijo que iba a investigar más a fondo en esos cabos sueltos que siempre intuimos que había en aquel asunto.

Y entonces me dijo algo que no esperaba, algo que me dejaba completamente fuera de juego y cuando me despedí de Mike quedando en volver a verlo, decidí averiguar yo misma los motivos que habría para que esas dos personas en concreto se hubieran visto varias veces las últimas dos semanas.

Llegué a la cafetería donde había citado a Kevin, a quien pedí que no le dijera nada a mi madre, y apareció poco después de que yo me hubiera pedido el café.

—¿Qué ocurre, Keila? —preguntó frunciendo el ceño mientras me miraba.

—¿Sabe mi madre que te has estado viendo con Jacqueline?

—¿Cómo sabes…? —suspiró— Nick me ha hecho seguir, ¿verdad?

—No, fui yo.

—¿Tú? ¿Por qué?

—No es ningún secreto que, si le haces daño a mi madre, yo misma te arranco las putas pelotas. En tu defensa

diré que no me parecías mal tipo y que solo quería saber si de verdad había algo en tu pasado o no, para en caso de no encontrarlo, callar a mi hermano y a mi padre. Pero cuál ha sido mi sorpresa al saber que te has visto con Jaqueline. Dime la verdad, Kevin, ¿quieres el dinero de mi madre?

—No, en absoluto. La quiero a ella, estoy enamorado de tu madre de verdad, Keila.

—¿Entonces? ¿Por qué has visto a Jaqueline?

—Vino para contarme que tenía algo con lo que destruirte, quería que hablara con mi jefe y la pusiera en contacto con alguno de los dueños de cadenas de televisión y revistas que él conoce. Me negué la primera vez, y la segunda, e incluso las dos siguientes. La última vez me dijo que, si no la ayudaba, destaparía mis trapos sucios y tu madre me mandaría a la mierda, y me reí. Ya le dije que quienes tenían que saber mi historia, la sabían, y que no iba a encontrar nada más.

—Qué hija de puta es —suspiré.

—¿Qué tiene Jacqueline contra ti, Keila? Puedes confiar en mí, no soy tu padre y nunca lo seré, pero puedes considerarme de tu familia.

—Lo que dice tener no es posible que de verdad exista.

—Keila, confía en mí, por favor.

Suspiré mientras me quedaba mirando el café en mi taza. Mi confianza en los hombres había dejado de existir cuando pasó todo aquello, tan solo Mike y Aaron se la habían ganado con el paso del tiempo y recientemente lo había hecho Tommy.

Miré a Kevin, y como hice en otras ocasiones con los ya mencionados, observé sus ojos. Siempre se ha dicho que en la mirada de una persona se pueden descubrir muchas cosas, las últimas veces que había mirado a alguien no me equivoqué en lo que me decían sus ojos.

—Si lo que voy a contarte, porque realmente creo que eres una persona decente, sale en alguna revista o canal de televisión, haré que sufras Kevin, te lo advierto.

—Te juro, por el amor que siento por tu madre, que no diré una sola palabra a nadie, y te ayudaré en todo lo que pueda.

Lo creí, y esperaba no estar cometiendo un error al confiar en él. Cogí aire y comencé a contarle aquello que ocurrió años atrás, cómo me ayudaron mis padres y lo que vino después.

Fue inevitable no acabar derramando alguna que otra lágrima, Kevin movió su silla para sentarse a mi lado y me

eabrazó acariciándome la espalda. Me secó las lágrimas y sentí un poco de alivio por dejar salir de nuevo aquello.

—Estoy aquí, Keila —dijo mirándome—, del modo en el que me dejes, estoy aquí.

—No hables con nadie de esto y, sobre todo, no hagas daño a mi madre, o sufrirás tú.

—Tranquila, que no haré nada de eso.

Me dio un beso en la frente y me aparté, nos terminamos el café y una vez en la calle nos despedimos hasta el adía que la firma del contrato con La Fontaine.

Llamé a Mike para decirle por qué Jacqueline y Kevin se habían visto y me dijo que iba a llegar al fondo de todo, que no me preocupara por nada.

Nunca había sabido qué era lo que llevaba a Jacqueline a odiarme tanto, pero estaba claro que algún motivo tenía, y sabía que Mike lo acabaría descubriendo.

e

e

abrazó acariciándome la espalda. Me secó las lágrimas y sentí un poco de alivio por dejar salir de nuevo aquello.

—Estoy aquí, Keila —dijo mirándome—, del modo en el que me dejes, estoy aquí.

—No hables con nadie de esto y, sobre todo, no hagas daño a mi madre, o sufrirás tú.

—Tranquila, que no haré nada de eso.

Me dio un beso en la frente y me aparté, nos terminamos el café y una vez en la calle nos despedimos hasta el día que la firma del contrato con La Fontaine.

Llamé a Mike para decirle por qué Jacqueline y Kevin se habían visto y me dijo que iba a llegar al fondo de todo, que no me preocupara por nada.

Nunca había sabido qué era lo que llevaba a Jacqueline a odiarme tanto, pero estaba claro que algún motivo tenía, y sabía que Mike lo acabaría descubriendo.

Capítulo 36

Tommy

Había invitado a Camille a pasar el día con nosotros y ella estaba de lo más feliz. El tema es que mi hermano la tenía en este día que su ex no estaba y él tenía una entrevista importante, así que le dije que me haría cargo de ella

La adoraba y ella estaba demasiado contenta de venir a mi ático, donde sabía que haría todo lo que le diese la gana, que para eso se trataba de mi invitada favorita.

A Nadine le había hecho mucha ilusión el hecho de saber que iba a conocer a mi sobrina que hasta ahora no había visto.

Subía en el ascensor de lo más risueña y a mí se me caía la baba con ella. Cuando vio a Nadine, la saludó muy educadamente, como le habían dicho sus padres.

—Hola, yo soy Camille y tengo cinco años. Soy la sobrina de él —me señaló.

—Pero si eres preciosa… Te había visto en fotos, aunque en persona eres todavía más bonita —se agachó y le acarició la cara.

—Tú también eres muy guapa. Mi tío no me dijo que lo fueras tanto.

—Es que tu tío a veces se olvida de las cosas importantes —me soltó con retintín.

—Vale, ¿y qué vamos a hacer hoy? Es que me voy a quedar hasta por la noche.

—Pues se me ocurre entonces que hagamos un día de chicas, ¿qué te parece?

—¿Mi tío es una chica? —Se rascó su cabecita.

—No, tu tío no es ninguna chica. En realidad, mejor no te digo lo que es…

—Vale, ¡día de chicas! —chilló feliz.

—Genial. Desde que supe que venías, lo tengo todo preparado.

La miré de reojo. Con el peligro que tenía, temí que hubiese preparado una bomba para mí.

El día estaba muy bueno y Camille quiso salir enseguida a la terraza del ático.

—¿Qué vamos a comer, Nadine? Mi tío me ha dicho que cocinas muy bien.

—Menos mal que se ha dejado caer —me soltó otra indirecta—. Y tú, ¿ya estás pensando en el almuerzo, pequeña?

—Es que, si cocinas muy bien, por eso —le contestó moviendo sus graciosos piececitos.

—Me alegra que tengas apetito. Pues de almuerzo he preparado una carne rellena con huevo duro con una salsita y canelones de atún, que me dijo tu tío que te gustan. Pero ahora tenemos que desayunar.

—¡Bien! —chilló ella, subiéndose en la silla.

Nadine le puso las manos por delante para que no se cayese. La protegió de inmediato. A mí me dolía cuando veía ese tipo de gestos por su parte, ya que me recordaba cantidad a lo que podía haber sido y ya nunca sería. No después de haberme hecho tanto daño.

—Bájate de ahí, no seas loquita. Que no quiero que te pase nada malo, Camille —le pidió con autoridad, pero también con todo el cariño.

—¿Estando con el tío Tommy y contigo? ¡No me puede pasar nada malo!

Nos abrazó a los dos a la vez. Era muy divertida. Su cara y la mía quedaron demasiado cerca en ese abrazo. Noté el rechazo en sus ojos. Ella era pura rebeldía ya conmigo y lo notaba en cada uno de sus gestos. Y este día eran dos. Mejor me vendría callarme.

Nadine se fue para la cocina y enseguida salió con dos tazas de chocolate caliente y con una bandeja de galletas que olían de vicio y que había preparado en el horno.

—¡Pero si tienen forma de corazón! Y el centro es de fresa —se emocionó al verlas y cogió una con sus manitas, la cual olió.

—Sí, es que como venías, pues pensé que te gustarían con esa forma.

—¡Me gustas, Nadine! ¿Es porque en esta casa hay mucho amor?

—Sí, sí, *love is in the air* —soltó junto con un gesto que indicaba el mucho coraje que sentía.

—¡Qué guay! ¡Me encanta el amor! —Se llevó su manita al pecho porque era muy cómica.

—Y a mí, y a mí, aquí se respira en estado puro —soltó de lo más irónica.

Me tomé el chocolate como si estuviera mudo. Ya hablaban ellas por los codos. Nadine se la estaba ganando po momentos. La niña le pidió que se sentara con nosotros y lo hizo. Fue a por otra taza de chocolate y se la tomó. Estaba delicioso y yo mismo lo saboreé mucho mientras la miraba y negaba con la cabeza.

El almuerzo lo tenía preparado, de manera que, tras el desayuno, tocó sesión de maquillaje.

—¡Por favor! ¡Por favor! —Se lo pidió uniendo sus manitas.

—Si yo estoy encantada, así me pongo a maquillarme contigo y no hago ni el huevo.

—Vale, yo he traído mi maletín de maquillaje. Primero te maquillo a ti y luego tú a mí.

—Venga, me dejo.

—Te va a encantar cómo te voy a dejar, ya lo verás.

Nadine tenía que reprimir la risa conforme Camille la "maquillaba" por decirlo de alguna manera. Era muy chiquitita y como que eso no lo dominaba mucho todavía. Lo que dominaba a la perfección era lo de meterse a la gente en el bolsillo, porque a mí se me caía la baba con mi sobrina y a ella, al poco de conocerla, tres cuartos de lo mismo.

Después de maquillarla, le tocó el turno a Nadine. Era muy lista y, sin llegar a corregirla, le iba dando consejos.

—Mira, los ojos se pintan así —le decía y le quitaba la brocha.

—Así, como te los he pintado a ti. Voy a por un zumo a la cocina y ahora sigues —salió corriendo.

—¿Será listilla? ¿Pues no dice que igual que me los ha pintado a mí? Si parece que me ha dado dos puñetazos en los ojos.

No pude evitar la carcajada, porque además es que era así.

—Ni se te ocurra reírte de mí —me advirtió y me levanté porque la que tenía pinta de boxeadora golpeada era

ella, pero podía ser que como me riera el que terminara magullado fuese yo.

Se pasaron la mañana jugando. Me causaban un efecto relajante. Quería ponerme a mis cosas y, sin embargo, siempre terminaba mirándolas. La niña no paraba de abrazarla y Nadine le devolvía esos abrazos que me hacían suspirar.

A la hora del almuerzo, Camille le ayudó a preparar la mesa.

—De mayor también voy a ser cocinera como tú —le comentó.

—No, deja, que es muy sufrido. Y según con quien des, mucho más. Esto no está pagado, Camille —me miró.

—Vale, entonces cocinera chef de esas que salen en la tele.

—Por ahí te puedes salvar. Me parece bien.

—Pues entonces, tendremos que empezar a practicar esta tarde.

—¿Esta tarde? No sé si es buena idea, igual Nadine tiene cosas que hacer —dije.

—¿Qué voy a tener mejor que hacer que enseñar a la niña a cocinar? A ti se te va la pinza.

—Vale, vale, ya no digo nada más.

—Eso, tío Tommy, mejor no dices nada más, pero nos ayudas, ¡qué yo quiero hacer pizza!

—¿Pizza? ¿Estás segura? Mira que hay que empezar por preparar la masa y es entretenido, Camille —le dije.

—Pues claro que está segura la niña. Ella sabe lo que quiere, no como otros.

Cosa que decía, cosa que hacía que me cayera la del pulpo.

Después del almuerzo, en vez de ver una peli o algo, Camille le pidió que jugara con ella a las muñecas y no lo dudó. Nadine se tiró en la alfombra y yo tenía que retirar la vista de su cuerpo porque los ojos se me iban.

—Esta es para mí y esta para ti. Se llaman Alessandra y Beatrice —las sacó de su mochilita.

—Pero si a Beatrice le falta un ojo —le dijo Nadine.

—Ya lo sé, por eso me la quedo yo. La pobre lo perdió y hay que quererla como es.

—¡Así se habla! Y quien quiera recoger, que recoja.

Me hacía resoplar a cada momento porque no eran indirectas, sino directas totales. Y prefería guardar silencio y no entrar en polémica con ella. Un rato después, la niña quiso irse ya para la cocina.

—Es muy temprano, igual a Nadine no le apetece cocinar tan pronto, Camille.

—No, si te parece, me quedo aquí mirándote la cara. Vamos, pequeña —le dio la mano y causó que la niña se riera.

—¿A ti no te gusta el tío Tommy? —le preguntó, la muy cotilla.

—¿A mí? Vamos a dejarlo en que prefiero no contestar a esa pregunta si no es en presencia de mi abogado.

—¿Y qué es un abogado, Nadine?

—Vente a la cocina y te lo cuento.

Me asomé por allí un poco después. Nunca había visto a Camille reírse tanto y eso que era una niña muy risueña y feliz.

Estaban haciendo la masa de la pizza y liándola parda. Camille le tiró un puñado de harina a la cara y ella se lo devolvió. Tonto de mí que no me aparté a tiempo. Cuando quise darme cuenta, estaba escupiendo la harina que me había entrado directa en la garganta.

—Lo has hecho a posta —le decía.

—Pues claro. Menuda puntería que tengo…

A la niña también la había desatado del todo y la pizza es que iba a llegar hasta el techo. Nadine sabía que todo eso me descontrolaba un poco y precisamente lo hacía por eso, aparte de por ganarse a Camille.

—Tío Tommy, ¿tú de qué la vas a comer? Es que a Nadine y a mí nos gusta la misma, la de cuatro estaciones.

—Pues entonces también comeré de esa.

—No, tú te tienes que preparar la tuya.

—Que no, si de verdad que esa me va bien —insistí porque no me veía metido en aquella polvareda. Me costaba hasta respirar.

—Déjalo, que es muy listo. Ya le prepararemos algo. No lo necesitamos, Camille.

—¡Vale! Te puedes ir cuando quieras. Pero luego no digas que no te gusta la pizza que te preparemos. Te la comes y punto —se dirigió a mí muy mandona, con los brazos en jarra.

—Vale, vale, no seré yo quien diga nada, Camille.

—Eso, que callado estás más guapo —añadió Nadine.

Las dejé allí y, desde el salón, seguí escuchando sus risas. De veras que era un gusto porque Camille se iría encantada con Nadine después de vivir un día espectacular.

Como a la niña la tenía que volver a llevar a casa con mi hermano por la noche, hicimos una merienda cena y nos zampamos la pizza.

—Toma este trozo, tío Tommy —me ofreció uno con muchos ingredientes y muy buena pinta.

Justo le daba el primer bocado cuando vi la cara pícara de Nadine y me percaté de que ese trozo estaba aparte de las tres pizzas que habían preparado.

—¿Esto qué lleva? ¿Fuego? —les pregunté con la garganta ardiendo, mientras ellas se reían a carcajada limpia.

—Igual es que se nos ha ido un poco la mano con el picante, Tommy.

—Igual es eso —Camille parecía un lorito, repetía todo lo que ella decía y quería imitarla en las cosas que hacía.

Me fui corriendo al baño y, cuando pude dejar de toser, reconozco que me reí mirando al espejo y pensando en sus cosas. Se trataba de la más agridulce de las risas, porque dolía.

Salí de nuevo al salón y me las encontré llorando de la risa. No hacía falta ser muy listo para saber que eran buenas aliadas.

A la hora de despedirse, Camille no quería irse.

—¿Y no te puedes venir a cocinar a mi casa? Yo quiero estar contigo.

—No, Camille, me temo que no puede ser y no por falta de ganas —carraspeó—. Pero tú puedes venir cada vez que quieras y cocinaremos juntas, pizza o lo que tú quieras —le hizo un guiño.

—¿Y le pondremos guindilla otra vez a la del tío?

—Claro que sí, ¡choca los cinco!

—Os estoy escuchando —les recordé.

—Camille, ¿tú has escuchado algo?

—¿Yo? Nada de nada.

La niña se fundió con ella en un abrazo. Se notaba de lejos que era cierto que no quería irse porque Nadine se había comportado con ella como la mejor de las amigas y la hizo reír muchísimo.

Yo suspiraba sin querer viendo la escena. La niña, finalmente, se cogió a mi mano para que nos marcháramos.

—A ti también te quiero, tío Tommy— me dio un beso.

—Me alegra saber que ha quedado algo para mí —le sonreí.

—Y encima ahora se pondrá celoso, Camille. Ni caso, tú acuérdate de las cosas que hemos hablado.

—Miedo me dais, os lo prometo.

—¿Y le pondremos guindilla otra vez a la del tío?

—Claro que sí, ¡choca los cinco!

—Os estoy escuchando —les recordé.

—Camille, ¿tú has escuchado algo?

—¿Yo? Nada de nada.

La niña se fundió con ella en un abrazo. Se notaba de lejos que era cierto que no quería irse porque Nadine se había comportado con ella como la mejor de las amigas y la hizo reír muchísimo.

Yo suspiraba sin querer viendo la escena. La niña, finalmente, se cogió a mi mano para que nos marcháramos.

—A ti también te quiero, tío Tommy— me dio un beso.

—Me alegra saber que ha quedado algo para mí —le sonreí.

—Y encima ahora se pondrá celoso, Camille. Ni caso, tú acuérdate de las cosas que hemos hablado.

—Miedo me dais, os lo prometo.

Capítulo 37



Tommy

Me levanté en medio de una pesadilla y sudando. Todo mi pasado se había removido a través de ese fatídico sueño que me había dejado con la respiración agitada y el corazón a mil, y con la sensación de querer que me diera el aire.

Apenas eran las seis de la mañana cuando me dirigí a la cocina a prepararme un café y me salí a la terraza a que me diera el aire.

Cogí una bocanada de aire y lo solté con fuerza.

—¿Estás bien? —escuché a mi espalda y apreté la mandíbula.

—Sí, sí lo estoy.

—¿Seguro?

—Seguro…

—¿Quieres que te haga un masaje tántrico?

—No es momento para tonterías.

—Está bien, está bien, me voy a preparar un café. ¿Quieres otro?

—No, no quiero nada.

—Menos mal que estás bien, que si llegas a estar mal me lanzas por el precipicio —murmuró antes de irse a la cocina.

Al precipicio, ese al que ella me mandó un día. Ironías de la vida…

Entré de nuevo al salón, ya que el fresco comenzaba a calar en los huesos. Me senté en el sofá después de hacerme otro café. Ella se quedó en la cocina. Al menos entendió que hoy no era día para tonterías.

Eran las ocho de la mañana cuando comencé a vestirme para irme hacia el trabajo.

—¿Hoy no me ofreces irme contigo?

—No estoy para tonterías, lo siento.

—Ahora soy una tontería, ¿verdad? Tú tienes un problema muy serio.

—Ya somos dos —sonreí, poniéndome el pantalón.

—Elige, me voy contigo o me voy a la calle y ya veo lo bien que me lo paso.

—Cuidado con lo que dices —le advertí mirándola de reojo.

—¿Me vas a castigar?

—Para, Nadine —murmuré terminándome de vestir.

—Quiero irme contigo.

La ignoré y se puso a perseguirme por toda la casa, menos mal que no lo hizo cuando atravesé la puerta y me marché.

Hacía mucho tiempo que no sentía una ansiedad tan grande y esas ganas horribles de estar solo en algún lugar del mundo desconectado por completo.

—Buenos días, Tommy. ¿Te preparo un café?

—Sí —le respondí a Megan secamente.

Me acomodé en el despacho y no tardó en llegar con la taza. Ni levanté la vista del teclado, ni me apetecía mirarla a la cara. Se marchó sin decir ni una sola palabra, tenía bien aprendida la lección y sabía que, si había echado hasta a mi chófer, no me iba a andar con chiquitas con ella.

Me centré en el trabajo para calmar un poco la ansiedad y el mal humor que tenía. Ni quince minutos y de nuevo dos golpes a la puerta.

—Sí —murmuré para que abriera y mi cara se cambió por completo.

—Vengo a traerte un pastel del obrador más rico de la ciudad —dijo Nadine apareciendo por primera vez en mi trabajo.

—¿Cómo has venido? —había llegado demasiado rápido.

—Un taxi, jefe, me ha traído un taxi —lo dejó sobre la mesa y se sentó en una de las sillas frente a mi escritorio

—¿Cómo te has atrevido a venir aquí?

—Ayer me querías traer, ¿qué pasa, que puedo ser visible por días? Tranquilo que he dicho que soy tu asistente personal del hogar y que venía a traerte un encargo.

—No, no has dicho eso, te han dejado pasar porque te tengo autorizada.

—No me dejas pasar una, ¿eh?

—¿Qué quieres Nadine?

—Sorprenderte, solo eso.

—No paras de provocarme, ¿tienes intención de algo?

—¿Quién soy yo, Tommy? —preguntó de una manera que me puso nervioso.

—Pues Nadine, mi empleada del hogar —dije a la vez que revisaba una cosa en el ordenador para hacer como a que no daba importancia a sus preguntas.

—Te repito por última vez. ¿¿Quién soy, Tommy?? —su tono era de pocos amigos.

—Esto lo podríamos haber hablado esta mañana o cuando yo llegara a casa.

—Lo vamos a hablar ahora… ¡¡¡Respóndeme!!!

—No me chilles.

—Quiero saber todo, algo me dice que sabes más de lo que me has contado. ¡Y lo quiero saber ya!

—Nadine, no es momento de hablar, estoy trabajando —murmuré, intentando mantener la calma.

—¿Y cuándo lo es? Tengo una corazonada muy grande y espero que no sea cierta.

—Lo mismo no te conviene levantar el pasado, Nadine —le dije mirándola muy fijamente a los ojos.

—Quiero saber todo aquello que se me va de las manos, tengo derecho, Tommy, ¡tengo derecho y quiero saber todo de una vez por todas!

—Baja el tono, Nadine.

—¿Y bien?

—Termino de mandar un email y nos vamos.

—A hablar, quiero saberlo todo —dio una palmada fuerte sobre la mesa y le debió doler porque resopló y se tocó la muñeca.

—Relájate, hablaremos de todo. Llegó el momento —murmuré sabiendo que eso iba a ser la explosión total de todo.

Terminé de enviar unos emails y salimos de las oficinas hacia el apartamento, ya que era el único lugar dónde podríamos hablar de todo desde la tranquilidad de que nadie nos irrumpiera.

Sentía una presión muy grande en el pecho y era consciente de que no era el momento perfecto para sacar a relucir un pasado que tanto daño me hizo, pero por su insistencia, era mejor dar un paso adelante y esclarecerle la verdad de lo sucedido. Le iba a hacer mucho daño.

Enfrentarme a la verdad, eso era lo que nos quedaba…

Llegamos a casa y me cambié de ropa, lo mismo que hizo ella antes de preparar un par de tazas de té y sentarnos en el sofá. Desde que habíamos salido de las oficinas, lo nuestro había sido estar en un frio silencio.

—Llegó la hora —solté el aire—. No es fácil lo que te voy a contar, no lo es, ni para ti lo será saber la verdad, pero como bien dices, tienes derecho a saberla y enfrentarte a ella.

—¿Me tengo que asustar? —preguntó temerosa.

—Sí, tienes que hacerlo, creo que vivías mejor ajena a todo. Lo primero, es que siempre supe quién eras y que nada fue una coincidencia. Hasta el día de hoy lo que hice fue protegerte, aun teniendo un dolor en el corazón que me ha martirizado cada día de mi vida.

—¿Por mi culpa?

—Sí, por la tuya. Si hay que hablar claro, lo voy a hacer.

—¿Te he hecho daño alguna vez?

—Muchísimo, el mayor daño que se le puede hacer a una persona. Arrastraste con todo…

—¿Quién soy, Tommy?

—La persona que más he amado de este mundo…

—¿Me has amado?

—Muy a mi pesar lo sigo haciendo.

—Pero solo soy la que te complace…

—Nadine, no eres francesa, eres española, pero llevas en Francia desde que tenías diecinueve años.

—Espera, ve poco a poco que me acaba de dar un vuelco. ¿Soy española?

—Sí —murmuré.

—Por eso cuando escuchaba la música flamenca me venían recuerdos y era capaz de tararearlas, era como si tuviera *déjà vu*.

—Éramos pareja de cuatro años…

—¿Tú y yo?

—Sí —se me cayeron las lágrimas.

—¿Hemos sido novios?

—Y te paseé orgulloso por todos lados y no te he escondido a propósito, lo hice para protegerte de todo lo que sabían mi familia y amigos. Por eso nunca traía a nadie al ático hasta ahora que traje a mi sobrina.

—No entiendo nada.

—Teníamos la relación más sana, más bonita y envidiada del mundo. Te cuidaba como si fueras el bien más preciado de mi vida y tú aparentabas una felicidad que podía transmitirse.

—¿Aparentaba? —Estaba llorando igual que yo.

—Sí, no me debiste de amar tanto cuando comenzaste a verte con otro. Eduardo Gómez, un mexicano que tenía la mansión del erotismo a la que le llaman “La isla”

—No recuerdo nada.

—Yo tenía serias sospechas y te puse un detective, pero no hizo falta mucho. Te vistes envuelta en una reyerta de un ajuste de cuentas y sufriste un impacto de bala en tu cerebro.

—Es la herida que tengo detrás —lloraba.

—Estuviste muy grave en la UCI, pero no por un accidente de coche, fue por esa movida en la que te viste envuelta por esos encuentros con él y que todos se quitaron de en medio dejándote tirada, incluso Eduardo. No solo te llevaste por delante tu memoria, en ese momento te acompañaba nuestro bebé de seis meses al que esos tiros le impactaron de lleno. Si no fuera porque el investigador te estaba siguiendo en esos momentos y alertó a lo servicios de emergencia, tú hoy no lo estarías contando. Te he protegido hasta el punto de que ese hombre apareció diciendo que le pertenecías y tuve que pactar con él comprándole “La isla” para que desapareciera para siempre. Solo te he protegido de todo lo que ocasionaste en nuestras vidas. Te amaba con todo mi corazón, y pese al dolor que me causaste, te sigo amando por encima de todo, a pesar de que arruinaste nuestras vidas. No tenías familia ni nadie que te cuidara, por eso me inventé todo para hacer que nos conocíamos por un amigo en común y que me había dicho que te ofreciera el trabajo, de ahí a todo lo que conllevó. No te oculté, siempre te paseé orgulloso, pero tú lo arruinaste todo.

—No puede ser cierto.

—Sí lo es. Tú me has convertido en el hombre que soy. Gracias a ti dejé de creer en el amor, ese en el que un día creí ciegamente, de ahí a que no quiera tener ninguna relación con nadie y mucho menos cogerle cariño. De todas maneras, vivo con la condena de amar a alguien que un día cambió toda nuestra vida por un capricho, por un ser sin escrúpulos.

—He arruinado nuestras vidas y he llevado a la muerte a nuestro bebé —decía llorando, intentando asimilar toda la información.

—Y a pesar de todo no te dejé tirada y te di un trabajo, un techo y te traté muy bien. Solo quería que fuese sexo por todo ese dolor que sentía.

—No merezco lo que hiciste por mí. No entiendo cómo pude hacer todo eso y más cuando te amo con todo mi

corazón. Me he enamorado dos veces de ti entonces, pero lo he arruinado todo, la vida de nuestro hijo, ese al que no recuerdo —lloraba con desgarro.

—Ya sabes toda la verdad, Nadine. Ya lo sabes…

—Me voy a ir de aquí para siempre —murmuró.

—Nadie te está echando.

—No merezco estar aquí, no mereces estar al lado de alguien como yo. No te lo mereces, Tommy.

—Haz lo que quieras, pero jamás vuelvas a señalarme con el dedo. Te he cuidado como nadie nunca supo hacerlo.

—Lo sé.

Cogí el móvil y le mandé una decena de fotos de nosotros en el pasado y de ella embarazada, así como de nuestro bebé. Lloraba mirándolas en shock, incrédula, se notaba que se estaba dando cuenta de todo el daño que había hecho a nuestras vidas.

Se levantó y se fue hacia su cuarto, era consciente de que estaba recogiendo sus cosas. No la iba a frenar, ya sabía toda la verdad y yo en cierto modo me había liberado. La amaba con toda mi alma, pero no era suficiente como arrastrarla a comenzar de cero cuando el daño que había hecho era irreparable en nuestras vidas. No iba a poder olvidar ni un solo día que por ella perdí a mi pequeño amor, eso no lo iba a poder olvidar jamás.

corazón. Me he enamorado dos veces de ti entonces, pero lo he arruinado todo, la vida de nuestro hijo, ese al que no recuerdo —lloraba con desgarro.

—Ya sabes toda la verdad, Nadine. Ya lo sabes…

—Me voy a ir de aquí para siempre —murmuró.

—Nadie te está echando.

—No merezco estar aquí, no mereces estar al lado de alguien como yo. No te lo mereces, Tommy.

—Haz lo que quieras, pero jamás vuelvas a señalarme con el dedo. Te he cuidado como nadie nunca supo hacerlo.

—Lo sé.

Cogí el móvil y le mandé una decena de fotos de nosotros en el pasado y de ella embarazada, así como de nuestro bebé. Lloraba mirándolas en shock, incrédula, se notaba que se estaba dando cuenta de todo el daño que había hecho a nuestras vidas.

Se levantó y se fue hacia su cuarto, era consciente de que estaba recogiendo sus cosas. No la iba a frenar, ya sabía toda la verdad y yo en cierto modo me había liberado. La amaba con toda mi alma, pero no era suficiente como arrastrarla a comenzar de cero cuando el daño que había hecho era irreparable en nuestras vidas. No iba a poder olvidar ni un solo día que por ella perdí a mi pequeño amor, eso no lo iba a poder olvidar jamás.

Capítulo 38



Keila

Bajé a la calle donde ya me esperaban mi madre y Kevin con el coche en marcha. Estaba lloviendo, así que corr con el paraguas en la mano y me senté tan rápido como pude.

—Bonito día en París —dije sonriendo—. Buenos días, por cierto.

—Buenos días, cariño. ¿Qué tal estos días?

—Bien, descansando y organizando la casa con Sam. ¿Y vosotros?

—Ayer comimos con Nick y Elisa —contestó con una bonita sonrisa, y es que después de hablar con Mike y que me confirmara que el novio de mi madre no tenía esqueletos ocultos en el armario, llamé a mi hermano para decirle que dejara la absurda idea de seguir indagando y que hiciera el favor de llamar a nuestra madre para hablar con ella. Me alegraba que finalmente lo hubiera hecho—. ¿Tú sabías que le ha pedido que viva con él?

—¿Se lo ha pedido al final? Me comentó que pensaba en ello, pero no que lo hubiera hecho.

—Pues sí, lo hizo. Cuando vuelvan a casa empezarán con la mudanza. Siempre me gustó Elisa, más que su ex.

—Lo sé, se lo dijiste un montón de veces.

—Para el caso que me hizo —suspiró—. Creo que ahora se ha dado cuenta de que lo mismo que me decía él sobre Kevin y no le hago caso, es lo que yo le decía a él —sonrió—. Por cierto, sé que es gracias a ti que me llamara, gracias cariño.

Ambas sonreímos y vi a Kevin hacerlo también mientras conducía.
Llegamos a las oficinas de Max La Fontaine y entramos en el parking del edificio.

Cuando subimos nos recibió una de las asistentes que nos llevó a la sala de reuniones para que esperáramos a Max y fue por unos cafés que no tardó en traernos.

—Max me habló de las condiciones por teléfono, pero sabes que puedes leer el contrato —dijo mi madre, tras dar un sorbo a su café.

—Tranquila, que no es necesario. Sabes que con que tú lo apruebes, yo firmo sin problemas —sonreí.

—Keila, Tessa —ambas miramos a la puerta cuando esta se abrió, y vimos a Max La Fontaine entrando. Llevaba un traje gris marengo que realzaba el color de sus ojos azules, tenía cuarenta y cinco años y era un hombre de lo más atractivo—. Cuántas ganas tenía de que llegara este momento —se acercó a mi madre le dio un abrazo—. Tan hermosa como siempre.

—Gracias, Max. Tú también te ves muy guapo.

—De tal madre, tal hija —me abrazó—. Keila, eres realmente una belleza.

—Como bien has dicho, lo heredé de ella —sonreí.

—Tú debes de ser el hombre que ha conquistado el corazón de Tessa —dijo mirando a Kevin.

—Eso parece —contestó con una leve sonrisa—. Kevin, encantado.

—Un placer y, felicidades. Esta mujer era inconquistable. Claro que, Keila va por el mismo camino. ¿O el dueño de la cinematográfica está haciendo que se ablande un poquito tu corazón? —me preguntó arqueando la ceja.

—No quieras saber más que la prensa —reí.

—Vale. Entonces esperaré a verlo como el resto del mundo. Por el momento, vayamos firmando el contrato.

Se sentó en la mesa y dejó una carpeta en ella, esa que me pasó para que leyera, aunque no necesitaba hacerlo, y me fue hablando de las condiciones, así como de lo que haríamos para la campaña.

—Dentro de un par de días vienes aquí para hacer unas fotos, tengo que ultimar detalles con el dueño de un restaurante que es amigo mío, y allí haremos otra sesión, además de hacer algunas tomas de vídeo para el anuncio ya te iré avisando de eso.

—Vale.

—Y también haremos algo en exteriores.

—Ok.

—Pues, eso es todo —Max sonrió—. Bienvenida a la familia La Fontaine —me dio un abrazo.

—Gracias, Max —le correspondí—. La verdad es que siempre me han gustado tus perfumes, no uso otros.

—Lo he olido —dijo, dándose unos leves golpecitos en la nariz y me hizo un guiño.

Nos despedimos de él y antes de que la asistente nos acompañara a los ascensores, me dijo que me haría llegar un e-mail con la hora a la que debía estar allí para la sesión de fotos.

Una vez de vuelta en el coche y dado que era casi la hora de comer, mi madre me dijo que me invitaban, así que fuimos hacia su hotel, donde, para mi sorpresa cuando entramos en el restaurante, estaban mi hermano Nick y Elisa.

—Hermano, qué sorpresa verte —le di un abrazo.

—Quería celebrar tu nuevo contrato, felicidades —me dio un beso en la mejilla.

—Gracias. Hola, Elisa —sonreí acercándome a ella y le di un par de besos.

—Hola, Keila.

—Así que… ya se lo has pedido, ¿eh? —Le di un codazo a mi hermano en el brazo.

—Sí. Se mudará a mi casa cuando volvamos.

—¿Cuánto tiempo os quedaréis por aquí? —le pregunté, mientras íbamos a la mesa a sentarnos.

—Cuando regresen mamá y Kevin, nos iremos con ellos.

Asentí, pedimos vino y la comida y pasamos allí un par de horas en las que charlamos sobre todo de mi hermano y Elisa.

Ella siempre me pareció una buena chica, además que tenía un rostro de lo más jovial y siempre lucía una sonrisa de esas que eran contagiosas.

Hacía poco que había perdido a su abuela, con quien se crio desde que su madre muriera cuando tenía quince años, y como nunca conoció a su padre, tampoco les dio por buscarlo.

—Bueno, ahora nos tienes a nosotros —le dijo mi madre, con esa sonrisa maternal que empleaba hacia el todo mundo.

—Sí, y no es que vayamos a estar mucho por casa, sobre todo yo —comenté y Elisa sonrió—, pero si me necesitas para hablar porque mi hermano te está estresando, me llamas y hablamos.

—Joder, no le digas eso que no voy a estresarla.

—Hermano, te aseguro que tener a tu pareja en el trabajo y también en casa, puede ser un poquito estresante.

—Ya procuraré que yo que el trabajo se quede en la puerta de la calle, en casa no entra, ¿verdad, preciosa? —le dijo a Elisa y ella sonrió.

—Aun así, un día de chicas te vendrá bien de vez en cuando. Sam y yo solemos salir a tomar algo y desconectamos. Mira, podríamos salir una noche de estas las tres, ¿qué te parece?

—Suena bien —contestó—. Me encantaría.

—Pues lo hablo con ella y organizamos algo, yo te aviso.

—Esta mujer acabará dejando de ser mi asistente para querer ser la tuya —mi hermano suspiró.

—Se lo pasaría mejor, desde luego. Nada de cuentas, ni papeleos, solo llevar mi agenda. Sesiones de fotos, reuniones, acompañarme a fiestas… Mamá, ¿tú que dices? Te libero a ti de llevar mi agenda y contrato a Elisa.

—Por mí, perfecto, pero por la cara de tu hermano, creo que no va a ser tan fácil que se la quites —sonrió.

—Te pago el doble —le hice un guiño a Elisa, que me sonrió al tiempo que negaba.

—Ya conozco la agenda de Nick, y creo que es menos estresante de lo que podría ser la tuya. Que me acostumbraría, sí, pero es que eso de ir a fiestas no es lo mío.

—Pues nada, me quedo sin asistente. Mamá, lo siento, me sigues llevando la agenda —me encogí de hombros.

—Tranquila, encontraré a alguien en la agencia que te la lleve —sonrió.

Después de comer y tomarnos el café, me despedí de mi madre y Kevin, no sin antes prometerle a mi progenitora que la llamaría para comer un día de estos.

Nick y Elisa se ofrecieron a llevarme a casa, dado que ellos estaban en otro hotel, y el desvío les pillaba de camino.

Había vuelto a llover y el resto de la tarde invitaba a quedarse en casa, sentada en el sofá con la mantita y

viendo la televisión acompañada de un té caliente, que era justo lo que estaba haciendo Sam cuando entré.

Sonrió al verme y le di un beso en la mejilla.

—¿Ya has firmado? —preguntó.

—Ajá. Vengo de comer con mi madre y mi hermano, que quería celebrarlo también. Estaba Elisa, y, por cierto, se muda a casa de Nick cuando regresen. Le he dicho que podíamos salir algún día las tres, así que, ya sabes, ante de que se vayan, tenemos que hacer una noche de chicas.

—Te digo yo que antes de que nos demos cuenta, Nick nos invita a la boda —sonrió—. Pero me alegro, a esa sí que voy, a la de mi ex no, pero a la de tu hermano, sí.

—No tenía duda de eso —reí—. Voy a ponerme el pijama, que no quiero hacer nada en toda la tarde.

—¿Seguro? —preguntó cuando iba de camino al pasillo— Porque yo estaba pensando en que podrías traer esos juguetitos y…

Me giré mirándola con los ojos muy abiertos, no esperaba que dijera eso, y entonces la muy cabrita se echó a reír.

—Es broma, estoy aquí tan a gusto y calentita ahora mismo viendo esta peli, que no sé de qué va, pero el tío tiene un repaso.

—Vamos, que tiene una trama muy interesante —reí.

—Interesantísima, sí. Como de metro ochenta, cabello negro azabache y unos ojos azules que… Creo que me voy a ir a mi habitación con mi juguetito.

Solté una carcajada al ver que se levantaba del sofá, pero fue hacia la cocina para preparar un par de tazas de té.

—En mi habitación tengo muchos juguetitos, solo como idea —le hice un guiño y la vi sonreír al tiempo que se sonrojaba antes de ir a mi habitación.

Sabía que entre nosotras no había problemas para hacernos esas bromas porque siempre las habíamos hecho, y jamás las tomamos a malas ni hicimos nada, eso solo había ocurrido en dos ocasiones y estando con Aaron.

Pero algo me decía que entre ellos acabaría habiendo algo más, cosa que me alegraría porque si había alguien que merecía ser feliz, esa era mi amiga.

s

Capítulo 39



Keila

Acababa de terminar la sesión de fotos para el perfume de Max y aprovechando que no llovía, Sam y yo fuimos caminando hasta una cafetería que había al lado para tomarnos un café.

Como siempre ella me había hecho algunas fotos y me las estaba enseñando, me las envió y le mandé varias a mi madre, que no tardó en contestar.

Mamá: *Guapísima mi niña, como siempre. Me ha preguntado Madeline qué tal, y le he dicho que todo bien. Me ha comentado que su nueva colección ya está en todas las revistas del mundo. No tardarás en verte por ahí. Te quiero, cariño.*

—Dice mi madre que la nueva colección de Madeline ya está en las revistas —le dije a Sam.

—Pues vamos a buscarlo, porque tienes que subir esa foto que te hice durante la sesión en la torre —sonrió y se puso a teclear en el móvil—. Aquí están. Si es que te ves espectacular con esos vestidos, parece que fueron diseñados pensando en ti.

Eché un vistazo a las fotos de la colección y cuando entré en las redes de Madeline vi que todo el mundo halagaba no solo sus diseños, sino lo bien que me veía yo con ellos.

Aproveché para subir a mis redes la que me había hecho Sam en la Torre Eiffel con el vestido rojo coral y etiqueté a Madeline deseándole mucha suerte con sus nuevos diseños.

—Buenos días, querida Keila.

—Por Dios —suspiré al escuchar la voz de Jacqueline.

—Sam, me alegro de verte.

—No puedo decir lo mismo —le contestó ella, volteando los ojos.

—¿Qué haces aquí? Porque esto no es ninguna coincidencia.

—No, no lo es —se sentó a mi lado y cogió su móvil—. Tengo algo que a la prensa le puede interesar, y mucho

—¿Por qué no nos haces un favor a todos y te olvidas de Keila? ¿O es que estás enamorada de ella, Jacqueline? —preguntó Sam.

—Siempre has tenido todo lo que has querido, Keila —me dijo ignorando a Sam—. Lo quisiste a él, y le tuviste cuando debería haber estado conmigo como dijo. Me lo arrebataste, como has hecho con todos los diseñadores.

—Jacqueline, en serio, no tengo tiempo para escuchar tus tonterías.

—Te lo dije, rechaza todas las propuestas que te hagan, rompe los contratos que ya tienes, y no iré contra ti. Pero en lugar de hacerme caso, sigues apropiándote de todo eso que debía ser para mí. Tú has querido que vaya por las malas, así que…

Vi que desbloqueaba la pantalla de su móvil y me mostraba algunas fotos en las que salíamos Tommy y yo esa noche que fuimos a cenar sin ningún tipo de prensa.

Y no solo eso, sino que se veían unas grabaciones de nosotros teniendo sexo.

—Veo que he despertado tu interés —sonrió la muy bruja con toda la maldad del mundo—. Este gran hombre, que acaba de verse envuelto en un escándalo, puede verse en otro más, si estas imágenes salen a la luz.

—Eres mala, Jacqueline —dije entre dientes, sin entender cómo había conseguido esas imágenes del interior de los restaurantes a los que habíamos ido.

—De ti depende que tu reputación y la suya se vean manchadas, aunque claro, la tuya hace tiempo que también estuvo en boca de todos, suerte que tus padres pagaron para que nadie viera aquello, pero como te dije, yo tengo la prueba de que sí existió.

En ese momento mi móvil empezó a sonar y ni siquiera miré quién era cuando descolgué.

—¿Diga?

—Hola, Keila, ¿me echabas de menos? —esa voz hizo que mirara a Sam, a quien no le pasó desapercibido el modo en el que se me habían abierto los ojos— Veo que aún te acuerdas de mí. Acepta un consejo, haz caso de lo que dice Jacqueline, o tu vida y la de ese CEO darán un giro importante. Nos vemos pronto, cuídate.

Colgó, y yo notaba que me temblaban las manos, pero no pensaba dejar que Jacqueline lo viera.

—Veo que te ha llamado —sonrió ella de nuevo con esa maldad que empezaba a odiar—. Piénsate bien qué quieres hacer, pero como te ha dicho, os veréis pronto, y para cuando eso ocurra, deberás haber tomado una decisión —dijo mientras se ponía de pie—. Sam, un placer ver que sigues siendo su perrita faldera.

—Hija de…

—Sam, no —le dije, cogiéndola del brazo cuando se levantó.

—Adiós, Keila, nos vemos.

—¿Qué coño le pasa a esa mujer? —preguntó Sam cuando nos quedamos solas.

Suspiré y le dije lo que me había contado Kevin, que daba veracidad a lo que ella misma me dijo la otra vez y a lo que había pasado ahora. Le comenté lo de las imágenes que ella no había llegado a ver y volvió a dedicarle una palabras no muy bonitas.

—¿Quién te ha llamado?

—¿Quién crees? —respondí con un suspiro.

—Keila —me abrazó—. Me arrepentiré toda mi vida.

—No hiciste nada, Sam, no es culpa tuya.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo primero, hablar con Tommy, no quiero que esto le salpique, no lo merece.

—Tienes que hablar con tus padres, esto ya no es solo un mensaje.

—Hay alguien mejor para ayudarme, y está aquí en París desde hace tiempo.

—Mike —sonrió al deducir a quién me refería, y asentí.

Cogí el móvil y marqué el número de Tommy, que por suerte no tardó en responder.

—¿Keila?

—Buenos días, Tommy, ¿podríamos vernos? Necesito hablar contigo, no te robaré mucho tiempo.

—Acabo de terminar una reunión. ¿Nos vemos en la cafetería que hay cerca de la torre?

—Perfecto, estaré allí en diez minutos.

—Bien, nos vemos.

Colgué y tras pagar, salí con Sam a la calle y cogimos un taxi para que me llevara donde había quedado con Tommy, y después a ella a casa.

Me despedí antes bajar y cuando entré en la cafetería ya estaba Tommy sentado en una mesa.

—Hola, Tommy —sonreí, se puso de pie y nos saludamos con un beso en la mejilla antes de sentarme.

—¿Qué tenías que decirme, Keila?

s

—Como sabes, Jacqueline y yo no es que nos llevemos muy bien.

—Lo vi en las fiestas, sí. ¿Te ocurre algo con ella?

—No sé cómo, pero nos siguieron las noches que cenamos juntos. Tiene fotos nuestras, y no me preguntes porque no tengo ni la más mínima idea de cómo, pero hay grabaciones de nosotros dentro de los restaurantes.

—¿Cómo? No puede ser.

—Lo he visto, Tommy, y te aseguro que no se trata de un montaje porque sé todo lo que hicimos allí.

—Qué quiere, ¿dinero?

—No, o, bueno, si hago lo que me dice, posiblemente consiguiera dinero.

—¿Qué quiere de nosotros?

—De ti, nada, pero te verías envuelto en ese mismo escándalo que yo. Solo quería avisarte, hay gente que se encargará de esto. Jacqueline quiere que no acepte más propuestas y que rompa todos mis contratos. Dice que tiene algo más mío, de mi pasado…

—¿Qué tiene? Puedo ayudarte si lo necesitas, Keila —me dio un leve apretón en la mano.

—Es algo del pasado, no tiene nada que ver contigo Tommy, es solo mío.

—Keila —me sostuvo la barbilla e hizo que lo mirara—. Siempre he visto algo en tus ojos que denotaban tristeza, y si me permites decir algo, aunque me encante esa parte tan sensual, seductora y juguetona que tienes, sé que lo haces porque no quieres dejar entrar a nadie ni en tu vida, ni en tu corazón.

—Haré lo que esté en mi mano para que esas imágenes no vean la luz, no quiero que te involucren en esto, no lo mereces, ya has tenido bastante con lo de Jairo y todo ese asunto.

—Vamos al hotel.

—No, hombre, para follar no te he llamado —dije con los ojos abiertos y él se echó a reír.

—Vamos al hotel, comemos, y allí me cuentas todo, Keila. Quiero ayudarte, preciosa, si está en mi mano, quiero ayudarte —me acarició la mejilla y me quedé mirándolo a los ojos.

Si había confiado en el novio de mi madre para contarle eso que tanto pesaba en mi vida, ¿por qué no hacerlo con él también? Siempre vi que era un hombre discreto y tenía una mirada de esas en las que podías confiar, al menos eso esperaba.

—Está bien, vamos.

—Keila —me sostuvo la barbilla e hizo que lo mirara—. Siempre he visto algo en tus ojos que denotaban tristeza, y si me permites decir algo, aunque me encante esa parte tan sensual, seductora y juguetona que tienes, sé que lo haces porque no quieres dejar entrar a nadie ni en tu vida, ni en tu corazón.

—Haré lo que esté en mi mano para que esas imágenes no vean la luz, no quiero que te involucren en esto, no lo mereces, ya has tenido bastante con lo de Jairo y todo ese asunto.

—Vamos al hotel.

—No, hombre, para follar no te he llamado —dije con los ojos abiertos y él se echó a reír.

—Vamos al hotel, comemos, y allí me cuentas todo, Keila. Quiero ayudarte, preciosa, si está en mi mano, quiero ayudarte —me acarició la mejilla y me quedé mirándolo a los ojos.

Si había confiado en el novio de mi madre para contarle eso que tanto pesaba en mi vida, ¿por qué no hacerlo con él también? Siempre vi que era un hombre discreto y tenía una mirada de esas en las que podías confiar, al menos eso esperaba.

—Está bien, vamos.

Capítulo 40



Keila

Después de contarle a Tommy todo sobre el pasado que tanto quería esconder bajo una alfombra, pero era imposible hacerlo, me dijo que podía contar con él para lo que necesitara, ya fuera un buen equipo de abogados o contratar un par de tipos para dar un susto a alguien.

Eso obviamente lo dijo para hacerme reír porque ninguno de los dos haríamos eso jamás.

Le pedí que no se preocupara porque no iba a dejar que echaran por tierra su reputación ni el nombre de su empresa, y que ya le contaría la estrategia a seguir pues tenía que hablar con mi gente para hacerlo todo de la mejor manera posible.

En cuanto salí del hotel llamé a mi hermano para saber cómo estaba y cuánto tiempo más se quedarían en París, así como a mi madre. Les dije que quería comer con ellos algún día y también con mi padre, quien al igual que Melissa parecían haber entrado en razón con respecto a Kevin y asumir que sería parte de sus vidas como el novio de mi madre.

Quedamos en que nos veríamos al día siguiente en casa de mi padre.

Necesitaba hablar con Mike sobre todo este asunto, ponerlo al corriente de lo que me había mostrado Jaqueline y que tomara medidas del modo que fuera, así que le puse un mensaje para vernos, paré un taxi y fui donde se alojaba.

No dejé de pensar en todo el camino sobre lo que había dicho ella, de que yo tenía a alguien que debía estar con ella y no conmigo. Con lo poco que me toleraba siempre sospeché que debía haber un motivo que se me escapaba hasta ahora, que uniendo esas piezas podía saber qué, o mejor dicho quién, era el motivo de ese odio que desprendía cuando nos veíamos.

Nada más llamar a la puerta de la habitación, Mike me abrió con esa sonrisa que lo caracterizaba.

—Dos días seguidos que nos vemos, estoy de suerte —dijo cuando entré, pues el día anterior pasé a verlo para que me dijera si había averiguado algo, y hoy era yo la que tenía noticias.

—Dame un abrazo, por favor —le pedí, frunció el ceño y abrió los brazos para acogerme entre ellos.

Suspiré cerrando los ojos sintiéndome de nuevo en casa, en ese lugar en el que me refugiaba más a menudo de lo que debería. Incluso su perfume me daba paz, sus manos en mi espalda, todo.

Y rompí a llorar.

—Ey, pequeña, ¿por qué lloras? —preguntó sosteniendo mi barbilla.

—Porque no debería hacerte esto, Mike, no a ti —contesté con las lágrimas cayendo por mis mejillas, esas que él comenzó a secar con sus pulgares.

—Keila, ya hablamos de eso, y yo estuve de acuerdo.

—Pero no quiero seguir, no es justo.

—Sabes lo que te dije, y lo sigo manteniendo. Pero deja de llorar, porque eso sí que me duele —me dio un beso en la frente y volví a aferrarme a ese brazo—. Tengo a mi gente trabajando —dijo para cambiar de tema y no seguir con el que yo había sacado—, cuando tenga algo sabes que te lo diré.

—Yo tengo algo, de hoy mismo. Jacqueline debe haber puesto a alguien a seguirme, porque no ha sido ninguna casualidad que entrara en la misma cafetería en la que yo estaba con Sam después de la sesión de fotos en las oficinas de Max La Fontaine.

—¿Y por qué haría que te siguieran?

—Como te dije, quiere que no acepte más propuestas y rompa todos mis contratos. Sé que me han seguido porque tenía fotos mías con Tommy.

—El cineasta.

—Ese —suspiré—. Que la prensa nos ha visto juntos en un par de ocasiones no es ningún secreto, pero hemos salido a cenar sin que nos viera ni un solo periodista, por eso sé que nos ha seguido alguien que está con ella. Tiene fotos de esos días, y además… —Cerré los ojos, porque esto me llevaba de nuevo a esa parte del pasado qu por más que quisiera evitar, seguiría ahí como la carga más pesada de mi vida.

—¿Qué, pequeña? —Me acarició las mejillas.

—No sé cómo, y Tommy tampoco se lo explica, pero va a hacer averiguaciones, ha conseguido grabaciones de nosotros en esos restaurantes, en una situación un tanto comprometida, y me amenaza con mandarlo a la prensa. No quiero que este asunto le salpique a él. Lo siento Mike, yo…

—Keila, te dije que todo estaba bien. Vamos a centrarnos en esa tal, Jacqueline.

—Es que hay más. Sigue insistiendo en que tiene una copia de aquello que tanto nos empleamos en ocultar, y también la sacará si no renuncio. Me dijo que siempre he tenido lo que he querido y mencionó algo sobre que le quité a alguien que debía estar con ella. No sabía a qué se estaba refiriendo, pero creo que ya lo sé. Estando ella allí conmigo me llamó, me pidió que hiciera lo que me decía Jacqueline, y dijo que nos veríamos pronto.

—Vale, voy a poner a todos al corriente y pediré a los escoltas que estén atentos. Tú, tranquila, habla con tus padres, seguro que podéis hacer creer de algún modo a Jacqueline que se ha salido con la suya.

—Mike —le acaricié la mejilla.

—Dime, pequeña.

—Te he echado de menos —susurré con ese pellizco en el corazón.

—Yo también, sabes que siempre has sido mi mayor debilidad.

Se inclinó y sentí sus labios en los míos. No era nuestro primer beso, y entre nosotros siempre hubo algo que ninguno podíamos ni queríamos evitar. Solo que a diferencia de cómo dirigía a Aaron en lo que quería y necesitaba en cada momento, con Mike le dejaba llevar las riendas.

Deslizó las manos por dentro del abrigo y las noté en las caderas, subiendo despacio hasta colarse bajo la tela del jersey. Se me erizó la piel por completo al contacto con las yemas de sus dedos, esas que fueron acariciando despacio por los costados hasta subir por la espalda y atraerme hacia su pecho.

A Mike lo conocí antes que a Aaron porque se encargó de ayudarnos en el pasado y fue quien nos puso en contacto con los mejores escoltas que conocía.

Una noche que se acercó a mi casa para ver cómo estaba me encontró llorando y con un ataque de ansiedad porque había tenido una pesadilla, me abrazó y a pesar de que con Aaron ya había tenido algo, con Mike sentí que estaba donde debía estar.

e

Me consoló, se sentó conmigo en el sofá abrazándome hasta que conseguí calmarme del todo y fui yo quien le dio un beso rápido en los labios porque me salió hacerlo así.

Desde esa noche ninguno nos veíamos del mismo modo, y una semana después acabamos en mi cama.

Mike me abrazó con fuerza sin besarme y me quedé allí, entre sus brazos, escuchando el latido de su corazón.

El momento fue interrumpido por un mensaje en mi móvil, lo saqué del bolso y vi que era de ese número

desconocido que me puso sobre aviso de que mi pasado había vuelto.

Al abrirlo vi que era un vídeo, y mi gran error fue reproducirlo, pues, aunque no había olvidado absolutamente nada de lo que ya vi, aquellas imágenes me volvían a trasladar a seis años atrás, a la que debería ser una bonita noche que acabó tornándose en pesadilla para mí.

No recordaba nada de lo que ocurrió porque alguien puso droga en mi copa, de la clase que no solo te desinhibía, sino que hacías todo lo que te pedían que hicieras.

En las imágenes estaba el que por aquel entonces era mi novio, besándome con esa mezcla de pasión y ternura que siempre empleaba. Hasta que nos desnudamos y acabamos en la cama como tantas veces.

La grabación era desde algún lado de aquella habitación en casa de él, empezaron a temblarme las manos y vi que Mike trataba de quitarme el móvil.

—Keila, dámelo —dijo cuando me aparté.

—No, quiero ver sus caras otra vez —contesté yendo hacia el sofá y me senté, Mike suspiró y vino a sentarse a mi lado.

Mientras mi novio comenzaba a besar mi cuerpo desnudo y separarme las piernas para centrarse en mi zona íntima, haciendo que cerrara los ojos y arqueara la espalda, en la imagen se veía aparecer a otros dos hombres y se veía cómo se iban desnudando.

Le hablaron a él que pareció sorprenderse, pero solo por unos segundos, pues siempre supe que una de sus mayores fantasías era compartirme con sus dos mejores amigos.

Yo estaba drogada y sin voluntad, por lo que lo que me decían sencillamente lo hacía.

Sentí las lágrimas cayendo por mis mejillas mientras me veía en aquellas imágenes, con veintitrés años, aceptando hacer cosas que no consentiría sin estar bajo los efectos de las drogas.

Era tal la impotencia que experimenté la primera vez que vi aquel vídeo, que juré que nunca dejaría que un hombre tuviera el control en la cama conmigo. Tampoco estuve con nadie hasta que empecé a verme con Aaron, y tras eso busqué lugares en los que poder vivir el sexo de un modo que me satisficiera, y así fue como acabé en un selecto club donde nadie sabía quiénes eran las otras personas con las que estaba.

Todo era consentido entre los que aceptaban compartir una noche de sexo, y yo siempre era quien decía qué hacer y cómo. Allí conocí a un par de chicas de lo más encantadoras que se unían a mí y a alguno de los hombres cuando las invitaba, pero no era tan a menudo como el irme sola con un hombre.

Si había algo peor de aquel vídeo en el que yo no era la Keila de siempre, era el modo en el que mi novio sonreía mirando a la cámara, a sabiendas de que todo eso estaba siendo grabado.

Las caras de sus dos amigos eran de absoluto placer al igual que la de él, y entonces se escuchaba la puerta abrirse y la voz de Sam, mi querida Sam, preguntando a gritos a su hermano mayor qué estaba haciendo conmigo, su novia, pues ella sabía que nunca habría aceptado algo así.

El vídeo se cortaba en ese momento y yo tenía los ojos cubiertos de lágrimas. La madre de Sam dejó el mundo de la moda por esto, porque su propio hijo participó en esto, en grabarme teniendo sexo con él, que era mi novio, y sus dos amigos.

Pude denunciarlos, pude hacer que el vídeo desapareciera y no viera la luz, les condenaron al verse claramente en las imágenes que yo estaba fuera de mí, que me dominaban las drogas que alguien, y ninguno de ellos dijo quién había sido, aunque lo sabían, puso en mi copa.

Tras el juicio en el que les condenaban a varios años de cárcel, el que fuera mi novio durante dos años y que decía amarme con locura, se escabulló quitándole la pistola a un guardia y me disparó.

No me dio a mí, pero intenciones de hacerlo tenía para, como dijo, privarme de la vida igual que yo le privaba a él de la suya.

Fue Mike quien estaba a mi lado en ese momento y recibió el disparo en el hombro al cubrirme con su cuerpo. Le debía la vida, pero no era por ese acto de por el que tenía sentimientos por él, sino porque me demostró poco a poco que no todos los hombres eran unos malditos cabrones como lo fue mi novio.

A pesar de eso algunas veces me había paralizado mientras nos acostábamos, y le hablé de Aaron, le dije que estaba con él y que necesitaba pedirle lo que quería que me hiciera, pero que por él sentía algo más que no era solo sexo.

Mike, un hombre once años mayor que yo, entendió que necesitaba liberar tensión y sacar de algún modo el dolor que aún sentía, me dijo que no había ataduras entre nosotros y podía acostarme con quien quisiera, además de con él, además de asegurarme que siempre iba a estar esperando por mí, porque quisiera ser completamente yo con él, aunque eso significara dejarme tomar el control.

—Keila —susurró mi nombre y me abrazó—. No tenías que haberlo visto, pequeña.

—Ha vuelto para arruinarme la vida como yo le arruiné la suya.

—Voy a investigar a Jacqueline y a Zack, si hay algo que los relacione, acabaremos con este asunto.

—Creí que nunca saldría.

—Buen comportamiento y reducción de condena, eso da como resultado libertad condicional sin vigilancia. Pero si intenta algo contra ti, irá a la cárcel de por vida por romper la libertad condicional. Te prometo que no hará nada, ahora mismo hablaré con los escoltas.

—Gracias, Mike.

—Pequeña, te dije que siempre estaría aquí para ayudarte, soy tu chico de confianza —sonrió.

—Eres el mejor hombre que conozco, Mike —dije con sinceridad acariciándole la mejilla—. Dime que puedo quedarme contigo —pedí en un susurro—. Te necesito esta noche, Mike.

—Yo también te necesito, pequeña —se inclinó y me besó en los labios.

Y allí mismo, en aquel sofá, como tantas veces antes, dejé que me hiciera ver que el sexo con amor sí era posible, y que el que yo sentía por él era tan real como que mi corazón latía porque él se interpuso entre esa bala y mi vida.

—Buen comportamiento y reducción de condena, eso da como resultado libertad condicional sin vigilancia. Pero si intenta algo contra ti, irá a la cárcel de por vida por romper la libertad condicional. Te prometo que no hará nada, ahora mismo hablaré con los escoltas.

—Gracias, Mike.

—Pequeña, te dije que siempre estaría aquí para ayudarte, soy tu chico de confianza —sonrió.

—Eres el mejor hombre que conozco, Mike —dije con sinceridad acariciándole la mejilla—. Dime que puedo quedarme contigo —pedí en un susurro—. Te necesito esta noche, Mike.

—Yo también te necesito, pequeña —se inclinó y me besó en los labios.

Y allí mismo, en aquel sofá, como tantas veces antes, dejé que me hiciera ver que el sexo con amor sí era posible, y que el que yo sentía por él era tan real como que mi corazón latía porque él se interpuso entre esa bala y mi vida.

Capítulo 41



Tommy

Diez días habían pasado desde que Nadine se fue de mi casa. La echaba muchísimo de menos, pero sabía que ella debía proseguir su camino y yo el mío. A causa de su pérdida le tuvieron que dar una identidad provisional, pero yo ya le di todos los datos para que reclamase sus documentos originales.

Diez días pasé encerrado entre la productora y el ático ya que no me apetecía hablar con nadie, salvo con Keila, quien me pidió vernos y accedí porque por el tono de su voz al llamarme algo me decía que debía ser importante. Y vaya si lo era.

Jamás pensé que aquella modelo hubiera hecho que la siguieran y ahora la chantajearan con las imágenes que tenía de ambos. Lo que más me impactó fue el relato de su pasado, y por primera vez vi a aquella mujer segura de sí misma llorando con tal desgarro y desconsuelo que le di un abrazo para calmarla.

Por suerte no estaba sola en ese asunto y tenía a su familia y gente de confianza que la ayudarían con todo, además de que yo mismo me ofrecí a averiguar quién del personal de aquellos restaurantes estaba detrás de las grabaciones.

Hoy me apetecía pasar por “La isla” y dejar de funcionar un tanto la cabeza, necesitaba desconectar y no pensar en nada, como otras veces hice a lo largo de los años.

Y aquí estaba, entrando en el lugar donde sabía que conseguiría desconectar por completo durante unas horas.

Elegí a Caroline y a Denisse. Les tenía echado el ojo y, además, me pareció que había buen rollo entre ellas y que en la cama debían funcionar con mucha complicidad. Con ellas dos no había tenido contacto directo hasta ahora.

Tan solo chasqueé los dedos y me siguieron. Aquel apartamento amplio, con las mejores vistas y decorado de forma minimalista, todo en tonos claros, me daba la posibilidad de llevar a cabo mis más ardientes fantasías con aquellas diosas, porque eso era lo que parecían.

Las invité a salir al jardín, cuya piscina infinita era impresionante y estaba todo techado y climatizado.

Tenía un maletín preparado con varios juguetes y muchas ganas de utilizarlo que había cogido de este lugar en el que había para vivir todas las fantasías posibles.

Caroline era pelirroja y con los ojos verdes. Su piel parecía de seda y sus larguísimas piernas terminaban en un trasero de infarto, igual que el de la otra chica que me miraba pidiendo a gritos que saciara esa tensión que ya representaba en su cara.

Denisse era mulata, de pelo rizado y unas curvas para hacer babear a cualquier tío. Estaba dura, durísima y a mí me ponía igual, cosa que ya tenía mi miembro erecto en señal de que tenía muchas ganas de ellas.

Las quería mojadas y no solo por dentro. Era un capricho y tampoco pensaba renunciar a él y más ahora, cuando más sediento de todo estaba.

—Quitaos los bikinis y al agua —les pedí sin dar más explicaciones.

No lo hicieron de cualquier manera. Ambas eran profesionales y sabían muy bien cómo calentar el ambiente y a mí, que ya estaba de lo más encendido.

Mientras se desnudaban de un modo muy lento y sexy, con todos sus movimientos medidos, se miraban la una a la otra y luego me miraban a mí. Sabía que saltarían chispas en aquel trío que estaba deseando realizar.

Con mucha sensualidad se tiraron al agua. La boca se me secó al ver la escena. Denisse tenía más pecho que Caroline, aunque esta última lo tenía más pequeño, pero con una firmeza que invitaba a pellizcarlos.

Una vez en el agua, esperaban que me tirase yo también. No era ni mucho menos lo que tenía en mente, por lo que les indiqué que ya podían ir saliendo. Nuevamente, lo hice con un gesto.

Un tanto extrañadas, se volvieron a mirar la una a la otra. Encogiéndose de hombros salieron del agua.

Sus delicadas pieles, cuyos colores contrastaban como si se tratara de un helado de nata y chocolate, resplandecían bajo los rayos solares que amenazaban con abrasarnos.

Con una nueva indicación, me las llevé hacia la zona de las hamacas. Me quedé inmóvil y las invité a actuar. Quería ver cómo se desenvolvían por ellas solas.

Mientras que Caroline se tiró a mi pecho, Denisse se encargó de quitar la toalla de mi cintura. Al notar mi erección, le sonrió a su amiga y entonces le indiqué que me mirase a mí y solo a mí.

Ella comenzó a lamer, lo hizo en mi miembro y con lentitud, envolviéndolo con sus gruesos labios. Mientras, le coloqué la mano encima de la cabeza a Caroline en señal de que también debía bajar.

No me equivoqué cuando pensé que funcionarían genial en equipo. Caroline se encargó de mi miembro mientras que la otra seguía dándome placer bajo él.

La pelirroja comenzó a masajearlo con fuerza. El sexo oral era el fin, pero no había prisa. Ninguno la teníamos. Cuando lo hubo masajeado lo suficiente y aumentó su tamaño más aún, se lo introdujo succionando de dentro afuera y haciéndome notar que su boca estaba tan caliente como el resto de su cuerpo, pues el agua las había refrescado, pero la temperatura seguía haciendo de las suyas.

Denisse se nos unió entonces porque así se lo indiqué. Deseaba que me practicasen una felación conjunta y para ello, cada una se colocó a un lado.

Me estremecí cuando sus lenguas comenzaron a juguetear alrededor de mi miembro, entrelazándose. La experiencia de ambas se notaba. No era la primera vez que hacían juntas algo así y a mí, a mí me estaban llevando al límite.

Miraba hacia abajo y las veía, juguetonas, traviesas y con ganas de dármelo todo. Me tumbé sobre una hamaca bocarriba, y las llevé hasta ella tirando de su pelo. En el de Denisse, tan rizado, se me quedaron los dedos atrapados.

Coloqué los brazos detrás de mi nuca, cruzados, sintiendo cómo las lenguas cómplices de ambas me recorrían, cada una, por un lado. Luego, una se ocupaba de la longitud de mi miembro mientras que la otra chupaba su punta como si se tratara de un caramelo.

Noté que el pulso se me aceleraba y era hora de cambiar de táctica. Mientras sacaba lo que llevaba preparado para ellas, les pedí que se tocaran y lo hicieron de inmediato.

Caroline se fue hacia los senos de la otra chica mientras que ella buscó con los dedos el sexo de su amiga, introduciéndole varios de ellos, lo que provocó unos gemidos por su parte que aumentaron su excitación.

La escena de ambas me resultó tan erótica que me paré a verla durante unos segundos. Tras introducirle los dedos, Denisse exploró el clítoris de Caroline y comenzó a masajearlo de forma circular. Sus gemidos iban a más mientras me miraban ardientes.

Quería que, al menos, una de las dos se corriera. Y le iba a tocar a Caroline. Me pareció una idea genial porque ya tenía planes para ella. Y si me llegaba así de excitada, me lo pondría más fácil.

Esperé a que se corriese entre gemidos mientras que mi miembro se endurecía tanto que notaba verdaderas palpitaciones en él.

Un gemido mucho más ronco por parte de Caroline, así como la forma en la que sus ojos se volvieron me indicó que le estaba pasando. Entonces, la hice avanzar hacia mí y le puse en la mano un succionador de clítoris.

—Ya sabes lo que debes hacer con él. Tu amiga se merece que le devuelvas el favor —le exigí.

Denisse se relamió de gusto. Hice que Caroline se agachara y que le colocara el succionador en el clítoris. La otra le indicó que subiera de nivel y vi cómo los ojos se le volteaban. Sus dientes superiores atraparon su labio inferior y los latidos de su corazón se incrementaron.

Si noté eso que acabo de decir, que su corazón se desbocó, fue porque le coloqué las manos sobre el pecho mientras la penetraba vaginalmente desde atrás.

No me hizo falta prepararla para ello. La punta de mi miembro encontró su sexo tan mojado que siguió ese camino que le adentró en aquel lugar en el que se empapó de inmediato.

Mientras la embestía con fuerza, le indicaba a Denisse que incrementara el nivel del succionador al máximo y que se lo apretara fuerte contra el clítoris.

Tampoco estaba dispuesto a ceder. Mis embestidas iban a más y a Caroline le pasó. El orgasmo le llegó con mi miembro dentro, el cual recibió una lluvia caliente que me puso muchísimo.

Salí entonces de su sexo y, mientras me secaba un poco y preparaba lo que seguía el siguiente paso, las chicas se besaron del más morboso de los modos para mí.

Mi vista estaba puesta en el trasero de Denisse y ella debió notarlo porque se acercó a mí y se contoneó. En ese momento, la tomé fuerte por la cintura y arqueé su espalda para lograr acceder de un modo más cómodo a su ano.

Tenía preparado un bote de gel dilatador que usé para lubricar las bolas tailandesas, ese juguete formado por tres bolas unidas entre sí que sirven para aumentar la dilatación.

Caroline fue entonces la encargada de jugar con el clítoris de su compañera, primero con la lengua. Yo le iba introduciendo las bolas primero la de menor tamaño y luego subiendo el nivel.

Ella se estremecía y me dedicaba a empujarla contra la lengua de Caroline, quien parecía estimularla mucho de nuevo. Poco a poco, me dediqué a ir sacando las bolas y las tiré al suelo.

Había llegado el momento de penetrarla analmente. Para ello, le pedí a la otra que activase el succionador al máximo y lo hizo de inmediato.

Coloqué mi miembro en la entrada de su ano con la intención de comenzar a empujar. Para ello, coloqué las manos con fuerza en la fina cintura de aquella mulata que, sin embargo, contaba luego con unas caderas anchas y de lo más deseables.

Mi excitación me llevó a darle una estocada con la que toqué fondo. Un gruñido salió entonces de lo más profundo de mi garganta. Mientras yo la poseía analmente, Caroline no dejaba de succionar su clítoris buscando de ese modo el orgasmo de su compañera.

—Aprieta todo lo fuerte que puedas—le pedí a Denisse para que lo hiciera y me aprisionara en su interior.

Ya de por sí se trataba de un canal estrecho, pero si encima ella apretaba, la fricción era tal que me ponía al límite.

Denisse era grande y, por mucho que yo empujara, no parecía resentirse para nada. No era la primera vez que practicaba ese tipo de sexo, se notaba a las claras, y eso me dejaba mucho margen de maniobra.

Comencé a incrementar el ritmo y la fuerza, lo mismo que hacía Caroline con el succionador. Aquel par de francesas me estaban dando un juego como solo pueden hacerlo dos chicas tan morbosas como ellas.

Sentí que tendría que aflojar un poco porque, de otro modo, no podría aguantar demasiado y deseaba hacerlo. Aunque si me corría no tardaría en recuperarme, deseé retrasar el momento.

Por ese motivo, le pedí que siguiera apretando, pero me quedé parado cuando el orgasmo le llegó y ella lo chilló. Recorrí entonces sus senos con mis dedos y pellizqué sus pezones, lo cual la hizo gritar mucho más todavía.

Caroline se levantó en ese momento y se colocó detrás de mí. La dejé masajear mi torso mientras seguía penetrando analmente a Denisse, quien se recuperaba de ese orgasmo tan intenso que sintió.

Me decidí entonces a darlo todo y, al mismo tiempo que la una me lamía la espalda y me la masajeaba con sonrisa pícara, que yo observaba de lado, la otra estaba muy entregada y se prestaba a que mi miembro llegara hasta lo más íntimo de ella.

Nuevamente apretó para que lo sintiera más, para rozarme más con las paredes de su ano, cuando sentí que me iba a correr. Lo hice con un rugido que llamó la atención de ambas.

Después, salí de Denisse y Caroline se apartó también. Con ojos de diablesas, comenzaron a besarse como broche de una escena que me dejó sin aliento. Sería cuestión de minutos que volviéramos a empezar porque no estaba dispuesto a dejarlas marchar tan pronto y eso que ya llevábamos liados un buen rato.

Les pedí que siguieran ellas mientras que entré un momento a asearme. Cuando salí de nuevo, encontré sus cuerpos de diosas enroscados en la hamaca. Preparé mi palma y les di en el trasero. El respingo de ambas me indicó que lo hice fuerte y también el tono rojo que apareció en sus nalgas.

No debió disgustarles porque con sus movimientos insinuantes me incitaron a que lo siguiera haciendo. Azoté

sus traseros hasta que les pedí que se diesen la vuelta y entonces, con unas esposas, las até la una a la otra. Quería penetrarlas vaginalmente, primero a Denisse y luego a Caroline mientras sus pieles se rozaban.

Ambas me miraron y echaron mano a mi miembro, el cual no necesitaba preparación, aunque tenían ganas de volver a jugar con él. Lo hicieron lamiéndolo una vez más mientras yo las penetraba con los dedos a la espera de que terminasen para volver a penetrarlas, ya de un modo más contundente.

Lo hice hasta que quedaron rendidas, un buen rato después, y entonces saqué la llave de las esposas.

—Ahora sois libres —les indiqué porque ya podían marcharse, ya me habían dado todo el placer que busqué en ese par de bellezas.

Me quede allí, relajado, dejando la mente en blanco tras disfrutar de un sexo que había sido brutal.

A “La isla” le quedaba poco tiempo porque ya tenía alguien interesado en comprarla y, había llegado el momento de deshacerme de ella.

sus traseros hasta que les pedí que se diesen la vuelta y entonces, con unas esposas, las até la una a la otra. Quería penetrarlas vaginalmente, primero a Denisse y luego a Caroline mientras sus pieles se rozaban.

Ambas me miraron y echaron mano a mi miembro, el cual no necesitaba preparación, aunque tenían ganas de volver a jugar con él. Lo hicieron lamiéndolo una vez más mientras yo las penetraba con los dedos a la espera de que terminasen para volver a penetrarlas, ya de un modo más contundente.

Lo hice hasta que quedaron rendidas, un buen rato después, y entonces saqué la llave de las esposas.

—Ahora sois libres —les indiqué porque ya podían marcharse, ya me habían dado todo el placer que busqué en ese par de bellezas.

Me quede allí, relajado, dejando la mente en blanco tras disfrutar de un sexo que había sido brutal.

A “La isla” le quedaba poco tiempo porque ya tenía alguien interesado en comprarla y, había llegado el momento de deshacerme de ella.

Capítulo 42



Keila

Después de hablar con Sam y decirle que su hermano Zack me había enviado el vídeo, la pobre se echó a llorar mientras volvía a lamentarse por habernos presentado.

Decía que en aquel entonces debió intuir que su hermano era un imbécil que no hacía más que presumir de que su novia era una gran modelo que era de lo más follable. Y yo volvía a repetir que no tenía culpa de nada, que ella siempre me apoyó a mí y le dio la espalda a su hermano.

Zack era un par de años mayor que nosotras y Sam no le perdonó nunca, ya no solo el hecho de que grabara aquel vídeo, sino que permitiera que alguien me hubiera drogado para llevarlo a cabo y que intentara matarme cuando fue condenado a ir a la cárcel.

Para ella no existía, decía que no tenía hermano y tampoco madre por no haberme apoyado, sino que dijo que tarde o temprano me habría pasado aquello por el modo en el que me insinuaba ante su hijo y sus dos amigos.

Aún podía recordar la bofetada que Sam le dio a su propia madre por decir aquello, y el modo en el que dijo que, igual que su hermano Zack, también había muerto para ella. No le quedaba más familia que ella misma y la mía.

Nunca quise que perdiera a su familia de ese modo, pero fue decisión suya separarse para siempre de ellos.

Y aquí estaba ahora, llegando a casa de mi padre para hablar con toda mi familia y contarles lo que pasaba.

Tommy me escribió el día anterior para saber cómo estaba y si necesitaba algo, pero le dije que no, que tal como hablamos, yo iba a encargarme de todo y evitar que esas imágenes salieran a la luz.

Bastante tenía él con ese escándalo por culpa de su socio.

—¡¡Keila!! —ahí estaba mi preciosa hermana corriendo por el pasillo para abrazarme, como llovía no la habían dejado salir a buscarme a la calle.

—Hola, cariño —la cogí en brazos y me la comí a besos.

—Te echaba de menos, y a Sam también. ¿No ha venido?

—No, se ha quedado en casa, pero me ha dicho que te dé una cosa.

—¿El qué?

—Esto —la abracé con fuerza mientras la besaba varias veces en la mejilla, y ella se echó a reír.

—Vamos, chicas, que la comida se enfría —dijo Melissa, apareciendo en ese momento—. ¿Cómo estás, cariño?
—Me dio un abrazo cuando dejé a mi hermana en el suelo.

—Bien, ¿y tú?

—Más tranquila desde que sé que es cierto que Kevin no quiere arruinar a tu madre —contestó colgándose de mi brazo—. Y tuvimos una conversación, estaba claro que teníamos una pendiente. Pasó por un bache y no me lo contó, cuando lo hizo ya fue demasiado tarde.

—¿Os habéis perdonado?

—Sí, y tu padre se lleva bastante bien con él.

—Eso sí que tengo que verlo con mis propios ojos —sonreí.

Entramos en el comedor y estaban todos alrededor de la mesa, los saludé con besos y abrazos y nos sentamos a comer.

Miraba a mi hermano Nick y el modo en el que cogía la mano de Elisa sobre la mesa casi de manera automática ella sonreía ante ese contacto y le daba un apretón, lo que hacía que la mirara y sonriera igual.

Y sí, pude comprobar que efectivamente mi padre y Kevin se llevaban mucho mejor que cuando se conocieron en esta misma casa.

Después de comer mi hermana se fue a su habitación para estudiar, no sin antes pedirme que viniera a recogerla alguna tarde para ir al centro comercial con Sam y tener una tarde de chicas.

En cuanto nos sirvieron el café, fue mi hermano quien habló mirándome.

—¿Qué pasa, Keila? Has estado aquí, pero con la mente en otro sitio.

—Recibí un mensaje de Zack, y hace un par de días, una copia del vídeo.

—¿Qué? —preguntó mi padre— Eso es imposible, no había más copias.

—Nos encargamos de que nada de eso saliera a la luz, solo se supo lo que hicieron sin que se viera el vídeo —añadió mi hermano.

—Siempre pensamos que había alguien más involucrado, quien debió poner la droga en mi copa y encargarse de que se hiciera esa grabación. Y creo que ya sé de quién se trataba.

—Jacqueline —dijo Kevin, lo miré y asentí.

—¿Jaqueline, la modelo? —curioseó mi madre— Hija, sé que no os lleváis bien, pero, ¿por qué haría algo así?

Suspiré y les conté lo que me dijo días atrás y el día de la sesión de fotos en las oficinas de Max La Fontaine. Además de que recibí la llamada de Zack estando ella conmigo en la cafetería.

Cuando supieron que había vídeos míos con Tommy de manera comprometedora, mi padre cogió el teléfono para hablar con su gente y le dije que ya tenía a Mike investigando todo.

—Y Tommy me dijo que trataría de averiguar quién y por qué consintió grabar eso en los restaurantes —dije.

—Está claro por qué, por un puñado de dinero —contestó Nick—. No me puedo creer que Jacqueline esté con Zack en todo esto, ¿acaso esa Barbie sabe qué clase de hombre es?

—Hasta que Mike no me diga qué unión hay entre ellos, no tengo pruebas reales, pero sí sospechas. Creo que ella estaba enamorada de Zack, que él le debió prometer que me dejaría para estar juntos y que ella adelantó todo el proceso para que fuera yo quien lo dejara. Está claro que no contaba con que le denunciaría, iría a la cárcel e intentaría matarme añadiendo años a su condena.

—Y lo dejan el libertad condicional por una jodida reducción de condena y buen comportamiento. Más vale qu no intente hacerte algo, porque me dará igual ir a la cárcel, ya tengo sesenta años y he vivido mucho, pero esa escoria acaba a varios metros bajo tierra.

—¿Qué? ¡No, papá! —grité.

—¿Te estás escuchando, Tom? —exclamó Melissa, poniéndose en pie— ¿De verdad serías capaz de ir a la cárcel y que tu hija de ocho años tenga que ir a visitarte allí el resto de su vida?

—Por mis hijos haría lo que fuera, Melissa, por cualquiera de los tres.

—Por mí no vas a ir a la cárcel, papá —le advertí—. Deja que Mike se encargue de esto, que nos diga lo que averigüe sobre Jacqueline y Zack, y vamos a pensar en qué hacemos con lo de romper mis contratos.

—No vamos a romper ni un solo contrato —dijo mi madre—. Estás donde estás por ti misma, no solo porque seas mi hija. Si esa mujer quiere algún tipo de guerra, ten por seguro que la tendrá, pero no vas a renunciar a nada de lo que te has ganado por méritos propios. Ha sido ella quien se ha pasado la vida hablando mal de ti a tus espaldas, y ya he consentido bastante que lo haga.

—¿Dónde vas, Tessa? —le preguntó Kevin al ver que se levantaba con el móvil en la mano.

—Tengo que hacer algunas llamadas. Tom —miró a mi padre—, necesito tu despacho.

—Todo tuyo —contestó él, y tras un leve asentimiento, mi madre salió del comedor.

—Así que estabas al corriente de lo que le pasó a mi hija —le dijo mi padre a Kevin.

—Jacqueline estuvo varios días buscándome para pedirme que le dejara hablar con mi jefe y la pusiera en contacto con algunas de las cadenas de televisión más importantes, se lo dije a Keila y me contó todo.

—Papá, Keila puso a Mike a seguir a Kevin, por eso me echó en la cara de que no nos había mentido —dijo Nick.

—Soy el novio de tu exmujer, y parte de la familia de tus hijos. En lo que pueda ayudar, no dudes que lo haré, Tom.

Me quedé allí sentada contemplando el café entre mis manos, pensando en todo, y esperaba que mi madre diera con el modo de poder evitar que Jacqueline publicara aquellos vídeos.

Mi móvil empezó a sonar y vi que era Tommy, me disculpé y fui a hablar con él al salón.

—Tommy, hola.

—Hola, Keila. Solo llamo para decirte que hablé con los dueños de los lugares donde estuvimos, han interrogado a todo el personal y saben quién grabó todo. Al parecer alguien les pagó para que pusieran una cámara allí grabando, y lo hicieron.

—Pero, si nadie sabía que iríamos allí, ¿cómo pudieron hacer eso?

—Se lo pidieron en el mismo momento en el que nos vieron entrar, esa misma noche.

—¿Han dicho quién fue?

—Un hombre, se presentó con una bolsa con dinero y la cámara. En cuanto a descripción, dijeron que llevaba gafas y barba, que vestía como un hombre de seguridad y no pudieron decir mucho más. Lamento que pasara esto nunca me había ocurrido.

—No iban a por ti, sino a por mí, tú solo serías un daño colateral. Pero no voy a dejar que publiquen eso.

—Siempre podemos decir que estábamos rodando una película.

—Oh, por Dios —sonreí—. No intentes hacerme reír, ya te dije que Jacqueline era mala.

—Pues, para no tener neuronas, te quiere joder bien.

—Ahora sé que mi ex está detrás de todo —suspiré—. No sé cómo ni por qué, pero están juntos en esto.

—Siento no ser de más ayuda.

—No te preocupes, has conseguido algo que no entendíamos. Iré a los restaurantes para hablar con los dueños, te aseguro que voy a ponerles una demanda.

—Mis abogados también están con ese asunto.

—Gracias de nuevo Tommy. Ha sido un placer cenar contigo.

—Espero que esto no será un adiós.

—No, tranquilo, que nos veremos en alguna fiesta a la que nos inviten y si algún día me caso, estarás invitado.

—Oh, una boda, qué bien. Iré de etiqueta.

—No esperaba menos —sonreí—. Adiós, Tommy.

—Adiós, Keila.

a

Colgué con un suspiro mientras veía la lluvia caer a través del cristal del ventanal. No era abundante, pero la cantidad justa para que te mojaras si salías sin paraguas.

Cerré los ojos y me abracé a mí misma notando un escalofrío, las imágenes de mi ex divirtiéndose con sus amigos mientras me manejaban a su antojo aparecían en cuanto los cerraba, y por eso no había dormido apenas desde que volví a ver el vídeo.

Keila; *¿Has descubierto algo?*

, **Mike:** *Siguen buscando. ¿Tus padres qué han dicho?*

Keila: *Mi madre ha ido a hacer algunas llamadas, espero que regrese con algún plan para librarnos de Jaqueline. Si esas imágenes ven la luz…*

Mike: *Lo evitaríamos, como hicimos la otra vez.*

Keila: *¿Puedo ir a verte?*

Mike: *Por supuesto, estaré aquí esperándote.*

Keila; *¿Has descubierto algo?*

Mike: *Siguen buscando. ¿Tus padres qué han dicho?*

Keila: *Mi madre ha ido a hacer algunas llamadas, espero que regrese con algún plan para librarnos de Jaqueline. Si esas imágenes ven la luz…*

Mike: *Lo evitaríamos, como hicimos la otra vez.*

Keila: *¿Puedo ir a verte?*

Mike: *Por supuesto, estaré aquí esperándote.*

Capítulo 43



Keila

Llegué al hotel donde estaba Mike después haber pasado casi toda la tarde con mi familia. Mi madre había hecho varias llamadas y me dijo que me olvidara tanto como pudiera de ese asunto, que ella se encargaba, pero que la mantuviera al tanto de lo que descubriera Mike.

Llamé a la puerta y cuando abrió, no pude evitar acercarme a darle un beso rápido en los labios mientras lo abrazaba.

—Vale, ¿y ese saludo? —sonrió cerrando la puerta.

—Acostúmbrate, lo haré más a menudo a partir de ahora.

—Por mí no hay problema, pequeña —me dio un abrazo que duró varios minutos, de esos que tanto me gustaba recibir de su parte—. ¿Quieres pedir algo de cena?

—Hamburguesa con patatas y refresco —dije, y se echó a reír.

—¿Quién eres tú y qué has hecho con Keila?

—¿Qué? ¿Por ser modelo no me puede apetecer un poco de comida grasienta? —respondí, mientras me quitaba el abrigo y los zapatos, quedándome solo con el vestido de punto blanco que me había puesto.

—Claro que puedes.

—Además, luego lo quemo con un poco de ejercicio.

—Yo puedo ayudarte con eso —se sentó a mi lado en el sofá y me cogió por la cintura para colocarme a horcajadas sobre sus piernas.

Sonreí mientras le acariciaba las mejillas y le vi cerrar los ojos, al igual que yo disfrutaba de esos momentos.

Me atrajo hacia él para abrazarme y nos quedamos así, en silencio, tan solo sintiendo aquello que nos gustaba compartir.

—Mike, sé que mantienes tu palabra, pero.

—Schhh. No hablemos de nada, ¿vale? Vamos a quedarnos aquí, sabes que me gusta tenerte conmigo.

—Y el olor de mi perfume, que no dejas de aspirarlo —reí.

—Culpable de todos los cargos —se encogió de hombros.

Lo miré y vi que sus ojos estaban fijos en los míos, sonreí volviendo a acariciarle la mejilla y se inclinó para besarme.

—Tengo algo que contarte —dije cuando se apartó.

—¿El qué?

—Me he liado con Sam.

—Espera, ¿con Sam?

—Sí —me salió una risilla.

—Pues habrá alucinado, conociéndola como la conozco.

—Un poquito sí, pero disfrutó la dos veces.

—¿Dos? —Elevó ambas cejas— Tengo mucho que hablar con Sam.

—Me dijo que se está enamorando de Aaron.

—¿Vosotras dos y Aaron?

—Sí.

—Ahora tengo celos.

—¡Bobo! —reí, y él soltó una carcajada— Sabes que contigo es… diferente.

—Lo sé, pero te dije que quiero que seas esa otra Keila también conmigo —me dio un beso rápido en los labios

—No podría, Mike. Ya me siento mal por haberme acostado con Aaron y contigo a la vez.

—Con ninguno de nosotros tenías algo serio. Y sabes que yo he tenido alguna que otra historia en estos años.

—Ya.

—Pero siempre he vuelto a ti, Keila, porque… —su móvil empezó a sonar y se inclinó un poco para cogerlo de la mesa donde estaba— Dime, Steve.

Cerré los ojos y mientras él hablaba con alguno de sus hombres, yo me quedé allí escuchando el latido de su corazón.

Después de varios minutos hablando le pidió que le envira todo por e-mail para verlo y colgó.

—¿Qué pasa?

—Zack y Jacqueline se conocían antes de que empezaras a salir con él, debe ser por eso por lo que te dijo a ti que él tenía que estar con ella y no contigo.

—Así que me acusa de quitarle a un posible novio, pues qué bien.

—Durante estos años Jacqueline ha ido a visitar a Zack a la cárcel una vez al mes.

—Así que siguieron viéndose, estupendo.

—También han encontrado informes médicos sobre ella, al parecer tiene un hijo con Zack.

—¿Jacqueline tiene un hijo?

—Eso parece.

—Claro, por eso durante un año estuvo alejada de todo, solo subía fotos en las redes de algún lugar en la playa al que dijo que se había ido a desconectar del mundo, como un año sabático dijo. Pero, ¿y ese niño dónde está?

—Lo cuida una mujer en la casa de ella.

—No tiene sentido, ¿por qué escondería un embarazo? Por mucho que el padre del bebé sea un hombre con

poca integridad y que estuviera en la cárcel. Aunque bueno, voy a ser buena y pensaré que no quería exponer al bebé al mundo de la fama por el momento.

—Esto deja claro que ella sí tiene una grabación de aquel vídeo, no te mentía.

—Y que tal vez ella estuviera aquel día allí, que me echara eso en la copa, que se encargara de grabar el vídeo.

—Keila, tienes que procurar mantenerte alejada de ella. Aunque tengas a los escoltas, pequeña, si quiere intentar algo sabrá cómo llegar a ti. Ya has visto que de algún modo hizo que te siguieran.

—Oh, y hablando de eso, Tommy me ha dicho que en los restaurantes le dijeron que un hombre pagó a un empleado la misma noche para que pusiera la cámara allí. No fue Jacqueline directamente, sino un hombre, alguien con gafas, barba y vestido como si fuera un escolta o guardaespaldas.

—No es mucho, pero hablaré con Jake para que ponga al resto de escoltas al tanto, por si vieran a alguien así.

—Tengo hambre —dije mirándolo—. ¿Qué hay de esa hamburguesa con patatas y refresco que me apetece cenar?

—Ahora mismo la pido, pequeña —me dio un beso en la frente y me sentó en el sofá para ir a coger el teléfono y llamar al servicio de habitaciones.

Además de pedir mi cena y lo mismo para él, pidió que nos subieran también dos porciones de tarta de chocolate y otras dos de tarta de manzana, sonreí al escucharme y cuando me vio me hizo un guiño.

—¿Cuánto tardarán en subirnos la cena? —pregunté poniéndome de pie y yendo hacia él.

—Me han dicho que en una media hora.

—Es poco tiempo, pero suficiente —susurré mientras me ponía de puntillas y lo besaba.

Mike llevó ambas manos a mis caderas y noté cómo me atraía hacia él, abrazándome con fuerza sin dejar de besarme.

Llevé mis brazos alrededor de sus hombros y él me cogió por la cintura de modo que lo rodeé con las piernas por las caderas, caminó y me recostó en el sofá donde me deshice de su jersey.

Acaricié su pecho suave y caliente con las manos y sentí sus ojos en los míos con ese deseo que otras veces había visto, pero también con el cariño que ambos sentíamos hacia el otro.

Volví a atraerlo hacia mí para besarlo y sentí sus manos por los muslos, subiendo la tela del vestido hasta que

elevé las caderas para ayudarle a subirlo por completo y me lo quitó. Siguió con el sujetador y después las medias y el tanga para terminar de desnudarse él.

Acarició mi entrepierna despacio con la mano, excitándome mientras lamía mis pechos y me besaba. Dejó un camino de besos suaves por mi cuerpo y se situó justo frente a mi húmedo sexo, ese que lamió despacio hasta hacerme gemir liberando el clímax.

Subió de nuevo con esos suaves besos que me erizaban la piel por completo y cuando acercó sus labios a los míos le sostuve ambas mejillas para compartir ese beso.

—Mike —susurré entre jadeos.

Cogió un preservativo del pantalón y tras colocárselo, comenzó a penetrarme despacio, con calma, poco a poco, hasta que ambos quedamos completamente unidos.

Y así me lo hizo todo el tiempo, despacio y sin prisa, besándome y acariciándome con esa delicadeza y ternura que nadie pensaría que pudiera tener un hombre como él.

Solo cuando sentimos el momento en el que nuestros cuerpos se preparaban para el éxtasis final comenzamos a movernos un poco más rápido. Gemíamos y nos besábamos, compartíamos miradas de complicidad y alcanzamos el clímax, abrazados.

Nos quedamos así hasta recobrar el aliento y nos dimos un último beso.

—Tienes que dejarme ver cómo es el sexo con la otra Keila —dijo antes de retirarse.

—No, no, entre nosotros es así.

—Keila, escúchame porque esto solo voy a decirlo una vez —me cogió ambas mejillas para mirarme fijamente —. Te quiero —abrí tanto los ojos que creí que se me saldrían de las órbitas—, y quiero todo de ti. Quiero el sexo con amor y el sexo con el que te liberas. Siempre y cuando me asegures que no usas cera de velas ardiendo, ni fustas ni látigos.

—No, no —reí—. Pero, Mike…

—Te quiero por completo, Keila, y ojalá pudiera ser yo el que te luciera del brazo en esas fiestas y cenas —me dio un beso en la frente y cuando llamaron a la puerta se apresuró a ponerse los pantalones para ir a abrir al servicio de habitaciones.

Nunca antes me había dicho que me quería, lo nuestro era solo esto, momentos de sexo con ternura y cariño, y a pesar de que yo misma sentía algo más por él que no me atrevía a expresar ni exteriorizar, me daba miedo

exponerlo en un mundo en el que la prensa podría buscar en su pasado y sacar todo aquello que él mantenía lejos del cruel mundo de los cotilleos.

—Señorita, su cena ha llegado —dijo empujando el carrito hasta la mesa.

Cogí su jersey y me lo puse, sonrió al verme y me rodeó por la cintura con el brazo para darme un apretón en la nalga.

—Vamos a la ducha, que esto seguirá caliente cuando hayamos terminado —propuso, y asentí mientras me daba un beso en la frente.

Nos duchamos rápido y me dejó una de sus enormes camisetas para que me vistiera. Me llegó un mensaje y vi , que era Sam.

Sam: *¿Te espero para cenar, o te quedas en casa de tu padre?*

Keila: *Estoy con Mike, ceno con él y me quedo a pasar la noche. Nos vemos mañana, cariño.*

Sam: *Vale, deja que te mime que sabes que te va bien. Y te lo repito, Mike me gusta para ti. Siempre he dicho que hacéis buena pareja, no sé por qué ninguno ha dado el paso. Descansa, te quiero.*

Eso me preguntaba yo a veces, por qué si Mike me hacía sentir bien, no me había imaginado nunca algo con él, o, mejor dicho, no quería ver que con él podría llegar a algo.

Pero ahora que él había hecho esa confesión, quizás…

—¿Todo bien? —preguntó abrazándome desde atrás.

—Sí, solo era Sam para saber si iría a cenar a casa. Se queda más tranquila al saber que dormiré aquí.

—Vamos, que esa hamburguesa está pidiendo a gritos que le des un buen bocado.

—La hamburguesa o tú —arqueé la ceja.

—Los dos —hizo un guiño y sonreí.

Estar con Mike era tan diferente a estar con Aaron o con esos hombres del club, me hacía sentir que de verdad alguien podía quererme de verdad si se lo permitía.

Después de Zack me costó mucho confiar en los hombres, me abrí a Aaron con unas condiciones que él aceptó y me dejé llevar con Mike para sentir que el sexo y el amor sí podían ir de la mano.

Tal vez mi corazón realmente merecía que le diera una oportunidad, que le dejara volver a sentir aquello que le negué durante tanto tiempo.

Pero cuando sentimos que hay miles de pedazos y nos cuesta creer que podrá recomponerse, ni siquiera nos permitimos amar de verdad.

Qué injusto que por lo que vivimos en el pasado no podamos vivir un presente pleno y feliz para buscar un futuro aún mejor.

Pero si había alguien que podría ayudarme a recomponer los pedazos de mi alma y mi vida, sin duda alguna ese era Mike, porque sabía todo por lo que pasé años atrás.

Tal vez mi corazón realmente merecía que le diera una oportunidad, que le dejara volver a sentir aquello que le negué durante tanto tiempo.

Pero cuando sentimos que hay miles de pedazos y nos cuesta creer que podrá recomponerse, ni siquiera nos permitimos amar de verdad.

Qué injusto que por lo que vivimos en el pasado no podamos vivir un presente pleno y feliz para buscar un futuro aún mejor.

Pero si había alguien que podría ayudarme a recomponer los pedazos de mi alma y mi vida, sin duda alguna ese era Mike, porque sabía todo por lo que pasé años atrás.

Capítulo 44



Tommy

Los días pasaban y yo no conseguía salir de ese estado en el que me encontraba. Ya había conseguido vender la isla y cerrar el trato, cosa que deseaba quitarme de encima. También me serviría para no ir más por allí y salir de esos encuentros que me saciaban por el momento, pero luego me dejaban de lo más vacío.

Sabía que Nadine se había ido a España a recuperar todos sus documentos y que estaba allí en un apartamento que había alquilado a buen precio, dado que era de un pueblo y los precios de allí no tenían que ver con los de París. También estaba buscando empleo.

Tenía conocimiento de todos sus pasos, ya que desde antes de salir de la casa le puse un detective privado en todo momento. Quería asegurarme que no se ponía en riesgo y que no haría ninguna tontería.

Se fue con el corazón roto y un dolor que sabía que le iba a costar superar, pero ella quiso saber la verdad y estas eran las consecuencias.

Se había llevado por delante a nuestra familia, por un capricho que se le cruzó en el camino y del que ella se dejó de llevar. Había arrasado con toda mi felicidad y el hombre que fui hasta ese momento.

La amaba y dolía tanto amar desde la desolación que era el mayor castigo que podía sufrir un ser humano.

Mi hermano me había pedido de quedar el día anterior para comer y fui a sabiendas que era para que conociera a su pareja Leo, esa ilusión que tenía y que me transmitieron durante el almuerzo.

Me pareció un tipo de lo más majo y que congeniaban muy bien. Leo se tuvo que ir antes y mi hermano aprovechó para echarme en cara el haber dejado ir a Nadine y que no luchara por ese amor que, aunque me falló y arrasó con todo, seguía ahí en mi corazón y nunca conseguiría sacarlo, pero claro, hablar desde fuera era de lo más sencillo, pero tener esos sentimientos no curaba todo lo que había perdido por lo que ella hizo un día y eso, eso sabía que jamás lo podría superar.

Iba de camino a recoger a mi sobrina para llevarla a Disney, ya que se lo llevaba prometiendo desde hacía un tiempo.

—¡Tito! —gritó al verme.

—¡Qué guapa! —Venía vestida de princesita hasta con unos tacones y la corona.

—¡Nos vamos a Disney! —gritó emocionada, ya que le encantaba el parque y había ido varias veces.

Me dirigí hacia la salida de la ciudad en dirección al parque y en el coche le llevaba puesta la música de sus dibujitos favoritos para que fuera entrando en ambiente.

—¿Por qué no ha venido Nadine?

—Ella ya no está cariño, se fue a vivir a España.

—Eso está muy lejos —dijo con tristeza—. ¿Va a venir a verme algún día?

—No lo sé, princesa, no lo sé.

Ella de pequeña tenía pasión con Nadie, así como con el bebé, pero claro, no tenía ni tres años cuando todo pasó y después de dos años se había olvidado de quién era ella y hasta del pequeño que perdimos.

Estacioné en el parque y nos dirigimos hacia la entrada. Iba feliz de mi mano.

—Mira tito, el castillo de las princesas —dijo señalándolo como si fuese la primera vez que lo veía.

—Es precioso, como tú.

—Ahora me tiras una foto ahí y se la mandas a mis papis.

—Mejor te hago un montón de fotos durante el día y al final de la tarde se las enviamos todas.

—Y a Nadine, y a Nadine —dijo, reviviendo más esos pensamientos que no se me quitaban de la cabeza.

Le hice unas fotos que quedaron preciosas y que ella miró sonriendo con el resultado de estas. Nos adentramos y lo primero que hizo fue tirar de mí hacia una tienda.

—Tito, vamos a comprarme algo de recuerdo.

—Pero si acabamos de entrar, Camille —me reí negando mientras la seguía.

—Una pulserita de Disney, tito, que aquí las hay en ese sitio —señaló hasta el stand.

—Pues sí que tienes memoria.

—Siempre entro en esta tienda con mis padres —se detuvo delante de un stand lleno de joyas de los personajes.

—Te las sabes todas —no podía dejar de reírme con esta pequeñaja.

—Mira esta me gusta y esta —las cogió decidida.

—¿No era solo una? —carraspeé.

—Y estos pendientes que son iguales —me ignoró por completo.

—Creo que esto me va a salir un pastizal —bromeé porque era joyería de plata y sería algo insignificante.

—Y el collar y el anillo. Ya tito, con esto me conformo —dijo poniendo todo en mis manos.

—Menos mal que no me has salido caprichosa —dije con ironía mientras ella sonreía feliz.

Salimos de la tienda y me hizo colocarle todo, hasta los pendientes, cosa que me di cuenta de que extrañamente no llevaba puesto y que venía con todas las ideas de comprarse cosas nuevas.

Justo cuando ya estaba lista vimos a Winnie The Pooh y ella corrió hacia él, cosa que él venía ya a paso rápido en plan juego con los niños, que corrían tras él con tan mala suerte que el pobre oso cayó al suelo y salió rodando.

—Tito, llama a emergencias que se nos mató el Winnie —corrió hacia él.

Corrí junto a más gente para levantarlo mientras intentaba aguantar la risa y cuando se puso de pie, todos los niños aplaudieron emocionados y se abrazaron a él al ver que había sobrevivido a tal caída.

—Tito, qué susto, menos mal que está bien —decía con las manos en el pecho y yo seguía conteniendo la carcajada.

—Yo también lo he pasado mal, pensé que perdíamos a un personaje —le seguí el drama.

—Tito, mira, buñuelos con chocolate como a mí me encantan.

—Me siento un pollo hoy —me reí.

—¿Por qué, tito?

—Porque me vas a desplumar —dije y ella se rio a pesar de que creo de que no me entendió.

Nos comimos los buñuelos, que por cierto estaban muy ricos, pero claro, no contábamos con que a la princesita le pudiera llegar el chocolate hasta el ombligo del vestido.

—Yo así, no quiero estar en el parque. Es un desastre y van a salir unas fotos horribles, yo quiero un vestido nuevo —dijo cruzando los brazos y poniendo un puchero para chantajearme emocionalmente, como si no la conociera.

—Venga, vamos, que sabes demasiado para la edad que tienes.

Terminé comprándole un vestido y una mochilita para echar el que había manchado. Ella iba feliz de la vida vestida ahora de otra de las princesas.

Ella no quería montarse en nada, solo fotos con los personajes y comprar de todo en las tiendas. A mí me llevaba cargado como un botones lleno de bolsas. Su padre me advirtió de que no me dejara engañar, pero es que la muy adorable y diablilla princesita que tenía por sobrina, conseguía de mí lo que le daba la gana.

Salimos por la tarde del parque hasta con un oso gigante que ella llevaba como si fuera un bebé y que le sacaba más de una cuarta.

Regresaba para la ciudad feliz de la vida y diciendo que conmigo se lo pasaba mejor, normal, sucumbía a todas sus peticiones.

Llegué al ático después de dejarla en la casa y me senté en el sofá a tomar una copa de vino.

Justo en ese momento me llegó un mensaje que no esperaba por nada del mundo.

Nadine: *Hola, Tommy. Me costó mucho decidirme a escribirte esto, muchísimo, lo hago con todo el dolor de m corazón. Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mí, a pesar de no habérmelo merecido para nada, si hubiera sido al contrario creo que yo no te habría ayudado y te estaría odiando para siempre. Ahora, consciente de todo, me doy cuenta de la clase de persona que eres y la calidad humana que tienes. No sé qué me llevó a tirar todo por la borda cuando hoy en día para mí sería impensable perder a alguien como tú por un capricho y menos cuando habíamos construido una familia. Te quiero muchísimo, demasiado, y es por eso por lo que me mata saber lo que hice contigo y en lo que te convertí. Ojalá la vida te ponga una mujer a la altura de lo que te mereces, aunque no creo que exista en el mundo alguien con un corazón como el tuyo. Te voy a llevar siempre en mi corazón al igual que a nuestro hijo, ese que me recordará cada día viendo sus fotos lo mala persona que fui. No se merecía una madre como yo. Aunque imagino que no sería consciente del peligro al que lo exponía y que aquello fue fortuito, pero fuese como fuese, nada lo puede justificar. No hay condena más grande que pagar en*

vida con sufrimiento el daño causado y yo viviré con esa condena el resto de mis días. Cuídate mucho, olvídame, alguien como yo no merece estar en tus pensamientos ni un segundo del día. Siento hacerte vivir con la tristeza d haber perdido a un hijo, lo siento con todo mi corazón, no te lo merecías.

vida con sufrimiento el daño causado y yo viviré con esa condena el resto de mis días. Cuídate mucho, olvídame, alguien como yo no merece estar en tus pensamientos ni un segundo del día. Siento hacerte vivir con la tristeza de haber perdido a un hijo, lo siento con todo mi corazón, no te lo merecías.

Capítulo 45



Keila

Aunque no estaba de acuerdo con el plan de mi madre, porque sin duda era rebajarme a los deseos de Jacqueline y Zack, acabé accediendo solo porque Madeline Delacroix y Max La Fontaine respaldaban todo.

Ellos conocían bien a Jacqueline y no dudaron en ayudar a hacer un poco más real esa mentira que estaba a punto de contar al mundo para hacerla caer en una pequeña trampa, como decía mi madre.

Habíamos organizado todo en el hotel donde se alojaban mi madre y Kevin, tenía allí a toda la prensa y había puesto a Tommy al corriente de que hablaría sobre nosotros, únicamente lo justo y necesario, le comenté lo que diría y estaba de acuerdo.

Los medios a los que convocó mi madre para esta rueda de prensa ya se encontraban allí, todos esperando en la sala del hotel donde en breve tendría que sentarme y soltar una mentira tras otra para que tanto Jacqueline, como mi ex, se lo creyeran.

—¿Lista, hermana? —preguntó Nick, que estaría presente también, al igual que mi madre.

—No del todo, pero sí, estoy lista.

—Pues vamos, mamá está esperando.

Suspiré, asentí y fui con mi hermano hacia la puerta en la que se encontraba mi madre, que sonrió al verme y me dio un apretón en la mano antes de salir juntos los tres hacia la sala.

En cuanto nos vieron aparecer, los fotógrafos y cámaras de televisión comenzaron a hacer su trabajo, nos sentamos y fue mi madre la primera en tomar la palabra.

—Gracias a todos por venir —dijo con una sonrisa—. Sé que estarán preguntándose qué hacen aquí, para qué los hemos convocado, y es mi hija Keila quien dará respuesta a eso. Cariño, cuando quieras —me dio otro apretón en la mano para hacerme saber que estaba ahí para mí.

—Buenos días. Como ha dicho mi madre, gracias por venir. En las últimas semanas desde que asistí a la fiesta de los Warren, se han hecho algunas especulaciones sobre mí y el señor Tommy, con quien coincidí aquella noche, entablamos una conversación y sí, nos fuimos juntos, pero porque yo necesitaba volver a casa y él se marchaba, así que se ofreció a llevarme.

—Se les vieron juntos de nuevo la noche de la presentación de la nueva colección de Madeline Delacroix —dijo una de las periodistas.

—Cierto, yo misma lo invité a acompañarme. Como bien saben él es dueño de una de las productoras de cine más importantes no solo de Francia, sino del mundo, está en constantes negociaciones con directores que le ofrecen sus proyectos, por no hablar de que les invitan a eventos constantemente. Entre nosotros no hay ni habrá nada más que una relación de amistad, y como cualquier otro par de amigos, sí, hemos ido a cenar alguna vez, hablando de nuestros proyectos, pero nada más, cada uno tenemos nuestra vida. Y hablo de esto por si alguna vez se filtra alguna foto nuestra fuera de esas fiestas en las que nos han visto.

—En esas fiestas vuestras miradas hablaban por sí solas, eso no nos lo negarás —comentó un hombre.

—Bueno, no voy a negar que él es un hombre atractivo, salta a la vista y yo he comprobado de primera mano que muchas periodistas se lo comían con los ojos —sonreí y todos rieron—. Y si me permitís, no me considero una mujer poco atractiva, la verdad.

—Eres una de las mujeres más bellas del mundo de la moda, con el permiso de tu madre —dijo otro periodista.

—Gracias por la parte que me toca —sonrió ella.

—Sí, mi madre me ha dado buenos genes —reí—. Ahora vamos con la parte que me incumbe solo a mí —carraspeé—. Ante todo, debo decir que esta ha sido una decisión que he pensado mucho, que he hablado con toda mi familia y me han apoyado al tomarla. Como sabéis no solo firmé con Madeline Delacroix para ser la imagen de su nueva colección, sino que Max La Fontaine también me propuso serlo para su nuevo perfume. La colección de Madeline ya está en todas las revistas y tiendas, y del perfume queda poco para terminar con todo lo que estaba previsto para esa campaña publicitaria. Les estoy inmensamente agradecida a ambos por hacerme esa propuesta, y ellos saben que han sido mis últimos trabajos por un tiempo.

Ahí empezaron los murmullos, las preguntas y las cámaras a hacerme fotos y más fotos.

Tal como mi madre había organizado, dije que me tomaba un tiempo para mí, que estaría lejos de la pasarela y de las campañas publicitarias, que cuando acabara con la campaña de Max me tomaría de relax el tiempo que quedaba para acabar el año aquí en París y después regresaría a casa y haría algún que otro viaje de placer.

Todos quedaron sorprendidos, preguntaron a qué se debía esa decisión y me limité a sonreír y decir que después de tanto tiempo yendo de un lado a otro y casi sin parar de trabajar ni poder dedicarle a mi familia el mayor

tiempo que pudiera, necesitaba frenar un poco.

—No soy la primera ni seré la última en hacerlo —dije—, muchas compañeras de profesión lo han hecho antes.

—Cierto, sé que Jacqueline hace algún tiempo se tomó un año sabático —comentó una de las periodistas.

—¿Veis? No es algo por lo que sorprenderse. Y no hay motivos ocultos, simplemente la necesidad de descansar un poco y dedicarle tiempo a la familia.

—¿Qué hay de cierto en los rumores que me han llegado sobre que tienes una relación con alguien de tu entorno? —preguntó un hombre al fondo— Al parecer se te ha visto entrando y saliendo de uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

—Bueno, entro y salgo de muchos hoteles cuando tengo reuniones con mi madre, mi hermano, o gente de mi entorno, sí.

—Bueno, supongo que no todos con los que te reúnes acaban abriendo la puerta al servicio de habitaciones únicamente en pantalones. ¿Qué tienes que decir al respecto sobre tu verdadera relación con Mike Bennett? ¿Y el hijo de cinco años que tiene Mike, es tuyo?

De nuevo los murmullos en la sala, mi madre mirándome sin entender nada y mi hermano poniéndose en pie.

—La rueda de prensa ha terminado —dijo Nick.

—No, no ha terminado —me levanté y él me miró con el ceño fruncido—. Mike Bennett es alguien de mi entorno, sí, lleva en nuestras vidas seis años y nos ayudó mucho hace tiempo. En aquel entonces él estaba en una relación de la que nació el niño al que hace alusión poco después. La madre no superó el parto y él se hizo cargo de su hijo solo y con la ayuda de una mujer que lo cuida. Y por su bien espero que deje a Mike y su familia fuera de esto.

—Vamos, Keila, solo necesito un sí —sonrió—. ¿Te acuestas con el detective que tienes en nómina?

—No respondas a eso, hija —me pidió mi madre, que ya estaba de pie cogiéndome del brazo.

—No solo tengo una relación con Mike Bennett, sino que estamos prometidos desde hace meses —mentí, pero sabía que él me ayudaría con esto.

—Keila —murmuró Nick.

—Ahora sí, la rueda de prensa ha terminado —dije mientras iba hacia la puerta.

Salí seguida de mi hermano y mi madre y fui hacia los ascensores, subimos y los tres móviles empezaron a sonar.

Entramos en la suite de mi madre y Kevin, que estaba sentado en el sofá, se puso de pie al vernos.

—¿Se puede saber qué has hecho, Keila? —preguntó Nick.

—Lo que me pidió mamá, decir que no voy a trabajar en un tiempo para que esa arpía de Jacqueline se quede contenta y no me joda la vida a mí, ni a Tommy.

—¿Y lo de Mike? Hija, ¿qué es eso de que te ves con él?

Mi móvil volvió a sonar y al cogerlo vi que era Mike, así que me alejé hacia la habitación para hablar con él.

—Mike.

—Keila, ¿qué ha pasado en esa rueda de prensa?

—Apostaría a que las fuentes a las que hizo mención ese periodista, son Jacqueline y ese hombre que me debe seguir a todas partes. Lo siento, Mike, por esto nunca quise que tú y yo formalizáramos algo, quería protegeros a t y a Alex. No debí ir a verte.

—No digas eso. En cuanto a Alex, le he pedido a Steve que lo traiga aquí, no quiero que intenten indagar aún más.

—Mike, de verdad que lo siento.

—Yo no, porque ahora sí que vas a casarte conmigo, y no acepto un no por respuesta. Estamos prometidos desde hace algunos meses, ¿no? —noté la risilla en su voz— Estoy buscando un anillo a la altura.

—Ay, Dios, no quiero obligarte a…

—¿Obligarme? Pequeña, créeme que, a estas alturas, agradezco a esa mujer que metiera las narices en mi pasado, voy a casarme contigo, no pienso fingir que es solo un compromiso falso.

—Alex puede quedarse en casa de mi padre, allí estará bien, y lejos de la prensa.

—No creo que a tu padre le haga mucha gracia.

—Pero Melissa sabe cómo es esto y también querrá mantener al niño lejos de los focos, como hacen con mi hermana.

—Está bien, será como tú digas.

—Tengo que dejarte, mi madre y mi hermano quieren una explicación.

—No olvides nunca que te quiero, por favor.

Suspiré cerrando los ojos y sentí un pellizquito en el corazón. Cogí aire y contesté.

—Jamás creí que lo diría, pero yo también. Hablamos después, ¿vale?

—Vale, pequeña.

Colgué y fui de nuevo con mi familia. Mi hermano estaba al teléfono con la jefa de prensa y mi madre hablaba con mi padre mientras paseaba de un lado a otro.

—La que has liado, pollito —murmuró Kevin, y acabé riéndome al igual que él—. No viste la cara de tu madre cuando ese periodista mencionó la posibilidad de que ese niño fuera tuyo. Creo que no le dio una apoplejía de casualidad. Claro que no sé qué le sorprendió más, si, que tengas una historia con el detective, o que te hayas ¡prometido en secreto.

—Todo en general, mis padres no saben nada de mi vida amorosa desde que ocurrió aquello. Prometí no presentarles a ningún novio, así que, toda mi familia en general debe estar alucinando como si hubieran comido setas alucinógenas —suspiré.

—Me alegra saber que no he sido el único en estas semanas en alborotar la vida de tu familia.

—Esto no ha hecho más que empezar.

—Tu padre quiere hablar contigo —dijo mi madre, acercándose a mí mientras me ofrecía el móvil.

—Papá.

—¿Desde cuándo estás con Mike, cariño?

—Unos años, pero como os dije, no os contaría nada de mi vida amorosa.

—Bueno, admito que algo sospechaba, pero no dije nada por si era solo, ya sabes, algo esporádico. Pero veo que la cosa va en serio.

—Así es. Papá, tengo que pedirte un favor.

—Lo que necesites, cariño.

—Mike ha pedido a Steve que traiga a su hijo, quiere tenerlo aquí para evitar que en Nueva York puedan encontrarlo. Necesito que se quede en tu casa, ahora mismo es lo más seguro para él.

—Sin problema, sabes que tenemos habitaciones de sobra. Se lo digo a Melissa y que preparen una para él. Mike puede quedarse también…

—No, él seguirá en el hotel. Sabes que está con el tema de Jacqueline y Zack.

—Keila, eres consciente de que ese hombre ahora va a ser el más buscado por la prensa aquí en París, ¿verdad?

—Oh, mierda —suspiré pasándome la mano por la frente, y escuché que sonaba mi móvil, al mirar vi que era Tommy—. Papá, tengo que contestar.

—Tranquila, llamaré a Mike y le diré que venga para la casa, es lo mejor y lo sabes.

—Vale, sí, hablamos después.

—Te quiero, hija.

—Y yo, papá —colgué la llamada con él y le pasé a mi madre su móvil para atender el mío—. Tommy, hola.

—Vaya rueda de prensa —sonrió—. ¿Cómo estás?

—Dentro de lo que cabe, bien —dije mientras volvía a la habitación.

—¿De verdad estabas prometida?

—A ti te cuento la verdad. Hasta hace menos de una hora, no lo estaba. Lo dije por decir.

—Pero sí tenías algo con ese detective.

—Digamos que era como contigo, sexo sin más. Aunque algún sentimiento por él sí tenía, tengo, de hecho.

—Si necesitas algo, solo dilo.

—¿Habías visto alguna vez al periodista que sacó a Mike a relucir? —pregunté.

—No, pero ya sabes que en el mundo de la prensa siempre hay alguien nuevo. ¿O estás pensando algo que a mí se me escapa?

—Jacqueline y mi ex, porque ya sabemos que ella no es la de los planes geniales.

—Tendría sentido, si lo que quería era manchar tu imagen de algún modo.

—Pues conmigo no va a jugar más. ¿Tienes a alguien de confianza en el mundo de la prensa? Jacqueline no es ninguna santa, y aunque me salpique un poco…

—¿Vas a hablar de lo que te pasó?

—Si me veo en la necesidad, sí, pero solo lo imprescindible. Primero quiero asegurarme que ella está detrás de ese periodista.

—Tengo a la persona adecuada, y es de máxima confianza.

—No me digas que también la invitabas a cenar —reí.

—Alguna vez sí, es mi hermano.

—Ah, entonces sí, es de confianza y no querrá jodernos a los dos.

—Le doy tu número de móvil y le digo que te llame.

—Perfecto. Gracias, Tommy.

—De nada, me debes una.

—Pero sin sexo, que me voy a casar.

—Mejor, mejor —rio—. Te llamará mi hermano.

—Ok. Voy a ver si averiguamos si ella está detrás de ese periodista.

Nos despedimos y en cuanto colgué llamé a Mike para que averiguara lo que pudiera de ese hombre que le había mencionado en la rueda de prensa, y a Jacqueline.

Si era mujer se había metido en asuntos que no le concernían, es que no tenía ni la menor idea de a quién trataba de hundir.

a

Capítulo 46



Keila

Cuando llegué a casa Sam estaba en el sofá viendo la televisión, se levantó de un salto y vino hacia mí.

—Ya era fan tuya, pero después de esa rueda de prensa, nena, soy la presidenta del club oficial —rio.

—No sabía qué decir, así que, dije lo primero que me vino.

—Bueno, si eso no es una declaración de amor hacia Mike, dime tú qué lo es. ¿Qué ha dicho?

—Que me va a comprar un anillo a la altura y que no voy a echarme atrás, que me caso con él.

—¿He dicho fan tuya? A la mierda, fan de él hasta que me muera —me dio un abrazo—. Sabes que estabais destinados, Keila.

—La otra noche me dijo que me quería, y hoy me lo ha vuelto a decir.

—Dime que le has dicho lo mismo, porque las dos sabemos que lo quieres más de lo que has intentado aparentar siempre.

—Se lo he dicho, sí.

—¡¡Aleluya!! —exclamó levantando los brazos— Voy por el vino.

Negué sonriendo mientras me quitaba el abrigo e iba a la habitación para cambiarme. Cuando me puse el pijama regresé al salón y ya estaba Sam con la botella y dos copas servidas en la mesa.

—Por tu futura boda —dijo entregándome la copa y chocó ambas.

—Aaron no sabía nada de Mike, o sea, sabe que existe, pero no que nosotros…

—Me llamó para preguntarme si yo sabía algo, le dije que mejor viniera a casa —en ese momento sonó el telefonillo—. Y ahí está —sonrió yendo para abrir.

Me senté en el sofá con las piernas arriba, estilo indio, y di un sorbo a mi copa, preparándome para hablar con e hombre que me dio su cariño en estos años.

Cuando lo escuché entrar miré hacia la puerta y vi que él y Sam se saludaban con un beso en los labios.

—Hola, Keila —me saludó acercándose y se inclinó para darme un beso en la mejilla.

—Hola, Aaron.

—Así que, te casas —sonrió sentándose en el sofá, y cogió a Sam para que se sentara sobre sus piernas, de lado

—Eso parece. Y que conste que no estaba prometida hasta poco después de decirlo.

—Mike es el detective que os ayuda desde aquello, ¿verdad?

—Sí. Y entre nosotros pasó lo que pasó después de que ocurriera contigo.

—Ey, preciosa, no me tienes que dar explicaciones, siempre he tenido claro lo que había entre nosotros —dijo cogiéndome la mano—. Me alegro por ti, Keila, de verdad. Mereces a alguien que te haga feliz.

—Y tú, pero por lo que veo aquí —les señalé a ambos, y Sam sonrió al tiempo que se sonrojaba.

—Me gusta Sam —la miró con ese brillo en los ojos y le dio un beso en los labios—. Y sí, estamos juntos.

—Gracias a ti, por cierto —dijo ella.

—¿A mí? Os conocéis desde hace años.

—Sí, pero de no haber sido por ti, ni él ni yo habríamos dado el paso. Él, porque pensaba que yo no querría y yo, porque sabía que estaba contigo.

a

—Y tuvimos que hacer un trío dos veces para que os dierais cuenta de que estáis hechos el uno para el otro —reí—. Por cierto, Mike tiene una conversación pendiente contigo al respecto —le dije a Sam.

—¿Se lo has contado? Ay, qué vergüenza.

—¿Él sabía sobre mí? —preguntó Aaron.

—Desde el principio —miré mi copa—. Y siempre me ha dicho que lo entendía y que estaría esperando por mí. Lo del compromiso fue algo que dije así, de manera improvisada, y él lo ha cogido sin miedo para decirme que va a casarse conmigo —sonreí.

—Es un buen tipo, de las pocas veces que le he visto, vaya —Aaron le quitó la copa a Sam y dio un trago.

—Mi padre le ha dicho que se instale en su casa, como su hijo va a quedarse allí —me encogí de hombros.

—Deberías quedarte con ellos, Keila, la prensa no sabe dónde vives, pero, ¿y si Jacqueline se lo dice? Ya sabes que te ha hecho seguir —dijo Sam.

—Tranquila porque tengo un As bajo la manga.

—¿Qué no me has contado, Keila?

—Lo sabrás llegado el momento.

—Tiene que ver con ella, y con Zack, ¿verdad?

—Sí, pero no me hagas decirte más porque no lo voy a hacer.

—¿Quién quiere pizza para cenar? —preguntó Aaron— Yo invito.

—Una margarita, y otra con extra de pepperoni —dije cogiendo mi móvil, que estaba sonando—. Hola —sonreí poniéndome en pie para ir a la habitación.

—Hola, pequeña. Tengo algo sobre el periodista de la rueda de prensa —dijo Mike.

—No es periodista, ¿verdad?

—No —sonrió—. Al parecer es alguien del entorno de Jacqueline, al igual que el hombre que te siguió. Efectivamente hizo que te siguieran y los días que viniste acabaron averiguando todo. No es que mi vida esté tan protegida como la tuya. Pero debí imaginar que algo así pasaría.

—No importa, nosotros también tenemos los secretos que nadie sabe de Jacqueline, y no voy a dudar en usarlos

—Tendrías que hablar con la prensa.

—Tengo a la persona adecuada para eso. He hablado con el hermano de Tommy, solo necesita que le confirme lo que sospechábamos de ese supuesto periodista y que le mande todo lo de Jacqueline. Él se encargará de

publicarlo.

—Keila, hay algo más.

—¿Qué pasa?

—Me han dicho que Zack ha cogido vuelo hacia aquí.

En ese momento me dejé caer en la cama, sentándome mientras notaba todo mi cuerpo entumecido. Sabía que no tardaría en aparecer, pero ahora sí que era un hecho. Mi ex, estaba decidido a venir en mi busca.

—Keila, no voy a dejarte sola. Tu padre me ha pedido que me instale en su casa cuando llegue Alex, y quiero que tú estés allí también. Es el modo que tengo de proteger a mi mujer.

—No quiero cambiar mi vida por ellos, Mike, nunca lo he hecho.

—Y soy consciente, pero sabes que Alex y yo te necesitamos. Sabes cuánto te quiere mi hijo.

Cerré los ojos y se me cayeron las lágrimas. Claro que lo sabía porque en alguna ocasión que había ido a ver a Mike, pude disfrutar de su pequeño, ese que me había robado el corazón desde el minuto uno. Yo también lo quería y por eso siempre había procurado dejarlos a los dos fuera de mi vida.

—Pequeña, por favor.

—Está bien, pero a Sam la quiero a salvo también. Sabiendo que Jacqueline hizo que me siguieran, la casa no es segura para ninguna en cuanto Zack ponga un pie aquí. Le diré que se venga a casa de mi padre también.

—Vale, cuanto antes os vayáis mejor.

—Preparemos algo de ropa y nos iremos mañana.

—Perfecto, allí nos veremos, recogeré a Alex en el aeropuerto por la mañana.

—Vale. Mike.

—Dime.

—Te quiero.

—Me gusta escucharte decirlo al fin, pequeña. Yo también te quiero.

Colgamos y me dejé caer en la cama con un suspiro. No tardé en escuchar que se abría la puerta y al mirar vi a Sam.

—¿Estás bien, cariño? —preguntó, recostándose a mi lado.

—Tu hermano ha cogido un vuelo para venir a París.

—Joder —suspiró—. Nunca debí presentaros.

—No vuelvas con eso, Sam, no fue culpa tuya. No sabías que él haría aquello con sus amigos.

—Pero lo decía, era una fantasía suya y al final…

—No lo hizo solo, siempre he dicho que aquella noche había alguien más con ellos tres que lo sabía, y ahora estoy segura.

—Fue Jacquelin, ¿verdad? Ella siempre miró a mi hermano de un modo diferente, y a ti con ese odio porque salías con él. Lo siento mucho Keila.

—Te repito que no es culpa tuya.

—Si mi hermano intenta hacerte algo, lo lamentará el resto de su vida.

s —O a ti. Le diste de lado, es tu hermano y preferiste seguir conmigo.

—Eres más hermana que él, eso lo tengo claro.

—Tenemos que irnos a casa de mi padre, como has dicho, si ella hizo que me siguieran, puede que la prensa empiece a atosigarnos —mentí, porque no quería supiera lo que iba a hacer con el hermano de Tommy—. Nos iremos mañana por la mañana, Mike estará allí cuando recoja a Alex en el aeropuerto.

—Prepararé algo de ropa después de cenar.

—Perfecto. ¿Habéis pedido pizzas?

—Sí, no tardarán en llegar. Por cierto, Aaron se quedará aquí a dormir…

—Oh, genial, me pondré música para no escuchar vuestros gemidos y jadeos.

—Siempre puedes unirte —me hizo un guiño.

—Por el amor de Dios, no hagas esas insinuaciones a una futura mujer casada —me llevé la mano al pecho y Sam se echó a reír.

—¿Alguna vez pensaste en hacerlo con ellos dos? Juntos, me refiero —curioseó.

—No, nunca. Con Aaron soy una Keila diferente, le pido lo que quiero y lo que necesito, no lo dejo manejar la situación, el control es mío. En cambio, con Mike… —suspiré— Con él es distinto, no es sexo, es sexo con amor.

—Siempre habéis estado enamorados, los dos, que yo os he visto juntos, y tú nunca lo quisiste admitir. Menos mal que ahora has dado el paso.

—Lo hice de manera impulsiva y te aseguro que no pensaba llegar al final de esto, ya me inventaría algo después para decir que habíamos roto.

—Pero él no va a dejarte escapar, así como así —sonrió—. ¿Debo ir pensando en comprarme una pamela o algo así?

—No se te ocurra —reí—. Si me caso.

—Cuando te cases, porque hemos dicho que esto es un compromiso sí, o sí —me corrigió.

—Cuando me case, será una boda sencilla, en un juzgado, y únicamente estarán nuestras familias y amigos.

—Vale, entonces buscaré un vestido discreto.

—Mucho mejor —sonreí.

—¡Las pizzas han llegado! —dijo Aaron desde el salón.

—Vamos, me muero de hambre —me levanté cogiendo la mano de Sam y salimos de la habitación para ir al salón.

Aaron ya tenía preparada la mesa y el vino, así que nos acomodamos y disfrutamos de una cena entre buenos amigos.

Capítulo 47



Keila

Aaron nos llevó a casa de mi padre, ya que tenía que revisar unos papeles con él. Cuando entramos en la propiedad aparcó cerca de la entrada para que pudiéramos sacar nuestras cosas rápido porque estaba lloviendo un poco.

En cuanto atravesamos la puerta, escuché los pasos de mi hermana corriendo, y no tardé en verla.

—¡Keila! —me dio un abrazo que por poco no caímos las dos al suelo.

—Hola, cariño —le besé la cabeza—. ¿Qué tal?

—Es sábado y no tengo cole hasta el lunes, así que voy a pasar el fin de semana haciendo un trabajo de manualidades. Tengo que hacer una escultura con arcilla.

—Suena divertido —sonreí mientras caminábamos hacia el salón.

—Ah, y tengo un nuevo amigo.

—¿Sí?

—Sí, tú le conoces.

Entramos en el salón y vi que Mike y su pequeño estaban allí.

—Keila —Alex dejó a su padre en el sofá y corrió hacia mí, cuando le cogí me abrazó con todas las fuerzas que tenía.

—Hola, diablillo —le di un beso en la sien.

—¿Esta es la casa de tu papá? —preguntó.

—Sí. ¿Te gusta?

—Es muy grande, y me he perdido por el pasillo —murmuró.

—Pero lo encontramos rápido —dijo Mike acercándose a mí—. Hola, pequeña —se inclinó y me dio un beso en los labios que hizo que me sonrojara.

—Papá, ¿por qué le das un beso?

—Porque es mi novia, hijo.

—¿Eres la novia de mi papá? —preguntó, mirándome con los ojos muy abiertos.

—Pues, eso parece, sí —sonreí.

—¿Eso quiere decir que vas a ser mi mamá?

—Vale, hora de que vayas a jugar con Emma —dijo Mike, cogiéndolo de mis brazos para dejarle en el suelo.

—Vamos Alex, ¿me quieres ayudar con mi trabajo de arcilla? —Mi hermana le cogió la mano.

—Vale. ¿Qué tengo que hacer?

—Pelotas de arcilla —sonrió mi hermana.

Cuando se fueron hacia la habitación mi padre se acercó a mí para darme un abrazo.

—Es un niño muy bueno —me dijo—. Ya le he dicho a Mike que estoy molesto porque no me contaseis nada, pero entiendo que querías evitar que pasara esto.

—Sí, pero ya ves, sirvió de poco.

—Hija, mejor que nadie sabes que la prensa es como los tiburones, huelen la sangre y salen a por ella —suspiró —. Aaron, creí que vendrías más tarde —le dijo a su contable.

—Ha dormido en casa y nos ha traído —respondí, y de inmediato miró a Sam, pues Aaron estaba cerca de ella y tenía la mano en su cintura.

—Ah, vale, ya veo —sonrió—. ¿Queréis tomar café?

Asentimos y llamó a una de las chicas del servicio para que lo trajera. Me dijo que Mike lo había puesto al corriente de que Zack llegaría pronto a París y que ya tenían a más escoltas en camino para redoblar la seguridad de todos.

Mi madre y Kevin llegaron con mi hermano y Elisa poco después, cargando con su equipaje, y Melissa sonrió a entrar en el salón.

—Ya están todas las habitaciones listas —dijo.

—¿Os quedáis aquí? —pregunté a mi madre.

—Es cosa de tu padre, dice que hay que evitar a la prensa a toda costa, así que —se encogió de hombros.

—No voy a dejar de hacer mi vida porque él vaya a venir, te lo advierto papá.

—Siempre que te sigan los escoltas, no hay problema, pequeña —fue Mike quien me contestó.

—Estaré bien.

—Sí, y yo saldré con ella —dijo Sam.

—Yo también puedo acompañarlas. Seis tacones son más efectivos que dos —comentó Elisa.

—Ya veo los titulares: "Exnovio atacado a taconazos" —enunció mi hermano, mientras movía ambas manos, las tres nos reímos.

—Un tacón de tu hermana se consideraría un arma peligrosa, ¿tú has visto dónde se sube? —dijo Sam— Como lleve uno de esos de doce centímetros, ya te digo yo que mínimo le deja tuerto si le da en un ojo.

—La rueda de prensa, salvo por lo de Mike —empezó a hablar mi madre y le miró—, salió como esperaba. Me han llamado Madeline y Max, Jacqueline ya ha hecho el movimiento que sospeché que haría.

—Pues a mí no me ha llamado todavía.

—Estará esperando a que llegue Zack —contestó mi hermano.

—Lo que no entiendo es qué puede querer él —dijo Kevin—. A ver, se supone que, si tú no rompías tus contratos, ella publicaría esas fotos tuyas con Tommy, lo que conllevaría tu caída de la fama y su ascenso. Pero, ¿y él? ¿Qué sacaba él?

—Creo que hiciera lo que hiciera, su intención es exponerme, pero no con las grabaciones donde estoy con Tommy.

—A ver, que no quiero meterme donde no me llaman, pero si estás con Mike, ¿por qué estuviste con Tommy? —preguntó Melissa.

—Vale, no voy a seguir mintiéndoos. Lo que dije de que estaba prometida no era verdad.

—Ya decía yo que, si lo fuera, llevarías un anillo en ese dedo. Conozco a este hombre y sé que no te habría dejado estar con otro.

—Papá, nunca hubo nada serio, no al menos hasta hace poco —confesé mirando a Mike.

—Amor, hoy en día la gente tiene amigos con derecho a roce —comentó Melissa con una sonrisa.

—Vale, no quiero saber más al respecto. Solo una cosa, Mike, ¿tú quieres a mi hija?

—Más de lo que ella imagina.

—Suficiente para mí y seguid con la mentira en la prensa.

—Es que ya no es mentira —se me escapó una risilla.

—Después de lo que dijo Keila ayer, le aseguré que iba a comprarle un anillo y que no pensaba permitir que no se casara conmigo. Así que —lo vi sacar una pequeña cajita del bolsillo de su pantalón y la abrió ante mí—. Espero que me digas que sí, pequeña, porque si no, este va a ser el mayor ridículo de mi vida delante de tu familia

Era un precioso anillo de oro blanco con un diamante en el centro. Sonreí mientras sentía los ojos humedecerse por las lágrimas, y vi la emoción en la cara de mi madre y de Melissa.

—Dile que si, Keila, no me fastidies, que hace años que soy la guardiana de este secreto tan grande —me pidió Sam y no pude evitar reírme.

—Esto es una locura, Mike. ¿De verdad quieres ser el marido de una modelo famosa a la que persigue la prensa casi a diario? —pregunté.

—Sí, claro que quiero.

—Pues nada, me lanzo a la piscina porque veo que hay agua —dije estirando mi mano y Mike me puso el anillo.

—Ay, Tom, que se nos casa la niña —escuché a mi madre que tenía la voz entrecortada por las lágrimas.

—No quiero una boda a lo grande, mamá, solo nosotros, los que estamos en esta casa, ¿de acuerdo?

—Lo que tú quieras, mi vida —me dio un abrazo—. Felicidades.

Y así pasamos los siguientes minutos, entre abrazos y felicitaciones, hasta que volvimos al tema de Jacqueline.

Cuando les dije que sospechaba que ella no quería exponerme con Tommy sino con el vídeo que grabaron años atrás, mi padre dijo que no iba a permitir que aquella aberración viera la luz.

—Yo tampoco papá, te lo aseguro, pero el mundo sabrá que eso pasó. No voy a callar más, Zack ha salido y sé que sus dos amigos están a punto de hacerlo, Mike lo averiguó. No voy a exponerme, pero sí a contar lo que sé de aquello y que implica a Jacqueline.

—¿Qué vas a hacer, hija? —preguntó mi madre.

—Voy a entregarle a un periodista algo que nadie sabe de Jacqueline, además de contar todo aquello anticipándome a lo que ocurrió. He quedado con él en una hora aquí, en tu casa.

—¿Se puede confiar en ese periodista? —preguntó Melissa.

—Es Carles, el hermano de Tommy. Él mismo me lo recomendó cuando le pregunté si conocía a alguien.

—Es un periodista de los de verdad —comentó Kevin—. He leído algunos artículos suyos y es meticuloso, investiga mucho.

—Estamos contigo en esto cariño —mi madre me abrazó—. Siempre estaremos contigo.

—Lo sé mamá. Y sé cuánto sufristeis entonces por lo que ocurrió, pero necesito que la gente sepa la verdad.

—Hazlo, cuéntalo hija —miré a mi padre, que me acarició la mejilla—, cuéntalo y saca esa carga que llevas.

—Después de aquello dejé de creer en el amor y no confiaba en los hombres, por eso no quise darme cuenta de que estaba enamorándome de Mike —confesé.

—Sin que suene rencorosa —dijo Melissa mirando a Kevin—, te entiendo. Duele mucho cuando la persona a la que quieres te hace daño y provoca que pierdas la confianza, si esa persona lo hizo, ¿quién puede asegurarte que no te lo pueda volver a hacer otra persona?

—Creo que entre los presentes somos varios los que hemos pasado por algo doloroso con una pareja —contestó

mi hermano.

—Mi abuela solía decir que el amor puede hacernos daño, pero también sanarnos, porque igual que una persona nos deja rotos, otra llega para ayudar a que nos recompongamos. Nos mira con amor —cuando Elisa dijo eso mi hermano le dio un apretón en la mano—, nos consuela y nos hace ver que no todo el mundo es igual. Todas las personas merecen una segunda oportunidad, igual que merecen encontrar un amor de verdad.

Miré a Mike y se inclinó para besarme en la frente. Él era esa persona que llegó para sanarme, y lo había hecho, de a poco y sin que me quisiera dar cuenta, lo había estado haciendo.

mi hermano.

—Mi abuela solía decir que el amor puede hacernos daño, pero también sanarnos, porque igual que una persona nos deja rotos, otra llega para ayudar a que nos recompongamos. Nos mira con amor —cuando Elisa dijo eso mi hermano le dio un apretón en la mano—, nos consuela y nos hace ver que no todo el mundo es igual. Todas las personas merecen una segunda oportunidad, igual que merecen encontrar un amor de verdad.

Miré a Mike y se inclinó para besarme en la frente. Él era esa persona que llegó para sanarme, y lo había hecho, de a poco y sin que me quisiera dar cuenta, lo había estado haciendo.

Capítulo 48

Tommy

Contuve el aire mientras saboreaba los churros más deliciosos que había comido jamás. Estaba sentado en una terraza a sabiendas de que ella pasaría en cualquier momento y la vi de lejos, tan cabizbaja sin saber que estaba a pocos segundos de volverse a encontrar con el pasado, conmigo.

—Buenos días, Nadine —murmuré cuando pasaba andando por delante de las mesas de la terraza con la cabeza agachada y en el momento que escuchó su nombre la giró de inmediato y vi el dolor en su cara.

—Hola, Tommy. ¿Qué haces aquí? —preguntó impactada.

—Me dijeron que en España había un lugar muy bonito llamado Mérida y tenía un teatro romano impresionante.

—No has venido por eso —sonrió con tristeza.

—¿Un café?

—Vale —se sentó.

—Puedes coger churros, pedí para dos —le hice un guiño.

—Tommy. ¿Qué pasa? —preguntó preocupada.

—Que no puedo vivir sin ti, mi vida —le acaricié la mejilla.

—¿Me estás diciendo eso en serio?

—Sí —afirmé secando con el dedo pulgar las lágrimas que le caían por sus mejillas—. Y sé que estar a tu lado no será un camino de rosas, y que muchas veces me enfadaré hasta conmigo mismo, pero también sé que ese dolo será mucho más dañino si estoy sin ti.

—No te mereces estar con alguien como yo, Tommy, no te lo mereces.

—Me juraste un día que te casarías conmigo —murmuré con la voz entrecortada y paré para pedirle su café al camarero—. Me lo juraste, aunque no te acuerdes, estás a tiempo de cumplir tu palabra.

—Tommy… —lloraba incrédula a todo lo que estaba escuchando— Te engañé y me llevé por delante la vida de…

—Ya, por favor —le seguía acariciando la mejilla—. Sanaremos las heridas lo más que podamos, pero juntos.

—No te merezco, Tommy, no te merezco.

—Me da igual todo, solo quiero estar contigo.

—¿Cómo confías en alguien que te lo arrebató todo?

—No confío ni en mí mismo, pero solo sé que necesito intentarlo. Me has mirado con demasiado amor estos do años. Sé que lo que hiciste arrastró con todo, pero tú siempre cuidaste con mucho amor a nuestro bebé, solo que tus malos actos te llevaron al lugar y el momento equivocados, pero tú lo amabas con todo tu corazón.

—No te merezco, Tommy, no te merezco. Me da vergüenza siquiera mirarte a los ojos por todo lo que te hice.

—Sin ti, soy un hombre vacío que solo se va con una y con otra buscando llenar lo que es imposible. La casa está muy vacía sin ti.

—¿Cómo has sabido que estaba aquí?

—Porque no te he dejado sola ni un solo instante, me he encargado de saber que estás bien en todo momento.

—Pero Tommy…

—No hay peros, mírame a los ojos y dime que no me amas.

—No podría, te amo con todo mi corazón.

—Pues no tenemos nada más que hablar, mi vida, solo que hacer. ¿Ya tienes todos tus documentos en regla?

r —Sí.

—Pues nos vamos para París a comenzar una nueva vida, no pienso renunciar a ti.

—He alquilado la casa…

—Da igual, si se pierde solo es dinero. No hay excusas, Nadine.

—Pero, ¿no querías ver el teatro? —intentó sacar un poco de su humor a pesar de estar con la voz temblorosa.

—Ahora vamos en un taxi y nos tiramos un par de fotos —le hice un guiño.

—Tommy —se levantó de la silla y se agachó a abrazarme con todas sus fuerzas—. Nunca más te voy a fallar, jamás, me tiro antes de un puente.

—Me avisas y nos tiramos los dos —le di un beso en los labios—. Vamos a recuperar una parte de nuestras vidas.

—¿Sabes? Desde que me contaste lo que pasó, lo único que le he pedido a la vida es no recuperar la memoria. sNo quiero revivir lo que hice.

—No llores más, Nadine. No llores más. Sé que todo lo ves muy feo, pero ya está, vamos a ir en la misma dirección. Tendremos que perdonarnos mutuamente, yo tampoco actué bonito contigo durante este tiempo y te traté con mucha indiferencia.

—Poco has hecho para lo que merecía.

—¿Poco? —carraspeé causándole una risita— Ya está. Esto es el principio para los dos.

—¿Y tus padres?

—Siempre supieron la verdad de que estabas en casa trabajando, pero poco más. Al principio no lo aceptaban y me atacaban con eso, pero luego dejaron de hacerlo viendo que iba a hacer lo que me diera la gana. Si lo aceptan, bien, si no, también. Mi hermano siempre te defendió mucho y mi cuñada, a regañadientes, pero también lo entendió. Me da igual el mundo, solo a ti es a quien necesito para no seguir perdido.

—No quiero que estés mal con tus padres por mi culpa.

—No lo estaré mi vida, tranquila. Lo van a aceptar, lo sé, pero que eso no me preocupa ahora mismo. Solo quiero llevarte de regreso a casa.

Llevamos mi mochila al apartamento que era muy coqueto y pequeñito. Totalmente reformado y con mucha iluminación. Luego volvimos a bajar para tomar una cerveza y comer en un restaurante fogón que me llamó la

atención por las carnes que aparecían en el cartel.

Nadine estaba que no se lo creía y en su cara se podía ver reflejado la de emociones y sentimientos que estaba experimentado en estos momentos. Obviamente jamás imaginó que yo iba a aparecer pidiéndole que regresara al ático conmigo.

Después de disfrutar de un chuletón que nos dejó de lo más saciados, nos fuimos al apartamento y nos echamos en el sofá abrazados mientras yo le acariciaba la mejilla y no podía dejar de mirarla y besarla.

La deseaba tanto que sabía que no me iba a saciar fácilmente. Quería beberla sorbo a sorbo, como el que saborea el mejor de los vinos.

La fui desnudando como el que abre el regalo más delicado que podía recibir. Se estremeció con el contacto de mis dedos en su barriga, bajo la manta del sofá que nos cubría los dos cuerpos desnudos.

Estaba temblorosa, avergonzada y con una timidez desconocida, pero me encantaba.

Acariciaba su cuerpo con la yema de mis dedos, erizando su piel y sin dejar de mirarla sin necesidad de hablar. Sabíamos lo que era para los dos este momento.

La acariciaba consiguiendo que cada vez se le dejase entrever esa excitación a la que la estaba llevando. Se ruborizaba a la vez que comenzaba a removerse.

Llevé mis dedos a sus pechos y los acaricié deteniéndome en sus pezones que ya estaban duros. No los pellizqué como hubiera hecho en otro momento, ahora solo me apetecía acariciarla como si de algo frágil se tratara.

Fui bajando con las yemas de mis dedos y llegué hasta su zona íntima. Solo entrar en contacto y notar la humedad a ella se le dibujó una sonrisa recordando cuando lo hacía en el ático y yo hacia el que me enfadaba.

—No lo puedo controlar.

—Ni quiero que lo hagas —le acaricié la zona lentamente para ir jugueteando con ella hasta llevarla al clímax, ese al que llegó retorciéndose.

Me coloqué en medio de sus piernas y la fui penetrando lentamente. Lo hicimos con el corazón, ese que llevaba perdido mucho tiempo, pero que ahora sentía que estaba donde quería…

Pasamos todo el día disfrutando de esas caricias y abrazos antes de comenzar a preparar todo para regresar a París, ese lugar del que nunca debí dejar que se marchara.

Capítulo 49



Keila

Dos días habían pasado desde que hablé con Carles, el hermano de Tommy, en casa de mi padre, le di todo lo que había averiguado Mike, sobre Jacqueline y Zack y me atreví a exponerles, adelantándome a lo que esa mujer pudiera querer hacer contra mí.

La noticia salía el día anterior y todo el mundo me apoyaba, no solo en la prensa sino también en las redes.

La madre de Sam y Zack salió de allí donde se hubiera metido después de aquello cuando un periodista la mencionó en un programa de televisión, y entró en directo para decir que se desvinculó de él y no había sabido nada desde entonces, ni quería saberlo.

Eso sí, bien que dijo que si me pasó lo que había contado fue porque me insinuaba a su hijo y a sus amigos.

Sam, que estaba conmigo en ese momento en el salón de mi padre, cogió el móvil y entró en directo al programa para decir que no tenía vergüenza, que si también habría dicho semejante barbaridad si le hubiera pasado a ella. Y terminó diciendo que por eso nunca quiso volver a saber nada de ella, porque como madre y persona dejaba mucho que desear. Y colgó.

Todos me apoyaban, todos estaban conmigo y de Jacqueline no había ni rastro. No hizo declaraciones ni salió a defenderse, pero sabía que estaba en su casa, ya que los chicos de Mike la tenían vigilada constantemente.

Todo el mundo se preguntaba por qué nunca quiso contar que tenía un hijo, y yo estaba redactando una demanda para ella con los abogados de mi padre por su implicación drogándome aquella noche.

Tampoco sabíamos nada de Zack, nadie lo había visto y ya hasta dudaba que estuviera en París, tal vez se había dado cuenta de que podía volver a hundirle con ese intento suyo y de Jacqueline de chantajearme.

Necesitaba coger unas cosas de mi apartamento, así que salí de casa de mi padre aprovechando que todo estaba en calma y que no llovía, cogí el coche que había alquilado Mike y le dije que no tardía en volver y después podríamos llevar a Alex y a mi hermana al centro comercial a merendar.

Aparqué cerca de mi edificio, busqué las llaves en el bolso y entré saludando a una de las vecinas que salía con su pequeño para ir al parque.

Cuando llegué a casa cerré la puerta y dejé todo en el recibidor para ir a la habitación, y no había llegado aún al pasillo cuando llamaron al timbre. No esperaba a nadie, pero podría ser Sam que me dijo que me acompañaba y me negué, capaz era de haberle cogido el coche a mi hermano.

—Mira que eres cabezota, Sam —dije con una sonrisa mientras abría la puerta, esa que se me borró en cuanto v a la persona que estaba allí parada.

—Hola, Keila, ¿me echabas de menos?

Fui a cerrar, pero Zack me lo impidió apoyando ambas manos en la puerta y empujando con tanta fuerza que m tambaleé hacia atrás.

Acabé apoyándome en el mueble del recibidor y se cayó el cuenco de cristal donde dejábamos las llaves haciéndose añicos.

—Seis años sin verte, y has cambiado mucho —dijo acercándose, pero me fui alejando—. Estás incluso mejor que antes, te veo más mujer.

—Vete de aquí, Zack —le pedí.

—¿Ni siquiera me das un beso? ¿Qué clase de recibimiento es este?

—No te acerques —miré de reojo hacia la cocina, pero la tenía demasiado lejos, y no había nada por allí con lo que defenderme.

—¿Sabes? Me sorprende que después de todo lo que hicisteis por tapar aquello, ahora lo cuentes como si tal cosa.

—Jacqueline estuvo involucrada, debía pagar por eso y lo va a hacer. ¿Cómo pudiste permitir que me pusiera droga en la bebida, Zack? ¿Cómo fuiste capaz de someterme a aquello con tus amigos?

—Lo pedías a gritos, como dijo mi madre. Con tus miradas, tus bailes, el modo en el que te contoneabas delant de ellos, todo en ti pedía que te folláramos los tres.

—Eres un cabrón, nunca me insinué, solo era simpática con tus amigos. Jamás quise aquello.

—Keila, he visto ese vídeo miles de veces en estos años, y la cara de placer que tienes mientras te follamos los tres al mismo tiempo, no es fingida.

—Estaba drogada, gilipollas, no tenía voluntad propia, me sometiste.

—Disfrutabas, a mí no puedes negármelo. He visto lo que hacías con ese tipo, y tu cara era la misma que aquella noche.

—¡Eres un cabrón! Debías protegerme y no hacerme pasar por aquello. Me sometisteis bajo los efectos de una droga que me anulaba por completo.

—Te di lo que pedías, y me pagaste con una puta denuncia.

—Intentaste matarme cuando te condenaron.

—Una vida por otra, ¿qué esperabas? Me arruinaste la mía, mientras a mí me encerraban, tú ibas a seguir con la tuya como si nada.

—Como si nada, no, Zack, estuve mal durante mucho tiempo, no te imaginas el daño que aquello me hizo, las pesadillas, el dolor de que me traicionaras. Tardé mucho en confiar en otro hombre.

—Pero para follar con el primero que se te cruza, para eso, no tienes reparos. ¿Qué dice tu prometido sobre cómo le comías la polla a otro?

—¡¡Vete!! —grité, cogiendo lo primero que toqué al llegar a la mesa del comedor, que resultó ser el centro de flores que Sam solía poner como adorno, y se lo lancé, pero lo esquivó.

—Seis años en la cárcel por follarme a mi novia con unos amigos porque era lo que deseaba, ¿lo ves normal?

—Estás incumpliendo la libertad condicional, Zack, no lo empeores y vete. Piensa en Jacqueline y en vuestro hijo.

—No es mío —contestó y fruncí el ceño—. Nos visitaba a los tres en la cárcel, siempre estuvo con los tres, incluso antes de que tú y yo saliéramos, era algo así como mi chica. Lo que hicimos contigo siempre lo hicimos con ella. Cuando se quedó embarazada nos dijo que no sabía exactamente de quién era, así que cuando nació hicimos las pruebas de paternidad, ese niño no es mío —se encogió de hombros.

—Si te vas no diré nada.

—Me iré, claro que me iré, pero después de que te folle y te arruine la vida como tú me la arruinaste a mí.

No me dio tiempo a salir corriendo, Zack me atrapó y se le notaba el paso de los años, estaba mucho más fuerte que cuando tenía veinticinco años.

Me inclinó sobre la mesa mientras me sujetaba las muñecas con fuerza con una mano y comenzó a levantarme el vestido de punto hasta dejarlo alrededor de mi cintura.

De nada me servía gritar que parara porque no lo hacía, y sabía que no iba a detenerse hasta conseguir lo que quería.

Escuché el modo en el que se desgarraba la tela de mis medias y después el tanga. Sentí las lágrimas cayendo sin control cubriendo por completo las mejillas, y de nuevo sentí esa impotencia que me paralizó cuando vi el vídeo la primera vez.

Habían pasado seis años y Zack volvía a dominarme como aquella noche.

Escuché la cremallera de sus pantalones bajándose y por el rabillo del ojo vi, a pesar de las lágrimas, como lamía su mano para pasarla por mi entrepierna. Me estremecí y no fue precisamente por placer o deseo, sino por la repulsión y el rechazo que ese hombre me causaba.

—Como en los viejos tiempos, nena —dijo en un susurro en mi oído, y noté la punta de su erección en la entrada a mi vagina.

Cerré los ojos y tan solo pensé en Mike, en que esperaba que me perdonara por no haberle hecho caso. Y en Sam, en que de haber estado aquí su hermano ahora no estaría a punto de violarme.

Quise apartarlo, pero seguía agarrándome con tanta fuerza y presionando con su cuerpo sobre el mío de un modo tan brutal que no podía moverme.

Y cuando creí que estaba todo perdido, que Zack conseguiría aquello por lo que había ido a mi casa, escuché la puerta abriéndose con un estruendo y los pasos de alguien acercándose hasta que el peso de Zack me dejó libre.

Caí al suelo llorando de rodillas y cubriéndome como podía con el vestido.

—¡Keila! —miré hacia el lugar en el que escuchaba la voz de Sam y la vi acercarse— Keila, dime que estás bien —lloraba mientras me sostenía las mejillas—. Por favor, dime que no ha hecho nada.

—No —murmuré.

Sam me abrazó y las dos lloramos allí, en el suelo de mi casa, de ese lugar en el que siempre me había refugiado queriendo olvidar lo que me había hecho mi novio, y ahora tendría ese mal recuerdo ahí también.

—¡Suéltame, joder! —escuché que gritaba Zack— ¡Esa puta tiene que pagar lo que me hizo!

—Si vuelves a llamar puta a mi mujer, no respondo, pedazo de mierda —dijo Mike, y me estremecí llorando

aún más.

Estaba ahí, como aquel día, Mike estaba ahí para salvarme la vida.

—¿Es que no ves que es una puta? Prometida contigo y follando con otro.

—¿Y tú no ves que eres basura, hermano? —gritó Sam poniéndose en pie, y fue cuando vi que dos de mis escoltas lo estaban sujetando— Permitiste que tus amigos se follaran a tu novia sin ella ser plenamente consciente ¿Qué clase de hombre le hace eso a la mujer que quiere? ¿Qué clase de monstruo tenía por hermano mayor? ¿Y si mi novio y sus amigos me hubieran hecho eso a mí? ¿Lo habrías consentido?

—Tú no veías cómo disfrutaba, Sam, cómo nos pedía que siguiéramos, que le metiéramos nuestras pollas hasta lo más profundo.

—Eres despreciable, y me alegro de haberte dado la espalda. Lamento que tu hijo te tenga como padre.

—El hijo de Jacqueline no es mío, a ella siempre la compartí con mis amigos. Uno de ellos es el padre.

—Me das asco, Zack, te juro que me das asco. Vas a pudrirte en la cárcel después de esto.

—No tenéis pruebas, será su palabra contra la mía.

—Ah, ¿no? —me giré al escuchar la voz de mi hermano— Saluda a las cámaras, capullo —dijo mientras señalaba varios puntos diferentes, y entonces caí en la cuenta de que teníamos cámaras de vigilancia en el apartamento con alarma para cuando pasábamos largas temporadas fuera evitar que entraran a robar.

Y aunque había desconectado la alarma, estaba segura que al caerse el cuenco con las llaves había activado sin darme cuenta la alarma silenciosa. Al menos de manera subconsciente había hecho algo por ayudarme a mí misma.

—Espero que te pudras en la cárcel, hermano, y la zorra de Jacqueline también —dijo Sam cuando los dos escoltas se lo llevaban hacia la puerta, por donde vi que entraban dos policías.

—Pequeña —la voz de Mike hizo que mirara hacia arriba y lo vi agacharse hasta ponerse en cuclillas ante mí— Estoy aquí, Keila —me acarició la mejilla y apoyó la frente en la mía—. Estoy aquí, mi amor.

—No me toques, Mike, por favor.

—Keila.

—No merezco que me quieras, no lo merezco. Estoy sucia.

—Cariño, no me digas eso. Hemos llegado a tiempo, dime que hemos llegado a tiempo y no te ha…

—No lo ha hecho, pero no puedo arrastrarte a mi infierno, no puedo —lloré gateando hacia atrás para apartarme.

—Keila, escúchame. Te quiero, y tú me quieres, no permitas que Zack se salga con la suya.

—Por favor, Mike, no puedo.

Me levanté como pude y corrí a encerrarme en el cuarto de baño de mi habitación, pero él me siguió y no pude cerrar la puerta.

—No voy a dejarte, mi vida —me sostuvo ambas mejillas mirándome fijamente a los ojos—. No voy a dejarte porque te amo tanto que, si me alejo de ti, me muero. No voy a permitir que vuelvas a ser esa Keila que empezaste a ser por culpa de ese cabrón, no lo permitiré. Y si quieres serlo, que sea conmigo.

—No —negué, porque él era un hombre tierno y dulce que siempre me mostró que se podía tener sexo con amor, y que las personas rotas podían recomponer sus pedazos—. No voy a llevarte allí, Mike, no lo haré.

—Quiero que lo hagas —dijo con una seguridad que me sorprendía—. Te lo he dicho muchas veces, quiero a la Keila que eres conmigo y a la Keila que estaba con Aaron. Cuando amas a alguien quieres todo de ella, su parte buena y también la mala. Y no, no es malo que te guste llevar el control en el sexo porque ese hijo de puta te rompió, pero quiero que te liberes conmigo. Y vamos a casarnos, sabes que ya no admito un no por respuesta, y si tengo que llevarte a Las Vegas para hacerlo en una capilla vestido de Elvis, puedes apostar a que lo haré.

—Mike, esa parte de mí puede que nunca se vaya, y no quiero casarme contigo y necesitar hacerlo y buscar a alguien en ese club.

—No lo harás, porque me tendrás a mí. Quiero ser tu marido en todos los aspectos, Keila. Déjame ser el hombre que haga todo aquello que quieras y necesites que te haga en el sexo.

—Abrázame, por favor —le pedí y lo hizo.

Lloré agarrada a su camisa mientras me besaba la cabeza y acariciaba mi espalda, y de nuevo me sentí en casa entre sus brazos.

—No voy a dejarte marchar de nuevo Keila, jamás volveré a dejar que te vayas con otros hombres. Quiero que seas mi mujer, la madre de Alex y de los hijos que tengamos juntos. Te quiero completa, pequeña, no solo una parte de ti.

—Yo también te quiero, Mike, te quiero con todo mi ser. Y quiero que nos casemos aquí, en París, cuanto antes

—¿Estás segura? —preguntó sosteniendo mis mejillas entre sus manos mirándome fijamente.

—Completamente segura —respondí, y nos besamos.

—Yo también te quiero, Mike, te quiero con todo mi ser. Y quiero que nos casemos aquí, en París, cuanto antes.

—¿Estás segura? —preguntó sosteniendo mis mejillas entre sus manos mirándome fijamente.

—Completamente segura —respondí, y nos besamos.

Capítulo 50



Tommy

La llevaba cogida de la mano y me costaba creer que fuésemos a hacerlo. Ella no lo sabía e iba feliz sentada en aquel asiento de primera clase, sin parar de hacer bromas y agradeciendo constantemente por esa escapada que sería más larga de lo que en principio se pudiese imaginar y, sobre todo, mucho más intensa. Quería que fuera totalmente inolvidable y que se le quedara en su corazón para siempre.

Aterrizamos en el aeropuerto y un chófer nos estaba esperando. Un viaje de ese tipo y planeado hasta el último detalle en el que me había dejado la vida para que lo viviera como un sueño.

Nuestro destino era Tailandia y en concreto, la idílica isla de *Koh Samui*. Me pareció el mejor marco para aquello que había ido a hacer allí, para aquello que solo compartiríamos ella y yo, para aquello que supondría sellar para siempre un amor que hacía que saltaran chispas cada vez que nos mirábamos.

A ella la sonrisa se le dibujaba en toda la cara de lo contenta que iba, y eso que estaba ajena a lo que íbamos a vivir en ese paradisíaco lugar en el que alquilé el más lujoso de los alojamientos, todo para que se sintiera como lo que era, mi reina de corazones.

Elegí esa isla por ser el destino perfecto para relajarnos sobre las blancas arenas y las transparentes aguas de sus playas, donde podríamos pasear, bucear o explorar las islas más cercanas como *Koh Tao* o *Koh Nangyuan*, pero sobre todo donde podríamos casarnos.

Nada más aterrizar, como ya dije, nos estaban esperando para recogernos y trasladarnos a la impresionante mansión que alquilé para pasar unos días. El mismo lugar en el que le daría la gran sorpresa de su vida y que, por tanto, se quedaría en su mente para siempre. O al menos eso esperaba, que ese recuerdo no se le borrara.

Cuando estábamos en el impresionante jardín de la mansión y descubrió las vistas, se tapó la boca con sus manos quedándose muda. Hasta que comenzó a hablar, nerviosa y alucinando por todo lo que tenía ante ella.

—Pero esto es, ¡¡esto es increíble!! ¿Lo has visto? Mira, mira, donde mires es como el paraíso. Pellízcame o mejor no, no vaya a ser un sueño y se me joda —me soltó una de las suyas.

—Seguro que no. Espera, vamos a hacer la prueba —le dije en la terraza de aquella impresionante villa que era toda una locura y con las mejores vistas al mar.

—¡Ah! —Se volvió con la intención de devolverme el pellizco que le di en el trasero.

—¡Ven aquí, amor! —Traté de quitarle la idea cogiéndola en brazos y tumbándola en una de las hamacas.

—Te lo voy a perdonar porque esto, ¡esto es increíble, amor! —chilló.

La besé apasionadamente pensando en que no había otro lugar igual para hacerlo.

La mansión, construida y decorada con un gusto exquisito, estaba situada en la ladera y con unas vistas inigualables al mar. Su diseño era elegante y en abierto, con enormes cristaleras que permitían que, aun estando dentro, no te perdieras nada de lo que esa ubicación tan privilegiada te permitía disfrutar.

El salón principal que también era comedor conectaba con la espectacular terraza en la que te encontrabas con una enorme piscina infinita. Todo estaba cuidadosamente diseñado para potenciar los sentidos y la vista se iba a cada rincón. Eso decía Nadine, pero en realidad, a mí se me iba todo el tiempo hacia ella, que me tenía en una nube y me hacía sentir que estaba viviendo una segunda juventud.

En el borde de la terraza había situadas unas camas balinesas mirando directamente al mar. Tan cerca estaban que podías tirarte desde ellas como si te sirvieran de trampolín.

El dormitorio principal también contaba con salida directa a la terraza y al jardín, a través de unas enormes vidrieras que lo llenaban de luz natural durante todo el día.

Nadine fue recorriendo la mansión palmo a palmo hasta llegar a él.

—Caíste en la trampa —le dije entonces, tumbándola sobre la enorme cama también con vistas al mar.

—¿En la trampa? Si lo estoy deseando —murmuró mordiéndose el labio.

La brisa entraba por los ventanales que estaban entreabiertos y también se colaba algún que otro rayo de sol, creando un precioso efecto en su bonita melena, como si fueran mechas.

Ardía en deseos de hacerle el amor y no tardé ni un segundo en desnudarla. De todos los escenarios del mundo, no se me ocurría ninguno más romántico que este. Nadine estaba igual de deseosa que yo. Tanto que su cuerpo temblaba de un modo que me resultó de lo más tentador.

—Hazme tuya, Tommy —murmuró.

—No lo dudes, amor, no lo dudes —le respondí.

—Es que, si lo dudaras, sería para matarte —me soltó otra de las suyas y hasta tuve que reírme. Ya había ido recuperando esa confianza que perdió con toda la información a la que se tuvo que enfrentar.

Negando con la cabeza, busqué con mis dedos la entrada de su sexo. Lo normal era que me encantasen los preliminares con ella, pero ese día la urgencia pedía otra cosa.

El viaje me llevó a estar un buen número de horas sin tocarla y mi entrepierna se puso en pie de guerra al notar lo húmeda que estaba. Lo supe incluso antes de retirarle su minúscula braguita, puesto que así me lo indicó la humedad que salía de ella y que a mí me estaba volviendo de lo más loco y peligroso.

Le hice el amor a conciencia, entrando en Nadine de manera subliminal, de una estocada con la que hice tope y que provocó que su cadera se moviese hacia la mía provocándome más y más, poniéndome mucho más excitado s cabía.

Esa fue la primera de las veces que se lo hice en la isla. Ni falta hacía decir que no sería la última, que allí nuestros cuerpos se buscarían varias veces al día mientras nuestros ojos nos recordarían que estábamos en el mismísimo paraíso y juntos, luchando por una segunda oportunidad.

Unos días después, ya habíamos recorrido, tanto la isla al completo como las principales de los alrededores. No es fácil describir lo bien que nos lo pasamos, lo que nos reímos, lo que disfrutamos y los buenos momentos que nos llevábamos grabados en nuestros móviles y en nuestras retinas.

Aquel día sería el último que pasáramos en Koh Samui y cruzaba los dedos para que todo fuese de su gusto, para crearle un recuerdo imborrable.

Nos habíamos levantado y me la llevé para la terraza. La situé en el borde mirando al mar para que no viese lo que estaba ocurriendo en el interior de la casa.

Unos minutos más tarde, la cogí en brazos y me la llevé para el dormitorio. Ella creía que iría directa a la cama, pero no. Se la encontró hecha y con el decorado más romántico del mundo.

—¿Qué es esto? ¿Qué es esto? —me preguntaba con los ojos tan abiertos, que por un segundo pensé que se le saldrían.

—Esto es solo el comienzo del día más bonito de nuestras vidas.

—¡Pero si es un vestido de novia! ¡Y el más sexy que he visto nunca! —chillaba emocionada con las lágrimas cayéndole por sus mejillas.

—¿Y es que te mereces menos?

—¿Yo? Yo… No sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Solo tienes que ponértelo. Ahora vienen a peinarte y a maquillarte. Nos vemos fuera en una hora.

—No, espera, ¡no te vayas todavía! —me pidió besándome con tanta pasión que parecía que la vida se le iba en ello.

—Te quiero, Nadine, te quiero con toda mi alma —le confesé antes de salir.

—Y yo a ti, Tommy. Ya te quería, ¿eh? Pero después de esto, ¡es que te como! —me gritó antes de que su lengua buscara de nuevo la mía.

Había mucho amor allí. Se respiraba en el aire. Vi cómo sus ojos se aguaban antes de dejarme salir.

En el dormitorio, la decoración era de lo más romántica y su increíble vestido de estilo sirena y escote pronunciado, que estaba diseñado por mí para ella. Lo mandé a hacer con mis propios bocetos.

La dejé dando saltitos y con la más bonita de todas las sonrisas del mundo en su bello rostro.

Me vestí y esperé impaciente su salida, una hora después, la más larga de los últimos tiempos.

—¡La novia se va a retrasar! —me chilló desde dentro con la voz entrecortada por los nervios.

A pesar de todo, se escuchaba de lo más divertida. Le encantaba buscarme y ella decía que en esos momentos me salía una muy atractiva sonrisa. Quizás fuese así, lo único que tenía de cierto es que había enloquecido por Nadine.

Ese pensamiento, el de estar loco por ella, se me confirmó cuando la vi salir vestida de novia. Lo hacía con paso tan firme como lento. Sus complementos en rojo pasión en forma de zapatos, ramo de flores y labios eran perfectos para hacerla parecer más sexy aún.

En ese momento sonó la marcha nupcial. También toda la terraza estaba adornada con pétalos de flores rojas haciendo juego con su *outfit* de novia. El pequeño altar en blanco que nos habían montado en ese rato contaba con una especie de arco superior que lo hacía súper romántico.

—Ya me vas a hacer llorar otra vez, tú procura que no se me corra el rímel, ¿o qué van a pensar nuestros invitados? —me preguntó bromeando.

—Eso digo yo —le contesté sin poder parar de reír porque allí no había más que la persona que nos casaría y ur par de testigos que escogimos del servicio de la casa, ya que alguien tenía que firmar.

Llegó hasta mi altura y detecté un temblor en sus labios. Suspiró ligeramente y me cogió la mano.

—Es la boda más fantástica del mundo. Y encima el convite te saldrá barato —volvió a bromear.

—Me dejaría todo lo que poseo por casarme contigo, no lo dudes.

—Algo voy viendo, algo voy viendo. Así que me has traído a Tailandia para esto…

También vio nuestras alianzas, colocadas sobre un pequeño cojín y apoyadas en el altar. Estaban entrelazadas de forma simbólica. Las puse así en señal de cómo quería que se entrelazaran nuestras vidas hasta el final de nuestros días. Me moría por envejecer a su lado.

Durante la ceremonia hubo un poco de todo; risas y lágrimas mezcladas con la música de fondo de un grupo local que contraté, que tocaba instrumentos de viento y percusión, dándole el aire más sentimental y romántico a la boda que ella se merecía.

Nuestra historia había sido muy profunda, muy intensa desde el primer momento y, en realidad, llegué a la conclusión de que solo podríamos entenderla Nadine y yo. Por eso decidí una boda privada en la que los rayos del sol de aquella mañana cocieran a fuego lento, en el más lujoso y selecto de los escenarios, el amor que resurgió entre ambos.

No faltó alguna que otra anécdota divertida puesto que, en el momento de colocarme el anillo en el dedo, ella temblaba tanto que este saltó por los aires y casi rueda ladera abajo en dirección al mar. Lo evité saltando con la mano en alto como un portero de fútbol.

El “sí, quiero” fuerte y divertido de Nadine se quedaría para siempre también en mi recuerdo. La sonrisa que m dedicó en ese instante fue la más preciosa de todas y eso que yo tenía una buena colección de ellas que me enamoraron en su día.

Nuestra boda tailandesa supuso para nosotros el triunfo del amor. De un amor que no nos habían regalado, de u amor que tuvimos que ir construyendo mientras salvábamos unas tremendas dificultades.

Otros habrían tirado la toalla, pero nosotros no lo hicimos y aquí teníamos la recompensa. Mi bella novia, esa que salió a la terraza como una verdadera sirena, se había convertido en mi mujer. Me sonaba tan bien y bonito que no podía creer que, entre nosotros por fin, esto estuviera sucediendo.

Otra cosa que me gustó y que le anuncié sería la celebración de ese día en la playa, en un convite para dos mientras el rumor de las olas nos recordaba que todo es posible si uno lucha por ello, al mismo tiempo que el

ı blanco de la espuma salpicara nuestros pies.

Por delante teníamos la mejor luna de miel. Un buen puñado de días que saborear minuto a minuto para que nos quedase el más dulce de los recuerdos.

|

e

n

blanco de la espuma salpicara nuestros pies.

Por delante teníamos la mejor luna de miel. Un buen puñado de días que saborear minuto a minuto para que nos quedase el más dulce de los recuerdos.

Capítulo 51



Tommy

La celebración y la noche de bodas salieron de lujo. Vivimos momentos nuevamente inolvidables, ¡y ya estábamos de luna de miel!

Habíamos llegado a Camboya con la ilusión de sacarle el máximo partido a la que llaman: “la tierra de los templos”. Nadine estaba emocionadísima y se pasaba el día mirando su alianza de casada.

—No se te ocurra perder la tuya, ¿eh? —me advertía a cada momento pues solía poner los dos dedos juntos y le salía su preciosa sonrisa.

—¿Cómo la voy a perder? Si por poco me voy ladera abajo con tal de atraparla en el aire.

—Eso es cierto, ahí ganaste un montón de puntos conmigo.

—O sea, que esto es como un carné de conducir por puntos, que los ganas o los pierdes.

—Claro, según te comportes —me hizo un guiño.

—Vale, vale. Pues espero que la luna de miel sea de tu gusto o me quedaré sin ellos y tendré que hacer un curso de reciclaje cuando llegue a casa.

—Esos os los tendrían que hacer obligatoriamente a todos los maridos de vez en cuando.

—Casi no me he podido estrenar y ya me estás juzgando. Si no he hecho nada, amor.

—Pues imagínate si lo hubieras hecho —se reía divertida.

Con ella no me faltaba distracción ni esos momentos de miradas intensas que hablaban sin necesidad de pronunciarlo con los labios. Los dos primeros días los pasamos en *Phnom Penh*, en el corazón de la capital, en un hotel con mucho estilo e historia en el que nos alojamos en la suite presidencial, que era como una especie de

amplio apartamento con todas las comodidades, formado por distintos habitáculos.

Por supuesto que deseaba lo mejor para ella, aunque lo cierto era que en ninguno de los alojamientos por los qu pasáramos en nuestra luna de miel permaneceríamos mucho tiempo.

Mi idea era pasar casi todo el día en la calle y que Nadine viera la mayor cantidad de cosas posibles, disfrutando de todas las experiencias.

Nada más llegar, salimos a almorzar. Ya le había dicho que Camboya se caracterizaba por la explosión de sabores que estaba deseando probar.

En aquel lujoso restaurante en el que nos sentamos, a Nadine se le iban los ojos para todos los platos y a mí se me iban hacia ella.

—Me estás mirando como si me fueras a comer a mí.

—Es justo en lo que estaba pensando.

—Tú lo que quieres es que al menos este almuerzo te salga barato.

—Yo no pienso nunca en dinero cuando se trata de tu felicidad, amor.

—Eso lo dices porque tienes mucho —se encogió de hombros.

—Y si no lo tuviera, lo robaría por ti.

—Deja, deja, que si te trincan vas a la cárcel y yo eso del, vis a vis no lo veo. Qué frialdad.

—No llegaríamos a eso. Me escaparía por ti.

—Y luego huyendo de la justicia toda la vida. No, no, que me estás dando yuyu.

—Me encanta tu lengua, ¿te lo he dicho?

—Según tú, te gustan hasta mis amígdalas, aunque sospecho que hay otra parte que te gusta más, sobre todo, porque tu vista siempre termina en mi escote.

—Vale, vale, lo reconozco —levanté las manos.

—No te hagas el inocente que de eso no tienes nada.

—¿Y eso ahora a qué viene?

e

—No me tires de la lengua. Y vamos a pedir ya, que estoy de lo más hambrienta —se tocó la barriga.

ɔ —A ti no te gusta soltarlas, ¿no?

—Me gusta, pero eso no me alimenta, ¿qué vamos a pedir?

—*Amok*—le sugerí.

—Qué romántico suena eso, ¿no? Es que como soy española.

—No es amor, es *amok*. Pero que si quieres…

—Si quiero me lo haces aquí encima de la mesa, que te conozco. Déjate de numeritos, que tengo el estómago vacío —se pasó la mano por delante de nuevo. Era muy cómica.

El *amok* es un plato muy típico en Camboya que se logra mezclando filetes de pescado blanco que se cuecen al vapor con varios ingredientes como la leche de coco o la pasta de pescado.

También nos decantamos por probar *Kuy Teav*, una deliciosa sopa de fideos de arroz.

Todo lo que probó le encantó y a mí lo que me encantaba era verla disfrutar como lo estaba haciendo.

—La comida de aquí es potente. Ya la haré cuando estemos en casa. Tengo que renovarme —decía.

—A mí se me ocurre una forma de renovarte en la cocina —le sonreí.

—Ya sé por dónde vas. Y luego vas de santito. Tú lo que quieres es que te cocine solo con el delantal y sin nada debajo, rollo, porno cocinera.

—Lista, sexy y encima adivina, ¡tengo un chollo! —exclamé mirando al techo.

—Lo que vas a tener es un chichón como te tire el plato y tenga puntería…

Me encantaba reír junto a ella y disfrutar en esos días que hicimos varias visitas que combinamos con paseos por la avenida *Prah Sisowath*, almuerzos, cenas en el Mercado Nocturno y ratos de relax total con compras incluidas en el Mercado Central o en el Mercado Ruso.

En cuanto a las visitas, nos trajimos cantidad de fotos y selfis en el Gran Palacio de la Pagoda plateada, por ejemplo, aunque a ella le impactó más el colorido del *Wat Phnom*, un llamativo templo donde se encuentran los restos de un famoso rey.

—Esto no puede ser una tumba, es demasiado alegre —decía con la boca abierta mientras subía sus largas escaleras y yo la iba grabando.

—No lo es, es un templo, solo que ese rey está enterrado aquí.

—Ah, vale. Y sigue grabando, que me siento *influencer* —me decía mientras posaba de lo más simpática y pizpireta.

Para nuestros siguientes días en Camboya cambiamos de destino. Teníamos ganas de volver a la playa y así lo hicimos.

—¡De nuevo al paraíso! Tú lo que quieres es traerme a un sitio tranquilo donde poder relajarnos para… —Me guiñó el ojo.

—Lo que quiero es que te broncees y vuelvas a casa con un color precioso.

—Ni que el mío fuera feo, ¿o es qué lo es? —Me miró desafiante.

—El tuyo es precioso, amor —reí.

—Ah, vale, y que no me entere yo de lo contrario. Que sepas que tengo bonitos hasta los dedos meñiques de los pies.

—Por supuesto que sí —le hice una reverencia y saqué también su risa.

Nos habíamos trasladado a la isla privada de *Song Saa,* donde nos alojamos en otra lujosa villa con piscina privada que era una auténtica maravilla.

El recinto contaba también con un pequeño spa que tuvimos la suerte de poder alquilar durante unas horas para nosotros solos. No me costó barato, pero llegué a un acuerdo en la recepción y nos lo cerraron en nuestra primera noche, donde pasamos un rato íntimo en el que no solo hicimos juntos todo el recorrido, que era al aire libre, sino que terminamos haciendo el amor de un modo salvaje mientras íbamos del jacuzzi con aguas templadas hasta el frío del hielo del que ella trataba de escapar y yo la retenía entre mis brazos.

Momentos inolvidables que se mezclaban con otros de total relax en la playa, en los que pudimos bucear juntos, pues tampoco quise que se perdiera los increíbles arrecifes de coral.

Al principio se negó un poco o más bien bastante. Tiré de ella hacia el agua, pues se echó para atrás una vez se había colocado las gafas, el tubo y las aletas.

—¡Qué me he arrepentido! —chillaba muerta de la risa.

—¡¡Tarde!! —le decía, y como vi que se me complicaba la cosa, me la eché al hombro.

En ese momento sí que comenzó a chillar hasta llegar al agua. La metí de golpe y, al final, como que le fascinó. Pero antes me dio un puñetazo en el pecho que me hizo reír, porque me dio con una fuerza tal que no sé de dónde la sacó.

Esos días los aprovechamos para hacer alguna excursión, aunque la mayor parte del tiempo lo pasábamos en las hamacas de la playa, bronceándonos y bañándonos, entre confidencias y caricias. La mimaba mucho, muchísimo…

—Esta es nuestra luna de miel, pero quiero que sepas que nuestra vida será muy parecida.

—¿Nos vamos a quedar a vivir aquí? Me parece buena idea —bromeó.

—No, no se trata de eso. Se trata de que quiero que te sientas toda la vida como si estuvieras de luna de miel.

—Me lo apunto, me lo apunto. Es lo que me merezco —me decía sin parar de hacer muecas.

Los pocos ratos que pasábamos en la villa durante el día generalmente eran haciendo el amor tanto dentro de ella como en la piscina privada. Tenerla para mí solito, sin nada más que hacer me llevaba a pensar que era el tipo con más suerte del mundo y que todo había valido la pena.

Aparte de esos momentos de fogosidad, que todo hay que decirlo, hicimos safaris por islas cercanas, asistimos a ceremonias budistas y hasta participamos en una expedición tradicional en un carruaje tirado por caballos a una granja local, una excursión que le entusiasmó muchísimo y de la que decía que había sido la experiencia de su vida.

—Me siento como Kate Middleton, la Princesa de Gales. Solo me falta ponerme uno de esos abrigos tan elegantes con un sombrerito, como los que luce ella.

—Déjate de abrigos y de sombreritos que, con lo poco que llevas, y ya te sobra ropa —le contesté.

—¿Me sobra? Pues no sé qué quieres que me quite. Si esta faldita vaquera es más bien como un cinturón ancho , Me cubre lo que yo te dije y a lo justo. Si la acorto un poco más, se me ven las amígdalas a través de ella.

Me tenía que reír con ella, sí o sí, esa parte española no la había olvidado y la llevaba en la sangre, ya que todo

eran ocurrencias en mi mujer, porque ya era eso. A veces hasta se me olvidaba por algunos momentos y cuando se me venía a la cabeza, me salía sola la sonrisa.

También recorrimos la selva tropical y fue otra total experiencia.

Por las noches, disfrutábamos de los bares del complejo, donde charlábamos, reíamos, bailábamos y, por supuesto, bebíamos.

Alguna que otra terminamos sentando en la playa y entre confidencias, casi que nos dio el amanecer mientras la abrazaba y apretaba fuerte para hacerme a la idea de que era cierto, que estábamos allí y ya nada se interpondría entre nuestra felicidad y nosotros.

Todo lo que hicimos en aquel glamuroso y elitista resort estuvo acompañado por unos ratos estupendos que pasamos degustando las especialidades del lugar. De entre los platos que probamos allí, Nadine se quedó prendada del *wok* de mariscos fritos en salsa de pimienta *Kampot,* una verdadera delicia, sin olvidarme tampoco del *Lok* de carne dulce.

De cada uno de los lugares que visitábamos nos costaba marcharnos. Lo mejor era que todavía nos quedaban por disfrutar unos días preciosos en Vietnam, otro de los destinos que elegí para una luna de miel que estaba resultando aún más maravillosa de lo que imaginé.

—¿Eres feliz? —le pregunté en nuestra última noche allí.

—¿Tú ves esa estrella? —Me indicó con el dedo una que alumbraba más que el resto mientras que un manto de ellas nos servía de techo en la playa.

—La veo…

—Pues yo soy feliz desde aquí hasta allí. Y no se lo digas a nadie, pero el culpable eres tú.

—Está bien, llevaré mi culpabilidad en secreto.

—Eso es y ahora quiero que seas culpable también de hacer que chille como una loca en esta playa.

—¿Estás segura de eso? —le pregunté mirando de lado a lado para comprobar que estábamos solos del todo.

—Nunca lo he estado más de nada —murmuró.

Un recuerdo más que echar al saco de todos los que nos llevábamos de allí. Recuerdos de risas, de momentos compartidos, de corazones vibrantes y, por encima de todo lo demás, recuerdos de amor; como esas historias que hablan de ojos que miran con ilusión.

Capítulo 52

Tommy

Vietnam la conquistó también desde el primer momento.

—Es que me estoy enamorando, me estoy enamorando —decía mirando hacia todos los lados y sonriendo de lo más feliz.

—No, si al final me tendré que poner celoso y todo.

—Déjate de tonterías, que esto lo has querido tú. No haberme traído —se reía.

—Te llevaría al fin del mundo con tal de verte feliz, ¿lo sabías?

—Yo sí, pero el que se va a enterar de verdad por haberse casado conmigo eres tú —me sacó la lengua.

Una de las cosas que deseaba que ella disfrutara era de la vista de los campos de arroz en terraza. Y para eso elegí un resort de lujo en *Pu Luong*, un lugar donde se crea un efecto mágico gracias a los impresionantes paisajes que aparecen enmarcados por esos campos que hacen de ellos una verdadera belleza.

—Esto es para perder la cabeza, Tommy. Aunque en realidad, eso sería lo que me faltara a mí, perderla más —negó volteando los ojos.

—Estás perfecta, amor, no hay más que verte.

—Algunas veces cuando me miras te prometo que no sé si solo me estás mirando, o si me haces una radiografía

—Es que me gusta comprobar que todo lo sigas teniendo en su sitio.

—Qué gracioso —volteó los ojos—. De momento está todo bien colocado, con los años ya veremos. Pero que ni se te ocurra dejarme entonces o no tendrás piedras donde esconderte.

—Te lo digo todos los días y te lo voy a recordar ahora, ¿ves esto? —Le enseñé mi alianza.

—De momento también lo veo, no estoy ciega —volteó los ojos.

—Pues es la prueba de que no te voy a dejar nunca, así que métetelo en la cabeza.

—Me entra, me entra. En el fondo soy un amor, por eso me llamas así. También soy tu cruz, son como las dos caras de la misma moneda.

—Pues esta cruz me gusta llevarla a cuestas —le aseguré, cogiéndola en brazos y acercándola hasta el borde de la piscina infinita que teníamos para nosotros solos dentro de la villa.

La zona era un verdadero retiro, como si estuvieras en el fin del mundo y te bastase con todo aquello que te rodeaba. Junto a los campos de arroz, destacaban las impresionantes cadenas montañosas, las remotas aldeas, los ríos y hasta unas cascadas de ensueño que no tardaríamos en visitar.

Coincidía con Nadine en que el sitio era para enamorarse. Y en esa compañía no digamos ya.

Para nuestro primer almuerzo, le di una sorpresa. No lo esperaba, y de pronto, llegaron un par de chicos con dos enormes bandejas llenas de todo tipo de exquisiteces de la zona que dejaron flotando sobre la piscina.

—¿Aquí es donde vamos a comer? —me preguntó entusiasmada.

—Aquí es donde vamos a comer… Y también donde me pienso tomar luego el postre.

—Pues ese se les ha olvidado, porque veo mogollón de platos, pero nada dulce.

—¿No me digas? Porque yo sí que estoy viendo un dulce que me hace la boca agua.

Allí no solo era infinita la piscina, también las montañas. Por momentos te parecía estar en otro mundo, haber desconectado por completo de los ruidos y de todo el jaleo de las ciudades. Como ella decía, era el verdadero paraíso y, una vez más, sentí que era tanta mi suerte que me costaba digerirla.

En cuanto a las zonas comunes, contaba con un animado bar en el que tomar copas, bailar, charlar y relacionarte con otros turistas. Allí conocimos a varias parejas de recién casados como nosotros con los que había buen rollo, aunque la mayor parte del tiempo lo pasábamos a nuestro aire; en el mismo bar, en la villa o haciendo esas excursiones que te cargaban las pilas a tope.

Para dar vueltas por los alrededores, alquilé un par de bicicletas.

—Eres una loca, te lo prometo —le decía cuando la veía hacer esas piruetas a una sola rueda—. Que me vas a

dejar viudo y todavía no ha terminado nuestra luna de miel.

—Ni terminará, ¿no dices que mi vida contigo va a ser una luna de miel perpetua? ¿Me has mentido? Mira que te crecerá la nariz como a Pinocho. Y hablo de la nariz, no de otra parte.

—¿Es que tienes queja de esa otra parte?

—No, no, para nada, pero te lo digo para tu información.

—Me tienes muy loco, Nadine —paré mi bici al lado de la suya.

—A mí no me vengas con reclamaciones que tu madre te echó así al mundo. Por cierto, ¿qué pensarán de que nos hayamos casado a solas?

—Mis padres son felices si yo lo soy.

—¿Y tú lo eres?

—Yo lo soy si lo eres tú.

—Tú, lo que eres es muy enrevesado.

—Un loco enrevesado, en todo caso.

Trataba de seguirla por aquellos paisajes de cuento en los que nos perdíamos entre la intensa vegetación. Más d una vez los aprovechamos para camuflarnos y hacer el amor como leones, ya que hablamos de naturaleza salvaje.

Por las noches, se creaba en el resort el más romántico de los ambientes. En el bar ponían música de todos los estilos. Pero cuando la pinchaban lenta, la temperatura se elevaba tanto entre los dos que solíamos salir corriendo y entonces terminábamos haciendo el amor en la piscina privada, de nuevo bajo un manto de estrellas que nos alumbraba lo preciso para poder contemplar el brillo en sus ojos.

En aquella reserva natural, no demasiado lejana a la capital Hanói, volvimos a vivir momentos vibrantes que servirían para finalizar una luna de miel en la que surgió verdadera magia en cada rincón que visitamos.

Entre sus densos bosques, repletos de una vegetación que refrescaba, nos perdíamos día a día en bicicleta sin un destino fijo. En esos paseos, visitamos pueblos que salpicaban las montañas donde las tradiciones de las personas que vivían en ellos perduraban a lo largo de los siglos.

—Es como retroceder en el tiempo —me comentaba ella contemplando su artesanía.

—Yo para atrás no voy ni para coger impulso. Ya solo vivo el presente y el futuro. Y tú eres todo eso para mí.

—Qué cosas más bonitas me dices. Al final me harás llorar y entonces me buscarás la lengua.

—Si la lengua te la encuentro de todas maneras —le dije mientras la rodeaba por la cintura y se la buscaba, dándole un pequeño mordisquito en la punta al que correspondió con un manotazo.

Un recuerdo precioso que nos trajimos de allí, para quienes nos gusta el café, es el de tomar uno en aquel idílico paisaje, ofrecido por los aldeanos. Un rico café que degustábamos antes de comenzar algunas excursiones que nos llevaban a contemplar montañas tropicales y hasta un puente colgante en el que le tomé cantidad de fotos porque todas me parecían pocas para llevarme de allí, con Nadine como modelo.

Uno de los días, visitamos también un mercado local, de lo más colorido y alegre donde disfrutó muchísimo. Al aire libre y rodeado de montañas, los locales ofrecen sus productos en unos llamativos puestos, con sus vistosos trajes tradicionales puestos.

Allí te pueden vender desde un animal hasta un recuerdo de artesanía u ofrecer que pruebes sus platos más típicos. Pasamos un buen rato y ella compró algunos detalles que, sin duda, lucirían en nuestra casa una vez de vuelta, recordándonos para siempre unos días que estaban resultando alucinantes.

—Quiero este, aquel otro y el de más allá—señalaba.

—¿Y no quieres ninguno más? —le sonreía porque pesarían de vuelta en la bicicleta. No iba a consentir que los cargase ella.

e

—A mí no me des ideas porque me llevo el puesto entero, advertido quedas. Me gusta todo.

—Y a mí me gustas tú. Compra lo que quieras, amor.

—No sabes lo que dices…

Se pasaba el día de lo más contenta. Me decía que todo en el viaje le flipaba y que, entre los destinos posibles del mundo, había escogido el mejor.

—Es un sitio maravilloso sí, pero tú lo haces todavía más. Sin ti no habría tanta luz.

ı

—No sé por qué me haces tanto la pelota si sabes que vamos a darle al tema igual. Es más, no caí en ponerlo como una cláusula matrimonial, que me lo tienes que hacer varias veces al día, ¿estoy a tiempo todavía?

—¿Y tú crees que me lo tienes que exigir por contrato? —le pregunté arqueando una ceja.

—Ahora no, pero con el tiempo, ya veremos.

—Con el tiempo no decaerá nada. Me tienes tan feliz que esto solo puede ir a más.

—Pues más te vale.

Otro de los días hicimos un recorrido que no nos podíamos perder por uno de los ríos. Para ello, alquilamos una barca de bambú y nos fuimos dejando llevar entre el verde del paisaje que nos ofrecían los bosques abiertos a ambos lados de la orilla.

El relax era tal que ella entrecerraba los ojos y miraba al cielo. Cuando los abría, me encontraba mirándola embelesado.

—¿Se puede saber qué miras? —me preguntó intrigada.

—Mejor no te lo digo porque te reirás de mí.

—No, no, a mí no me dejes a medias, que me da mucho coraje.

—¿Es que estás acostumbrada a eso?

—En la cama no, evidentemente, pero me refiero a que ahora lo largues, que para eso has empezado.

—Pues, para tu información, estaba pensando que, si no fuera contigo, no sería con nadie.

—Ya, como que no te has zumbado a ninguna otra. No me hagas hablar —rio a carcajadas.

—No hablo de sexo y lo sabes.

—Lo sé y yo tampoco te cambio por ninguno. Si no fuera contigo, solo sería con mi succionador de clítoris, quédate tranquilo.

—Eres muy mala, no puedo contigo —estallé en carcajadas.

—Pues más te vale poder, porque te has casado conmigo sin posibilidad de fianza y sin nada.

—¿Qué dices de fianza? Ni que estuviera detenido.

—Estás peor, estás secuestrado y de por vida. Y si no querías, haberlo pensando antes.

Con Nadine todo era un disparate, el más bonito de los disparates. Nos quedaba por hacer una excursión imposible de faltar en aquel viaje y la dejamos para el último día; la de recorrer con tranquilidad uno de aquellos mágicos campos de arroz.

Antes de esa, nos escapamos a la cascada de *Hieu*, en la que nos bañamos juguetones. Es más, no había nadie en los alrededores y los juegos fueron subiendo de intensidad. Lo más divertido del caso fue que dejamos caer nuestra ropa de baño en el agua, sin darnos cuenta debido a la mucha excitación. Y luego nos costó encontrarla, aunque una vez más todo "Valió la pena" con Nadine, como cantaba Mark Anthony.

De *Pu Luong* se dice que es "la joya escondida de Vietnam". Yo tuve la suerte de recorrerla de la mano de esa otra joya que se había convertido en el verdadero motor de mi vida, en mi esposa, en mi mejor amiga, en mi confidente y, cómo no, en mi ardiente amante.

Ese último día, y de su mano, recorrimos los campos de arroz en terraza que, con sus tonos dorados, se convierten en un lugar único. Dorado apareció también su pelo a consecuencia del impacto de los rayos solares en las fotos que le saqué allí.

Nadine parecía una flor exótica entre tanto cultivo de arroz, una que me ofrecía una sonrisa que me daba vida. Allí y a su lado, comprendí que el amor verdadero puede adquirir distintas tonalidades y el dorado de esos campos de arroz lo asociaría para siempre a mi amor por ella.

Ese mismo dorado serviría para poner el broche de oro a una luna de miel inolvidable, repleta de momentos tan alegres como románticos, todos ellos vividos a dúo por un par de recién casados, nosotros, que deseábamos sacarle todo el jugo a la vida y que comenzamos haciéndolo por ese triplete de Tailandia, Camboya y Vietnam que perduraría en nuestras mentes hasta el final de los días. O al menos así lo esperaba.

Con Nadine todo era un disparate, el más bonito de los disparates. Nos quedaba por hacer una excursión imposible de faltar en aquel viaje y la dejamos para el último día; la de recorrer con tranquilidad uno de aquellos mágicos campos de arroz.

Antes de esa, nos escapamos a la cascada de *Hieu*, en la que nos bañamos juguetones. Es más, no había nadie en los alrededores y los juegos fueron subiendo de intensidad. Lo más divertido del caso fue que dejamos caer nuestra ropa de baño en el agua, sin darnos cuenta debido a la mucha excitación. Y luego nos costó encontrarla, aunque una vez más todo "Valió la pena" con Nadine, como cantaba Mark Anthony.

De *Pu Luong* se dice que es "la joya escondida de Vietnam". Yo tuve la suerte de recorrerla de la mano de esa otra joya que se había convertido en el verdadero motor de mi vida, en mi esposa, en mi mejor amiga, en mi confidente y, cómo no, en mi ardiente amante.

Ese último día, y de su mano, recorrimos los campos de arroz en terraza que, con sus tonos dorados, se convierten en un lugar único. Dorado apareció también su pelo a consecuencia del impacto de los rayos solares en las fotos que le saqué allí.

Nadine parecía una flor exótica entre tanto cultivo de arroz, una que me ofrecía una sonrisa que me daba vida. Allí y a su lado, comprendí que el amor verdadero puede adquirir distintas tonalidades y el dorado de esos campos de arroz lo asociaría para siempre a mi amor por ella.

Ese mismo dorado serviría para poner el broche de oro a una luna de miel inolvidable, repleta de momentos tan alegres como románticos, todos ellos vividos a dúo por un par de recién casados, nosotros, que deseábamos sacarle todo el jugo a la vida y que comenzamos haciéndolo por ese triplete de Tailandia, Camboya y Vietnam que perduraría en nuestras mentes hasta el final de los días. O al menos así lo esperaba.

Capítulo 53



Keila

Siete meses habían pasado desde que Zack vino a mi apartamento, y ese mismo tiempo llevaba de nuevo en la cárcel.

Después de lo que intentó hacerme y que rompiera así con la libertad condicional que le dieron por su buen comportamiento como recluso, en aquellos años encerrado, se la jugó de nuevo y acabó en el mismo lugar en el que ahora pasaría mucho más tiempo.

Jacqueline también juzgada por lo que hizo en aquel entonces, no solo por el hecho de ser quien pusiera la drog en mi bebida, sino cómplice de lo que ocurrió después, así como por el hecho de que me hiciera seguir y me amenazara.

No estaría en la cárcel tanto tiempo como Zack, pero la mantendrían unos años allí y al menos esperaba que eso le sirviera para pensar en lo que había hecho, en el modo en el que me dañó años atrás y cómo maquinó junto con Zack todo eso para querer arruinarme la vida solo porque ella quería a un hombre que decía quererme a mí.

Lo sentía por su hijo, esa era la verdad, porque no tenía culpa ninguna de que su madre fuera una mala persona y que no hubiera pensado en él y en las consecuencias que sus actos podrían acarrearle.

Se quedaba al cargo de esa mujer que lo cuidaba puesto que Jacqueline no tenía familia desde hacía algunos años, y el padre, uno de esos amigos de Zack que también había sido excarcelado cuando él, no quiso hacerse cargo de aquel niño.

Mike y yo nos casamos en Navidad, solo unas pocas semanas después de que me librara de lo que Zack quería hacerme. Fue una boda sencilla tal como pedí, en un juzgado y con nuestra familia y amigos, así como los escolta y todos los hombres que él tenía en su empresa.

Alex me empezó a llamar mamá desde el primer momento y, sin que Mike lo supiera, le había pedido a mi padre que hablara con sus abogados para poder adoptarlo, ese fue mi regalo para Mike y nuestro pequeño en el día que nos dimos el “sí, quiero”.

No sabría decir quién lloró más en aquel momento en casa de mi padre, donde comimos con todos, si Mike, el niño, o yo misma, aunque creo que de verdad quien lloró a mares fue mi madre, que se comía a besos al pequeño que la llamaba abuela y a ella le salía la sonrisa sola.

Y con mi marido no solo era esa Keila que se mostraba tierna en la intimidad, sino que le enseñé ese otro lado que tenía y me pidió que nunca lo perdiera, que fuera así cuando me apeteciera con él, pues no solo un hombre podía ser el que tomara las riendas en cuestiones de sexo, sino que nosotras también podíamos tener voz en esos momentos.

Tras lo ocurrido en el apartamento y dado que no podía estar allí sin pensar en ello, decidí venderlo sin pensarlo mucho, a fin de cuentas, la casa de mi padre tenía habitaciones suficientes para que nos quedásemos allí cuando fuéramos a París a visitar a mi padre, pues los tres regresamos a Nueva York donde teníamos su apartamento y mi ático.

Al igual que hice con el apartamento de París, Mike vendió el suyo de Nueva York y él, Alex y Graciela, la mujer que, cuidada del pequeño, se mudaron al ático conmigo, que había espacio más que suficiente para todos.

Sam y Aaron también seguían juntos, y en este tiempo él se mudó al apartamento de mi amiga en Nueva York, dado que con mi padre podría trabajar a distancia y a través de videollamadas.

Elisa se mudó con mi hermano nada más regresar después de mi boda, y Kevin también acabó mudándose con mi madre.

Estábamos de vuelta en París pues Max La Fontaine había lanzado un nuevo perfume, tanto femenino como masculino, y yo era la imagen de la campaña junto con un modelo italiano que ya había trabajado con él en otras ocasiones, y esta noche era la presentación en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad.

Mis padres y sus parejas estaban allí para acompañarme, al igual que Sam y Aaron, mi hermano y Elisa, y quien no podía faltar era mi flamante marido, que con el esmoquin se veía más atractivo que de costumbre.

Había muchos invitados allí, modelos, diseñadores, directores de revistas de moda, y mucha prensa acreditada.

—Toma, pequeña —me giré al escuchar la voz de Mike y sonreí al verlo con un refresco para mí en la mano.

—Gracias —sonreí.

—¿Cómo estáis? —posó la mano en mi más que abultado vientre, donde se encontraban cómodamente nuestros mellizos, Samantha y Nick.

—Bien, estamos bien —coloqué mi mano sobre la suya y se inclinó para darme un beso.

Estaba de poco más de ocho meses, y nos enteramos de aquel embarazo sorpresa apenas unos días antes de casarnos. Y sí, fue sorpresa para los dos, pero nos hizo inmensamente felices, y Alex estaba siempre muy pendiente de mí, tocando mi barriga y hablando con ellos, diciéndoles que era su hermano mayor y que estaba deseando jugar con ellos.

Toda la familia estaba encantada y deseando conocerlos, y cuando les pregunté a mi mejor amiga y a Aaron, así como a mi hermano y Elisa, si querían ser los padrinos, ninguno dudó en decir que así.

Así que Sam junto con su chico serían los padrinos de mi hija, y mi hermano y mi cuñada, los de mi hijo.

—Keila, cada día estás más guapa —sonreí al ver a Max La Fontaine, quien me dio un abrazo y un par de besos —. El embarazo te sienta genial, y nadie diría que ahí estén creciendo dos bebés.

—Pues hay dos, que no veas cómo empujan la vejiga —reí.

Se quedó charlando con nosotros unos minutos, posamos para algunas fotos y para las cámaras de televisión respondiendo a algunas preguntas, y cuando regresaba junto a mi marido me crucé con Carles, el hermano de Tommy, quien estaba también entre los medios acreditados porque yo lo invité.

Después de la ayuda que ese hombre me dio cuando se lo pedí, era mi modo de devolverle un poco de aquello que conseguí gracias a él, y cuando tenía algún evento, ya fuera en París o en Nueva York, le ponía como uno de los periodistas acreditados.

—Carles, me alegro de verte —sonreí, dándole un abrazo.

—Gracias por contar conmigo, otra vez.

—Por favor, eres mi periodista favorito. Por cierto, gracias por ese bonito reportaje que nos hiciste a Mike y a mí con el niño.

—Fue un placer, todo el mundo quería conocer al hombre que había conquistado el corazón de la mujer de hielo.

—Odio ese apodo, no soy tan mala —volteé los ojos y él rio.

—Desde luego que no lo eres, hay que conocer tu historia a fondo para saber qué te llevó a no querer enamorarte de ningún hombre.

—¿Tú qué tal con tu chico?

—Muy bien, aunque ya sabes, de momento…

—Sí, todo en plan discreto.

—Hermano, te veo muy bien acompañado —me giré al escuchar la voz de Tommy.

—Señor Muller, un placer volver a verlo —dije con una leve reverencia y todos reímos.

Aquel hombre finalmente se convirtió en un amigo, y aunque nos veíamos únicamente en estos eventos de moda o en presentaciones de películas a las que me invitaba, a menudo nos escribíamos por mensaje para ver qué tal nos iba.

Y lo mismo ocurría con su esposa, Nadine, esa hermosa mujer a la que le aconsejé no renunciar cuando me contó su historia. Con ella también solía escribirme pues desde que nos conocimos, en una cena a la que invité a Tommy para agradecerle que me ayudara con el asunto de Jacqueline y poniéndome en contacto con su hermano, nos conocimos y debía decir que me había caído muy bien.

Detrás de esa pareja había mucho dolor, pero como les dije a los dos por mi propia experiencia, el amor podía con todo en esta vida.

—Ya ves, he ido a por la más bella de la sala, sin desmerecer la belleza de mi cuñada —dijo Carles abrazando a Nadine.

—Belleza dice, y parezco una ballena —suspiró ella, haciéndonos reír.

—Pero si estás preciosa con esa barriguita de seis meses —le dije abrazándola—. Ballena yo, que tengo más tiempo que tú y encima dos.

—Somos dos ballenitas, vale, acepto —rio.

—¿Qué tal, Keila? —Tommy me dio un abrazo y un beso en la mejilla.

—Ya ves, de nuevo por aquí —sonreí.

—Gracias por invitarnos —dijo Nadine—, a este, y los demás eventos donde estás.

—¿Cómo no iba a hacerlo? Además, te dije que podrías dedicarte a la moda, eres preciosa y tienes un cuerpo perfecto.

—Ahora mismo sería modelo de premamá —rio.

—Tan guapa que estarías. ¿Tú has visto lo bien que luces ese vestido?

—Te lo dije, amor —dijo Tommy.

—De ella sí me lo creo, tú es que te pasas el día diciéndome piropos.

—En esto entonces se parece a mí —me giré cuando escuché a Mike, que no tardó en rodearme con el brazo y besarme la mejilla—. Tommy —le estrechó la mano—, me alegro de verte.

—Lo mismo digo, Mike.

—Nadine, estás guapísima con ese vestido, el embarazo te ha sentado bien.

—Cuñada, te has venido arriba, lo veo en tu cara —dijo Carles con una risilla.

—Como para no hacerlo, que tu hermano me lo dice siempre, pero a ver, que está casado conmigo.

—Ven, vamos a hacernos unas fotos —le dije a Nadine tirando de ella.

—¡Keila! —Sam corría hacia nosotras y Elisa la acompañaba— Chica, con la de gente que hay aquí no te encontraba.

—Para no verme —resoplé.

—Eso iba a decir yo —rio Nadine—, si se nos ve a kilómetros con estas barrigas.

—Pues estáis preciosas, las mamás más guapas del mundo —dijo Elisa.

Y en ese momento noté algo, una especie de pinchacito, y un líquido por las piernas.

—Ay, Dios —dije levantando un poco la falda del vestido—. He roto aguas.

—¿¿Qué?? —gritaron las tres al unísono.

—Que quieren nacer ya —las miré.

—Pero si aún no tocaba —contestó Sam.

—Nada, dile a tu ahijada que se queden ahí dentro unas semanas más, a ver si te hace caso. ¡Ah! —me agarré a la mano de Sam con fuerza mientras me doblaba un poco, aquello era una contracción y mis hijos estaban más que listos para salir.

—Voy a avisar a tu marido —dijo Nadine y asentí—. ¡¡Paso a la embarazada, por favor!! —fue gritando y me sacó una sonrisa— ¡La otra embarazada se ha puesto de parto!

—La madre que la parió —rio Sam—, qué discreta es la jodida.

—Sí, sí, muy discreta —rio Elisa.

No tardó en llegar Mike hasta donde estábamos, seguido por Carles y Tommy, y claro, al haber gritado Nadine a los cuatro vientos que estaba de parto, toda mi familia, así como Max La Fontaine, se acercó hasta donde estaba

Mi marido me cogió en brazos y me sacó de allí para subirme al coche de Nick, que condujo con Elisa al lado hasta el hospital. Durante todo el camino fui haciendo las respiraciones que me indicaron en las clases de preparación al parto, mientras Mike me cogía de la mano y controlaba el tiempo de las contracciones.

Tenía miedo, lo veía en sus ojos, ya perdió a la madre de Alex cuando él nació y le daba auténtico terror que me ocurriera lo mismo. Mi madre le decía que si eso llegara a pasar no lo iban a dejar solo, que le ayudarían entre todos a cuidar de los mellizos y Alex, pero que no tuviera miedo porque no me ocurriría nada.

Llegamos al hospital y fue Elisa quien se lanzó corriendo hasta la sala de urgencias para que vinieran con una silla de ruedas para llevarme al paritorio.

Mike no me soltaba la mano y no se apartó de mí en ningún momento. Me tranquilizaba, aunque él estaba incluso más nervioso que yo.

Nada más mirarme el médico dijo que estaba lista, que ni tiempo para epidural había, y allí empecé a empujar y empujar, entre gritos, sudores y lágrimas, diciéndole a Mike que yo por eso no volvía a pasar, que con tres hijos teníamos más que suficiente.

Tras lo que a mí me parecieron las horas más largas de mi vida, me pusieron a mis dos preciosos bebés en brazos y lloré como una niña al verle al fin las caritas.

Mike, a mi lado, me besaba la frente y lloraba tanto como yo, cogiendo las manitas de Samantha y Nick que le agarraban el dedo con fuerza.

—Son preciosos, pequeña —dijo sin dejar de mirarlos—. Me has dado unos hijos preciosos.

—Quién te iba a decir que acabaría casándome contigo y siendo la madre de tus hijos —sonreí entre lágrimas.

—Quise esto desde el primer momento en el que te vi, y siempre iba a esperarte, Keila, porque te amo.

—Yo no quería verlo, me daba terror sentir lo que sentía, pero no podía seguir engañándome.

—Pues no sabes cómo me alegro de que decidieras dejarme recomponer tus pedacitos, pequeña, y que me dejaras entrar en tu corazón definitivamente.

Me besó en los labios y dejamos que asearan a nuestros pequeños, me dieran unos puntos y poco después nos instalaron en la habitación donde toda mi familia entró para ver cómo estaba yo y conocer a los bebés.

Cuando salieron vimos entrar a Tommy y Nadine sonriendo. Nos felicitaron y al ver que mis pequeños estaban despiertos en sus cunas, les dije que podían cogerlos.

—Qué hijos más guapos habéis tenido —dijo Nadine meciendo a la niña.

—Suerte que se parecen a la madre —comentó Tommy.

—Eso he pensado yo al verlos —reíamos al escuchar a Mike.

—Oye, que no eres feo, y mira, las naricitas son tuyas —todos miramos a los bebés al oír las palabras de Nadine.

—Es verdad, se nota que has puesto algo, amigo —rio Tommy.

—Ahora a disfrutarlos, papis, y darles mucho, mucho amor.

—Lo haremos, no te quepa duda, Nadine —sonreí.

Después de unos minutos allí con nosotros se despidieron quedando en volver al día siguiente con algún regalito.

Cuando los mellizos se quedaron dormidos después de que les diera el pecho, Mike se sentó en la cama conmigo y me dio un beso.

—Te quiero tanto, pequeña. Soy el hombre más feliz del mundo ahora mismo.

—Yo también soy la mujer más feliz —sonreí cogiéndole la mano—. Ahora que estamos solos, quiero decirte algo.

—No me asustes.

—No es nada malo, tranquilo —reí—. Voy a dejar el trabajo. Bueno, no del todo. A ver, que me explico fatal. Dejaré las campañas publicitarias, los desfiles, todo, y me centraré en nuestros hijos y en dirigir la agencia con mi

madre. No quiero viajar tanto ahora que tenemos tres hijos, no quiero llevarlos de un lado a otro y tampoco que los cuide Graciela toda la vida. Quiero ser madre a tiempo completo.

—¿Estás segura? Keila, estás en lo más alto de tu carrera.

—Lo estoy, cariño. No hay nada más importante para mí que vosotros —le acaricié la mejilla.

—Si es lo que deseas, sabes que te apoyaré, siempre lo he hecho.

—Lo sé, y me arrepiento tanto de no haber dado un paso al frente antes para estar contigo —suspiré.

—Pequeña, ya sabes lo que dicen, todo lo bueno que nos depara la vida puede que tarde en llegar, pero lo hace —me besó en los labios.

—Tú eres lo mejor de mi vida, Mike. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Nos abrazamos mientras observábamos a nuestros hijos, y como tantas veces en esos años desde que nos conocíamos, estando ahí, entre sus brazos, me sentía realmente en casa.

Sabía que si muchos conocieran todo aquello que hice y experimenté durante años me juzgarían, y lo entendería, pero si algo había aprendido en la vida tras las experiencias matrimoniales y de pareja de mis padres, era que nadie es quién para juzgar a otras personas, y que habría que vivir lo que ellos, ponerse en su lugar y subirse a sus zapatos para entender y comprender por qué alguien es como es.

Porque si no se debía juzgar el contenido de un libro por su portada, como tantas veces había escuchado, tampoco debíamos juzgar a las personas sin conocer la historia completa de esta.

madre. No quiero viajar tanto ahora que tenemos tres hijos, no quiero llevarlos de un lado a otro y tampoco que los cuide Graciela toda la vida. Quiero ser madre a tiempo completo.

—¿Estás segura? Keila, estás en lo más alto de tu carrera.

—Lo estoy, cariño. No hay nada más importante para mí que vosotros —le acaricié la mejilla.

—Si es lo que deseas, sabes que te apoyaré, siempre lo he hecho.

—Lo sé, y me arrepiento tanto de no haber dado un paso al frente antes para estar contigo —suspiré.

—Pequeña, ya sabes lo que dicen, todo lo bueno que nos depara la vida puede que tarde en llegar, pero lo hace —me besó en los labios.

—Tú eres lo mejor de mi vida, Mike. Te quiero.

—Y yo a ti, mi vida.

Nos abrazamos mientras observábamos a nuestros hijos, y como tantas veces en esos años desde que nos conocíamos, estando ahí, entre sus brazos, me sentía realmente en casa.

Sabía que si muchos conocieran todo aquello que hice y experimenté durante años me juzgarían, y lo entendería, pero si algo había aprendido en la vida tras las experiencias matrimoniales y de pareja de mis padres, era que nadie es quién para juzgar a otras personas, y que habría que vivir lo que ellos, ponerse en su lugar y subirse a sus zapatos para entender y comprender por qué alguien es como es.

Porque si no se debía juzgar el contenido de un libro por su portada, como tantas veces había escuchado, tampoco debíamos juzgar a las personas sin conocer la historia completa de esta.

Epílogo



Tommy

Cuatro años después…

El paso de los años junto a mi mujer era como esa luna de miel que le dije que siempre viviría a mi lado.

Cuando descubrimos unos meses después de nuestra boda que estaba embarazada, los dos lloramos abrazados con aquella prueba positiva de embarazado en la mano. Y si antes la amaba, en ese momento supe que la amaría aún más.

Tuvimos una niña, una preciosa niña igual a su madre a quien llamamos Chloé que a sus casi cuatro años era todo nuestro mundo, junto con su hermano, Noah, que acababa de cumplir un año.

Mi sobrina Camille estaba encantada no solo con Nadine, a quien quería con locura y con quien compartía muchos momentos entre fogones en la cocina de nuestro ático, sino con sus primos, por quienes sentía auténtica pasión.

Y qué decir de mis padres, que no solo se alegraron de que la mujer a la que tanto amé y yo nos diéramos una segunda oportunidad y nos convirtiéramos en el matrimonio que siempre quisimos y debimos ser, sino que estaban locos con sus nietos.

Carles también compartía mi felicidad, quedábamos a menudo para cenar en casa y traía a Leo, quien tenía una relación de lo más estrecha y de casi hermanos con mi mujer.

Le costó, a mi hermano le costó mucho dar el paso y contarles a nuestros padres que era gay y se casó con Marie por el qué dirán, por el miedo a lo que ellos mismos pensaran de su hijo, pero los dos lo abrazaron y le dijeron que lo único que les importó siempre fue que sus hijos fueran felices.

Cuando conocieron a Leo mi madre lo acogió como a un hijo más, igual que hiciera con Nadine, diciendo que ya tenía alguien más con quien cocinar en las ocasiones especiales, pues Leo también era un apasionado de la cocina como ella y mi mujer.

La vida nos había cambiado a todos en estos años, y había momentos en los que echaba la vista atrás y pensaba en lo que vivimos durante aquel tiempo en el que perdí al amor de mi vida y me cerré para no amar a nadie más.

Y tal vez habrá quienes me juzguen, que piensen que durante aquel tiempo la mentí a ella y estuve en otros brazos cuando aún la amaba. Pero la protegía, la protegí durante aquellos años porque la conocía y sabía que la culpa por perder a nuestro bebé por sus malas decisiones acabaría con ella.

Siempre la quise y siempre la protegí, y lo habría seguido haciendo si no me hubiera preguntado e insistido tanto en querer saber.

Revivir el sufrimiento por el que pasé al saber que la persona que más amaba en el mundo me había engañado y había tirado todo por la borda por un capricho, me hizo cerrarme por completo, dejar de confiar en eso llamado amor, hasta que la perdí por segunda vez y supe que jamás podría vivir sin ella.

De todas esas mujeres de mi pasado tan solo seguía en contacto con Keila, y porque Nadine y ella también se mensajeaban o hacían alguna que otra llamada, se habían hecho amigas a pesar de todo, y nunca hablamos de aquello que pasó entre nosotros.

Megan acabó entregándome su renuncia, decía que quería cambiar de empleo a un lugar donde no se sintiera tan incómoda y que su jefe la hablara con algo más que frases cortas y monosílabos. No supe nada más de ella ni quería tampoco, aunque le deseaba lo mejor.

—Papi —me giré al escuchar a Chloé entrando en el despacho que tenía en el ático.

—Hola, princesa —la cogí en brazos.

—¿Qué haces?

—Terminando de trabajar —le di un beso en la mejilla.

—Mami ha hecho pastel con Camille —sonreí, pues al final mi sobrina se iba a acabar convirtiendo en toda una experta chef como dijo en su día.

—Y tú estás deseando comerte un trozo, ¿a que sí?

—Sí.

—Tienes que esperar, ese es el pastel del tío Leo —cerré el portátil y me levanté con ella en brazos.

Fuimos a la cocina y allí estaban las dos, con el pastel listo en la encimera mientras Noah iba metiendo la mano en el bol de chocolate y se la llevaba a la boca.

—Menudo pinche de cocina tenéis —dije señalando a mi hijo, que tenía toda la cara cubierta de chocolate.

—¡¡Noah!! —gritaron Nadine y Camille al unísono.

Chloé y yo nos reímos al verlas entrar en acción, mientras Camille cogía el bol de chocolate, mi mujer se encargaba de nuestro hijo, a quien con un paño húmedo me daba a mí que no iba a dejar completamente limpio.

—Madre mía, hijo, cómo te has puesto —dijo Nadine, retirando el chocolate de su mano.

—Es un bombón, mami —rio Chloé.

—Sí, sí, un bombón de lo más travieso. Se nota que eres hijo de tu padre —suspiró.

—¿Y a qué viene eso, si puede saberse? —Arqueé la ceja.

—Pues, a que tiene solo un año y ya apunta maneras a que va a ser un poco travieso y revoltoso cuando sea mayor.

—A ver si es que eso lo ha heredado únicamente de mí. Te recuerdo que la golosa de los dos, eres tú.

—Como que no te gusta disfrutar de un buen postre, vamos —resopló volteando los ojos—. Camille, cariño, ¿puedes recoger esto mientras yo cambio de ropa a tu primo? Que se ha pringado de chocolate hasta el pelo —lo sacó de la sillita y le llevó cogido por las axilas y lejos de ella, para no mancharse la ropa de chocolate.

—Mira, parece que estás mostrando al rey león ante los animales de la selva —reí.

—Es verdad, mami —secundó mi hija, a quien aún tenía en brazos.

—Vamos a tener a otro bebe, amor —dijo Nadine imitando, muy mal debía decir, el tono de mi voz—. Vamos a darle un hermanito a Chloé para que no se sienta sola, verás que con dos la casa estará llena de risas —me miró con el ceño fruncido—. Me estoy partiendo de risa ahora mismo, ¿no lo ves?

—No es tan malo, solo hay que cambiarle de ropa.

Y en ese momento mi hijo puso esa cara, la de apretar mientras le cambiaba el tono de blanco a rojo en un segundo.

—Solo de ropa, ¿eh? —dijo Nadine— Pues corre, cámbialo tú que te ha dado hasta regalito —me tendió al niño y reí mientras le daba un beso a Chloé y la dejaba en el suelo.

—Ven aquí, hijo, que yo te pongo guapo para ver a tus tíos —le di un beso en la frente, pero sí, lo llevé igual que ella, cogido por las axilas para no mancharme de chocolate.

Le coloqué en el cambiador, donde se quedó quieto con el puño de la mano en la boca, cogí ropa limpia de su armario y regresé junto a él para cambiarlo.

—Así que, ¿de mayor te vas a parecer a mí, Noah? —le pregunté, y é hizo uno de sus gorgojeos— Espero que no, al menos en lo de cerrarte al amor. Si quieres disfrutar de la vida hazlo, no te juzgaré y tu madre tampoco, pero, acepta un consejo de tu padre —dije mientras le cambiaba el pañal—. Cuando encuentres a la mujer a la que amar, hazlo siempre, y si en algún momento ves que ese amor se empieza a resquebrajar, habla con ella y que sepa cuánto la amas —le di un beso en la frente y terminé de vestirlo.

Años atrás perdí la alegría, las ganas de amar y de seguir con mi vida, por un capricho perdí a mi mujer y a mi hijo, pero fue el amor por ella y que jamás dejé de sentir por mucho que lo intentara el que me hizo ir a buscarla y hacerle cumplir aquella promesa que una vez me hizo, casándose conmigo.

Todos guardamos secretos, todos cargamos con un peso del pasado que nos hace ser de un modo diferente al que una vez fuimos, pero todos teníamos el derecho a contar eso que tanto nos atormentaba y que la vida y las personas que nos rodeaban nos dieran una segunda oportunidad para vivir como una vez lo hicimos, siendo felices, volviendo a sonreír y a sentir y entregar el amor a quien amábamos.

a

)

—Ven aquí, hijo, que yo te pongo guapo para ver a tus tíos —le di un beso en la frente, pero sí, lo llevé igual que ella, cogido por las axilas para no mancharme de chocolate.

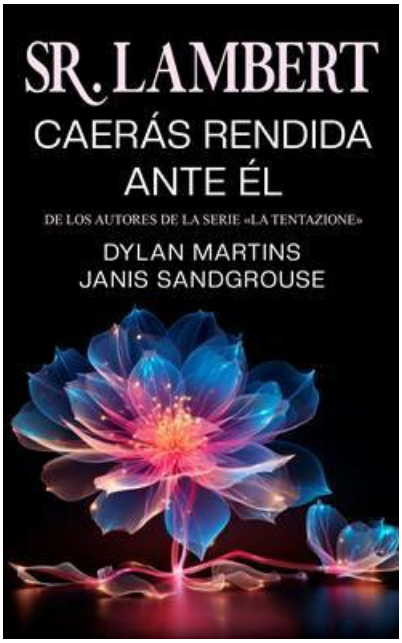
Le coloqué en el cambiador, donde se quedó quieto con el puño de la mano en la boca, cogí ropa limpia de su armario y regresé junto a él para cambiarlo.

—Así que, ¿de mayor te vas a parecer a mí, Noah? —le pregunté, y é hizo uno de sus gorgojeos— Espero que no, al menos en lo de cerrarte al amor. Si quieres disfrutar de la vida hazlo, no te juzgaré y tu madre tampoco, pero, acepta un consejo de tu padre —dije mientras le cambiaba el pañal—. Cuando encuentres a la mujer a la que amar, hazlo siempre, y si en algún momento ves que ese amor se empieza a resquebrajar, habla con ella y que sepa cuánto la amas —le di un beso en la frente y terminé de vestirlo.

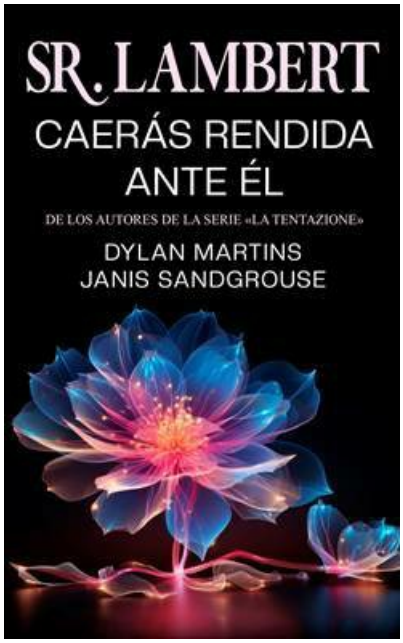
Años atrás perdí la alegría, las ganas de amar y de seguir con mi vida, por un capricho perdí a mi mujer y a mi hijo, pero fue el amor por ella y que jamás dejé de sentir por mucho que lo intentara el que me hizo ir a buscarla y hacerle cumplir aquella promesa que una vez me hizo, casándose conmigo.

Todos guardamos secretos, todos cargamos con un peso del pasado que nos hace ser de un modo diferente al que una vez fuimos, pero todos teníamos el derecho a contar eso que tanto nos atormentaba y que la vida y las personas que nos rodeaban nos dieran una segunda oportunidad para vivir como una vez lo hicimos, siendo felices, volviendo a sonreír y a sentir y entregar el amor a quien amábamos.

Si te ha gustado la historia, te recomendamos también…



Si te ha gustado la historia, te recomendamos también…



Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu

Esperamos que os haya gustado y si es así nos podéis seguir en las siguientes redes y en nuestras páginas de Amazon ¡Gracias!

Facebook:

Dylan Martins

Janis Sandgrouse

Amazon:

Dylan Martins: relinks.me/DylanMartins

Janis Sandgrouse: relinks.me/JanisSandgrouse

Instagram:

@dylanmartinsautor

@janis.sandgrouse.escritora

Twitter:

@ChicasTribu